

EL DELATOR

Liam O'Flaherty

EL DELATOR

Título Original: *The Informer*
Traductor: Jordi Arbonés

ISBN: 9788471785497
Generado con: QualityEbook v0.38

EL DELATOR
Liam O'Flaherty

EDITORIAL ARGOS VERGARA, S. A.
Barcelona
Título de la edición original:
«THE INFORMER»
Traducción
Jordi Arbonés
Cubierta: Julio Vivas
sobre fotograma de la película
EL DELATOR, dirigida por John Ford
Primera edición en Argos Vergara: abril de 1983

Edición en lengua castellana, propiedad de Editorial Argos Vergara, S. A. Aragón, 390, Barcelona-13 (España)
ISBN: 84-7178-549-8
Depósito Legal: B. 12.524-1983
Impreso en España - Printed in Spain
Impreso por Linomonograph, S. A.
Riera San Miguel, 9, Barcelona-6

A mi muy amada Margareteen

CAPÍTULO PRIMERO

Eran las seis menos tres minutos de la tarde del quince de marzo de 192-.

Francis Joseph McPhillip subió corriendo los peldaños de cemento que conducían a la puerta de vaivén, de vidrio enmarcado, que cerraba la entrada de la Dunboy Lodging House. La House, como la llaman en Dublín la gente pobre y los malvivientes, era un edificio gris de hormigón, de cuatro pisos. Estaba situado en el lado izquierdo de un ancho camino asfaltado, barrido por el viento, que nacía en la B- Road, al sur de la ciudad. La rodeaba un laberinto de callejones angostos. Un hedor indefinible de seres humanos hacinados en un área sumamente poblada impregnaba el aire de los alrededores. Un olor de comida y de suelos fregados con agua caliente y jabón emanaba del mismo edificio.

Una llovizna espesa caía de un cielo encapotado. De vez en cuando, una oleada de granizo, impulsada por una súbita ráfaga de viento quejumbroso, repiqueteaba contra el camino, rebotando y formando remolinos sobre el duro y húmedo asfalto.

McPhillip subió corriendo los cuatro peldaños y miró apresuradamente hacia el vestíbulo a través del cristal de la puerta. Acercó tanto el rostro, que su aliento fatigado empañó en seguida el cristal helado. Luego se dio la vuelta. Se acercó con cautela al quicio de la puerta y se asomó para mirar hacia el camino por donde acababa de llegar. Quería cerciorarse de que nadie le había seguido. Era un asesino.

Había asesinado al secretario de la delegación local del Sindicato de Campesinos durante la huelga de obreros agrícolas que había tenido lugar en M- en el mes de octubre último. Desde entonces había permanecido escondido en las montañas con un grupo de hombres que huían de la justicia, bandidos, criminales y refugiados políticos. Había llegado a Dublín hacía solamente una media hora en un tren de carga. El maquinista del tren era miembro de la Organización Revolucionaria, a la que también pertenecía McPhillip cuando mató al secretario del Sindicato de Campesinos.

No vio a nadie que le llamara la atención en el camino. Una vieja lo cruzaba cerca del extremo más alejado. Llevaba un chal negro sobre la cabeza y un jarro de leche en la mano, cubriéndose la boca con la punta del chal para protegerse de la lluvia. Hacia la derecha, un hombre cantaba tristemente, de cara al bordillo de la acera, con la gorra en la mano. Pedía limosna, pero nadie le hacía caso.

Los ojos de McPhillip observaban todo lo que su vista abarcaba con la velocidad y la penetración del hombre que ha aguzado su sensibilidad perceptiva a causa de la necesidad y a un prolongado entrenamiento. La calle no ofrecía riesgo alguno. Suspiró y dio media vuelta para inspeccionar el interior de la House.

Era un hombre de mediana estatura y de complexión delicada, pero tenía

unos hombros anchos como los de un gigante. Su cuerpo se hacía más angosto a partir de los hombros, por lo que la cintura y las caderas quedaban desproporcionadas en comparación con la parte superior del torso. La pierna derecha se curvaba hacia afuera desde la rodilla hacia abajo y, cuando caminaba, apoyaba la punta del pie derecho en el suelo antes que el talón, o sea, que se agachaba adoptando la postura de un animal salvaje al acecho en medio de la selva. Su rostro era delgado y lívido. Llevaba cabellos negros cortados al rape. Las cejas eran negras y pobladas. Tenía unas largas pestañas y parpadeaba continuamente. Cuando entornaba los párpados, sus azules ojos parecían agudos y crueles. Pero cuando los levantaba durante un instante para pensar en algo lejano y quizás imaginario, los ojos se agrandaban, se tornaban melancólicos y soñadores. Eran dulces y se llenaban de un dolor indefinido. Tenía unas mandíbulas angulosas, firmes y magras. Sus labios eran delgados y los mantenía firmemente cerrados. A causa de ello, la parte inferior del rostro adquiría un aspecto feroz. La nariz era larga y recta. Tenía las mejillas hundidas, y un rubor brillante aparecía en sus pómulos cuando era presa de un ataque de tos, seca y fuerte, que él trataba de ahogar.

Llevaba unos pantalones azul marino arrugados, pingajosos, y un raído impermeable de color grisáceo abrochado hasta el cuello como un uniforme militar. Las botas eran viejas. Crujían a causa de la humedad que se filtraba a través de las suelas gastadas. Se cubría la cabeza con una gorra de cheviot gris. Bajo la axila izquierda llevaba una pistola automática en una pistolera de cuero. La pistolera colgaba del extremo de una correa suspendida del cuello.

Mientras estaba mirando a través del cristal de la puerta mantenía los dedos de la mano derecha metidos entre el primero y el segundo botón del impermeable. Las yemas de los dedos acariciaban la fría culata de la automática.

En el vestíbulo, tres hombres esperaban alineados frente a la ventanilla de cristal cerrada de la oficina de la derecha. El viejo que estaba más cerca de la puerta llevaba el uniforme pardo de los pobres. Padecía cataratas y daba la impresión de que estaba a punto de desmayarse. Se apoyaba en un bastón, y la cabeza se le bamboleaba como si estuviera mareado por efectos de la bebida y fuera a quedarse dormido en cualquier momento. El segundo viejo vestía un traje muy raído. Parecía un camarero a quien hubiesen despedido a causa de la edad. Tenía un rostro enjuto, consumido. El viejo que estaba más lejos iba vestido con una mezcolanza de harapos indescriptible y no cesaba de moverse, intentando rascarse por debajo de los andrajos. Los tres hombres permanecían callados. Más allá, otros cuatro peldaños de cemento conducían a un largo pasillo que llevaba al interior del edificio. Un corredor lo cruzaba en el extremo más alejado. De vez en cuando, algunos hombres pasaban en grupos por el corredor.

McPhillip se disponía a empujar la puerta cuando la ventanilla de cristal se elevó con un chirrido y la cabeza de un hombre apareció por la abertura. El hombre chasqueó los dedos pulgar e índice, indicando al viejo más próximo,

el viejo andrajoso, que se acercara. Éste se adelantó y exclamo con una vocecita débil e infantil:

—¡Oh, por Dios, lo había olvidado!

Sonriendo levemente y refunfuñando, empezó a hurgar entre los harapos. El hombre de la ventanilla que le observaba apretó los labios con ira y desapareció.

En seguida reapareció por un rincón del vestíbulo. Se acercó al viejo y se detuvo delante de él con las manos en las caderas y las piernas separadas. Los pantalones azules que vestía estaban perfectamente planchados. Estaba en mangas de camisa, de manera que los diamantes de los gemelos y el enorme diamante de la corbata fulguraban en la semioscuridad. Llevaba los cabellos pegados a la cabeza con brillantina perfumada. Su aroma invadió el vestíbulo. Contemplaba al viejo con una expresión mezcla de desprecio y de enojo. Los otros dos viejos empezaron a reír halagadoramente, tratando de demostrar que no tenían ninguna relación con aquel viejo andrajoso.

Por fin, el viejo de los harapos encontró un pañuelo rojo, pero, a causa de su nerviosismo, no lograba desatar el nudo que lo convertía en una bola.

—Tome —dijo, alargado el pañuelo al empleado—, hay cinco peniques y cuatro monedas de medio penique. Tengo los dedos tan agarrotados por el reuma, que no puedo desatarlo. ¿Quisiera usted hacerme el favor de deshacer el nudo?

Luego, con la boca abierta, se quedó mirando al empleado. Pero el empleado, sin hacer caso del pañuelo, contemplaba la cara del viejo como si estuviera a punto de pegarle. El viejo empezó a temblar.

—¡Fuera de aquí! —gritó el empleado súbitamente, con voz de trueno.

Volvió a quedar inmóvil. El viejo empezó a balbucear, sin dejar de temblar. Se dio la vuelta y enfiló la escalera que conducía a la puerta, arrastrando los pies. Bajó dos peldaños, y entonces, indeciso, se detuvo; miró hacia atrás. Un escalofrío le estremeció; bajó otro peldaño, resbaló y perdió el equilibrio. Se deslizó hasta la puerta sobre las posaderas. Burlones, los otros dos viejos se pusieron a reír. El empleado les miró frunciendo el entrecejo.

—¿De qué os reís vosotros? —gritó.

Los viejos enmudecieron de inmediato.

—¡Eh, tú! —continuó el empleado, señalando con el dedo al viejo harapiento, quien había salido a la calle y permanecía indeciso en la acera mirando hacia atrás por encima del hombro—. Si te vuelvo a ver por aquí, viejo imbécil, te entregaré a la policía. Ahora, lárgate y que te encierren en el hospicio, que es donde deberías estar, ¡Fuera!

El viejo hizo una mueca de sorpresa y de dolor, y se le arrugó la cara simiesca. Fijó la vista, atemorizado, en el rostro feroz de McPhillip, quien le observaba desde el rincón izquierdo del portal. Luego murmuró algo y se alejó trotando por el camino. Los dos viejos del vestíbulo empezaron a conversar en voz baja en cuanto el empleado, tras dar media vuelta, se dirigió hacia su oficina.

—¡Por todos los santos! —exclamó uno de ellos—. Merecería que le pegasen un tiro, ¿no es cierto?

—¡Vaya —gimió el otro viejo—, el muy cerdo..., andar por ahí de esa manera!

Luego se acercaron a la ventanilla para retirar el boleto que les daría derecho a ocupar una cama. El empleado les insultó blasfemando, pero ellos continuaron disculpándose sin dejar de reír tontamente.

Mientras los dos viejos retiraban los boletos, McPhillip empujó la puerta silenciosamente y se deslizó hacia el interior del vestíbulo. Dobló hacia la derecha y se dirigió al fondo. Allí se detuvo. Se apoyó en la pared y, sacando un cigarrillo del bolsillo, lo prendió. Echó una mirada a su alrededor, examinando el pasillo. Era un corredor ancho, con el suelo de cemento y las paredes de ladrillos esmaltados. Había ventanas a intervalos regulares que daban a un patio enorme de la parte posterior del edificio. Bajo los arcos de las ventanas habían colocado unos bancos. En la pared de enfrente había escupideras situadas a una distancia de unos tres metros una de otra. Algunos hombres se agrupaban a lo largo del pasillo; unos estaban sentados en los bancos y hablaban en voz baja; otros caminaban de un extremo a otro del pasillo, solos o en parejas, con la vista fija en el suelo y las manos en la espalda, enfundadas en las mangas de las chaquetas. Todos iban mal vestidos y tenían una expresión melancólica. Algunos eran bastante jóvenes, pero sus rostros ya habían adquirido el aspecto abatido que se suele descubrir en la cara de los viejos desengañados de la vida.

Fumando lentamente, McPhillip observaba el vestíbulo, y a los hombres que pasaban, con la misma rapidez y aguda astucia con que había observado la calle. Tampoco ahora vio a nadie que le llamara la atención. Volvió a suspirar suavemente y se desplazó hacia la derecha. Penetró en otra sala grande, después de empujar una puerta de vaivén.

La sala estaba llena de gente. Estaba amueblada con unas mesas largas y taburetes de madera, como en los cafés para la clase trabajadora. Encima de algunas mesas había periódicos. En otras había juegos de damas y de dominó. Los hombres estaban sentados alrededor de las mesas. Unos leían. Otros jugaban. La mayoría, sin embargo, permanecían silenciosos, con la mirada vacía, fija, contemplando el horror de sus vidas. Aquellos que no habían podido conseguir asiento estaban de pie alrededor de las mesas contemplando el desarrollo de las partidas, con las manos en los bolsillos y una impasible y ausente expresión de indiferencia tallada en el rostro.

McPhillip iba de una mesa a otra, con el cigarrillo en la mano izquierda, y los dedos de la mano derecha apretando la culata de la automática, metida entre los dos botones superiores del impermeable. Nadie se fijaba en él. Los ojos melancólicos, que se alzaban casualmente para mirarle, no veían más que a otro fracasado tan andrajoso como ellos mismos. Aun cuando alguien hubiese pregonado, súbitamente, su identidad a bombo y platillos a los hombres que llenaban la sala, resultaba difícil suponer que la noticia llegara a

causar inquietud en más de unas pocas conciencias. Los vínculos que unían a aquellos obreros y criminales ocasionales y viejos fracasados con el esquema ordenado de la vida civilizada eran tan sutiles y débiles, que eran incapaces de sentir el interés que el asesinato despierta en las almas sensibles de nuestras esposas y hermanas.

McPhillip examinó la sala cuidadosamente sin descubrir lo que buscaba. Luego volvió al corredor. Entró en otra sala donde los que frecuentaban el albergue se aislaban para escribir sus cartas. Aquella sala estaba vacía. Entonces bajó por una escalera hasta los urinarios y cuartos de baño. Aquí había hombres que se afeitaban o se lavaban. Dio una vuelta y no encontró a nadie. Volvió a subir y entró en el comedor.

El comedor era muy espacioso, con mesitas de pino y largos bancos del mismo material. El suelo de madera estaba cubierto de serrín, como el piso de los bares de los barrios bajos. Acá y allá, el serrín se mezclaba con los residuos que caían al limpiar las mesas. En el fondo de la gran sala, varios hombres estaban ante una larga hilera de fogones, unos con la sartén en la mano esperando turno para cocinar, otros trajinando diligentemente con los utensilios que ya estaban sobre los fogones. Todos llevaban cuchillos, cucharas y tenedores en la mano. Se empujaban, traspiraban, blasfemaban, reían y se rascaban con ferocidad. La barahúnda de voces se mezclaba con el tufo de comida y de cuerpos humanos.

En el otro extremo de la sala había un mostrador, y detrás de éste una enorme cocina brillante, donde relucía la loza blanca, las pulidas cacerolas de cobre, los blancos uniformes impecables de las mujeres que lo atendían. Tres muchachas jóvenes cocinaban y servían comida a los huéspedes que no tenían los medios o la disposición para prepararse su propia comida. Estos parroquianos, de pie ante el mostrador, pedían té, pan con mantequilla, huevos duros y carne. También alquilaban cuchillos, tenedores, cucharas y saleros, por cuanto la administración del albergue no subvenía estas necesidades a causa de las características morales de los residentes como no fuera aceptando una cantidad fija de dinero, que les era reintegrada una vez terminaban de comer, cuando devolvían estos utensilios a las muchachas del mostrador.

McPhillip cruzó el comedor hasta el otro lado. A la primera mirada había visto al hombre que buscaba. Se dirigió directamente a la mesa situada cerca de la pared. Ante ella, un hombre de unos treinta años estaba cenando.

Tenía delante un plato esmaltado lleno de patatas, coliflor y un enorme pedazo de tocino hervido. Del plato surgía una humareda que se ensortijaba hacia el techo delante de la cara del hombre. Éste llevaba un traje azul de tela basta de algodón, y una bufanda enroscada en el cuello. Su cabeza tenía forma de bala, con el cabello rubio cortado al rape, y sus cejas eran negras. Las cejas eran sólo unos penachos de pelo, plantados sobre el centro mismo de cada ojo. Se alargaban hacia los extremos, estrechándose hasta terminar en un solo pelo, como las puntas de unos bigotes engomados. Parecían dos hocicos ominosos y resultaban más expresivos que los mortecinos ojos azules que se

escondían detrás de sus sombras ceñudas. El rostro tenía el tono rojizo del cobre, cubierto de protuberancias que parecían gibas vistas a distancia. Estas gibas tenían mucho relieve en la frente, los pómulos, el mentón y a ambos lados de la cara, debajo de las orejas. De cerca, sin embargo, casi desaparecían bajo la lustrosa piel morena, que parecía como si estuviera compuesta de varias capas tensas. La nariz era corta y bulbosa. La boca, grande. Los gruesos labios se unían de tal manera que la boca daba al rostro la expresión de una persona que estuviera eternamente dormida. Tenía un cuerpo inmenso, de miembros macizos y músculos protuberantes que sobresalían acá y allá como terrones de un campo recién arado. Estaba sentado con el cuerpo erguido, con la enorme cabeza cuadrada ensamblada en el cuello rechoncho como un amarradero de hierro encorvado en la cubierta de un buque.

Tenía la vista fija al frente mientras comía. Cogía el tenedor por el mango, en posición vertical, con la mano izquierda. Golpeaba la mesa con el extremo del tenedor, como si marcara el compás del rápido movimiento de las mandíbulas mientras masticaba. Pero en cuanto vio a McPhillip, las mandíbulas dejaron de moverse, y la mano que sostenía el tenedor descansó silenciosamente sobre la mesa. La cara se le endureció y el cuerpo se quedó absolutamente inmóvil.

McPhillip se sentó al otro lado de la mesa. No habló ni hizo gesto o movimiento alguno que diera a entender que se conocían. Sin embargo, McPhillip conocía muy bien a aquel hombre. Eran íntimos amigos. Aquel hombre era Gypo Nolan, el compañero de McPhillip durante la huelga de los obreros agrícolas, cuando McPhillip asesinó al secretario del Sindicato de Campesinos. Gypo Nolan, en otro tiempo, había sido policía en Dublín, pero le habían expulsado debido a que, en la comisaría de Policía, sospecharon que formaba parte de la Organización Revolucionaria y que había facilitado información relacionada con ciertos asuntos que habían pasado a ser de dominio público. Desde entonces se convirtió en miembro activo de la Organización Revolucionaria y siempre actuaba al lado de McPhillip, hasta el extremo de que en el ámbito revolucionario se les conocía como los «Mellizos del Diablo».

—Bien, Gypo —dijo McPhillip finalmente—, ¿cómo están las cosas?

La voz de McPhillip era débil y cascada, pero delataba una cruel sinceridad que le daba una inmensa fuerza, una fuerza parecida a la del piar de un pajarito cuyo nido está siendo robado.

—¿Les dejaste los mensajes que te di? —añadió al cabo de un instante, durante el cual trató de recobrar el aliento—. No he sabido nada de mi familia desde aquella noche en que tuve que huir hacia las montañas. ¿Qué me cuentas, Gypo?

Gypo le contempló en silencio largo rato, respirando lentamente, con la boca abierta y los ojos dilatados. No dijo nada. Luego hizo un sonido extraño, como una exclamación ahogada, con la garganta. Cortó lentamente una patata enorme en cuatro trozos con el cuchillo. Se llevó un pedazo a la boca con la

punta de éste. Empezó a masticar rítmicamente. De pronto dejó de masticar, y habló. Tenía una voz grave, ensordecedora.

—¿De dónde demonios vienes, Frankie? —preguntó.

—No importa de donde vengo —respondió McPhillip con tono irritado—. No puedo perder el tiempo hablando del día que hace. He venido para ponerme al tanto de todo. Dime lo que sepas. Primero, dime... Espera un momento. ¿Qué pasó con los mensajes? ¿Los entregaste? ¡Deja de comer! Diablos, hombre, ¿eres un salvaje o qué? Llego aquí burlando a la policía, y tú no dejas de comer esas patatas. Suelta ese cuchillo de una vez o te mataré. Vamos; me he arriesgado a venir para hacerte unas preguntas. Apresúrate y cuéntamelo todo.

Gypo suspiró levemente y se limpió los labios con la manga del brazo derecho. Luego dejó el cuchillo sobre la mesa y tragó la comida que tenía en la boca.

—Siempre has sido un loco —rezongó—, y no veo que la primavera te haya mejorado. Te lo contaré todo si tienes un poco de paciencia. Entregué tus mensajes a tus padres y al Comité Ejecutivo. Tu padre me echó a patadas, como si fuese un perro, y me dijo que te podías ir al cuerno. Tu madre me siguió hasta la calle llorando y me puso media libra en la mano para que te la diera. No sabía dónde podía verte y tenía hambre, así que me la gasté. Bueno...

McPhillip le interrumpió murmurando un juramento. Luego fue presa de un ataque de tos. Cuando se calmó, Gypo continuó hablando.

—Bueno —prosiguió Gypo—. Ya sabes lo que pasó en el Comité Ejecutivo. Mandaron a un hombre a decírtelo. No me habría extrañado que hubiesen enviado una carta a los periódicos diciendo que ellos no tenían nada que ver con la huelga. Habría sido una fanfarronada, y ¿a quién le importa? Pero te juro por Dios que, cuando fui a llevarles el informe, casi me liquidan. El comandante Gallagher quería mandar unos cuantos hombres para que te eliminaran a ti también, pero los otros tipos le convencieron de que no lo hiciera. De todos modos, me expulsaron de la Organización, y a ti también, a pesar de que, tú lo sabes bien, Frankie, yo no tuve nada que ver con el asesinato. Y...

—¡Qué día...! —empezó a decir McPhillip airadamente, golpeando la mesa; pero empezó a toser de nuevo.

Gypo siguió haciendo caso omiso de la tos.

—La policía me detuvo, pero no encontraron pruebas, así que me dieron, una buena paliza y me soltaron. ¡Desde entonces no he dejado de vagar como un alma en pena, medio muerto de hambre!

—¿Qué me importa a mí el Comité Ejecutivo? —gruñó McPhillip, enojado, recuperando el aliento—. No quiero saber nada de comités ejecutivos ni de organizaciones revolucionarias. ¡Malditos sean todos! Quiero saber de mis padres. ¿Cómo están, Gypo?

Gypo adelantó el grueso labio inferior y miró fijamente a McPhillip con los

ojos dilatados. En las oscuras profundidades de sus ojos pareció reflejarse un destello de tristeza, pero sería difícil de afirmar. Su cara era tan ruda y firme, que la expresión que en otro rostro podría ser calificada de triste, en el suyo era meramente una expresión de sorpresa. Por primera vez notó lo pálida que McPhillip tenía la cara, el rubor febril, los accesos de tos, los movimientos agitados y el terror evidente reflejado en aquellos ojos que solían ser tan osados.

—Frankie —dijo Gypo con su voz grave, lenta, desapasionada—, tú estás enfermo. ¡Caramba, tienes un aspecto que cualquiera diría que te estás muriendo!

McPhillip se sobresaltó y miró a su alrededor alarmado, como si esperara ver la muerte detrás de él, dispuesta a echársele encima.

—Come algo —continuó diciendo Gypo—, te calentará el cuerpo.

Al mismo tiempo empezó a comer de nuevo con voracidad, como un animal fuerte y enorme, engullendo la única comida del día. Las manos grandes y rojizas, con unos dedos que parecían tronchos de col, cogían el tenedor y el cuchillo tan groseramente que aquellos frágiles utensilios parecían correr el peligro de ser triturados como algo muy valioso y delicado al ser recogido por la punta de la trompa de un elefante. Pero McPhillip no aceptó la invitación. Contempló la comida durante unos segundos con el ceño fruncido, como si tratase de desentrañar qué era y para qué servía aquello, y después volvió a hablar.

—Ya sé que estoy listo, Gypo, y por eso he venido. Estoy tuberculoso.

Gypo se sobresaltó. En aquel instante le acometió una idea insensata y monstruosa.

—He venido para ver si logro sacarle un poco de dinero a mi madre. Quiero verla antes de morir. Cristo, lo pasé muy mal, Gypo, allá en las montañas todo el invierno, con la pistola en la mano de noche y de día, durmiendo en cualquier agujero, con el viento soplando toda la noche, aullando como un ejército de demonios. Cada ráfaga de viento me parecía una voz humana, y yo permanecía allí agazapado escuchándolas. Cristo...

De nuevo empezó a toser y tuvo que callar. Gypo no le escuchaba. No había oído ni una palabra. Una idea monstruosa se le había metido en la cabeza, como una bestia grotesca surgiendo de la selva para penetrar en un lugar civilizado donde los niños estuvieran solos. No oía las palabras ni la tos de McPhillip, aunque la idea monstruosa se relacionaba con él.

—Así que me dije que también podía arriesgarme a venir a la ciudad en vez de quedarme allí muriéndome de hambre, con el frío, el hambre y esta tos. Así que he venido a verte a ti, Gypo, en primer lugar, para saber cómo están las cosas. ¿Han puesto vigilancia en mi casa?

—¡Al diablo la vigilancia! —contestó Gypo súbitamente, y luego se sobresaltó, alargando la mano hacia McPhillip al mismo tiempo que profería una breve exclamación.

Sus ojos tenían una mirada amenazadora, y la boca se le abría como si

acabase de ver un espectro. La mente de Gypo no veía nada más que aquel ogro grotesco que le daba vueltas en la cabeza.

McPhillip se inclinó hacia adelante. Gradualmente, sus ojos se fueron entrecerrando y su mirada adquirió un brillo feroz. Las comisuras de los labios se curvaron hacia arriba y frunció el entrecejo. Se puso a temblar.

—¿Qué pasa, Gypo? —siseó—. Habla, Gypo, o te...

—Hizo un rápido movimiento con la muñeca de la mano que empuñaba la automática—. La policía me busca, Gypo, y me estoy muriendo, o sea, que igual me da utilizar las veinticuatro balas que me quedan de una manera que de otra. Les he hecho una muesca en la punta para que abran un buen agujero. También hay una para mí.

—Se estremeció como si aquel pensamiento le causara un dulce placer. Luego frunció el ceño violentamente y casi llegó a descubrir el cañón de la pistola de la funda. Su voz era casi inaudible—. Dime cómo están las cosas sin rodeos, o te llenaré de plomo.

Miró fijamente a Gypo, empuñando la pistola, con el brazo derecho rígido hasta el hombro, dispuesto a sacar el arma y disparar en un segundo. Gypo le miró a los ojos sin dar muestras de emoción alguna, ni de temor, ni de sorpresa. Con la uña del dedo índice de la mano derecha extrajo una fibra de carne del intersticio de dos dientes. Chasqueó los labios y, luego, se encogió de hombros. El espectro se había esfumado súbitamente de su mente, sin que él hubiese logrado dar en el quid.

—No tienes por qué hablarme así, Frankie —murmuró con desgana—. La única razón por la que no quería decirte nada, era porque no quería...

De nuevo le pasó por la mente aquella cosa espantosa, y enmudeció, sobresaltándose. Pero casi de inmediato continuó hablando con voz forzada. Empezaba a sentirse avergonzado de aquel espectro como si ya hubiera atendido las horribles sugerencias que le hacía, aunque no las comprendía.

—No quisiera arriesgarme a enviarte a la boca del lobo. No sé si vigilan tu casa o no, ¿comprendes? Generalmente, paso por Titt Street, pero no he vuelto a acercarme al número 44 desde aquella noche en que fui a llevar tu mensaje, y tu padre me dijo que no volviera a poner los pies en aquella casa. Tal vez la vigilan, o tal vez no. Pero si te digo que no, y tú vas y te pescan, ¿sabes...?

—¿Qué pretendes insinuar, Gypo? —rugió McPhillip con desconfianza.

—Nada —contestó Gypo, lanzando una ruidosa carcajada—. Pero te has presentado tan de repente, y ya no sé qué estoy diciendo. ¿Sabes? Hace seis meses que me siento muy confuso, dando vueltas por ahí, y he podido morirme congelado, echado en O'Connell Street con un palmo de hielo en el suelo, sin que nadie me diera ni un penique. Estos...

—Oh, deja de hablar de ti y del hielo, y dime lo que tengas que decir.

—No te enfades, Frankie. Eso es lo que iba a hacer. Eso es lo que iba a hacer, hombre. El otro día me pescaron por la calle y me hicieron muchas preguntas acerca de ti. Todavía andan buscándote. El sargento McCartney,

con otro policía, estaba allí. Este detective, el sargento McCartney, es un mal sujeto. ¡Hum!, es un bribón y no es preciso esconderse detrás de un muro para decirlo. Juró que te echaría el guante, muerto o vivo. «No daría ni un penique por su cargo», le dije, asimismo, y me miró con unos ojos que te habrían dejado patitieso.

—Dijo que me atraparía, ¿no es cierto? —murmuró McPhillip como en sueños.

Súbitamente dejó de interesarle todo cuanto le rodeaba. Su mirada se posó, vacía, en un punto de la mesa, hacia su derecha.

Gypo miró rápidamente hacia el sitio en que se había posado la mirada de McPhillip. No vio nada. Volvió a mirar el rostro de McPhillip y frunció el entrecejo. Luego dejó escapar un sonido gutural y empezó a comer, de nuevo, apresuradamente. Soplaba la comida, para enfriarla, antes de llevársela a la boca. Masticaba ruidosamente.

McPhillip contempló la mesa durante largo rato. Su mano derecha jugaba nerviosamente con la culata de la pistola. La izquierda golpeaba la mesa. Entonces, un brillo extraño apareció en sus ojos. Inesperadamente, se puso a reír. Era una risa extraña. Gypo se sobresaltó.

—¿Qué te pasa, Frankie? —inquirió con voz aterrorizada.

—Nada —repuso McPhillip, estremeciéndose—. Déjame comer algo.

Empezó a comer con verdadera ansia, utilizando su cortaplumas como cuchillo y tenedor. Hacía tiempo que no comía. No saboreaba la comida, sino que la engullía a gran velocidad.

Gypo también comía, pero sin dejar de mirar a McPhillip. Cada vez que sus ojitos errabundos se encontraban con los de McPhillip, se achicaban y se tornaban muy penetrantes. Seguidamente se pasaba la lengua por las muelas, haciendo un ruido como si succionara.

Por último, McPhillip dejó de comer. Limpió el cortaplumas en los pantalones y se lo guardó en el bolsillo.

—Gypo —dijo lentamente—, ¿hay policías vigilando mi casa, la casa de mi padre en Titt Street?

Gypo, por toda respuesta, meneó la cabeza. Tenía la boca llena. Engulló la comida, se tocó la frente con la punta del tenedor, pensativamente.

—Déjame pensar —dijo, por fin—. Sí. Pusieron un par de policías, para que vigilasen la casa, después de Navidad. Luego los quitaron. Según tengo entendido, no volvieron a ponerlos, pero creo que de vez en cuando alguno va a hacer preguntas. Por supuesto que pueden haber mandado alguno de la secreta también. Sólo Dios sabe quién suministra información al gobierno, y quién no. Nunca se sabe con quién estás hablando. No había visto nunca nada como esto. Te diré algo, Frankie: la clase trabajadora no se merece que luchemos por ella. Creen que te fuiste a los Estados Unidos, pero de todos modos sería peligroso que te acercaras por allí ahora. Lo siento, pero no tengo dinero para darte, para que pudieses...

—¿Dónde diablos has aprendido toda esta cháchara? —preguntó McPhillip

súbitamente, mirando a Gypo con recelo—. Nunca te había oído hablar tanto en un solo día, ni en una semana. ¿Acaso vas a la universidad ahora, en tus ratos de ocio, o qué?

McPhillip empezó a golpear la mesa de nuevo. Se quedaron callados. Gypo, distraídamente, se puso en la boca las sobras que quedaban en el plato con la hoja del cuchillo. Cuando el plato quedó totalmente vacío, dejó caer el tenedor y el cuchillo dentro. Luego ensanchó el pecho, frotando las palmas de las manos a lo largo del mismo.

De pronto, McPhillip lanzó un juramento, poniéndose en pie. Se quedó mirando la mesa, como si estuviera soñando, durante largo rato. Gypo, con sus pobladas cejas estremecidas, le miró a la cara. Al mismo tiempo se mondó los dientes con la uña del pulgar izquierdo. Finalmente, McPhillip aspiró profundamente a través de los dientes, como si sorbiera un helado.

—Bueno —dijo, con la mirada clavada todavía en la mesa—. Mi padre está en casa ahora, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Gypo—, Ayer le vi. Estuvo trabajando en el Pool, pero esta última quincena ya estaba de vuelta. Me parece que está trabajando en una casa nueva en Rathmines.

—Bueno —volvió a decir McPhillip. Levantó los ojos, miró a Gypo con fiereza y sonrió de una manera curiosa—. Hasta la vista, Gypo, a menos que la policía me eche el guante.

Mientras hablaba, parecía absorto en sus pensamientos. La cara se le estremeció al mismo tiempo que se le ensombrecía. Luego, riendo, se encogió de hombros. Saludó dos veces con la cabeza y giró sobre sus talones. A grandes zancadas, salió apresuradamente del comedor.

Gypo, sin moverse, permaneció largo rato mirando hacia el sitio por donde había desaparecido. Había acabado de mondarse los dientes. No hacía más que mirar fijamente la puerta por donde había salido McPhillip. Después, gradualmente, su mente empezó a llenarse de insinuaciones. Frunció el ceño. Empezó a moverse inquieto. Por último, se levantó. Recogió el plato, el cuchillo, el tenedor y el salero. Se dirigió al pasillo y lo puso todo dentro de un armario que la administración facilitaba a los residentes. El armario no le pertenecía. Él no tenía armario, porque sólo era un huésped ocasional, puesto que carecía de ingresos regulares para pagar el alquiler semanal de una cama. El armario era de un carretero conocido de Gypo. Éste había visto cómo el carretero guardaba la cena del día siguiente en el armario sin cerrarlo con llave. Gypo sabía también que aquel hombre no volvería hasta las diez de la noche. Por lo tanto, se comió la cena.

Puso los utensilios dentro del armario, y se alejó adoptando un aire distraído. Se sentó en el extremo de uno de los bancos de los arcos de las ventanas. Hurgó en los bolsillos de sus pantalones y fue juntando unas cuantas colillas. Luego se dedicó a deshacerlas con sumo cuidado, depositando el tabaco en la palma de la mano derecha. Acto seguido le pidió un papel de fumar a un viejo que estaba sentado a su lado. El viejo no tenía, y se lo dijo

blasfemando airadamente. Gypo frunció el entrecejo al mismo tiempo que husmeaba como si olfateara al viejo. Luego se dirigió a un joven que pasaba y le pidió un papel de fumar. El muchacho se detuvo y le dio uno de mala gana. Gypo lo tomó en silencio, sin decir nada, ni agradecérselo con un movimiento de cabeza. Hizo el cigarrillo y lo encendió acercándolo a la llama de gas. Volvió a sentarse, cruzó las piernas y, relajándose, empezó a fumar.

Parecía como si tratara de percibir ruidos lejanos, mientras descansaba blandamente en aquel banco, sumido en la penumbra del corredor.

Durante un instante, el aroma y el gusto del tabaco le proporcionaron un inmenso placer. No pensaba en el hecho de que no tenía una cama donde pasar la noche, ni en el encuentro con McPhillip. Después, lentamente, frunció el ceño. Empezaron a estremecérsele los penachos de las cejas. Cuando aspiraba el humo del cigarrillo, un resplandor brillante le aureolaba la cara, y los bultos de su rostro adquirían relieve, lustrosos y suaves. Se removió en el banco. Primero descruzó las piernas. Seguidamente las volvió a cruzar. Empezó a golpearse la rodilla con la mano derecha. Suspiró. El cigarrillo se consumió hasta quemarle los labios sin que él se diera cuenta. Luego lo escupió, y la colilla le cayó encima del pecho; se puso de pie de un salto.

Se quedó mirando el suelo con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones. Parecía preocupado, pero no estaba pensando. Al menos en su mente no había ninguna idea concreta. Dos hechos le daban vueltas en la cabeza, produciendo aquel sordo rumor original, que es el germen del pensamiento y que la gente cansada experimenta cuando el cerebro fatigado ha agotado todas las energías. Había dos hechos que le preocupaban. Primero, el hecho de su encuentro con McPhillip. Segundo, el hecho de que no tenía dinero para alquilar una cama donde pasar la noche.

Estos dos hechos formaban una masa amorfa. Pero le faltaba el coraje suficiente para separarlos y colocarlos adecuadamente yuxtapuestos con el fin de descubrir su relación. Se limitaba a contemplar el suelo.

En aquel instante, un corredor de apuestas borracho, que se llamaba Shanahan, tropezó con él. Gypo se hizo a un lado profiriendo un juramento sordo. Se sacó una mano del bolsillo, con los dedos curvados como las garras de un ave. Shanahan, inclinado hacia adelante, por causa de la debilidad que le producía la borrachera, miró fijamente a Gypo con sus ojos azules totalmente enrojecidos. Gypo se volvió, encogiéndose de hombros. En otro momento habría aprovechado, de buena gana, la oportunidad para pedirle que le prestara un par de chelines. Shanahan siempre se mostraba dispuesto a prestarle unos chelines cuando estaba ebrio. Con un chelín, Gypo conseguiría una cama donde pasar la noche, y además podría tomar un ligero desayuno por la mañana. Diez minutos antes, un *rencontre* como aquél a Gypo le habría parecido una auténtica chiripa. Pero, ahora, aquellos dos hechos malditos le daban vueltas en la cabeza, y no tenía conciencia de nada más.

Salió de la House y emprendió el camino hacia la B-Road.

Caminaba con las manos metidas en los bolsillos, despacio, notando el roce de los muslos con la tela del pantalón. Parecía que arrastraba las enormes botas, pues casi no levantaba los pies del suelo. Sus caderas se balanceaban al avanzar los pies. Tenía la vista fija en el suelo. Los labios, fruncidos. El sombrero ajado, de color castaño, absurdamente colocado en lo alto de la cabeza, era demasiado pequeño para su cabeza cuadrada, con el ala levantada en todo su derredor. Cuando una ráfaga de viento, cargada de pequeñas piedrecitas, le azotaba el rostro y el cuerpo, la ropa se le hinchaba, y él fruncía la nariz de patata con una mueca airada.

Contemplaba el escaparate de una talabartería de Dame Street, cuando se dio cuenta de la relación existente entre aquellos dos hechos. Estaba admirando unas espuelas brillantes, y, de pronto, se le contrajo el rostro. Los ojos se le dilataron como si hubiese visto algo espantoso. Miró a su alrededor con recelo, como si estuviese a punto de robar por primera vez. Luego se alejó apresuradamente. Pasó por calles y callejones, camino del río. Cruzó la calzada hasta el muro que bordeaba el río. Acodándose en el muro, escupió en las aguas oscuras. Con los puños bajo el mentón se quedó completamente inmóvil, pensando.

Contemplaba el súbito descubrimiento que había hecho su mente respecto de la relación que existía entre su falta de dinero y el encuentro con Francis Joseph McPhillip, a quien buscaba la policía por un asesinato cometido durante la huelga de los obreros agrícolas que tuvo lugar en M- durante el último mes de octubre. Un silencio terrible reinaba en su mente.

De vez en cuando miraba a su alrededor, resoplando por la nariz. Roncaba, husmeaba el aire y se frotaba los ojos. Después volvía a apoyarse en la baranda y descansaba el mentón sobre las manos cruzadas. Permaneció en esta postura durante una media hora. Por último, se irguió. Extendió los brazos por encima de la cabeza. Bostezó. Hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Luego, con los ojos clavados en el suelo, se alejó con el mismo paso cansino de antes.

Cruzó el río y penetró en un laberinto de sórdidas callejuelas, siempre con la mirada fija en el suelo, hasta que llegó a la esquina de una calle donde había un farol encendido colgado sobre una puerta, hacia la mitad de la manzana, en el lado derecho de la calle. Era una comisaría de policía. Contempló el farol con los ojos muy abiertos durante un instante. Casi durante un minuto. Luego dejó escapar una exclamación:

—¡Hum!

Después echó un vistazo hacia todos lados.

La calle estaba desierta. Lloviznaba. Examinó el callejón, los almacenes del lado de la calle donde se encontraba, la blanca pared del otro lado. Luego, sus ojos volvieron a quedar fijos en el farol colgado sobre la puerta de la comisaría de policía. Suspiró profundamente y empezó a caminar despacio, siempre con aquel paso lento y pesado, en dirección al farol.

Subió los peldaños pesadamente, de uno en uno, haciendo un fuerte ruido.

Abrió la puerta de un puntapié sin sacarse las manos de los bolsillos. En el vestíbulo, se encontró ante un oficial que llevaba un casco negro, de forma cónica, y que se estaba poniendo los guantes. Gypo se detuvo; miró al oficial.

—Vengo a reclamar la recompensa de veinte libras ofrecida por el Sindicato de Campesinos a cambio de información relacionada con Francis Joseph McPhillip —dijo con voz grave y calmosa.

CAPÍTULO II

A las siete y treinta y cinco minutos, Francis Joseph McPhillip se disparó un tiro que le causó la muerte cuando trataba de escapar del número 44 de Titt Street, la casa de su padre. La casa había sido rodeada por el sargento McCartney y diez hombres. Colgado por la mano izquierda del alféizar de la ventana del dormitorio interior del segundo piso, McPhillip le colocó dos balas en el hombro izquierdo a McCartney. Cuando intentaba disparar de nuevo, le resbaló la mano izquierda y perdió su asidero. El cañón de la pistola golpeó el canto del antepecho de la ventana. La bala salió disparada hacia arriba y se alojó en el cerebro de McPhillip después de penetrar por la sien derecha.

Cuando le recogieron del cajón de naranjas, en el jardín posterior donde había caído, estaba muerto.

CAPÍTULO III

A las ocho y veinticinco minutos, Gypo salió de la comisaría de policía por una puerta de la parte posterior del edificio. En el bolsillo llevaba veinte libras en billetes, la recompensa por haber delatado a Francis Joseph McPhillip.

Se deslizó rápidamente a lo largo de un pasaje angosto que desembocaba en un callejón oscuro. En el callejón no había nadie. Así parecía al principio. Pero mientras Gypo permanecía escondido en el portal de una vieja casa deshabitada, taladrando la oscuridad con ojos fieros, oyó el ruido de unos pasos. Los pasos le sobresaltaron. Eran los primeros pasos de pies humanos, el primer ruido de seres humanos que oía desde que se había convertido en un delator y... y en un paria.

Inmediatamente notó que los pasos se tornaban amenazadores, como si hubiese tenido la certeza de que pertenecían a alguien que andaba siguiéndole. ¡Qué cosa tan extraña! En el transcurso de noventa minutos, el ruido habitual de unos pasos humanos se había convertido, por medio de algún milagro diabólico, en algo amenazador. Noventa minutos antes, sus oídos no habrían percibido el ruido de unos pasos humanos, como no habrían reparado en el sonido del aire al salir normalmente de los pulmones. Pero ahora se habían alertado a causa del ruido que se acercaba por la izquierda. El corazón empezó a latirle aceleradamente.

Por supuesto que no era nadie importante. Sólo se trataba de una vieja haraposa de mala fama, de rostro depravado y ojos melancólicos. Se detuvo tambaleándose delante de él, murmurando algo ininteligible. Luego mostró sus dientes cariados. Escupió y se alejó sin decir nada. ¿Era una señal de mal agüero? Gypo no advirtió que lo fuera. Sólo escuchaba el ruido de los pasos, al chapotear descuidadamente con los pies en los charcos.

Luego miró hacia adelante furtivamente y empezó a caminar escuchando atentamente, curvándose como el que deambula solo de noche por una selva donde los leones están al acecho. Dobló la esquina y se encontró ante el resplandor intenso de una calle bien iluminada, llena de comercios y de gente. Al principio se estremeció de miedo. Después blasfemó y respiró profundamente. ¿Qué podía temer? Conocía aquella calle. ¿Quién se atrevería a interponerse en su camino? Los dedos de sus manos de gigante se curvaron como las garras de un ave de rapiña, y los músculos del cuello y de los hombros se le endurecieron. Imaginaba que estaba estrangulando a los enemigos que pudieran tener deseos de atacarle. Se sintió confortado cuando la presión de los músculos le recordó la enorme fuerza que tenía. Se encasquetó airosamente el sombrerito redondo en la parte posterior de la cabeza. Hundió las manos en los bolsillos de los pantalones. Flexionó las piernas y empezó a caminar como un marinero de permiso, con arrogancia, por la calle iluminada.

Con paso lento, ágil, desdeñoso, cruzó la calle entre el tránsito sin detenerse,

sin apartarse, sin mirar a derecha ni izquierda. Los automóviles, los carros, las bicicletas y los carretones se desviaban para esquivarle. Avanzaba sin mirarlos, como un monstruo enorme que caminara entre una hilera de hormigas entregadas a sus fútiles y minúsculas tareas alrededor de sus pies. Se daban la vuelta para insultarle, pero los que le veían la cara se tragaban la saliva y eran engullidos por la noche con el insulto a flor de labios. Su cara, con las gibas brillantes bajo el resplandor de los faroles, parecía una máscara sutil. Parecía... parecía muerta.

Cruzó la calzada en línea recta hasta la cervecería. Abrió la puerta de vaivén con la punta del pie, sin sacarse las manos de los bolsillos, tal como había hecho en la comisaría de policía. Tiró un billete de una libra sobre el mostrador, golpeando con la palma de la mano, y pronunció una sola palabra:

—¡Chop!

No alzó la vista del mostrador hasta que le sirvieron la cerveza. Levantó la jarra hasta la altura de la cabeza y la vació de un trago. Dejó escapar un profundo suspiro al tiempo que acercaba la jarra vacía al camarero. Asintió con la cabeza. Después de guardarse el cambio, cogió la nueva jarra llena, se dirigió hacia un rincón y se sentó.

Entonces se dispuso, definitivamente, a elaborar un plan de acción. Era algo que se había convertido en hábito, tanto para McPhillip como para él. Cada vez que acababan de realizar alguna «gesta», inmediatamente se encaminaban a una cervecería, pedían unas cervezas y se sentaban a planear una coartada.

«Nunca te preocupes por tu escapatoria hasta que esté el trabajo listo», solía decir McPhillip.

De pronto, Gypo se dio cuenta de lo listo que era McPhillip. Tenía mucha facilidad para hacer planes. Se le ocurrían uno tras otro, como si fuesen relámpagos. Gypo nunca se había preocupado de hacer planes. Solía decirle a McPhillip, con una extraña mirada vidriosa:

«Mac, tú quédate con el mejor bocado. Yo me encargaré del trabajo rudo, y tú dedícate a pensar. Me sorprende la facilidad con que lo haces, camarada.»

Ahora, por vez primera, se daba cuenta de lo difícil que resultaba hacer proyectos sin la ayuda de McPhillip. El tener que pensar él solo, se le hacía endemoniadamente difícil. Se le confundían las ideas y no sabía por dónde empezar. Se concentró varias veces, con los labios apretados y la espalda rígida, como cuando un caballo tensa los músculos para hacer un gran esfuerzo al tener que arrastrar un peso enorme, pero no servía de nada. No podía soportar el peso que parecía gravitar sobre su cerebro cada vez que intentaba exprimirlo para obtener información. Sentado en un banco de pino, en el fondo de la cervecería, con las piernas cruzadas, y la jarra en la mano derecha, con el codo apoyado en la rocalla y la espuma chorreando lentamente sobre la punta de la bota, miraba el suelo, agónicamente sumido en un embrollo de pensamientos. Su sombrerito ajado de color castaño en lo alto de la cabeza parecía un amuleto mágico, dotado de razón y sabiduría, haciendo guardia sobre su tuerza estúpida.

Todavía no había conseguido aclarar las ideas para iniciar aquella endiablada tarea de elaborar un plan, cuando fue interrumpido por la llegada de Katie Fox. Se había sentado a su lado sin que él se diera cuenta de que estaba allí. Se encontraba tan abstraído, sumido en su lucha mental, que ella le dio un codazo y le habló antes de que él notara su presencia.

—¿Qué tal, Gypo? —preguntó con su voz aguda y dura, al tiempo que le hundía el codo en las costillas—. ¿Eres lo suficientemente rico como para invitarme a tomar un trago?

Gypo se puso de pie de un salto, derramando la mitad de la cerveza de la jarra. La miró con pánico, jadeando. En ese instante la reconoció y volvió a sentarse, aturdido y desconcertado por la exteriorización de sus emociones que acababa de hacer.

—Hola, Katie —murmuró, simulando estar enojado—, no deberías presentarte de esta manera. Levanto los ojos y ahí estás tú, golpeándome las costillas. ¿Por qué diablos no me has llamado, como siempre?

Ella se puso las manos delgadas, surcadas de venas rojas, sobre las caderas y le miró estupefacta, en parte, porque estaba verdaderamente sorprendida, y, en parte, por la tendencia a exagerar los gestos, los movimientos y las frases que caracteriza de una manera peculiar a las mujeres de los barrios bajos de Dublín. Katie era una mujer de los barrios bajos. Su padre había sido empleado de la Corporación, y su madre hacía de criada. De jovencita, Katie había trabajado en una fábrica de galletas. La belleza de su cuerpo y el trabajo agotador de la fábrica engendraron su descontento. Se afilió a la Organización Revolucionaria. Habían pasado seis años desde entonces. Después de este primer salto para abandonar el camino recto de la tremenda respetabilidad y conservadurismo de la mujer de los barrios bajos, fue conducida por su exceso de sentimentalismo de un pozo a otro. Por último, abandonó todo vestigio de respetabilidad después de ser expulsada de la Organización Revolucionaria, acusada de practicar la prostitución en la vía pública. Se había convertido en una mujer abandonada, así considerada incluso entre las prostitutas del barrio de los burdeles, en una morfinómana, en una estropajosa, en una criatura irresponsable. Todavía conservaba vestigios de su belleza juvenil en el fondo de sus ojos azules, que eran melancólicos y aparecían fatigados y se crispaban en los rabillos; en su esbelta figura, ahora cada vez más demacrada; en su negra cabellera, que le caía enmarañada sobre la cara desde el borde del pingajoso sombrero rojo. Pero su boca, ese indicador tan revelador del vicio, había perdido totalmente las suntuosas pero delicadas curvas de la adolescencia inocente y de la madurez florida. Sus labios se torcían hacia abajo en las comisuras. En el centro, estaban hinchados. Habían perdido el color, restituido con una vulgaridad escandalosa mediante un afeite barato. Su pobre alma atormentada asomaba a su rostro joven, envejecido antes de que los años hubiesen tenido tiempo de surcarlo de arrugas, triste, impasible y atónita.

Adelantó el mentón y ladeó la cabeza, torciendo las comisuras de los labios,

de un lado más que del otro.

—Pienso demasiado —dijo lentamente, curvando los labios y haciendo muecas mientras hablaba—. Por eso me he acercado silenciosamente y me he sentado a tu lado. Te he visto por casualidad, ratoncito mío, mientras hablaba con Biddy Mac a la vuelta de la esquina de la cervecería de Kane. Así que he venido con el propósito de conversar contigo tranquilamente. Pero está claro como el agua que no quieres nada conmigo. Por lo menos mientras tengas dinero para llenarte de cerveza. Esta mañana era otra historia, ¿no es cierto?, cuando me pedías unas monedas para tomar una taza de té, mientras que yo llevo tres días seguidos sin saber cuál es el color de media corona. Oh, entonces...

—Ahora cierra el pico, ¿quieres? —la interrumpió Gypo, excitado—. Ésa no es manera de hablarle a un hombre. Por supuesto que no era eso lo que yo quería decir. Sólo que te has presentado tan de golpe... ¿Qué quieres tomar?

Katie le miraba con resentimiento, todavía con el mentón desafiante, la cabeza ladeada, los labios torcidos y las manos sobre las caderas.

—Una ginebra doble —murmuró, sin apartar los ojos de la cara de Gypo.

Gypo se levantó y se acercó, con la cabeza gacha, al mostrador a buscar la bebida. Los ojos de la mujer le siguieron con una expresión astuta, sin dejar de menear la cabeza lentamente, con la mirada fija en su inmensa espalda.

Sus relaciones con Gypo eran tan irregulares que resultaba difícil describirlas con pocas palabras. Indudablemente, no era su esposa, y tampoco podía decirse que era su amante. Pero sus relaciones tenían unas características que se adecuaban tanto al matrimonio legal como al concubinato, cuando éste está santificado por el amor natural. Katie amaba a Gypo porque era fuerte, grandote, callado, y quizá también porque era estúpido, y su «astucia» innata siempre sería capaz de engatusar su cerebro de gorrión. Siempre que Gypo tenía dinero en el bolsillo lo derrochaba con ella. A veces, cuando él no tenía ni un penique, le llevaba a su casa y le preparaba un buen desayuno. En general, eran buenos amigos. Durante los seis meses siguientes al día que expulsaron a Gypo de la Organización Revolucionaria y se quedó sin amigos ni dinero ni trabajo, Katie se había interpuesto entre él y la muerte, al evitar que se muriese de hambre o de frío. Ella le amaba a su manera. Los últimos residuos de su femineidad le querían como habrían podido querer a un camarada. Pero aquellos pingajos de amor se escondían cautelosamente en medio de la espesa maleza del vicio que brotaba a su alrededor. Sólo muy de vez en cuando afloraban y cubrían el páramo desierto de su alma con el calor y el brillo de su luz. Cada uno de sus actos amables y piadosos dedicados a su torpe gigante tenía como contrapartida una serie de actos viciosos y despiadados. En cambio, Gypo, con la indiferencia del hombre fuerte y sano, la aceptaba a ella como si fuese un elemento más de la vida, como el aire fresco y la comida. Sólo notaba su ausencia cuando la necesitaba.

Gypo le trajo la ginebra y le alargó el vaso. Ella se la tomó en silencio.

Sorbía lentamente, sosteniendo el vaso cerca de los labios, con la vista fija en el suelo mientras bebía, estremeciéndose de vez en cuando, como si el licor estuviera helado. Gypo la contemplaba con el rabillo del ojo, desconfiadamente.

—¿Qué te trajo por aquí? —preguntó finalmente.

Estaba sumamente irritado por el hecho de que ella se hubiese presentado, justo en aquel momento, cuando el dinero de la traición todavía le quemaba en el bolsillo, sin haber tenido tiempo de encontrar una excusa plausible que justificara su posesión. Se sentía irritado, pero de una manera confusa e ignorante. No había sido capaz de acertar con una excusa plausible ni siquiera para su irritación.

Katie sostenía el vaso vacío vuelto hacia abajo y miraba a Gypo con los ojos azules casi cerrados.

—Caramba, ¿qué te pasa, cariño? —preguntó, arrogante, envalentonada por la ginebra—. ¿Por qué no podía venir aquí si se me ocurría? No estoy al servicio de ninguna institución benéfica a tanto la hora, para no interponerme en vuestro camino, honorable señor, ¡ja, ja!, cuando a vuestra excelencia le place venir a esta cervecería. No hay ninguna ley que me prohíba rondar por estos andurriales a esta hora, ¿no es cierto?

A medida que hablaba se iba encendiendo su ira. Tenía la impresión de que Gypo le ocultaba algo importante, y que el hecho de haberse presentado en aquel instante le otorgaba algún poder sobre él. Aquella intuición peculiar de la mujer de los barrios bajos penetraba la superficie de la turbación de Gypo, pero no lograba determinar su auténtica naturaleza. Se echó la chaqueta hacia atrás con la mano izquierda y dejó descansar la mano sobre la descolorida blusa rojiza, sobre el corazón. ¡Qué pequeños eran sus pechos!

—Escucha, Katie... —empezó a decir Gypo.

Pero ella le interrumpió inmediatamente. No había hecho más que esperar que Gypo empezara a hablar para interrumpirle. Se sentía feliz cuando se le presentaba la oportunidad de «entrometerse» de aquella manera.

—¡Vete al cuerno —exclamó—, nariz de patata! Te conozco. Sí. Eres un sinvergüenza. Todo anda bien mientras no tienes un penique. Pero en cuanto te sientes satisfecho, después de una buena comida, y oyes tintinear unas monedas en tu bolsillo, yergues la cabeza y no conoces a nadie. ¿Sabes qué te digo, Gypo? ¿Sabes qué te digo? Que eres un pícaro mezquino, embustero y tramposo. Pero ya te conozco, bacalao. A partir de este momento, no esperes nada de mí, ratoncito mío. Se terminó; ya te apañarás tú solo.

Gypo se puso nervioso, sin saber qué hacer con su enorme cuerpo. Tenía ganas de alargar la mano y pegarle un puñetazo en la mandíbula. Una bofetada la habría dejado sin sentido. Pero nunca había pegado a ninguna mujer, nadie sabe a causa de qué oscura aprensión. Sin embargo, estaba terriblemente harto de aquella mujer. Ahora que tenía dinero en el bolsillo, a pesar de no haber decidido qué haría con aquellos billetes, tenía ganas de librarse de ella.

—¡Calla! —gritó airadamente—, o te dejaré frita. ¿No te he invitado a tomar una copa? —Luego añadió, con indiferencia—: ¿Quieres otra?

Katie todavía le observaba atentamente. De pronto se produjo un cambio. Algo alteró su razonamiento peculiar, y cambió de actitud.

—No hagas caso de lo que te he dicho, Gypo —continuó diciendo en voz baja, dolorida, mirando el suelo, con el labio inferior caído, como una persona abatida y absolutamente destrozada por una persistente calamidad—. ¡Dios Todopoderoso, el mundo es tan cruel que una pierde la cabeza! ¡Todo es miseria, miseria, miseria, y sólo miseria! Tú estás tan listo como yo, Gypo, así que ya sabes lo que quiero decir. Nadie se apiada de nosotros. ¿Por qué es así, me lo quieres explicar, Gypo? ¿Acaso Dios también está en contra de nosotros? ¡Ja, ja!, claro que ambos fuimos comunistas y miembros de la Organización Revolucionaria, por eso sabemos que Dios no existe. Pero, suponiendo que Dios existiera, ¿qué diablos hace...?

—¡Katie —gritó Gypo furiosamente—, no hables así! Deja a Dios en paz.

—Que Dios me perdone; tienes razón —dijo Katie, empezando a sollozar.

Pero se sobrepuso súbitamente, con sorprendente rapidez, y se volvió hacia Gypo casi con severidad. Sus ojos se le entornaron ligeramente y una sonrisa rara y atractiva le iluminó el rostro. Un vestigio de belleza apareció bajo la influencia de la sonrisa, un vestigio de belleza y de alegría.

—Dime de dónde has sacado el dinero, Gypo. Esta mañana no tenías ni un penique.

Gypo se sobresaltó contra su voluntad y la miró con terror. Luchó violentamente, tratando de formular una excusa para justificar su súbita riqueza. Se encolerizó consigo mismo por no haber trazado un plan. Inconscientemente, maldijo a McPhillip, a quien él había enviado a la muerte, por no haber elaborado un plan. Contemplaba a Katie con los ojos brillantes y los labios entreabiertos. Luego se inclinó hacia ella, tratando de hablar, pero no dijo nada. Pero ella le malinterpretó.

—Sí —dijo—, ya sabía que tenías miedo. ¿Has robado alguna iglesia y temes que te descubran los curas?

—¡Calla! —siseó Gypo súbitamente, aferrándose a la palabra «robado» y maquinando un plan a base de la misma. Era una palabra familiar, algo conocido, con lo cual se sentía identificado. Se inclinó hacia adelante, temblándole el rostro, ansioso de explicar lo que se le había ocurrido antes de que se le olvidara—. No ha sido una iglesia. Ha sido un marinero de un buque norteamericano. Le he asaltado detrás de la cervecería de Cassidy, en Jerome Street. ¡Pero si dices una sola palabra, ya sabes lo que te va a pasar!

—¿Quién? ¿Yo? —Katie lanzó una carcajada y le miró con marcado desprecio por encima del hombro—. ¿Por quién me has tomado? ¿Por un delator, o qué?

—¿Quién es un delator? —exclamó Gypo, agarrándole la rodilla izquierda con la mano derecha.

Su enorme mano se cerró sobre su rodilla, flaca y frágil, e inmediatamente la

pierna se puso rígida. El cuerpo de Katie se encogió al simple contacto de su fuerza fabulosa.

Por un instante, se quedaron mudos. Katie, asustada, miraba a Gypo con una expresión estúpida en el rostro. Aquella palabra le había atemorizado a la vez que le había enfurecido. Era la primera vez que la oía pronunciar con el nuevo sentido que ahora adquiría para él. Katie, hipnotizada por aquella expresión, le miraba jadeando.

—¿Por qué diablos hablas de delatar? —murmuró Gypo, acentuando la presión de su garra sobre la rodilla.

No tenía intención de lastimarla. Simplemente quería dar énfasis a sus palabras.

—¡Suéltame! —chilló Katie, incapaz de soportar el dolor y aterrorizada por la expresión del rostro de Gypo y por su extraña conducta.

Gypo la soltó de inmediato. Señaló la puerta. Gypo se puso de pie, mirando al camarero, satisfecho de tener un hombre delante contra el cual podría descargar su furia estúpida. Agachó la cabeza, dispuesto a atacar, cuando Katie se le colgó del brazo, gritando.

—¡Vamos, Gypo —exclamó—, salgamos de aquí! Déjale, Barney. Ha bebido más de la cuenta. No quería lastimarme. Vamos, cariño.

Gypo se dejó arrastrar hacia atrás, hasta la calle. Se quedaron de pie en la acera, con el brazo de Katie enlazado al suyo.

—Vamos a casa de Biddy Burke —murmuró ella amablemente—. Vamos.

Delante de ellos se extendía la avenida principal, esplendorosamente iluminada y llena de gente. La luz, la gente, el encanto de la alegría y la libertad atraían a Gypo. A sus espaldas se abría una calle oscura, hedionda. Le causó repugnancia. Hacia allí quería llevarle Katie, hacia los barrios bajos, donde estaban los burdeles. Allí abajo estaban sus guaridas, la gente que él conocía. Le tenía miedo a la oscuridad, a las sombras furtivas, a la amenaza imaginaria de los hombres escondidos por los callejones dispuestos a atacarle. Por aquí podría vagar tranquilo, entre gente extraña a quien le importaba un comino los delatores.

—Vamos, Gypo; vamos a casa de Biddy Burke a tomar algo —murmuró Katie, solícita, en voz baja—. Tienes los bolsillos llenos, ¿no? Sé muy bien que estos marineros norteamericanos suelen llevar un buen fajo de billetes encima. Caminemos. Me muero de frío.

—No —musitó Gypo con voz agria—. Me voy a la House a alquilar una cama donde pasar la noche.

Ahora recordaba con complacencia que el motivo por el cual había ido a la comisaría de policía fue el de que necesitaba dinero para alquilar una cama. Así pues, ¿por qué no hacerlo? Era una buena excusa para deshacerse de la mujer.

—¿Por qué diablos hablas de camas? —inquirió Katie, enojada, oprimiéndole el brazo. Luego, su voz se tornó dulce. Apareció un destello de inquietud en sus ojos—. Cuando se tiene el bolsillo lleno no se piensa en la

cama. ¿Acaso no tengo yo una cama? Y si no es suficientemente buena para ti, seguro que Biddy te alquilará una, cuando vea que tienes el bolsillo bien forrado.

—No quiero para nada tu cama —refunfuñó Gypo—, y no pienso poner los pies en casa de Biddy Burke. Ya me he dejado robar demasiado por aquella ladrona.

—No quieres mi cama, ¿eh? —gritó Katie, perdiendo los estribos de nuevo— ¡Bien satisfecho que estabas de tenerla la semana pasada, cuando te recogí de debajo de la lluvia como una rata ahogada! ¿No es cierto?

—No pienso hacer caso de tus arrebatos —gruñó Gypo—. Eres demasiado ignorante. Eso es lo que eres.

Ella se acercó a él y le puso los puños cerrados debajo del mentón. Se veían blancos y pequeños comparados con el enorme rostro de Gypo.

—Muy bien —siseó—, ¡ten cuidado, Gypo Nolan!

Dio media vuelta y se alejó a paso vivo hacia la izquierda, blasfemando entre dientes, mientras desaparecía rápidamente tragada por la oscuridad. Gypo la contempló, escuchando. Estiró el cuello con el fin de oír la última sarta de palabras soeces que manaban del negro callejón, después de que la oscura figura de Katie hubo doblado la esquina. Se encogió de hombros, y suspiró como si acabara de ver despeñarse por un precipicio algo muy estimado. Con las manos en los bolsillos de los pantalones, se quedó con la mirada fija en el suelo.

—¡Oye, Katie! —gritó de pronto, alargando la mano derecha, con impotencia, hacia la esquina del callejón por donde se había escurrido.

Volvió a hundir la mano en el bolsillo y cogió el grueso fajo de billetes de Banco. Ahora habría deseado darle dinero. Se había portado bien con él. Empezó a caminar lentamente hacia el callejón. No era preciso correr. Sabía dónde podía encontrarla. No podía dejarla marchar de aquella manera.

Pero no había dado una docena de pasos cuando volvió a detenerse. Dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia la avenida. De pronto se le había ocurrido algo terrible.

¿Y si llegaba a entrar alguien en casa de Biddy Burke y decía que McPhillip había muerto porque le habían delatado a la policía? Seguro que lo dirían. Verían que tenía dinero. Sospecharían...

Dobló hacia la derecha, abandonando la avenida. Caminó unos veinte metros por aquella calle, y entonces se detuvo, con los pies juntos como un soldado al hacer alto en un desfile. Se volvió, de la misma manera mecánica, hacia el escaparate de una tienda. Se quedó con las piernas separadas y las manos cogidas en la espalda al estilo militar. En cierto modo, aquella posición proporcionaba cierta tranquilidad a sus pensamientos aturrullados, como si de repente hubiese trasladado la responsabilidad de sus pensamientos y de sus actos a un oficial superior imaginario.

Le asaltaban recuerdos agradables, recuerdos lejanos como los ensueños de un día de verano, junto a un río que se desliza entre rocas y brezos en flor.

Eran recuerdos de su juventud. Le asaltaron de una manera desconcertada, como si se asustaran de la mente oscura y feroz en la que penetraban. Gypo, con los labios fruncidos, los contemplaba con hostilidad, como si se tratara de enemigos que le estuvieran insultando. Entonces se fue ablandando. Fue presa de un loco anhelo, el anhelo de conservar el ambiente de su juventud, el campo que rodeaba aquel pueblecito de Tipperary, la pequeña granja, el campesino sano y corpulento de rostro colorado que era su padre, la madre, de cara larga y bondadosa, a quien le hubiera gustado que fuese sacerdote.

Frunció el ceño y contempló su juventud atentamente. Se envaró de pies a cabeza, como si estuviera a punto de retroceder, mediante un gran esfuerzo, a través de los años que mediaban, años de pecado, de dolor y de miseria, hasta lograr la paz, la mansedumbre y la monotonía de la vida, en aquella aldea al pie del Galtees.

Pequeños detalles, variados, íntimos, insulsos, se agolpaban en su mente. Recordó los cabritos, los asnos, las rocas de un torrente en la montaña, el dicho del herrero del pueblo, la mirada de un chica, el primer trago de vino hurtado en la sacristía de la iglesia parroquial cuando ayudaba a decir misa. Miles de recuerdos que aparecían y desaparecían rápidamente. Desfilaban como los soldados ante la tribuna: unos alegres, otros tristes; éstos indistintos, aquéllos claros y casi coherentes, como si hubiesen tenido lugar recientemente.

De repente sintió que algo húmedo se escurría por sus mejillas. Se sobresaltó. Estaba llorando. El horror que le causó el hecho le hizo abrir desmesuradamente los ojos. Blasfemó en voz alta. Sus labios gruesos dejaron ver los dientes, con los cuales se los mordió. Su juventud se apagó como la llama de una vela extinguida por una corriente de aire en un largo pasillo. El espectro burlón del presente tornó a hacerse real. Cerró la boca. Suspiró profundamente. Volvió a meterse las manos en los bolsillos, y empezó a caminar con su paso habitual, con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, colgando del pivote del cuello como un *punching-ball*.

—Tengo que trazarme un plan —se dijo una vez más.

En cierto modo estaba convencido de que la Organización Revolucionaria ya sospechaba que él había delatado a McPhillip. Tenía la sensación de que ya le andaban buscando. Así que debía elaborar un plan. Debía encontrar una excusa plausible.

«Si tienes una buena coartada», solía decir McPhillip, «ni el mismo diablo podrá acusarte de nada».

Pero ¿cómo podía inventarse una coartada para él mismo? Recorrió, perplejo, la avenida de punta a punta tres veces, con la mirada fija en el suelo. No se le ocurría nada. Se distraía pensando cosas insulsas que no tenían nada que ver con la cuestión: en el favorito para el Gran Nacional, y en si Johnny Grimes, el comediante, se había ahogado arrojándose él mismo al canal, o bien si le habían asesinado y lanzado después a sus aguas, los dos temas principales que provocaban intensas discusiones en los barrios bajos por aquel

entonces.

Durante un instante pensó dirigirse a la Dunboy Lodging House alquilar una cama y ponerse a dormir. Pero en seguida se sintió atemorizado por aquella idea. En aquellos momentos ya debían saber que él era el delator. Quizá, mientras estuviese durmiendo, enviarían a alguien a la reducida celda con una porra con alma de acero para liquidarle. O bien le aplicarían «la acometida brusca», rompiéndole el cuello silenciosamente como si fuera un conejo. Imaginó las reducidas y angostas celdas de madera del albergue, el silencio de la noche, sólo alterado por el ruido lúgubre de los ronquidos que llegaban de todas partes: un número indeterminado de gente desconocida roncando ruidosamente, soñando, rezongando y durmiendo en todos los rincones, mientras *ellos* se acercarían silenciosamente para asesinarle.

Se estremeció. Tenía la frente cubierta de sudor. Ansiosamente, con cierto alivio, decidió permanecer en la calle, donde podría utilizar las manos y su enorme fuerza. Si tenían que asesinarle, moriría con las manos aferradas a un cuello sin vida.

Luego, finalmente, se quedó plantado, al tiempo que se golpeaba el pecho.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Qué estúpido soy! ¿Cómo no se me ocurrió antes? Deben estar preguntándose por qué en estos momentos no estoy allí. En la ciudad ya lo debe saber todo el mundo, y yo, que era su compañero, no he ido a darle el pésame a su madre. Si no voy en seguida, seguramente sospecharán algo.

Entornando los párpados, se dirigió con paso ágil hacia el domicilio de McPhillip, en Titt Street. Se sacó las manos de los bolsillos y las hizo oscilar a los lados de la misma manera que lo hacen los policías. Echó la cabeza hacia atrás y se irguió, sobresaliendo como un gigante por encima de aquellos que pasaban por su lado.

Pasaba por su lado, casi por encima de ellos, como un ser enteramente extraño, un ser único.

CAPÍTULO IV

Titt Street estaba alborotada; parecía un nido de hormigas destruido por la pesada pezuña de una vaca. Bajo los faroles dispersos de la calle, entre las hileras paralelas de casas de dos plantas construidas con ladrillos rojos, había grupos de hombres con los ojos desorbitados que conversaban. La pálida luz de los faroles iluminaba la llovizna que caía como un vapor sobre los trajes de tela basta y mugrienta, sobre los cuellos de venas gruesas, sobre los rostros excitados, sobre las manos nudosas que se movían gesticulando. Sus voces llenaban la vacía oscuridad de la calle con un rumor ahogado, que se intensificaba o disminuía con cierta turbulencia, al igual que el ruido de las aguas de un torrente al caer entre las rocas. Las voces denotaban nerviosismo, como si se esperase que se desencadenara un temporal en alta mar. Las viejas, con los chales sobre sus cabezas, revoloteaban como sombras. Se dirigían de un portal a otro, charlando, haciendo gestos amenazadores a algo lejano, santiguándose, con las caras macilentas levantadas hacia el cielo. Las jóvenes caminaban lentamente cogidas del brazo recorriendo la calle de un extremo a otro, Al pasar por delante, miraban hacia el n.° 44, en silencio, con el miedo reflejado en sus labios rojos entreabiertos.

El n.° 44 era el centro del interés general. El horror que había caído sobre aquella casa conmovió a todos los vecinos de la calle. Había conmovido a todo el barrio. Tres travesías más allá, los parroquianos de un bar, de pie junto al mostrador, permanecían con la mirada vacía, mientras alguien, con la cara enrojecida y los labios fruncidos, blasfemando y gesticulando furiosamente, narraba la forma en que había muerto Mc Phillip. Por todas partes, por las calles, por los bares, en las cocinas de las casas, donde los viejos de nariz roja alargaban los cuellos arrugados para escuchar la triste noticia, se oía una palabra murmurada con temor y odio.

La palabra era «delator».

Gypo oyó esa palabra en cuanto llegó al cruce de Titt Street con Bryan Road: una avenida larga y ancha, flanqueada de tiendas, con las aceras llenas de papeles y montones de basura obstruyendo las bocas de las alcantarillas, las vías de los tranvías enmohecidas por la llovizna espesa, grupos de desocupados bajo los faroles, en la entrada de los bares y en el canal Bridge, donde la avenida desaparecía abruptamente en el horizonte, como si se hundiera en un precipicio. Gypo pasaba por delante del bar de Ryan, situado en la esquina de ambas calles, la mitad de la fachada en Titt Street y la otra mitad en Bryan Road. La palabra le llegó a través de la puerta abierta del bar. Había moderado el paso al llegar al barrio, y, al oír aquella palabra, levantó la pierna izquierda y, en vez de dar un paso, dejó caer el pie pesadamente, pero sin hacer ruido, sobre el húmedo embaldosado de diamantes blancos y rojos con que estaba decorada la acera delante del bar.

Una ráfaga de viento dobló la esquina en aquel preciso momento y le azotó

el cuerpo, Abrió la boca y se le dilataron las aletas de la nariz. Se le dilataron los ojos. Alargó la cabeza y escuchó.

—Tiene que haber habido un delator, porque, si no, ¿cómo podían? —decía un hombre alto y delgado, plantado en el centro del salón cubierto de serrín, con una jarra de espumosa cerveza negra en la mano derecha.

Entonces, un carretero corpulento, con un saco gris puesto sobre los hombros, como una capa, empujó al hombre que hablaba, intentando groseramente abrirse paso entre la multitud. Pero el hombre ya había dicho lo que tenía que decir. Gypo sabía que estaba hablando de la muerte de Francis Joseph McPhillip, y que sospechaban que alguien le había delatado.

Nuevamente se le ocurrió pensar que tenía que trazar un plan sin pérdida de tiempo. Pero tenía la cabeza totalmente vacía, con la frente oprimida, ardiente y congestionada, como si acabara de recibir un golpe violento. La idea revoloteaba en el interior de su cabeza, repitiéndose insensatamente, como un niño pidiendo auxilio en una casa deshabitada.

—No —murmuró, al tiempo que agarraba la navaja que llevaba en un bolsillo de los pantalones—. No lograré nada quedándome aquí parado bajo la lluvia delante de un bar. Será mejor seguir caminando.

Se inclinó, al doblar la esquina, para hacer frente al embate del viento, para enfilar Titt Street casi con una violencia ebria. Entonces, asustado, se dio cuenta de lo que le esperaba si... Vio los grupos de hombres bajo los faroles. Observó a las viejas que revoloteaban. Se fijó en las jóvenes que cuchicheaban, tensas, expectantes. Escuchó el rumor del fragor humano. La calle oscura, lúgubre, sórdida, que hasta entonces le había parecido familiar, de repente le pareció extraña, como si no la hubiese visto nunca, como si, de pronto, se hubiera poblado de monstruos horribles que pretendían devorarle. Parecía, le parecía a él por lo menos, que había llegado, debido a un estúpido error de juicio, a un país extranjero, extraño y hostil, cuyo idioma desconocía.

Miraba a su alrededor agresivamente, mientras avanzaba por la calle. Pisaba el suelo con pie firme, al tiempo que caminaba con las piernas separadas, los hombros cuadrados, la cabeza desafiando al viento como el mascarón de proa de una nave.

Al pasar frente a una puerta abierta, alguien hizo:

—¡Chis!

Se detuvo como un centinela sobresaltado. Se volvió salvajemente hacia el portal y preguntó:

—¿Quién me llama?

—Soy yo —respondió con voz ronca una vieja que llevaba un delantal blanco, una mujer que él conocía perfectamente—. Creí que era Jim Delaney, el cargador de carbón. No puedo hablar más fuerte por la garganta. Hace quince días que me resfrié fregando pisos en Clontarf, y, en vez de mejorar, cada vez estoy peor. El médico...

Pero Gypo le miró airadamente el cuello abrigado y los turbios ojos azules, y siguió caminando al tiempo que profería un juramento sin escuchar nada

más. Llegó al n.° 44 y entró por la puerta abierta sin llamar.

El n.° 44 era la casa más respetable de la calle. La fachada de ladrillos rojos era la más limpia de todas. La ventana de la sala de recibo estaba impecable, adornada con unas limpias cortinas de encaje de Nottingham. La puerta había sido pintada recientemente de negro. Su propietario, Jack McPhillip, el albañil, ya había iniciado la ascensión desde la clase trabajadora hacia la clase media. Era socialista y presidente de su delegación del sindicato, pero era un socialista muy respetable, conservador, extremadamente fanático en cuanto a su odio por el status del trabajador. Toda la casa respondía a su concepto de la vida. La puerta se abría a un recibidor angosto, en el centro del cual nacía la escalera. La escalera estaba limpia, sin una sola mancha, con las pulidas barras de latón que mantenían estirada la limpia alfombra de linóleo que se extendía rígidamente hasta la parte superior. Desde la puerta, durante el día, se veía el patio posterior. En el patio estaban los gallineros y el establo, porque Jack McPhillip tenía una cabra, tres cerdos, unas cuantas gallinas blancas y un caballito con un charrete en que solía irse al campo los domingos, en verano, con su esposa, para visitar a los parientes que ésta tenía en Talmuc. A la derecha del recibidor había dos puertas. La primera daba a la sala de recibo. En esta sala había un piano, ocho sillas de todo estilo y tamaño, innumerables fotografías, «adornos», y no quedaba ni el más mínimo espacio donde moverse sin rozar algo. La segunda puerta daba a la cocina, una estancia limpia y amplia, con el suelo de cemento, un hogar y una cama estrecha en el rincón más alejado de la puerta. La cama pertenecía al viejo Ned Lawless, el pariente epiléptico de la señora McPhillip. A cambio del trabajo de cuidar a los animales, dormía y comía en la casa, y todas las semanas le daban media corona. Nunca iba limpio; era la única cosa pringosa de la casa. En el segundo piso había tres habitaciones. El matrimonio ocupaba una de ellas. En otra dormía la única hija que tenían, Mary, una joven de veintiún años que estaba empleada en la ciudad, en las oficinas de Gogarty y Hogan, procuradores y notarios. La tercera habitación, que daba al patio, había permanecido cerrada durante seis meses. Era el dormitorio de Francis. Aquella tarde, cuando acababa de entrar en ella para acostarse, llegó la policía.

Cuando Gypo entró, la casa estaba llena de vecinos que habían ido a dar el pésame. Algunos estaban de pie en el pasillo del recibidor. Gypo entró en el pasillo y se abrió paso hacia la cocina. Nadie se dio cuenta de su presencia. Se sentó en el suelo, a la izquierda de la entrada, con la espalda apoyada en la pared, la mano derecha cogiendo la muñeca de la izquierda, y los brazos alrededor de las rodillas. Permaneció en silencio casi durante un minuto, esperando la oportunidad para poder hablarle a la señora McPhillip. La veía, a través de los huecos que se formaban entre la gente que llenaba la estancia, sentada en una silla a la derecha del fuego. Tenía un rosario de cuentas de madera enrollado alrededor de las manos. Sus ojos de color azul celeste estaban llenos de lágrimas que se deslizaban por sus enormes mejillas blancas

y mofletudas. Su cuerpo corpulento sobresalía de la silla por todos lados como una carga de heno encima de un carro. El largo delantal a cuadros le tapaba la vista. Contemplaba el fuego con la mirada turbia, bisbiseando plegarias. De vez en cuando meneaba la cabeza como respuesta a lo que le decían.

Atraía la atención de Gypo como un imán poderoso. Aun cuando alguien se interpusiera entre sus ojos y la figura de la mujer, miraba a través de su cuerpo como si fuese transparente. Tenía la vista fija al frente y en los cabellos grises de la señora McPhillip, los cuales tenían un color amarillento en la parte superior de la cabeza, a lo largo de la crencha. Gypo pensaba que se había portado muy bien con él. A menudo le había dado de comer. Y, lo que era más importante, siempre tenía una palabra compasiva, una mirada amable, o le daba un golpecito tierno, muelle, suave, con la mano en la espalda. Éstas eran las cosas que su alma extraña recordaba y atesoraba. Nadie se mostraba amable y cariñoso con él como aquella mujer. A menudo, cuando él y Francis llegaban a casa de madrugada, después de haber realizado alguna «acción» revolucionaria, ella solía levantarse, con los pies regordetes desnudos, y una falda sobre el camisón. Se movía silenciosamente, con los labios temblorosos, preparando el desayuno. La comida era abundante, una típica comida irlandesa: embutidos, huevos, tocino, todo servido en un solo plato.

Y con frecuencia ponía media corona en la mano de Gypo, cuando nadie la veía, musitando:

«Que la Virgen te proteja, y cuida a Frankie, y procura que no le ocurra nada malo, ¿eh?»

«Es una buena mujer», pensaba Gypo de manera impersonal mientras la observaba.

Luego, la cocina se vació súbitamente, después de salir un hombre bajo y gordo, de aspecto pomposo, que llevaba un impermeable oscuro y un sombrero hongo de color negro. Todos se apartaban para dejarle pasar mientras se dirigía hacia la puerta, seguido de un murmullo. Algunos le insultaban airadamente, pero era evidente que todos le tenían un enorme respeto y le envidiaban, aun aquellos que le insultaban. Era un político importante del partido laborista, el representante parlamentario del colegio electoral que comprendía a Titt Street y los barrios adyacentes. Este político importante había sido al-bañil, como Jack McPhillip, cuando era joven, y Jack McPhillip todavía seguía siendo su principal sostén.

Cuando el político hubo desaparecido, sólo quedaron cinco personas en el aposento, aparte de Jack McPhillip y su esposa. En un rincón, al lado de la ventana, a la izquierda de Gypo, tres hombres con las cabezas muy juntas hablaban en voz baja con aquella súbita intimidad que se produce cuando sobreviene una calamidad, o algo que afecta al interés común. Gypo conocía a dos de ellos. Aquellos dos hombres eran miembros de la Organización Revolucionaria.

«El granuja de Bartly Mulholland está aquí», se dijo Gypo, «y aquél es Tommy Connor. Mulholland debe andar detrás del cargo de Francis McPhillip

en el Departamento de Inteligencia, supongo; me imagino que ese orgulloso de Connor se debe estar entrenando para ser su compañero. ¡Hum!»

Jack McPhillip estaba sentado en la cama, en el otro rincón, casi enfrente de Gypo. Conversaba con dos mujeres que habían acercado sus sillas a la cama. Se habían acercado para hablar con McPhillip en cuanto se hubo ido el político. Meneaban la cabeza y charlaban agitadamente, con aquel sorprendente derroche de emoción que caracteriza a las mujeres de las capas más bajas de la clase media en presencia de los miembros de la clase trabajadora que todavía se encuentran *in puris naturalibus*. Una de esas mujeres era la esposa del tendero de Titt Street. La otra era la esposa de John Kennedy, el camionero, que acaba de establecerse por «cuenta propia».

Jack McPhillip estaba sentado en la cama, con el hombro izquierdo apoyado en la almohada. Un pie casi lo tenía sobre la cama. Mantenía la mano derecha, con la palma hacia afuera, delante de la cara, como si, mientras hablaba, tratara de alejar alguna idea disparatada.

—Ahí tienen —decía—; ya ven lo que este hombre ha logrado en la vida. Eso es lo que todo el mundo debía proponerse, en vez de hacer tonterías para terminar llevando la desgracia a los de su clase y a su familia. Johnny Daly hoy es miembro del Parlamento porque empleó en su propia educación el dinero y el tiempo de que disponía. Se ocupó de su trabajo e hizo todo cuanto le fue posible para educar a sus compañeros y mejorar su posición. Eso es lo que tendría que hacer todo el mundo. Pero mi hijo... Le conseguí un buen empleo como agente de seguros, y si hubiese pensado en sí mismo, hoy estaría forjándose una posición respetable en la vida, pero, en cambio...

De pronto se produjo una sorprendente interrupción que sobresaltó a todos los asistentes. Gypo había hablado con su profunda voz de trueno que retumbó en toda la casa.

—Mi más sentido pésame, señora McPhillip —dijo.

La frase retumbó en el silencio que siguió. Había sido pronunciada como un grito. La voz de Gypo había surgido súbitamente de los pulmones en una espontánea expresión de la emoción que le embargaba, a causa de la pasión de sus sentimientos, mientras contemplaba a la señora McPhillip. De repente sintió que no tenía más remedio que manifestar aquellos sentimientos. No mediante un murmullo o una simple frase contenida, sino por medio de un grito salvaje que no supondría ninguna contradicción. El grito quedó flotando en la estancia. Nadie habló. La potencia del grito era demasiado tremenda. Todos los presentes, por uno u otro motivo, percibieron el olor de salchichón frito que ahora saturaba la atmósfera de la cocina. El olor emanaba de la sartén que había quedado al lado del fuego, con los trozos de salchichón que habían frito para la cena de Francis Joseph McPhillip, antes de que llegara la policía. Estaba tan fatigado que le había pedido a su madre que le llevase la cena a la cama. Por eso todavía estaban allí, al lado del fuego, olvidados.

Luego, la sorpresa inicial se esfumó, y todos miraron a Gypo. Le vieron sentado en el suelo, encogido, corpulento, con aquellos pantalones de tela

basta adheridos a los muslos como un traje de baño, con el sombrerito en lo alto de la cabeza maciza, contemplando aún la cara de la señora McPhillip como si le atrajese un imán, ignorante de la sorpresa que su grito había producido.

Y de todas las personas presentes, la señora McPhillip era la única que no estaba sorprendida. Ella no se había sobresaltado. Ni siquiera había parpadeado. Sus labios todavía se movían mientras rezaba. Otro imán le atraía a la contemplación de algo muy lejano, distante de la gente que estaba en aquella estancia, muy distante de la vida: a la contemplación de algo arraigado en las fronteras místicas de la eternidad.

Luego, McPhillip se incorporó de un salto. Cogió la vieja gorra de cheviot que se le había caído de la cabeza grisácea.

—Ah, eres tú, ¿eh? —exclamó—. ¡Tú, hijo del demonio!

Miró a Gypo tan ferozmente, que se le demudó el rostro. Tenía la cara tan quemada por el sol que, vista de lejos, casi parecía negra. De cerca, tenía un color marrón rojizo. Llevaba un ojo de vidrio. El otro miraba de través; parecía vigilar al de vidrio. Cuando quería mirar a una persona, tenía que desviar la mirada para verla. Esta distorsión de la visión siempre le había causado pánico a su mujer, al extremo de que incluso ahora todavía temblaba cada vez que la miraba. Resultaba pavorosa aquella manera de mirar. Era bajo y de complexión delgada. Tenía cincuenta años.

Se levantó y se quedó plantado, con los pies enfundados en unos calcetines grises, el chaleco desabrochado, el remiendo de la tela de hilo blanca sobre la parte del abdomen de la camisa de franela gris agitándose al ritmo de su respiración, el cuello torcido, los dedos de las manos asiendo el aire incansablemente.

La señora McPhillip despertó de su éxtasis tan pronto habló su marido. Se sobresaltó, oprimiéndose el pecho con las manos, sobre el corazón, profiriendo una exclamación ahogada. Luego se frotó los ojos apresuradamente y le miró. Al verle, los ojos se le nublaron de nuevo y se dejó caer como desmayada en la silla de la que se había medio incorporado.

—¡Jack! —gritó con voz agonizante—, ¡Jack! Jack, déjale tranquilo. Era amigo de Frankie. Era amigo de mi pobre hijo. Déjale tranquilo. Lo hecho, hecho está.

—No me vengas con historias —gritó Jack. Su voz era débil, temblorosa, como la voz de su hijo—. ¿Amigo, dices? ¿Qué clase de amigo supones que era este zángano que no ha trabajado en toda su vida? ¡Este ex policía! Hasta de la policía le expulsaron. ¡Vaya compañía para tu hijo, Maggie! Son los tipos como él los que llevaron a Frankie a la muerte y a la destrucción. ¡Ellos y sus revoluciones! En Rusia deberían estar; allí podría hacer el caníbal a placer en vez de conducir a los irlandeses honrados por el mal camino. ¿Por qué no se largan de aquí y se vuelven a Inglaterra, de donde vinieron, con el dinero podrido que les dieron los orangistas para provocar un alboroto en Irlanda, para que los francmasones puedan volver a ocuparla? ¡Aaaah, cómo

me gustaría cogerte por el cuello con mis propias manos, a ti...!

Avanzaba hecho una furia hacia Gypo, pero los tres hombres se pusieron a su lado de un salto y le detuvieron. Le obligaron a retroceder. Gypo le miraba, perplejo, sin moverse. Pero, casi inconscientemente, puso en tensión los músculos de los hombros. Sus ojos pasaron lentamente del furioso marido a la mujer que sollozaba, y tornaban a ser atraídos por el fuego.

Entonces, la gente que estaba en la sala de recibo se precipitó hacia la cocina, atraída por los gritos. Mary McPhillip, la hija de la casa, iba al frente del grupo. Era una muchacha bonita, bien proporcionada, carnosa, de mejillas ruborosas, mandíbulas firmes, cabellos castaño-rojizos cortados a la moda, ojos azules, que tenían una expresión «juiciosa», y una boca algo grande, que abría a causa de la excitación. Sus facciones, salvo la boca, tenían las características típicas de la mujer irlandesa de clase media. La boca era un producto de los barrios bajos. Su tamaño y la propensión a delatar el estado de ánimo mediante movimientos exagerados, lo cual es la marca de la muchacha de los barrios bajos, traicionaban a la pulcra elegancia del resto del cuerpo y del vestido. Todavía iba vestida de la misma manera que cuando llegó de la oficina, con un elegante vestido azul marino que se había confeccionado ella misma. La falda era más bien corta, tal como imponía la moda, y ella se plantaba con los pies ligeramente separados, en la actitud arrogante de una mujer de buena familia. Sus bien torneadas piernas estaban cubiertas por unas finas medias negras de seda. Pero, inconscientemente, se puso con los brazos en jarras, mientras permanecía de pie delante del grupo heterogéneo que la había seguido desde la sala de recibo, para ver qué había provocado aquel barullo en la cocina.

—¿A qué se debe este escándalo, padre? —preguntó. Hablaba con buen acento, pero acaso era un poco demasiado bueno. Era demasiado refinado. Su pronunciación era demasiado correcta. Le faltaba la descuidada seguridad de la señorita de buena familia. Tenía una airada voz de soprano, enriquecida por los tonos suaves de los Midlands, el lugar de nacimiento de su madre. Su voz tenía la blandura de la mantequilla, aquella sonoridad que los patriotas irlandeses siempre asocian con la ternura, la inocencia inexpugnable y la virtud, pero que en realidad constituye la máscara natural de un carácter resuelto y austero.

—¿No tenemos suficiente desgracia —continuó diciendo—, sin necesidad de que te comportes como un vagabundo borracho? Calla, y no te rebajes de esta manera. —Golpeó el suelo con el pie derecho y volvió a gritar—: ¡Calla!

Su padre se calmó de inmediato. Se puso a temblar levemente. Su hija le infundía un enorme temor. A pesar de la capacidad para vituperar que sin duda poseía, sus dos hijos siempre le habían intimidado. Cuando Francis se rebeló, incorporándose a la Organización Revolucionaria, su padre había proferido amenazas y juramentos durante horas y horas, casi todas las noches, para ilustración de su esposa, pero cuando llegaba su hijo no decía ni una palabra. Era un hombre débil, de temperamento nervioso, algo histérico, capaz

de cometer un disparate presa de un arrebato pasajero, pero incapaz de seguir el curso lógico de una acción resuelta. En cambio, sus hijos eran decididos. La actitud de su hijo ante las condiciones existentes en la sociedad eran resueltamente de odio. Era un revolucionario decidido, con la energía del padre. La hija se mostraba resuelta con respecto a su decisión de salir de los barrios bajos.

El padre se liberó de los hombres que le sujetaban y retrocedió hasta chocar con la cama. Se sentó sin mirarla. Se secó la frente con la manga aunque la tenía perfectamente seca. Pero sentía un hormigueo, como si un sinfín de alfileres surgidos del cerebro se lo taladrasen. Siempre experimentaba esa sensación cuando sufría un ataque de nervios, sobre todo desde que su hijo se convirtió en un revolucionario y se enteró de que sus actividades eran vigiladas por la policía.

Miró a su hija con ojos bovinos. Le tenía miedo, porque se había convertido en lo que siempre había querido que fuese desde que era una niña, en «una señorita». Le inspiraba temor porque estaba tan bien educada, porque tenía unos amigos tan «elegantes», porque vestía tan bien, porque se lavaba varias veces al día, porque hablaba correctamente. Pero luego todo aquello le irritó y recordó que él era socialista, el presidente de su delegación del sindicato, un líder político del distrito, que todos los hombres eran libres e iguales, y... todas las frases hechas con que los socialistas respetables se engañan a sí mismos creyéndose filósofos y hombres de principios. Habló con tono indignado y de amonestación.

—¿Debo permitir que mi propia hija me llame vagabundo en mi propia casa —dijo— porque le digo a este rufián lo que realmente es? Sí, con todos los demás rufianes que son la maldición del movimiento de la clase obrera con su chachara sobre la violencia, y el asesinato, y la revolución. Toda mi vida he luchado por el bien de la causa de mis compañeros trabajadores. Yo fui de los primeros en brindar apoyo a Connolly y a la causa del socialismo, pero siempre he dicho que los grandes enemigos de la clase obrera eran los de su propia casta que abogan por la violencia. Yo...

—Te he dicho que te calles —dijo Mary, en voz baja, calmosa, al tiempo que se acercaba a la cama, aún con los brazos en jarras—. Es propio de ti —casi siseó, metiéndose los puños cerrados en los bolsillos de la chaqueta. —Es propio de ti ir contra tu propio hijo.

No sabía por qué había dicho aquello, pero sentía que una fuerza la impulsaba a oponerse a su padre, en defensa de su hermano muerto. Tal vez era el auditorio que tenía a sus espaldas. Porque, cosa rara, ella misma odiaba a Frankie por el hecho de pertenecer a la Organización Revolucionaria, desde que había logrado, dos años atrás, crearse una posición como empleada en las oficinas de Gogarty y Hogan. Anteriormente, ella también había sido revolucionaria, aunque no formó parte de ninguna organización. Solía asistir a los mítines y vitoreaba y discutía con viejos caballeros irritados, etcétera. Pero, durante los dos últimos años, su concepción de la vida había

experimentado un cambio sutil, gradual pero definitivo. Primero empezó por «desilusionarse», como solía decirle a Frankie con el aire *blasé* de una chica de diecinueve años. Luego empezó a sermonearle con respecto a la conveniencia de frecuentar mejores compañías. Ello sucedió cuando se hizo amiga de Joseph Augustine Short, un joven caballero que trabajaba como pasante en las oficinas de Gogarty y Hogan y llevaba pantalones de golf, y todos los domingos por la mañana partía de la estación de Harcourt Street para ir a jugar al golf en el campo. Por último, se opuso violentamente «a todos los conceptos de la teoría de la revolución» por ser degeneradores y «subversores de todas las ideas morales». Se volvió religiosa y se le ocurrió la idea de que ella podría convertir al comandante Dan Gallagher, el líder del movimiento revolucionario. Sin embargo, toda esta transformación hacía poco que se había producido y aún no había madurado en su mente. Permanecía externa, superficial. No se había convertido en un motivo de continua meditación.

Por esta razón había reaccionado súbitamente a aquella exaltación extraña, fruto del odio por la ley, que es tradicional y hereditaria en los barrios bajos. El romanticismo glorioso de los barrios bajos es el sentimiento de odio intenso contra la mano opresiva de la ley, que a veces se extiende para golpear a alguien, durante un alboroto callejero, durante un conflicto industrial, durante un levantamiento nacionalista. Es un toque de clarín a todas las emociones espirituales que no encuentran otro medio de expresión en aquel sórdido ambiente, ni en el arte, ni en la industria, ni en las empresas comerciales, ni en la más razonable búsqueda de una interpretación religiosa de la creación universal.

—Yo defiendo lo que Frankie ha hecho —gritó, volviéndose de cara a la gente—. No comparto sus ideas políticas, pero todo el mundo tiene derecho a defender sus opiniones, y todo el mundo debería luchar por sus derechos de acuerdo con... —se turbó y tartamudeó ligeramente. Luego alzó la mano enérgicamente con un ademán entusiasta, y dijo, gritando—: Al fin y al cabo era mi hermano, y estoy dispuesta a defenderlo.

De repente se llevó el pañuelo a la nariz y se sonó ruidosamente. Hubo un murmullo de aprobación. El padre hizo un desmayado esfuerzo para decir algo, pero desistió. La señora McPhillip musitó unas palabras, pero nadie le prestaba atención. Nadie la miraba, salvo Gypo, quien seguía sentado en el suelo observándola fijamente, acariciando el recuerdo de las atenciones que había tenido para con él, como si se tratase de un lujo suntuoso al cual muy pronto debería renunciar. Aunque él había sido la causa de aquel alboroto, ahora todos le habían olvidado a causa de la conmoción aún más intensa provocada por la disputa entre el padre y la hermana del revolucionario muerto.

Luego. Mari se volvió hacia Gypo y se dirigió a él.

—Si era amigo de mi hermano —dijo—, bienvenido sea a esta casa. Venga a la sala un momento. Quiero hablar con usted.

Gypo se sobresaltó y miró a Mari con las cejas espesas temblándole siniestramente. Pero no dijo nada. Turbada por la agresiva mirada, la joven se sonrojó levemente. Tosió y se puso los dedos sobre los labios. Luego empezó a hablar rápidamente, como si le pidiera excusas al tosco gigante por haber tenido la osadía de formularle una petición.

—Es porque Frankie nos dijo que le había visto en la Dunboy Lodging House antes de venir aquí. Usted es la única persona con quien habló antes de venir a casa, por eso pensaba que... podría...

Enmudeció, evidentemente turbada, sorprendida por el cambio alarmante que se había producido en Gypo. Una violenta emoción le había embargado mientras ella hablaba, hasta que se le contrajo la cara como si hubiese visto algo espantoso. Luego, la joven calló. Él seguía mirándola con la boca abierta. Seguidamente, por uno u otro motivo, Gypo se puso de pie, gritando a todo pulmón:

—¡Muy bien!

Al inclinar la cabeza y la parte superior del cuerpo para levantarse, la abertura del bolsillo derecho de los pantalones quedó vuelta hacia el suelo. Cuatro monedas de plata tintinearon al caer al suelo de cemento. Aquellas monedas eran el cambio que le habían dado en la cervecería.

Se quedó petrificado. Se le pusieron en tensión todos los músculos del cuerpo. La cabeza se le paralizó. Las mandíbulas se le encajaron como los dientes de una trampa para cazar osos que hubiese saltado infructuosamente. Detrás de los ojos sentía la deliciosa sensación, fría, congelada, de estar a punto de iniciar una batalla desesperada y sangrienta. Porque tenía la certeza de que las cuatro monedas de plata, que yacían desnudas, demasiado desnudas, en el suelo, era tan indicativas de la traición a su camarada como una confesión proferida en la plaza de un mercado llena de gente.

Alguien avanzó un paso para recoger las monedas.

—¡No las toques! —rugió Gypo.

Se agachó y, con la mano plana, extendida, cubrió las monedas con el sonido sordo de un pez muerto al caer sobre la cubierta de hierro de un buque.

—Sólo quería recogerlas para dártelas, Gypo —jadeó el acartonado molinero que se había agachado para recogerlas. El brusco movimiento de Gypo le había hecho caer de rodillas.

Gypo no escuchó la explicación del otro. Mientras juntaba las monedas dentro del puño de la mano izquierda y se ponía de pie, apoyándose sobre la mano derecha, escuchaba, esperando el ataque.

Pero nadie le atacó. Todos se habían quedado sorprendidos, fascinados por los curiosos movimientos del irritado gigante. Le observaron con la boca abierta, todos menos Bartly Mulholland y Tommy Connor, los cuales estaban detrás del grupo, mirándose uno a otro con extrañeza, con los ojos entornados. Echando una mirada a su alrededor, Gypo reparó en aquellos dos hombres. Acicateado por un súbito impulso, levantó la mano derecha por sobre la cabeza, golpeó con el pie derecho en el suelo, echó la cabeza hacia atrás y,

mirando al techo, gritó:

—Juro por Dios Todopoderoso que le advertí del peligro que corría si se acercaba a la casa.

Hubo un silencio de muerte que duró tres segundos. Luego, un perceptible escalofrío recorrió la estancia. Todo el mundo recordó horrorizado que existía la sospecha de que un delator hubiera traicionado a Francis Joseph McPhillip. ¡Un delator! El horror que aquella palabra provocaba sólo puede comprenderlo plenamente una mente irlandesa. Durante un momento terrible, cada uno de los presentes sospechó de sí mismo o de sí misma. Luego, cada uno de ellos miró a su vecino. Lentamente, la rabia ocupó el sitio del miedo. Pero no tenía objetivo. Aun a los más aguerridos se les cortó la respiración cuando la mente les sugirió que aquel gigante feroz podía ser... ¡Imposible!

—Nadie sospecha de ti, Gypo. No debes temer tal cosa —dijo Tommy Connor, el corpulento estibador de rostro colorado y mandíbulas inmensas, parecidas a las de un buey, que había estado cuchicheando con Bartly Mulholland.

Habló espontáneamente, con una rara entonación airada.

—Nadie sospecha de ti. ¡Por Dios, hombre...! —corroboraron los demás a coro.

Todos estaban ansiosos por confirmar lo que Connor había manifestado. Alguien puso la mano sobre el hombro de Gypo al tiempo que decía:

—Claro, es bien sabido que...

Pero Gypo le dio un codazo y se dirigió rápidamente hacia la señora McPhillip. Se abrió paso entre la gente con los codos sin mirar a nadie. Se plantó frente a la señora McPhillip. La miró impasible durante un instante. Luego se llevó lentamente la mano a la cabeza y se quitó el sombrero. Sentía que obedecía a un impulso incontrolable. Todas sus acciones las había realizado antes de tener conciencia de lo que iba a hacer. Su mente luchaba inútilmente por seguir las acciones, implorando y murmurando advertencias. Pero todo era en vano.

El impulso que se había apoderado de él tenía el mismo origen que aquel que le había dominado cuando contemplaba el escaparate pensando en su juventud.

Estaba fuera de sí. Le temblaban los labios. Tenía un nudo en la garganta. Al respirar dejaba escapar un sonido articulado, parecido a un grito de dolor. Extendió la mano hacia la señora McPhillip. La abrió lentamente. Allí estaban las cuatro monedas de plata.

—Tómelas —murmuró—. Ha sido muy buena conmigo y comparto su pesar.

Sentía un deseo loco de sacar el fajo de billetes para dárselos también, pero por el simple hecho de pensarlo se estremeció. Dejó caer, pues, las cuatro monedas en el regazo de la señora McPhillip.

Ésta contempló las monedas y luego se puso a llorar. Los sollozos enloquecieron a Gypo. Dio media vuelta y se encaminó raudamente hacia la

puerta. Tropezó con la jamba y salió al vestíbulo. Avanzó por el pasillo, maldiciendo y empujando furiosamente a todos los que se interponían en su camino. En cuanto llegó a la calle se detuvo y respiró profundamente.

Dos hombres le siguieron apresuradamente. Eran Bartly Mulholland y Tommy Connor, el estibador.

Capítulo V

—¡Gypo!

Apenas Gypo había dado tres pasos calle abajo cuando oyó que alguien pronunciaba su nombre entre las sombras, arrastrando las sílabas en un murmullo, con aquella entonación que es característica entre los revolucionarios. Contrajo los músculos de la espalda súbitamente, como un asno cuando acaba de recibir un fuerte vergajazo. Se detuvo. No se volvió ni respondió. Esperó. Escuchaba, con el corazón agitado por el ruido de los lentos pasos que se acercaban por detrás suyo. Uno, dos, tres, cuatro... Se detuvieron. Gypo miró hacia la izquierda. Allí, de pie, estaba Bartly Mulholland.

Los dos se encontraban frente a una ventana a través de la cual llegaba la luz de una lámpara, que tras cruzar el pecho de Gypo, iba a morir en la cara de Mulholland. El rostro amarillento de éste parecía casi negro al resplandor de la luz. Desde las sienes hasta la altura de la boca se extendían verticalmente unas espesas y negras patillas. Su boca era grande y la tenía abierta, en sonrisa perpetua que no traducía la más mínima alegría, aquella perpetua sonrisa de sardónico desprecio que casi siempre es posible descubrir en los rostros de los hombres que convierten en un arte el esfuerzo de ocultar sus pensamientos. Tenía una nariz recta y afilada. Sus orejas eran grandes. El pelo de la frente se extendía horizontalmente. Su piel era muy blanca, en contraste con la piel oscura de las mejillas. Las cejas, muy pobladas y delgadas, como unas finas líneas dibujadas con un lápiz de punta muy afilada. En realidad, todas sus facciones tenían una apariencia artificial, parecida a la que se crea en el camerín de un actor mediante afeites, etcétera. Esta impresión se acentuaba a causa del enmarañamiento de los cabellos que asomaban, en mechones sueltos, por debajo de la gorra de cheviot gris de visera cuadrada. Los cabellos castaños parecían pertenecer a una peluca sucia, deslucida por el uso. Pero ni los cabellos ni nada en aquel rostro era artificial. Todo era producto de la naturaleza, que parecía como si, por un capricho, hubiese asignado a aquel individuo el papel de conspirador. Tenía el rostro de un payaso con ojos de conspirador, si uno se los escrutaba detenidamente. Sus ojos tenían el color del agua de mar enturbiada por la arena gris. A veces, a estos ojos se les suele describir diciendo que son de un azul aguado, pero esta descripción es absolutamente errónea. Tenían una frialdad y una profundidad extrañas, por lo que resultaba imposible describir su color. Totalmente inexpresivos, sin el más leve movimiento de pupilas o pestañas, miraban la cara de Gypo. No eran las puertas del alma como lo son los ojos normales, sino aspilleras. Miraban con el brillo vidrioso de los ojos de un gato.

Esta curiosa criatura iba vestida como un obrero; calzaba pesadas botas claveteadas y llevaba pantalones de pana marrón con cordones atados a las piernas por debajo de las rodillas, un pañuelo negro anudado en el cuello al

estilo de los marineros, y una vieja chaqueta de cheviot gris que casi le llegaba hasta la mitad de los muslos. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Adónde vas tan aprisa, Gypo? —preguntó, arrastrando las palabras, en voz baja, indolente, como si estuviera algo borracho o tomando el sol en un sitio soleado un caluroso día de verano.

—¿Quién va aprisa? —gruñó Gypo—. ¿Por qué supones que voy aprisa?

—Oh, por nada. No te enojes, Gypo. Deberías hablar con la gente. No te hemos vuelto a ver desde que dejaste la Organización. ¿Acaso trabajas?

—¡No! —le espetó Gypo airadamente. La breve exclamación, saliendo de sus gruesos labios, sonó como una detonación lejana en un día calmo—. No trabajo, y todos vosotros, que os consideráis camaradas míos, ya tenéis buen cuidado de no cruzaros en mi camino, por temor a que os pida dinero para comer o dormir. ¡Vaya unos comunistas que estáis hechos!

Mulholland se plantó delante de Gypo, dejó escapar el aire de los pulmones, se encogió de hombros, adelantó la pierna derecha y apoyó pesadamente el cuerpo en la pierna izquierda. Después inclinó la cabeza para que la lluvia le azotara la nuca en vez de la cara. La sonrisa desapareció de su boca y, por un instante, pareció enojarse.

—No parece que te haga falta dinero esta noche, Gypo —dijo, respirando pausadamente.

Luego, de repente, dibujó una sonrisa halagadora para congraciarse con él. Continuó diciendo con voz indolente:

—No te esfuerces en simular que estás arruinado, pues he visto el dinero que se te cayó hace un instante en la cocina. ¿No nos invitas a tomar un trago?

Gypo temblaba. Temblaba ligeramente, de la misma forma que se estremece un árbol macizo cuando un fuerte impacto sacude el suelo de un bosque. Pero se recobró repentinamente. Sin detenerse a pensar, lanzó simultáneamente ambas manos hacia adelante como si se tratara de los pistones de un motor. Mulholland boqueó desesperadamente cuando las manazas de Gypo se cerraron en torno a su cuello. Empezó a golpear el cuerpo de Gypo con sus puños. Los golpes eran tan poco efectivos como el aletear de un petirrojo contra los alambres de la jaula. La cara de Gypo se iluminó con un placer demoníaco al levantar el cuerpo de Mulholland del suelo, agarrándole por el cuello con ambas manos. Le levantó como si se tratara de un libro que se dispusiera a leer, hasta que los ojos de Mulholland quedaron a la altura de los suyos. Entonces se miraron mutuamente. Los ojos de Mulholland todavía eran fríos y vidriosos, impenetrables y absolutamente carentes de emoción. Los de Gypo eran feroces, ansiosos, preñados de una loca alegría salvaje. Tenía los labios apretados, y la piel se había puesto tensa sobre las protuberancias del rostro, de modo que adquiría el tono de la piel de cerdo curtida. Mulholland sacaba un palmo de lengua.

Luego, Gypo rugió, disponiéndose a estrujar la vida de Mulholland entre sus gruesos dedos, cuando un grito proferido a sus espaldas le impidió llevar a

cabo su propósito. Dejó caer a Mulholland en medio de la calle como un saco y se dio la vuelta. Tommy Connor había abandonado corriendo el portal del número 44 donde se había quedado esperando. Ahora se quedó boquiabierto, atónito y aterrorizado.

—¿Qué pasa, muchachos? —gritó—. En nombre de Dios, ¿qué estás haciendo?

—¡Sospecha de mí! —replicó Gypo—, y...

Luego calló, incapaz de seguir hablando. La furia frustrada que experimentaba le chocó.

—¿Qué sospecha? —inquirió Connor—. ¿Qué es lo que sospecha?

—No, no sospechaba nada —dijo Mulholland, poniéndose de pie lentamente. Tenía el rostro contraído por el dolor—. Sólo le he preguntado...

—¡Eres un embustero! —rugió Gypo—. Sospechas de mí, y te conozco muy bien, Bartly Mulholland. ¿Te crees que no lo sé todo? Hace tiempo que nos tenías ojeriza a mí y a Frankie McPhillip. Te figuras que no sé que eres un oficial del Departamento de Inteligencia del área número 3 y que estás metiendo las narices...

—Cierra el pico o te dejo seco aquí mismo —siseó Connor, hundiéndole el cañón del revólver en un costado—. ¿No sabes que hay gente escuchando? ¿Acaso quieres que todos los perros de la calle se enteren de los secretos de la Organización que juraste no revelar jamás? —Jadeó y continuó con voz más baja todavía—. ¿Estás loco, o quieres que te llene de plomo?

La boca de Gypo permanecía abierta, a punto de decir algo, pero no habló. Medio se dio la vuelta para verle el rostro a Connor. Lo vio enorme, airado, amenazador, con las aletas de la nariz dilatadas, de manera que dejaban ver las fosas ennegrecidas por el polvo del carbón. Tenía la cara a unos cinco centímetros de la de Gypo. El cañón del revólver de Connor se hundía bajo la axila derecha de Gypo. A éste no le inspiraban temor ni la cara ni el revólver. Miraba fijamente a Connor con el ceño fruncido; sabía que podría aplastarlos, a él y a Mulholland, que podría matarlos, convirtiéndolos en una pulpa informe, estrujándolos entre sus brazos.

Pero no eran meramente dos hombres, dos seres humanos. Eran algo más que eso. Representaban a la Organización Revolucionaria. Eran simplemente unos engranajes de la rueda de la Organización. Eso era lo que temía, eso era la causa de su impotencia. Tenía miedo de aquella cosa misteriosa e intangible, que era todo cerebro y no tenía cuerpo. Una inteligencia sin cuerpo. Una cosa llena de proyectos, implacable, que lo abarcaba todo invisiblemente, con tentáculos invisibles como un monstruo sobrenatural. Algo que era como una religión misteriosa, oculta, diabólica.

Frankie McPhillip le había contado que una vez persiguieron a un individuo hasta la República Argentina, un país del otro lado del mundo. Una noche le liquidaron en una pensión, sin tener tiempo para pronunciar una palabra. ¿Qué os parece?

—Bueno —dijo, por último—, guárdate la pistola, Tommy. Me portaré

bien.

Algunas personas se habían reunido a un lado de la calle y los miraban con curiosidad. En otra oportunidad se habría reunido una multitud, pero aquella noche, la tensión y la angustia invadían el distrito. En cualquier momento podía producirse un tiroteo. Siempre sucede lo mismo. Una muerte atrae a otra. Todo el mundo pensaba lo mismo, aunque nadie decía nada. Era una especie de terror mudo.

—Vamos, muchachos —dijo Connor—, ahuequemos el ala. Estamos llamando la atención.

—Vamos al bar de Ryan —musitó Mulholland a Gypo con su voz indolente, insinuante, como si no hubiese ocurrido nada—. El comandante Gallagher está allí. Quiere verte.

—¿Para qué? —gruñó Gypo—. Yo no soy miembro de la Organización. No tiene nada que ver conmigo. Yo no voy.

—Vamos, hombre —murmuró Connor—, no te quedes ahí charlando. No te va a morder. Vamos. ¿Le tienes miedo al comandante? ¿Por qué?

—No me da miedo un hombre que siempre se ha comportado como una perra preñada —rugió Gypo.

Los tres hombres empezaron a caminar uno al lado del otro, al mismo paso, como los soldados, pisando ruidosamente el húmedo pavimento, tocando el suelo primero con el tacón. Al llegar a la esquina habían perdido el paso. Gypo escupió en el suelo. Mulholland estornudó. Entraron en el bar por una puerta lateral, que tenía un brillante tirador de bronce. Enfilaron un estrecho pasillo, penetrando, después de abrir una puerta vidriera de vaivén, en una sala oblonga intensamente iluminada.

Había un hombre sentado en un alto taburete de tres patas al lado de una pequeña estufa de gas, de cara a la puerta. Cuando Gypo vio a aquel hombre, se quedó como petrificado.

Aquel hombre era el comandante Dan Gallagher.

CAPÍTULO VI

Durante el otoño anterior, la huelga de los obreros agrícolas del distrito de M- causó una tremenda conmoción en toda Irlanda. La conmoción hizo crisis por causa del asesinato del secretario del Sindicato de Campesinos. Por primera vez se descubrió que la Organización Revolucionaria había intensificado su influencia entre los obreros agrícolas y en todo el país. Algo se había descubierto. Una organización secreta del gobierno se había infiltrado en la organización comunista y había producido cierta efervescencia, que fue inmediatamente eliminada por el gobierno. Poco fue lo que trascendió a la opinión pública. Se prohibió que la prensa se hiciera eco de ello. Los órganos conservadores de Dublín publicaron tímidos editoriales pidiendo que el gobierno hiciera por ganarse la confianza de la gente. ¿Cuál fue el alcance de esta «conspiración contra la seguridad nacional»?

Entonces, inmediatamente, el comandante Gallagher se convirtió en una figura pública y en tema general de conversación. Surgió de la oscuridad de la noche a la mañana, por así decirlo. Fue fotografiado y entrevistado, y aparecieron fotografías suyas en todos los periódicos, tanto de Irlanda como de Inglaterra y de América del Norte. En seguida denunció el asesinato, calificándolo de «vil crimen contra el honor de la clase trabajadora y del movimiento revolucionario internacional». Empezó a ser intensamente temido en los medios oficiales, siendo considerado como un «parroquiano escurridizo». Esta frase fue acuñada en una reunión del Consejo de ministros.

Al propio tiempo, el órgano principal de la aristocracia inglesa publicó un artículo de fondo a dos columnas sobre el tema del comandante Dan Gallagher. A lo largo del artículo se daba, sarcásticamente, una resumida biografía de Gallagher. Lo que sigue es un extracto de dicho artículo:

«...Esta flor de la hombría irlandesa brotó en un oscuro estercolero, en la práctica diaria de todas estas virtudes que son producto del suelo irlandés, si uno ha de creer las floridas expresiones que formulan los políticos el día de St. Patrick. Su padre era un modesto campesino de Kilkenny. Habiendo participado, probablemente, en el benévolo asesinato de unos cuantos apoderados de su arrendador en el pasado, reverentemente decidió consagrar las actividades de su promisorio hijo al servicio de su Dios. Daniel, sin embargo, no seguiría este camino. Él estaba destinado a destacarse en otros campos de conquista. Logró hacerse famoso en el seminario eclesiástico, donde se preparaba para su carrera sacerdotal, por haberle roto la cabeza a uno de los sacerdotes católicos romanos durante una pelea en el campo de deportes. El instrumento utilizado en esta demostración de alegría juvenil fue el arma preferida de los irlandeses: un palo de hockey.

»El joven Fionn McCumhaill fue expulsado y abandonó el país. Durante ochos años nadie supo cuál fue su paradero. Posiblemente, pasó estos años en Estados Unidos. Es lícito suponer que fue bien recibido por aquellas

organizaciones de Norteamérica que son dirigidas por irlandeses cuyo propósito consiste en querer destruir el Imperio Británico mediante la conspiración, el asesinato, la calumnia y todas las deliciosas estratagemas que los cerebros gaélicos usan con tanta presteza. Podemos imaginárnosle perfeccionándose en las artes de los pistoleros, del engaño y de aquellas oscuras formas libidinosas del vicio que, según dicen, son practicadas por ese tipo de revolucionario moroso con el fin de embotar la sensibilidad hasta caer en la apatía que ni la conciencia de las enormidades más atroces consigue penetrar...

»El caso es que ha retornado a su querida patria generosamente dotado de aquellas virtudes que le hacen tan caro a los ojos de todos los irlandeses de tendencias homicidas. Lamentablemente, estos irlandeses constituyen, todavía, una considerable proporción de la población de Irlanda. El señor Gallagher cuenta con seguidores valerosos y entusiastas.

»Las características de su comunismo son de las que más se avienen con la idiosincrasia de los irlandeses. Constituyen una mezcla de catolicismo romano, de republicanismo nacionalista y de bolchevismo. Su consigna es: "Saqueo y muerte"...»

A continuación se reproduce el extracto de un artículo aparecido posteriormente en las columnas del órgano oficial de la Organización Revolucionaria Norteamericana:

«Cuando se escriba la gloriosa historia de la lucha por la liberación del proletariado de Irlanda, el nombre del camarada Dan Gallagher recorrerá el libro del principio al fin, dejando una interminable estela de gloria... Ningún otro ser viviente ha prestado un servicio más noble a la causa de la revolución mundial que este bravo luchador, que dirige a los obreros de Dublín con una energía superior a la que ejerce la burguesía irlandesa que, nominalmente, aún lleva las riendas. El fracaso de la huelga de los obreros agrícolas no debe desanimar a aquellos camaradas que esperan grandes cosas del enarbolamiento de la bandera roja en M- el pasado mes de octubre. El camarada Gallagher todavía no considera oportuno quitarle las riendas de las manos a la burguesía. Cuando llegue la hora...»

En el mes de noviembre, desde el Continente mandaron un representante del Comité Ejecutivo Internacional de la Organización Revolucionaria con el fin de que redactara un informe especial sobre la situación en Irlanda. Lo que sigue es un extracto del informe secreto que preparó, luego de pasarse tres meses en Irlanda, recorriendo secretamente el país:

«... Por ahora, sería un error táctico expulsar al comandante Gallagher de la Internacional. Al mismo tiempo, no hay duda de que la Sección Irlandesa se ha desviado completamente de los principios revolucionarios establecidos en los estatutos de la Internacional. El camarada Gallagher dirige la organización nacional pura y simplemente como un dictador. El Comité Ejecutivo sólo lo es de nombre. Cualquier capricho, que en un momento dado se le ocurra al comandante Gallagher, marca la pauta de la táctica a seguir. Contrariamente a

las órdenes impartidas desde el Comité Central, la Organización se mantiene aún en una fase puramente militar y apenas ha hecho esfuerzo alguno para actuar abiertamente como partido político legalmente constituido. Este defecto no es, quizás, absolutamente atribuible al camarada Gallagher. Existen también causas locales, surgidas de la lucha reciente por la independencia nacional, que ha dejado en la clase trabajadora el rescoldo de un amor romántico por la conspiración, un concepto de la vida fuertemente nacionalista, religioso y burgués, y un odio por los métodos constitucionales. Ello hace que resulte difícil, por ahora, evaluar la influencia del camarada Gallagher...»

CAPÍTULO VII

Cuando los tres hombres entraron en la sala, los ojos de Gallagher se abrieron desmesuradamente. Luego, se le cerraron los párpados hasta formar dos ranuras bajo las largas pestañas negras. Saludó a Mulholland y a Connor con un movimiento de cabeza. Luego miró a Gypo. Gypo le devolvió la mirada. Los dos hombres, diferentes en sus facciones y complexión como eran, tenían idéntica impasibilidad en la mirada. El rostro de Gypo era como una sólida y voluminosa roca de granito, duro pero sin el grado de inteligencia que requiere la fuerza para poder ganarse la confianza de los hombres. La cara de Gallagher era físicamente menos impresionante, pero revelaba una gran inteligencia. Tenía una frente ancha, que parecía enmarcarle el rostro. Sus ojos eran grandes y separados. La nariz, larga y recta. Tenía unos labios delgados. Las mandíbulas eran firmes, pero finas y delicadas como las mandíbulas de una mujer. La cara no tenía color, pero las mejillas se movían constantemente, como si bajo la piel lisa y suave circularan unas corrientes irregulares. Sus cabellos eran negros como el carbón y los llevaba muy cortos. Tenía unas orejas grandes. El cuello se ensanchaba gradualmente, a cada lado, hasta los hombros, como una colina al unirse con el llano.

Saltó del alto taburete y se plantó con las piernas separadas frente a Gypo. Medía 1,80 m., pero Gypo se erguía como una torre a su lado, con sus cinco centímetros más. Gallagher llevaba un holgado impermeable marrón, que le cubría desde el cuello hasta las pantorrillas, otorgando a su buena complexión un volumen que no tenía. No obstante, Gypo, con su traje de tela basta, que ahora estaba empapado de lluvia, parecía inmenso a su lado. Gallagher estaba con las manos metidas en los bolsillos del impermeable proyectadas hacia adelante, como si apuntara a Gypo con un par de pistolas. Gypo tenía las manos caídas a lo largo del cuerpo, dos enormes manazas rojizas que colgaban yertas de las blancas muñecas redondas. Gallagher se cubría con un sombrero de alas anchas de terciopelo negro, muy elegante. El sombrerito redondo, raído, de Gypo continuaba en lo alto de la cabeza de éste y parecía la gorra de un estudiante en la cabeza de un adolescente muy desarrollado.

Se miraban mutuamente: uno, bien parecido, bien vestido, confiado e indiferente; el otro, harapiento, sorprendido, ansioso.

—Bueno, Gypo —dijo Gallagher, arrastrando las palabras con el tono desafiante y despreciativo que adoptaba—. No pareces muy contento de verme.

—No puedo decir que lo esté —replicó Gypo bruscamente, casi sin mover los labios—. No tengo motivos para estar contento de verle, comandante Gallagher. Nunca ha sido amigo mío, y no tengo costumbre de arrastrarme ante quien no me place. Ya no soy oveja de su rebaño, así que no es preciso balar, por lo que a mí se refiere. Un hombre vale tanto como otro en este mundo podrido. Utilizo sus mismas palabras, ¿verdad?

Gallagher lanzó una carcajada, una carcajada alegre que puso al descubierto sus blancos dientes. Se encogió de hombros y dio unos pasos por la sala. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo al tiempo que caminaba, y escogió uno. Continuó riendo hasta que se detuvo para encender el cigarrillo cerca de la puerta.

—Eres un tunante raro, Gypo —dijo, riendo de nuevo, mientras se detenía a tirar el fósforo quemado en una escupidera.

Luego echó una mirada a su alrededor y se acercó otra vez a Gypo. Mulholland y Connor no dejaban de observarle con aquel interés admirativo con que la multitud contempla los movimientos de un campeón de boxeo cuando da la vuelta al ring, con la bata puesta, antes de un gran combate. Sonreían cuando Gallagher reía. Dejaban de sonreír cuando él dejaba de reír.

Gypo, en cambio, observaba los movimientos de Gallagher malhumorado. Sentía deseos de echársele encima y estrangularle antes de que tuviera tiempo de defenderse.

Luego, Gallagher se acercó a Gypo y le cogió por el hombro derecho de una manera amigable y reservada.

—Escucha, Gypo —dijo—. Estás resentido, sin duda, porque hice que te expulsaran de la Organización, pero tú tuviste la culpa. Te mandé por orden del Comité Ejecutivo, a ti y a Frankie McPhillip, para que os encargarais de la defensa de los huelguistas. NO PROBAR UNA GOTA DE LICOR Y NO HACER USO DE LAS ARMAS A MENOS QUE OS ATAQUEN. Pero ¿qué hicisteis? En primer lugar, os buscasteis un par de mujeres. Eso, por supuesto, debe haber sido obra de Frankie, pues no creo que tú tengas mucho éxito entre las mujeres. Las mujeres eran la debilidad de Frankie, ¡maldita sea! Pero, de todos modos, no importa quién empezó la cacería. Tú probaste la miel igual que él, según me informaron. Los dos os emborrachasteis en M- en compañía de aquellas mujeres. Cogisteis una curda tan fabulosa, que McPhillip salió tirando tiros por la ciudad. Tú le habrías ayudado en aquel pasatiempo, pero estabas ocupado tratando de arrancar el poste de un farol en Oliver Plunket Street, por una apuesta que tenía como premio cinco litros de cerveza. En el punto álgido del jaleo, McPhillip se encontró con el secretario del Sindicato de Campesinos y le mató de un tiro. Eso hizo que se os pasara la mona volando, ¿verdad? Pusisteis pies en polvorosa sin preocuparon de borrar las huellas. Corríais como dos liebres. Llegasteis a Dublín contando una historia de mil demonios sobre un ataque, y qué sé yo. ¡Eran cuentos! Bien. ¿Sabes qué quería decirte, Gypo?

Hizo una dramática pausa y miró a Gypo fijamente. Gypo no movió ni un músculo de la cara. Emitió un sonido ronco, interrogativamente, que le salió de lo más profundo del pecho. Gallagher continuó diciendo muy lentamente:

—Quería decirte esto, Gypo. Si no hubiese sido por mí, no te habrías salvado tan fácilmente. Había muchos que querían darte esto, por haber desobedecido las órdenes.

Hizo un rápido gesto con la mano derecha dentro del bolsillo del

impermeable, proyectándola hacia adelante, contra las costillas de Gypo. Éste sintió el contacto de un cuerpo duro de metal. Sabía que era el cañón de la automática Colt de Gallagher, pero Gypo no reparó en la pistola. No le causaba miedo la pistola. Pero sí le causaban temor los ojos de Gallagher, que estaba mirando fijamente. No le gustaban nada. Eran muy fríos, azules, misteriosos. Sólo Dios sabe qué se ocultaba en el fondo de aquellos ojos. Unos movimientos irregulares, caóticos, empezaron a sacudirle el rostro. Las mandíbulas, los pómulos, la nariz, la boca y la frente se convulsionaron en direcciones opuestas, como si una corriente de aire se hubiese filtrado bajo la piel de la cara y produjera una ondulación. Luego, el rostro se le serenó. Se le hinchó el cuello y los ojitos se le abotagaron.

—No le serviría de nada utilizar estos trucos conmigo, Danny Gallagher —gruñó, dándole un manotazo al cañón de la pistola con un leve movimiento de la mano derecha.

Aunque el golpe fue leve, Gallagher tuvo que retroceder un par de pasos para poder recobrar el equilibrio. Durante un momento, se le ensombreció el rostro, pero en seguida volvió a sonreír. Gypo continuó diciendo con una melancólica voz ronca:

—Gallagher, no le creo. Es mentira lo que acaba de decir, eso de que trató de salvarme la vida cuando me presenté ante el Tribunal de indagación, el mes de octubre último. Estoy seguro que lo es. Sí. Y ahora me dirá que no es el jefe, y Dios sabe cuántas cosas más dentro de la Organización. ¿Quién sino usted tiene autoridad? Sí. No le creo nada de lo que dice. Es un embustero. Un falso. Y yo todavía estaría en la Policía de no haber sido por sus dulces palabras. Fue usted quien me hizo dejar el Cuerpo, con la promesa de Dios sabe qué. Juro por Dios Todopoderoso que he hecho más por su maldita Organización que cualquier otro hombre de esta tierra. He hecho más de lo que un hombre sensato podría hacer. Y usted me expulsó porque liquidaron a un viejo campesino. A mí y a McPhillip. ¿Qué ganamos? ¿Qué...?, ¡maldita...!

Gypo profirió una retahíla incoherente de juramentos blasfemos, levantando cada vez más la voz. Tenía los brazos en alto, levemente curvados hacia adelante, y la cabeza baja, como si estuviese a punto de iniciar un ejercicio de natación. Los labios se le llenaron de saliva, y miraba a cada uno de los tres hombres como si no supiera a cuál atacar primero.

Entonces se elevó súbitamente una ventanilla de madera que había en la pared de la derecha, y apareció un bello rostro enmarcado por una cabellera roja. Era Kitty, la camarera.

—¡Dios mío! —exclamó, llevándose los dedos a los labios al mismo tiempo que miraba a Gypo fijamente—. ¿Quién es ese tipo? ¿Qué está haciendo aquí, Dan?

—No pasa nada, Kitty —dijo Gallagher con una sonrisita—; es un amigo mío. Estamos celebrando un campeonato de blasfemias.

Y comenzó a reír a más no poder, mientras se acercaba a la escupidera con la colilla en la mano.

Gypo se volvió para mirar la cara amedrentada de la camarera. Mientras contemplaba el bello rostro de la chica y la suave cabellera que relucía bajo la luz artificial, meneó la cabeza y se le humedecieron los ojos. La ira que le embargaba se esfumó inmediatamente, de manera que pareció como si se quedara vacío y se derrumbara. Había permanecido rígido como un árbol. Ahora se quedó flojo y desquiciado. Permaneció con la cabeza baja y la mirada perdida, mirando a la camarera.

La camarera, al ver el cambio que había originado su presencia en aquel gigante indomable, se envaneció. Sonrió, adoptó un aire de superioridad y se palmeó los cabellos. Miró a los demás, como diciendo: «¿Qué os parece?»

Entonces, Gallagher se acercó a la ventanilla con paso ágil, tomó las manos de la joven entre las suyas y la miró a los ojos seductoramente. Ella parpadeó durante un instante, como si, de repente, se hubiese asustado. Luego sonrió dulcemente, lasamente, como una mujer que estuviera apasionadamente enamorada. Gallagher bajó un poco la cabeza y le musitó algo al oído. Ella lanzó una sonora carcajada. Gallagher sonrió. Luego, de pronto, suspiró al mismo tiempo que daba unos golpecitos en la repisa de la ventanilla.

—Cuatro vasos de Jameson, rápido —pidió con una voz fría, cortante, grave.

La camarera dejó de sonreír tan de repente como si hubiese sentido una punzada dolorosa. Bajó la ventanilla, siseando:

—Sí, Dan.

Gallagher se acercó a Gypo y volvió a echarle la mano por el hombro. Gypo ahora estaba con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Luego del frustrado arrebato, se sentía fatigado. Sentía deseos de irse a cualquier parte para acostarse y dormir durante días y días. Tenía la mente hecha un lío. Se sentía muy cansado. Mientras miraba a Gallagher, sintió el deseo de confiarle su secreto. ¡Los ojos de Gallagher eran tan endemoniadamente atractivos! Parecía que le arrebataban quién sabe qué cosas para apropiárselas. Aquellos ojos podrían elaborar un plan, y...

Gypo ya había pronunciado una sílaba del nombre de Gallagher cuando se dio cuenta de la identidad real de aquel hombre y las consecuencias que se derivarían de su confesión. El nombre murió en sus labios. Gallagher sonrió.

—Gypo, muchacho —dijo en tono amable—, es mejor que olvides lo que pasó. Tenemos algo entre manos que te incumbe tanto a ti como a nosotros. Así pues, podemos actuar conjuntamente. Por eso he enviado a Bartly Mulholland a casa de McPhillip a buscarte. La policía ha liquidado a un compañero tuyo. ¿Oyes? Según parece, podría ser obra de un delator. Debemos descubrir quién es. Realmente no es una misión que deba llevarla a cabo la Organización, puesto que Frankie había dejado de pertenecer a ella. Por lo que a nosotros respecta, no era más que un delincuente común. Pero un delator es un delator. Debe ser eliminado, como si fuese el primer síntoma de la aparición de una peste, en cuanto sepamos de quién se trata. Es un enemigo común. Debemos atraparlo, Gypo. Y a ti te corresponde echarnos una mano

en la búsqueda del traidor que envió a tu compañero a la muerte. Porque...

En aquel momento se levantó la portezuela de repente, otra vez, y la camarera apareció en la abertura con cuatro vasos de whisky en una bandeja. Gallagher se acercó a la ventanilla, pagó la consumición, alargó un vaso a Connor y otro a Mulholland, se guardó el cambio, le pellizcó la mejilla a la camarera, quien lanzó un chillido al mismo tiempo que se reía, y luego de cerrar la portezuela, él mismo, Gallagher, avanzó sonriendo hacia Gypo con un vaso de whisky en cada mano. Ofreció uno a Gypo. Éste lo miró sin hacer ademán de cogerlo o de rechazarlo.

Había seguido los movimientos de Gallagher con la mirada estúpida y desconfiada de un animal salvaje atemorizado que presiente la amenaza de algún peligro. Luego miró el vaso, como si también desconfiara del contenido del mismo.

—Tómalo —dijo Gallagher fríamente—. Tómalo, hombre, si tienes sentido común. Es mejor tenerme como amigo que como enemigo. Si no piensas colaborar con nosotros en esta misión..., hum..., la gente podría pensar..., hum..., que...

—¡Eh! —exclamó Gypo estremeciéndose. Entonces dejó de jadear. Continuó hablando con voz muy aguda—. No es eso... Mire... Es que... —Su voz se volvió grave, súbitamente, y se convirtió en un grito ronco—. Es que no sé qué hacer.

Enmudeció.

Gallagher miró a Mulholland, quien le hizo un guiño casi imperceptible con sus ojos de gato.

—Durante estos últimos seis meses he pasado hambre —continuó diciendo Gypo, profiriendo de repente un torrente de palabras. Hablaba como un negro, con voz de trueno, que retumbaba y delataba una especie de melancolía—. He vagado por toda la ciudad, y todos ustedes pasaban por mi lado sin saludarme, como si no me conocieran. He vivido en la House, mendigando un pedazo de pan a los marineros, a los vagabundos y a los estibadores. No tengo ropa. No tengo dinero. No tengo nada. Y, de pronto, me viene usted con sus palabras dulces. Bueno..., hum..., ¿cómo es que...?

Volvió a callar, jadeando. Parecía que iba a ser presa de otro arrebato, pero, súbitamente, Gallagher se acercó a él un poco más, diciéndole en un murmullo suave y dulce:

—Escucha, Gypo. Haré un trato contigo. Reconozco que has hecho mucho por el movimiento. Durante los seis meses últimos has sufrido la pena por haber colocado a la Organización en una situación comprometida en el mes de octubre pasado. Lo olvidaremos todo, con una condición. Si nos das la pista que nos lleve a descubrir al tipo que delató a Francis Joseph McPhillip, haré que vuelvas a ingresar en la Organización y ocuparás el cargo que tenías en la plana mayor. Toma. Bebe.

Gypo alargó la mano rápidamente. Cogió el vaso y la mano de Gallagher con su enorme garra. Hubiérase dicho que estaban luchando. En cuanto el

vaso quedó libre, Gypo se lo llevó a los labios y lo vació. Luego se acercó lentamente, arrastrando los pies, a la repisa, donde dejó el vaso vacío. De espaldas a sus acompañantes, hizo una pausa para limpiarse los labios con la manga.

Quería ganar tiempo con el fin de serenarse. La proposición de Gallagher le había cogido tan de sorpresa, que estaba desconcertado. Desde aquel momento infernal en que había abierto la puerta de la comisaría de policía con la punta del pie, su vida se había sumergido en una nube negra, impenetrable y sin salida. Se había encontrado solo, marginado, asediado por una horda inmensa de enemigos. Ahora, de pronto, el gran Gallagher en persona le ofrecía un medio para poder escapar. Gallagher, el gran Gallagher, le había hecho un ofrecimiento. Volvería a ingresar en la Organización. De nuevo, la gente le tendría miedo. De nuevo tendría hombres inteligentes a su alrededor que elaborarían planes para él, que le darían dinero para realizar acciones arriesgadas, que le protegerían, que alabarían su temeridad, su fuerza y su... ¡Virgen Santa! ¡Qué suerte!

Mientras se limpiaba los labios con la manga, cerca de la repisa, le asaltó una idea descabellada, de tan grande como era su impaciencia por hacer méritos inmediatamente para ser readmitido en la Organización. Durante un instante, contempló a aquel hombre que había entrado en la comisaría de policía como si fuese un hombre distinto, como si no fuera él. Un sonido empezó a subir por su garganta. Su nueva personalidad trataba de hablar y denunciar a aquel Gypo Nolan ofuscado que había entrado en la comisaría de policía. Pero el sonido se congeló en su garganta; se le hizo un nudo doloroso, como si, de repente, se le hubiesen inflamado las amígdalas. Se dio cuenta de que él y aquel individuo imponente, que se tocaba con un sombrerito ajado y había ido a la comisaría de policía, eran una misma persona. No era más que otra estratagema por parte de algo que estaba oculto en su interior, su conciencia quizá, que intentaba persuadirle para que confesara su traición.

Aquel mismo impulso le había tenido aturullado durante todo el tiempo que estuvo contemplando a la señora McPhillip.

Y entonces, al igual que en el bar, cuando Katie Fox le había asustado, su mente inventó aquella historia insensata del marinero, también ahora concibió una estratagema descabellada. Le cruzó por la mente, como una tempestad, con ruido y furia. Se le iluminaron el rostro y los ojos. Abrió la boca. Se acercó a Gallagher rápidamente y le habló en un siseo:

—Yo le diré quién fue el delator —dijo—. Fue el Rata Mulligan. Estoy tan seguro de que fue él como de que Jesucristo fue crucificado.

Los tres hombres se agolparon a su alrededor. Los tres miraron por encima del hombro con suspicacia, y luego le contemplaron con los ojos semicerrados. Un tenso silencio invadió la pieza. Luego todos respiraron profundamente. Connor deslizó el dedo sobre el gatillo del revólver.

—¡El Rata Mulligan! —exclamó Gallagher por fin—. ¿Qué te hace suponer tal cosa, Gypo?

—Ya os lo diré —rugió Gypo triunfalmente. Luego hizo otra pausa y miró a su alrededor con el entrecejo fruncido, adoptando un aire dramático—. No me gusta hablar por hablar, por las razones que todos conocéis. Nunca se puede estar seguro de una cosa como ésta. Y Dios sabe que es una acusación muy grave. Pero, de acuerdo con la forma en que lo ha planteado, comandante, diciendo que era mi compañero, y el deber que tengo respecto a la causa, bueno... ¡Sea! ¡Pobre Mulligan!

—¡Oh, vamos! —exclamó Gallagher, sumamente excitado—. Di lo que tengas que decir.

Pero Gypo no quería que nadie le apurara. Una pretenciosa arrogancia le embargaba. Alargó la mano para coger el vaso de whisky que Gallagher todavía no había apurado.

—Permítame, comandante —dijo—, puesto que usted no se lo toma. —Gallagher le dio el vaso, temblando de nerviosismo—. Gracias. Suerte. ¡Ah, es bueno esto! Bien. Esto es lo que pasó. En cuanto Frankie salió del comedor, me dije que mejor sería que tratara de quitarle de la cabeza la idea de ir a su casa. Había estado tratando de convencerle de que abandonara la ciudad de nuevo y que no se acercara a Titt Street, pero, como era un cabeza dura, no me hizo caso. Así que me dije: «Que Dios se haya apiadado de él. Bueno, amigo mío, no pienso hacerme mala sangre, tratando de alejarte del peligro y que, además, tú todavía me maldigas.» El caso es que, en cuanto se fue, decidí salir tras él para insistir una vez más. Salí corriendo y, al llegar al vestíbulo, me encuentro con que el Rata acababa de cruzar el umbral de la puerta. Me precipité hacia el vestíbulo. Allí, en la puerta, estaba el Rata, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, mirando hacia el camino. Luego bajé a la calle. Yo le seguí. Salí a tiempo de ver a Frankie en el momento en que doblaba la esquina para seguir por la avenida, con el Rata pisándole los talones. Está claro como el agua. Así es. Que Dios se apiade del muerto; si se me hubiese ocurrido en aquel momento, ahora Frankie tal vez estaría vivo y no sería un cadáver frío como el hielo. Deme otro trago, comandante. Tengo la garganta seca.

Sin decir nada, ni siquiera mirarle, Gallagher se dirigió hacia la ventanilla y golpeó la portezuela con los nudillos. Gypo ni se dignó seguir sus movimientos con la mirada. Su arrogancia no tenía límites. Se dio cuenta de que era extraordinariamente astuto. En el fondo, hasta sentía cierto desprecio por Gallagher. Y con respecto a Mulholland y Connor... Les miró apreciativamente, como si contemplase a un par de perros serviciales. Era la misma clase de mirada que Gallagher tenía por costumbre dirigir a todo el mundo.

Gallagher trajo otro vaso de whisky y se lo ofreció. Gypo lo cogió sin pronunciar una palabra de agradecimiento. Dio unos pasos hasta la escupidera y escupió en ella. Luego se bebió el licor de un trago. Dejó el vaso vacío sobre la repisa y tosió estruendosamente. Unió las manos en la espalda con un golpe seco. Empezó a balancearse, apoyándose en los tacones, como un policía.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? —exclamó, mirando pensativamente al techo.

Ahora se encontraba completamente absorto en la apreciación de su propio talento. No notó el silencio absoluto con que Gallagher y los otros habían acogido su historia. Contemplaba el pasado complacidamente, la época en que tenía un criminal a su cargo, encerrado en la celda, en la comisaría de policía. Solía pasarse una hora entera, en la quietud de la noche, hostigando al prisionero, atemorizándole con la mirada, con una súbita demostración de fuerza, con una carcajada loca, con una mirada silenciosa. Ahora experimentaba la misma sensación. Excitado por el whisky que había tomado, y guiado por la concentrada tensión nerviosa de las últimas horas, se imaginaba que tenía a Gallagher y a los otros a su merced, que era un policía y que los otros eran ciudadanos que le pedían un favor, un favor ilegal que les dejaría en sus manos. Así sucedió en el pasado, cuando transmitía informaciones insignificantes a Gallagher, a cambio de dinero, al mismo tiempo que tomaban una cerveza; informaciones inocentes, pensaba, sobre técnicas de rutina y la disposición del personal del cuerpo de detectives.

—¿Qué es lo que no se te había ocurrido? —inquirió Gallagher fríamente.

Habló despacio y con despreocupación, mirando a Gypo como si quisiera inspirarle confianza.

—Hombre, me refería al rencor que el Rata le guardaba a Frankie —explicó Gypo en tono confidencial y adoptando un aire de persona importante.

—¿A qué rencor te refieres?

—Oh, es una larga historia —contestó Gypo suspirando, mientras se acercaba a la escupidera y escupía. Luego se subió los pantalones. Se aclaró la garganta haciendo un ruido terrible. Resultaba muy exasperante—. Pida otro whisky para mí, comandante, antes de que cierren —rugió de pronto, con sorprendente indiferencia.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Gallagher—. Eres un parroquiano muy fresco, Gypo. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya! De todos modos, te mereces otro whisky.

Guiñó disimuladamente un ojo a Mulholland y a Connor al mismo tiempo que se encaminaba hacia la ventanilla. Gypo le habló casi con desprecio.

—Dese prisa —dijo, mirando el reloj con el ceño fruncido—, sólo tenemos un minuto. Son las once menos un minuto.

Volvieron a circular cuatro vasos de whisky de mano en mano. Gypo cogió uno y se bebió el contenido de un trago. Esta vez cogió el vaso de Gallagher sin pedirle permiso. También lo vació de un trago, como si estuviese haciendo una demostración pública de su resistencia a la bebida. Mulholland y Connor se tomaron sus whiskies apresuradamente, como si temieran que también se los bebiera. Gypo se dirigió hacia la repisa y dejó los dos vasos vacíos. Contempló los cinco vasos que se había tomado y sonrió abiertamente. Se dio un ruidoso golpe en el pecho.

—Vamos, camarada —dijo Gallagher con voz cortante—, lárgalo todo de una vez. Basta de tonterías.

—Muy bien —dijo Gypo, adelantando la cabeza de manera que adoptó la posición de un chivo al que acabaran de ponerle el collar—. ¿Se acuerda de Susie, la hermana del Rata? Pertenecía a la Organización. Ella...

—Está bien —le espetó Gallagher airadamente—. La recuerdo. ¿Qué pasa con ella? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Bueno, ¿por qué no debería tener nada que ver? Tuvo un hijo, ¿verdad? ¿No dejó...?

—¿Qué sabes tú de ese hijo? —siseó Gallagher. Estaba pálido como un cadáver.

—No se ponga en evidencia, comandante —dijo Gypo, con cara de pícaro, lanzando una carcajada. Estaba algo ebrio y se mostraba insolente—. He puesto el dedo en la llaga, ¿eh? Bueno, no sé nada. Puede quedarse tranquilo. Frank McPhillip era el padre de la criatura y se negó a casarse con ella. Recuerdo que una noche estábamos los dos en el bar de Cassidy, tomando una cerveza, cuando alguien entró y le pidió a Frankie que le acompañara hasta la esquina. Al ver que tardaba mucho en volver, yo también salí, sospechando que podían haberle tendido una trampa. Pero le encontré hablando con Susie. Ella lloraba y le pedía que la llevara a cualquier parte. Por supuesto, él no accedió. Al día siguiente, ella se marchó a Pool. A Lime Street, según pude saber. ¡Bueno! Puede estar seguro de que el Rata lo hizo por eso. Por eso le delató.

Gallagher miró a Mulholland. Éste frunció el ceño y movió levemente la cabeza. Luego miró a Gypo con curiosidad. Connor tenía la boca abierta y miraba a Gypo con ojos maravillados. Gypo se apretaba el cinturón.

—Bueno, comandante —dijo al terminar—, ¿mantiene su palabra de hacerme ingresar de nuevo en la Organización?

—No te impacientes —murmuró Gallagher, mirando el suelo, como si estuviese soñando—. Antes tenemos que verificar tu declaración. Si comprobamos que es cierta, volverás a la Organización. —De pronto levantó la vista, sonriendo, con ojos relampagueantes. Tomó a Gypo por la mano derecha y le sonrió de una manera amistosa e íntima—. Escucha. Esta noche, a la una y media, se constituirá un Tribunal de Indagación. Preséntate. Mulholland te acompañará. Podéis poneros de acuerdo para encontraros en algún sitio. Puedes confiar en mí, camarada; yo lo arreglaré todo. Hiciste buenos trabajos antes, camarada, y volverás a hacer buenos trabajos por la liberación de tu clase.

Gypo cogió la mano de Gallagher y se la estrechó efusivamente. Luego golpeó los tacones al mismo tiempo que saludaba de una manera ampulosa. Después se dirigió a Mulholland.

—Estaré en casa de Biddy Burke —musitó— alrededor de la una. Allí nos veremos.

—Perfecto —dijo Mulholland.

—Buenas noches, muchachos —saludó Gypo con voz sonora y cordial.

Luego abandonó la estancia, taconeando ruidosamente a la vez que

carraspeaba.

Durante un instante, todos le miraron en silencio. Entonces, alguien gritó:

—¡Es la hora, caballeros, es la hora! Gallagher se sobresaltó.

—¡Maldita sea! —exclamó, golpeándose la palma de la mano derecha con el puño de la izquierda.

—Es él —siseó Connor, acercándose a Gallagher con la boca abierta.

—¡Calla, estúpido! —le espetó Gallagher.

—Oiga, comandante —dijo Mulholland, muy excitado—, es él. Juraría que lo es, porque...

—¡Maldita sea! —rugió Gallagher—. ¿Quién os ha pedido vuestra opinión? Dame tu informe. ¡Vamos, vamos! No hagas una poesía.

Con frases cortas, súbitas, con gestos rápidos, Mulholland narró lo que había pasado en el n.º 44 de Titt Street, la excitación de Gypo, la caída de las monedas al suelo, cómo Gypo se las entregó a la señora McPhillip, cómo había salido precipitadamente de la casa. Luego, con voz lastimera, empezó a explicar lo que había hecho desde que se había movilizado a las ocho al recibir la noticia de la muerte de Frankie McPhillip. Pero Gallagher le interrumpió.

—¡Abrevia! —gritó—. ¿Encontró algún papel la policía en el n.º 44? No. Bien. ¿Encontraron algún papel en el cadáver? No lo sabes. Bien; mejor será que lo averigües mañana en el sumario judicial. Ahora, vete. No te despegues de los talones de Gypo. Averigua lo que puedas. A la una y media, llévale al Bogey Hale. Vete.

Mulholland desapareció sin decir palabra. Gallagher se dirigió a Connor.

—Tú, Connor. Moviliza seis hombres de tu sección. Buscad a Mulligan. Llevadle al Bogey Hale. Apresúrate.

Connor murmuró algo y desapareció.

Gallagher se quedó mirando el suelo, solo, absorto en sus pensamientos.

Unas voces ebrias cantaban en el compartimiento vecino. Se oía el roce de los pies sobre el suelo. Una voz monótona no dejaba de gritar:

—Es la hora, por favor, caballeros, es la hora.

Los ojos de Gallagher se habían dilatado, soñadores. Suspiró.

—El más mínimo descuido —se dijo en un murmullo—, y todo estallará. Y yo estaré listo. Tengo que descubrir a ese maldito delator, sea quien sea. Podría ser Gypo. Podría ser el Rata, aunque es muy dudoso. Eso no tiene importancia. Lo que importa es que hay un delator... ¡Por Dios!, un delator es un peligro enorme. Todo el mundo es una amenaza para mí. Sólo el miedo me protege. Debo hacer un escarmiento.

Su voz fue apagándose gradualmente. Ahora, el silencio volvió a reinar en aquella pieza. Hacía un calor sofocante, se percibía un olor de bebida rancia y de tabaco. Gallagher tenía la vista fija en el suelo.

Un escarabajo salió de su agujero, contempló una gota de whisky que había a unos diez centímetros de su hocico y se escondió de nuevo.

Se oía un rumor distante, como si estuviera teniendo lugar un gran alboroto.

Entonces, sobresaltado, Gallagher levantó la cabeza. Suspiró al tiempo que se acercaba rápidamente a la ventanilla. Golpeó con los nudillos. La portezuela se elevó casi inmediatamente. Apareció el bello rostro enmarcado por la cabellera roja. Gallagher asintió con la cabeza. La cabellera rojiza desapareció de nuevo y la portezuela se deslizó hacia abajo. Gallagher esperó. A los tres segundos, se abrió silenciosamente una puerta de la derecha y la camarera entró en el cuarto, cerrando la puerta cuidadosamente detrás de sí. Se precipitó inmediatamente hacia Gallagher y le puso los brazos alrededor del cuello. Él le besó los labios varias veces rápidamente. Luego se soltó del abrazo.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó.

Ella asintió y extrajo un trozo de papel del hueco del escote de su vestido negro. Gallagher se lo metió en el bolsillo del impermeable.

—Correcto —musitó, soñoliento.

Volvió a besarle los labios, le acarició la mejilla. Dio un paso alejándose de la joven, pero ella le cogió del brazo. Le retuvo, escrutándole el rostro suplicante.

—¿No me dices nada, Dan? —inquirió.

—Por el amor de Dios, Kitty, sé sensata —murmuró él bruscamente—. No es el momento adecuado para hacer tonterías. —Señaló el cuello con el dedo —. Estoy enterrado hasta aquí. La Organización entera está en peligro.

—¡Dios mío! ¿Qué sucede, Dan? Cuéntamelo.

—Un delator. Mañana nos veremos. Suéltame. Buenas noches.

La besó en la frente. Ella aflojó los brazos. Gallagher salió. Ella le miró, abatida. Luego se estremeció, apretándose los pechos con las manos.

Gallagher enfiló Titt Street.

De vez en cuando, un obrero le reconocía y le saludaba respetuosamente. El no devolvía el saludo. Al llegar al nº 44, se volvió bruscamente hacia la puerta y llamó.

Mary McPhillip abrió la puerta casi de inmediato. La joven se sobresaltó al verle, llevándose las manos al pecho.

—Buenas noches, Mary —dijo él con dulzura, tendiéndole la mano—. ¿Puedo pasar? Quiero hablar con tu madre.

—Sí —contestó Mary, excitada—; mi madre está en la cocina, pero es preferible que pases a la sala. Mi padre también está en la cocina, y seguramente armará un escándalo si te ve.

—Oh, está bien —dijo Gallagher—. ¿Hay alguien más en la cocina?

—No, se han ido todos.

—¿Con quién estás hablando, Mary? —gritó Jack McPhillip desde la cocina.

—Con nadie, padre —replicó Mary.

—Me pareció oír una voz de hombre —insistió el padre—. ¿Quién es?

—¡Chiss! Está bien —musitó Gallagher, empujándola hacia un lado, al mismo tiempo que ella trataba de decirle algo—. No me va a morder. Soy yo,

señor McPhillip. ¿Cómo está? Lamento lo sucedido.

Los dos hombres se encontraron en la puerta de la cocina. Se miraron mutuamente durante un instante. Luego, Gallagher hizo ademán de avanzar, y McPhillip, algo sorprendido, retrocedió. No habló hasta que se encontró de nuevo cerca de la cama.

—Ah, es usted, ¿eh? —exclamó airadamente—. ¿Y qué le trae por aquí a estas horas de la noche? Gallagher no le hizo caso. Se volvió hacia la señora McPhillip, quien permanecía en la misma posición al lado del fuego, rezando el rosario.

—Siento molestarla, señora McPhillip —dijo gentil y respetuosamente—, en estos momentos..., hum..., pero debo hacerle un par de preguntas en relación con su hijo. ¿Sería tan amable...?

—¿Y qué derecho tiene a hacer preguntas? —rugió McPhillip, rabioso porque Gallagher no se había dignado contestarle.

Ahora estaba sentado en la cama. Estaba tímidamente sentado, como si estuviese de visita en una casa extraña.

Gallagher se volvió hacia él lentamente, mirándole a los ojos.

—Tengo el derecho —contestó— que me confiere la circunstancia de ser un revolucionario en busca de un traidor a la causa.

—¡Ja! —rió McPhillip despectivamente—. ¿Y qué clase de revolucionario es usted?

—Un revolucionario comunista —replicó Gallagher. Luego se volvió con insolencia, agachando la cabeza para hablar con la señora McPhillip.

—¡Malditos comunistas! —exclamó McPhillip, poniéndose de pie de un salto—. ¿Sabe qué le digo? Usted...

—¡Padre! —gritó Mary, oprimiéndose las manos—. No...

—Tú, calla, sinvergüenza —le espetó su padre—; ¿acaso no soy el dueño de esta casa? ¡Y usted, comunista, como usted mismo ha dicho, es el canalla más grande de Irlanda! Es el mayor enemigo de su clase. Ahora, suéltame, Mary, o te daré una paliza. Déjame decirle... Suéltame... Suéltame —chilló, mientras la joven le cogía por el cuerpo y le empujaba hacia la puerta.

Él colocó las manos y los pies contra el marco y, volviendo la cabeza, continuó gritando histéricamente:

—¡Son los hombres como yo los que son verdaderamente revolucionarios, pero nadie nos quiere escuchar!

¡Son los hombres como yo, que trabajan, educando a los compañeros, y al mismo tiempo luchan para lograr mejores condiciones de vida! Pero los hombres como usted son unos criminales. ¡Criminales, criminales, eso es lo que son! ¡No te atrevas a tocarme, Mary! ¡No...!

—No te toco —gritó ella—. Vamos, ven. Acuéstate. Le llevó hacia el vestíbulo. Él suspiró y empezó a sollozar. Mientras subía las escaleras, iba diciendo en voz baja, melancólica:

—Si le hubiese obligado a subir al andamio conmigo, en vez de darle una educación, tal vez hoy estaría vivo y sería un hombre honrado. Si le hubiera...

Luego, cuando una puerta se cerró a sus espaldas en lo alto de la escalera, la voz se convirtió en un murmullo. Cuando Mary volvió a la cocina, luego de haberle acostado, encontró a Gallagher sentado al lado de su madre, escribiendo rápidamente en un cuaderno. Se había quitado el sombrero. A ella le pareció que tenía una cabeza muy bella, con los cabellos cortos. Mas, al mirarle, se estremeció. De perfil, parecía muy cruel, por su expresión cavilosa, mientras miraba el cuaderno.

Ella se quedó observándole hasta que terminó de escribir. Luego, él suspiró. Se levantó. Dijo unas palabras a la señora McPhillip. Después le estrechó la mano y se volvió hacia Mary.

—Quiero hablar contigo —dijo.

La joven, muy excitada, le condujo hasta la sala de recibo. La sala estaba a oscuras y ella buscó las cerillas a tientas para encender la luz de gas. No las encontraba. Gallagher le ofreció su caja. Encendió una cerilla. Mary hizo ademán de cogerla. Sus dedos se encontraron. Ella se sobresaltó y tropezó con algo. Él extendió los brazos para evitar que se cayera. La cogió por las muñecas, sosteniéndola firmemente. No se habían dicho ni una palabra. ¡Qué sensación tan rara, estar allí en la oscuridad! Tenían las caras muy cerca una de otra, pero no se podían ver. Permanecían callados, cada uno dominado por un extraño impulso que les ataba la lengua. Permanecieron quietos, en la oscuridad de aquella sala llena de objetos, durante un largo minuto. Luego, Gallagher habló. Lo hizo con un siseo. El timbre de su voz era suave y acariciador. Sus labios estaban tan cerca de los de la joven que su aliento los humedecía. Se le ahogaba la voz, como si no tuviese suficiente fuerza para atravesar el aire.

—Mary —dijo—. Quiero que vengas conmigo al Tribunal de Indagación esta noche.

Ella no intentó replicar. Tampoco parecía que él esperara respuesta. Daba la impresión de que las palabras y sus inferencias eran ajenas al propósito de encontrarse allí. Parecía que el curso de su sangre y el latir de sus corazones fuera la respuesta a una predeterminada transferencia de amor declarado.

Pero nunca habían mantenido relaciones amorosas. Nunca se habían encontrado a solas antes de aquel instante. Sus encuentros anteriores se habían caracterizado por las peleas. Mary siempre discutía con Gallagher, sobre todo últimamente, en que se había situado violentamente en la acera de enfrente. Pero, ahora, en la oscuridad, tanto ella como él estaban dominados por una intensa emoción que les resultaba inexplicable.

—Dan —dijo ella de repente—, me das miedo. ¿Qué hacemos aquí, en la oscuridad? ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que vengues a tu hermano —contestó Gallagher súbitamente, como si hubiese obedecido a un impulso misterioso, atacando un tema imprevisto, con el cual su mente sólo hubiera jugado nerviosamente hasta aquel instante—. Quiero que te unas a mí, Mary. Quiero que ocupes el sitio de tu hermano dentro de la Organización. Pero un sitio más importante que el

que ocupaba él. No. No es el sitio de tu hermano el que quiero que ocupes, sino...

—Dan, ¿qué estás diciendo? —jadeó ella asustada. Siguió una pausa durante la cual Gallagher acercó imperceptiblemente su cara a la de la joven. Sus labios se unieron. Se besaron suavemente. Luego, ella echó la cabeza hacia atrás, temblando violentamente. Hubiera deseado salir corriendo y gritar, pero la voz de él la tenía fascinada. La voz y el encanto de su rostro. Su rostro y el romanticismo que aureolaba su vida. Súbitamente se sintió atrapada por todo ello. De repente comprendió por qué se había mostrado tan ansiosa por convertirle. No había sido por otra cosa que por tener la posibilidad de verle, utilizando para ello una excusa plausible.

Y casi estaba comprometida con Joseph Augustine Short, que era todo un «caballero», que la situaría en una esfera respetable de la vida, que la liberaría para siempre de los recuerdos odiosos de su vida en los barrios bajos, de la sordidez, las crisis revolucionarias, la maldita inseguridad, la monotonía aniquiladora.

¡Virgen Santa! ¿Estaba enamorada de Gallagher? ¿Se vería arrastrada hasta la telaraña de sus conspiraciones por la mortal fascinación de su rostro y de su voz, por el romanticismo de su vida?

—Mary —musitó él, por fin—, tú eres mi complemento. Ambos constituiremos un todo completo. No nos faltará nada, no habrá ningún vacío..., hum... Bueno..., tampoco se trata de eso. No he pensado lo suficiente en este aspecto de la teoría. Lo he enfocado desde otro punto de vista.

—¿Qué quieres decir, Dan?

Ella alejó más el rostro y liberó una mano. Él estaba sumido en sus sueños, por eso no intentó retenerla. En realidad, la soltó y se sentó en la mesa, tomándole simplemente la mano derecha.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó la joven de nuevo.

—Quiero que te unas a mí —siseó él, casi inaudiblemente, sumido en sus pensamientos.

—Dan, no te comprendo —dijo la joven con dificultad, asustada por el tono de su voz.

—¿Cómo? ¿Cómo? —murmuró él—. ¿Por qué no me comprendes? Quiero que te unas a mí.

—¿Quieres decir... que... que... me case contigo?

—¡Oh, diablos! —exclamó él, irritado, despertando de su ensueño y volviéndose hacia ella—. Estas ridículas convenciones no tienen cabida en mi conciencia. No sólo no las respeto, sino que no tienen cabida en mi conciencia. Tú sabes lo que esto significa. Mi personalidad está totalmente en concordancia con mi misión en la vida. Para mí, todas estas palabras adquieren sus valores verdaderos. El matrimonio, por ejemplo, es realmente una palabra capitalista que significa un acuerdo para la protección de la propiedad de tal manera que los hijos legítimos puedan heredarla. Por eso no necesito convencerme a mí mismo para no creer en ella. Muchos hombres

deben hacerlo. Yo estoy a cien años de distancia de mi época. Quiero destruir la idea de propiedad. Es mi misión. No quiero dejar herencia alguna a mis hijos. No quiero tener hijos. No significan nada para mí. La perpetuación de la vida reside en mi tarea, en los pensamientos de los hombres, en el logro de mi misión. Por eso quiero que te unas a mí, porque siento que existe algo, una afinidad, quizá, si bien esta palabra también es equívoca, entre tú y yo. Estoy seguro de que existe una vinculación natural, química tal vez, entre ambos. Somos dos partes de un todo. Estoy seguro. ¡No, maldita sea! Qué idea tan ridícula! No quiero que te unas a mí para cohabitar. No tengo tiempo para convertir los sentimientos en un impulso fundamental de mi deseo de vivir. Y tú tampoco. Tengo la absoluta certeza de ello. Tú estás guiada por otros impulsos. Tal vez no lo sabes. Probablemente temes autoanalizarte. Pero yo lo sé. No, no lo sé. Lo siento. «Saber» no es el verbo apropiado. Está fuera de uso. «Sentir» es mejor. Es el advenimiento de la nueva conciencia lo que estoy descubriendo. Pero todavía no lo he elaborado suficientemente. Se encuentra, tan sólo, en estado embrionario.

Hizo una pausa. Ella se sobresaltó al callar él. No le escuchaba. Había estado discutiendo consigo misma. No había logrado ponerse de acuerdo con su conciencia respecto de lo que estaba debatiendo mentalmente cuando él calló. La joven se mordió el labio al tiempo que se sobresaltaba. Se sonrojó.

—Dime, Dan —murmuró—, ¿crees realmente en algo? ¿Crees en el comunismo? ¿Sientes compasión por la clase trabajadora?

Gallagher profirió una exclamación de desprecio y se encogió de hombros. Jadeaba al hablar, de tan rápidamente como pronunciaba las palabras, haciendo un esfuerzo con el fin de acompasarlas a la velocidad de sus pensamientos tempestuosos.

—No —contestó—, no creo en nada fundamental. Y no siento compasión. No existe nada fundamental que pueda ser comprendido por la mente humana, por eso no creo en nada, puesto que una persona inteligente sólo puede creer en lo que es fundamental. Si pudiera creer en algo fundamental, entonces podría comprender la superestructura de la vida de una manera global. La vida se convertiría en un período de intensa contemplación. La acción no sería posible. Nada nos induciría a la acción. Existiría alguna clase de medida definida que lo explicaría todo. Los hombres sólo buscan lo que se explica por sí mismo. Pero espera un momento. Todavía no he reflexionado lo suficiente acerca del particular. No deja de ser una teoría, por ahora. No tengo tiempo.

»Pero tú has hablado de compasión. ¿Compasión? La compasión es un sentimiento ridículo para un hombre como yo. No podemos experimentarlo. Un revolucionario no puede sentir compasión. Escucha. La filosofía del revolucionario es ésta. La civilización es un proceso del desarrollo de la especie humana. Yo soy un átomo de la especie humana, que avanza a ciegas, impulsado por una fuerza sobre la cual ni yo ni la especie humana ejercemos control alguno. Me veo impulsado por la Ley Universal a empujar a la especie humana de una fase de su desarrollo a otra. No estoy muy seguro de que el

afán de poder sea un impulso auténtico, un... Pero, escucha: de eso hablaremos otro día. ¿Puedes darme una respuesta ahora? ¿Te unirás a mí?

—No... no, Dan. Calla. Escucha. —Suspiró, apartándose de él—. Ahora, no. Ya te contaré otro día. En una noche como ésta, con la presencia de la muerte en casa, ¿cómo puedes hablar de...?

—¡Diablos! —exclamó él fieramente—. ¿Qué noche podría ser más oportuna para que te unieras a mí? ¿No deseas vengar la muerte de tu hermano? ¿No quieres...?

—Dan, Dan —murmuró la joven, luchando por separarse mientras él trataba de abrazarla—, no me toques o gritaré. Estoy muy excitada.

Siguió una pausa. Su respiración era lo único que alteraba el silencio. Se oyó un ruido procedente de la cocina.

—Es mi madre que se va a acostar, Dan —dijo Mary apresuradamente—. Debes irte, Dan.

—¿Irás al Tribunal de indagación esta noche?

—Dan, preferiría...

—Debes ir, Mary. Debes ir. Tú...

—Está bien, Dan, iré.

—Bueno, pasaré a buscarte. Procura estar preparada a la una.

—Muy bien, estaré lista para entonces.

—Espérame aquí, en la sala. Golpearé la ventana.

—Bueno, Dan. Ahora vete en seguida. Voy, madre. Buenas noches.

Él se inclinó para besarla rápidamente en los labios. Luego salió de la habitación. Ella esperó que la puerta del vestíbulo se cerrase a sus espaldas. Después se estremeció como hizo la camarera.

Gallagher, hecho una furia, con los ojos brillantes, pensativo, se alejó en dirección al norte.

CAPÍTULO VIII

Al salir del bar a la calle, Gypo se sintió como si acabara de saltar al centro de un estadio, donde debería realizar extraordinarias proezas, mientras un público atónito, dos millones de ojos, le contemplarían en silencio, como fascinados. Levantó la cabeza desafiando al aire. Dejó caer los brazos blandamente a lo largo del cuerpo. Avanzó dos pasos balanceándose y lanzó un largo aullido.

Era el aullido característico que los habitantes de las montañas de Irlanda profieren, una vez terminadas las transacciones en el mercado del pueblo al caer la noche, al salir de los bares, con la cabeza descubierta y la mirada turbia, al mismo tiempo que llevan por el ronzal a las yeguas, que resoplan mientras un estremecimiento les sacude la piel.

El aullido de Gypo era uno de esos aullidos. Era como un desafío a un combate a muerte dirigido a todo el mundo. Estaba fuera de sí y se sentía con una fuerza desmesurada. De nuevo era libre. ¿No le había prometido Gallagher que todo saldría bien? ¿No volvería a incorporarse a la Organización? ¿No había hecho recaer las sospechas sobre el Rata Mulligan? De nuevo era libre.

—¡Yi-e-a-a-a-u!

Trastabillando en la acera, aulló, dejando el cuerpo totalmente relajado, extasiado. Luego, respirando lentamente por la nariz, se irguió y miró a su alrededor para ver el efecto que había causado el aullido. Había pequeños grupos de personas allí cerca. Acababan de salir del bar de Ryan y del de Shaughnessy, otro bar situado a unos quince metros más lejos, en la esquina de la avenida. La esquina estaba inundada de luz, la luz que salía de los bares, de una tienda donde se servía pescado frito con patatas, y de una tienda de cortinas cuyo propietario dejaba las luces encendidas durante toda la noche, con la idea de que la luz asustara a los pistoleros y ladrones.

Gypo estaba de pie, iluminado por el resplandor que inundaba la acera, y las gotas de lluvia sobre la bufanda de lana blanca reflejaban la luz artificial como si fuesen gotas de rocío. La gente le observaba sorprendida, con aquella intensa satisfacción que el proletariado de los barrios bajos siempre experimenta ante un hecho extraordinario o un hecho inesperado, absolutamente gratuito. Aquello era un espectáculo. La multitud crecía.

Gypo no había tenido la menor intención de llevar las cosas tan lejos. En realidad, ni siquiera había tenido intención de aullar. Pero, al ver la multitud, le pareció divertido. Se encaró con un hombre alto, delgado, respetablemente vestido, de gesto agrio, que estaba cerca de él. —¿Qué mira? —le preguntó Gypo, mirándole con insolencia.

—Yo no le estoy mirando —le espetó el hombre, irritado.

—Es un embustero —rugió Gypo—. ¿Se cree que no le veo que me está mirando?

—Bueno; un gato puede mirar a un rey —replicó el desconocido, sacando el mentón al mismo tiempo que escupía despectivamente por encima de su hombro izquierdo.

—¿Qué dice de los reyes? —inquirió Gypo airadamente—. Es mejor que no nombre a los reyes en estos barrios, compañero. Me parece que usted está buscando camorra. ¡Me están entrando unas ganas de pegarle un puñetazo en la mandíbula...!

Ah, ¿sí? —dijo el desconocido, haciendo ademán de sacarse las manos de los bolsillos de la chaqueta.

Pero era demasiado tarde. La mano derecha de Gypo salió disparada. El hombre cayó como un saco lleno de caracoles tirado sobre la cubierta de hierro de un buque. Alguien exclamó:

—¡Santo Dios!

Gypo se quedó de pie al lado del hombre caído, jadeando. A sus espaldas apareció un policía. Avanzaba rápidamente, apartando a la gente a golpe de hombro mientras intentaba sacar algo de debajo de la capa.

—¡Cuidado, cuidado! —gritó una vieja, haciendo bocina con las manos.

Gypo miró a derecha e izquierda rápidamente, y entonces sintió la respiración agitada del policía que se le acercaba por detrás. Intentó darse la vuelta, pero el policía ya estaba a sus espaldas. Las manos del policía se cerraron sobre sus bíceps, forcejeando con el fin de trabarle los brazos en la espalda. Los brazos ya habían cedido antes de que Gypo pudiese movilizar su enorme fuerza para detener su retroceso. Se oyó el crujido de los dedos del policía cuando la fuerza de Gypo neutralizó lo que hacían sus manos.

Ambos hombres rugían como fieras. Las botas del policía rasguñaban el húmedo pavimento, haciendo un ruido como cuando se rasga una tela seca, mientras trataba de mantener el equilibrio. Lentamente, Gypo se inclinó hacia adelante, hasta que el cuerpo del policía descansó sobre su espalda.

Entonces echó la cabeza hacia atrás lanzando un gruñido. La nuca de Gypo chocó contra el mentón del policía. Se oyó un golpe sordo y un chasquido. Gypo profirió una palabra soez y agachó la cabeza hacia las rodillas, manteniendo los muslos en tensión. Antes de que la cabeza llegara a la altura de las rodillas, el policía volaba por los aires, lanzando un chillido de terror, por encima de la cabeza de Gypo.

Rebotó contra el suelo tres veces seguidas con un ruido sordo, hasta que chocó con el costado derecho del cuerpo contra la pared de cemento de una casa. Cayó de espaldas. Se incorporó de nuevo, quedando agachado, con la mano derecha y los tacones clavados en el suelo. Amenazó a Gypo con la mano izquierda al tiempo que trataba de agarrarse a un mirón. Luego, gimiendo, volvió a desplomarse.

—¡Corre, Gypo! —gritó alguien.

Gypo salió corriendo hacia un callejón, seguido por un grupo de personas. Otras se agolparon alrededor del policía caído.

Gypo se detuvo en el otro extremo de la calle, en una esquina oscura. La

gente se apiñó en torno de él. Todos jadeaban excitados. Todos miraban hacia la casa iluminada junto a la que yacía el policía. Empezaron a hablar todos a la vez.

—Ya veo que habrá lío —dijo uno—. No tardarán en llegar los soldados. Entonces ya veréis cómo se arma la de Dios es Cristo.

—¡Vamos, hombre! —exclamó otro despectivamente—. No vendrá nadie. No encontrarías ni un soldado en toda la ciudad que se atreviera a acercarse ni a un kilómetro de Titt Street en esta santa noche, después de lo que ha ocurrido.

Al oír «después de lo que he ocurrido», un hombre blasfemó, una mujer se santiguó devotamente bajo el chal, un silencio preñado de ira cayó sobre el grupo.

Gypo, con las manos en los bolsillos, no prestaba atención al charloteo. Con los labios fruncidos, miraba la zona iluminada del otro extremo de la calle. Se estaba divirtiendo inmensamente.

—¡Silencio, silencio! —gritó alguien—. ¡Mirad, mirad!

Dos policías cruzaron la zona iluminada, llevándose entre los dos a su compañero caído. Unas cuantas mujeres y algunos chicos les seguían. Luego aparecieron dos policías más, arrastrando al hombre al que Gypo le había pegado un puñetazo. Le arrastraban sin miramientos, cogiéndole por los sobacos; los pies del hombre restregaban el suelo, y llevaba los brazos caídos. Probablemente los policías pensaban que había sido él quien había lanzado al suelo a su compañero. El hombre hizo un esfuerzo para liberarse, pero los policías acentuaron la presión de las manos. Él se retorció y aflojó los músculos de nuevo, dejando que le arrastraran exánime. Una mujer de cabellos rojos desgreñados, con una criatura en brazos envuelta en un chal negro, brincaba delante de los policías, chillando y gesticulante, al tiempo que les rogaba que soltaran a aquel hombre. Luego, la procesión se perdió de vista, arrastrando ruidosamente los pies, entre una mezcla de ruidos indiscriminados.

—Ya podemos volver —musitó un hombre joven ligeramente jorobado.

Gypo refunfuñó y se subió los pantalones. Se llevó la mano a la cabeza con el propósito de arreglarse el sombrero antes de emprender el camino de vuelta. Pero en aquel momento lanzó un juramento. El sombrerito redondo y ajado había desaparecido. La maciza y abultada cabeza se hallaba desnuda en medio de la oscuridad de la noche. Desnuda, abultada y con alguna cicatriz acá y allá, parecía la cabeza de un chivo con cuernos incipientes. Se pasó la palma de la mano derecha por la cabeza, examinando agitadamente todos los sectores, como si tuviese la vaga sospecha de que el sombrero se hubiera escondido en algún sitio de la vasta superficie de la testa. Luego inició una frenética carrera a lo largo de la calle, seguido por la multitud, para buscar el sombrero, como si de ello dependiera su vida. Por primera vez, desde que Gallagher le diera su palabra, volvió a embargarle el pánico. Si encontraban el sombrero, quizá lograrían descubrir la identidad de aquel individuo imponente

que había ido a la comisaría de policía...

Pero no. Llegó a la avenida y se detuvo, con un frenazo, patinando con el pie derecho sobre el húmedo pavimento. El sombrerito yacía en la cuneta ante sus ojos. Estaba aplastado al lado de una cajita plana de cartón que había contenido bombones, y de una piel de naranja. Lo había pisado un pie pequeño y descalzo. La marca del talón mojado aparecía impresa en el lado derecho del sombrero.

Gypo lo cogió apresuradamente, le dio forma con el puño y se lo encasquetó con ambas manos. Luego lanzó una carjada y se volvió hacia la gente.

—Creí que lo había perdido —dijo afectuosamente—. Hace dos años que lo tengo.

La gente miraba el sombrero como si tuviese propiedades mágicas. Otras personas que se habían unido al grupo sin saber qué había pasado contemplaban la cara gibosa de Gypo, sus ojos meditabundos y las cejas que parecían dos hocicos, el dorso carnoso y rojizo de sus manos que ceñían la bufanda de lana blanca alrededor del cuello. Algunas personas siseaban excitadas en la periferia de la andrajosa multitud.

—Es más fuerte que un buey.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

Las preguntas surgían de una docena de bocas a la vez.

—Yo os lo explicaré. Yo he visto, con mis propios ojos, cómo lanzaba a Serapper Moloney, de la División B, por encima de la cabeza, como si fuese un nadador saltando de la Bull Wall. Os juro...

—Le conozco muy bien. En una época, él también fue policía. Se llama Nolan. Gypo Nolan. ¿No has oído hablar nunca de él?

—Claro, ¿no era compañero de Frankie McPhillip, el que han matado hoy de un tiro?

—Por supuesto que lo era —contestó Gypo, al oír la observación—; y cuando hables de un muerto, procura agregar «que Dios se apiade de él».

—Eso, eso —dijeron varias voces a la vez—. Pégale un puñetazo. ¿Quién es ése?

Se armó un alboroto de mil demonios. A causa de los empujones, golpes y bofetadas, el culpable se vio obligado a salir corriendo a toda velocidad calle abajo. Luego volvieron a agolparse todos alrededor de Gypo.

Él estaba de pie, con la cabeza y los hombros sobresaliendo de entre la gente, envanecido por la admiración que despertaba. Permanecía tan impasible con los brazos cruzados que, a cierta distancia, se le podría haber confundido con una enorme estatua. Luego, de repente, levantó la mano derecha describiendo un círculo.

—¡Vamos! —dijo salvajemente—. Os invito a todos a comer. Vamos. ¡Que me siga cada hijo de madre que tenga hambre!

Señaló con el brazo la tienda donde vendían pescado frito con patatas y se dirigió hacia allí.

—¡Hurra!

—¡Viva el hijo dilecto de Erín!

—¡Salud y fuerza!

—¡Arriba los rebeldes!

Gypo caminaba al frente de aquella caterva ignominiosa tan orgulloso como un rey conduciendo a sus cortesanos. Le seguían pisando con fuerza, jadeando, empujándose, lloriqueando; emitían aquel rumor que surge de una manada de animales salvajes, lejano, oculto, irracional, en un momento de pánico. Eran la gentuza y el desecho de los barrios bajos, los individuos más depravados que habitan en los cubiles de ambas riberas del Liffey. Pero para Gypo era un público que aclamaba sus palabras y sus acciones.

«Pronto desapareceré de estos andurriales», pensó al entrar en la tienda. «Yo y Gallagher.»

—Venid, hombres y mujeres, venid.

La tienda se llenó hasta la puerta. Afuera se agolparon los que no pudieron entrar. Hacía calor allí dentro, después de haber dejado la llovizna y el viento afuera. El aire de la tienda en seguida quedó impregnado del vaho del aliento humano. El rumor sordo de la respiración se distinguía claramente del murmullo de la conversación.

—¡Eh, amigo —gritó Gypo, dirigiéndose al tendero—, comida para todos! Yo pago.

El tendero era italiano, un hombrecito moreno de mediana edad y ojos tristes. Miró a Gypo, y luego a la gente. Su rostro reflejó curiosidad, miedo, desconfianza y sorpresa. Luego sonrió y asintió con la cabeza. Dijo algo en lengua extranjera a la chica que estaba de pie detrás de él y empezó a colocar porciones de patatas y pescado sobre unos trozos de papel de periódico viejo que tenía preparados. La chica, una joven de mejillas coloradas, de enormes ojos negros, vestida de blanco, empezó a remover el pescado y las patatas que se estaban friendo en un caldero alargado que parecía un fregadero. El contenido del caldero crepitaba. Un olor cálido, dulzón y acre llenaba la tienda.

Los hambrientos zánganos se deleitaban olfateando aquel olor. Con bocas ávidas y ojos brillantes, contemplaban el condumio que se estaba friendo. Sus narices percibían el olor ansiosamente. Sus rostros demacrados tenían una expresión feroz. Iban cubiertos de harapos, con el cuerpo doblado, marchito. Pero, en aquellos momentos, la alegría que sentían ante la perspectiva de un banquete inesperado causaba, incluso en sus almas ansiosas y estupefactas, un placer que les hacía reír y charlar irresponsablemente como si fuesen criaturas. En aquel instante de gozo común olvidaban las penas y miserias de la vida. Y quién sabe si aquel alegre murmullo, que mezclaba con el vapor que llenaba aquel restaurante infecto, no era un bello himno de alabanza al espíritu de la vida.

Y Gypo se erguía entre ellos como un monstruo primitivo recién surgido del limo donde tuvieron origen todas las cosas.

Entretanto, los demás revoloteaban a su alrededor como insectos a los que

debía alimentar.

Mientras miraba en su rededor, con el lento y lánguido movimiento de los ojos de un buey, Gypo experimentaba la exaltación y la arrogancia de conquistador en el instante de la victoria. Un ser inteligente, dotado de la facultad de analizar las sensaciones, se habría dicho: «Éste es el momento más glorioso de mi vida.» Pero Gypo no pensaba. Nada en él podía pensar tal cosa. Una reina jamás soñaría en hacer ostentación de su belleza y ropaje en un banquete de palurdos. Pero, en una manifestación pública, no dudaría en acoger con una reverencia sus gritos clamorosos. Eso es lo que hacía Gypo.

El complicado mecanismo de su mente se había puesto en marcha aquella noche a causa de la necesidad que tuvo de elaborar un plan una vez que hubo salido de la comisaría de policía. La tensión desacostumbrada lo había destrabado. Había funcionado lentamente, hasta que la promesa de Gallagher le había situado en una estúpida altura desde donde consideraba al resto de la humanidad con desprecio. Asentó la pesada base en aquella loca altura con tanta arrogancia como si fuese a permanecer en ella eternamente.

Paseó la mirada por encima de las cabezas que se apiñaban a su alrededor, algunas a nivel de sus brazos, otras a nivel de su cintura, mientras, aquí y allí, un hombre alto como él estiraba el cuello colorado, delgado, lleno de bultos, con las venas de la garganta latiendo, hacia el mostrador.

—¡Cuánta gente! —murmuró el italiano repentinamente, haciendo un ademán afable con las manos para indicar la cantidad de personas presentes y la naturaleza de su desconfianza.

—Muy bien —rezongó Gypo—. Cuéntelos a medida que les dé la comida. Yo pagaré. No se preocupe. Esté tranquilo.

Desde que entró en la tienda permaneció con las palmas de las manos apoyadas en el canto del mármol que cubría el mostrador. Ahora, con el propósito de meterse la mano en el bolsillo derecho de los pantalones, tuvo que empujar a un hombrecillo que estaba entre dos mujeres acurrucadas envueltas en sus chales. Luego introdujo la mano en el bolsillo y cogió el fajo de billetes. El mero contacto transmitió una ola de recuerdos a través de todas las fibras de su cuerpo. Un leve temblor, tan tangible como una fría corriente de aire en una habitación caliente, le recorrió el cuerpo hasta el cerebro. El recuerdo del origen de aquel fajo de billetes le hizo titubear un instante. Recordó la gruesa mano blanca, coronada por una manga azul cuidadosamente cepillada, que había puesto el fajo sobre el escritorio, y las palabras pronunciadas fríamente: «Aquí hay veinte libras. Lárgate.»

Pero, después del primer impacto, frunció ligeramente el grueso labio superior y se lo lamió con la punta de la lengua. El movimiento de la boca tenía la apariencia de una sonrisa. La chica, que acababa de mirarle por primera vez en aquel instante, descubrió que la estaba observando fijamente. Dejó caer el trozo de pescado en la sartén al mismo tiempo que profería una especie de exclamación en lengua extranjera. Pero Gypo, aunque la miraba, no la veía. Estaba ocupado tratando de separar, con sus dedos gruesos y

torpes, un billete del fajo sin sacarlo del bolsillo. Por último, logró lo que se proponía Refunfuñando, extrajo un billete.

—Tenga —dijo, alargando el billete—. Con esto le pago todo. Puede empezar a repartir la comida.

El italiano sonrió y empezó a entregar los paquetes a las manos ávidas que se alargaban para cogerlos. A medida que lo hacía, contaba en voz alta:

—Uno, dos, tres, cuatro...

De inmediato, un bramido invadió la tienda. La gente amontonada en la puerta pugnaba para que les sirvieran. Los que estaban servidos pugnaban para salir a la calle, con el paquete de papel de periódico humeante, goteando, en la mano. Se producían altercados. El ruido invadía la tienda. La gente se insultaba, silbaba, blasfemaba y reía. Entonces, un estibador grandote hizo que el bramido llegara al máximo al hundir la parte inferior del mostrador de madera de un puntapié con su enorme bota, aullando al mismo tiempo como un borracho. Acto seguido, se abalanzó por encima del mostrador, riendo como un loco y alargando las manos hacia la chica, que huyó aterrorizada. Gypo se volvió hacia el estibador y, levantándole por el hombro, gritó:

—¡Estate quieto!

Las palabras resonaron por la tienda como dos rocas lanzadas por las vertientes opuestas de dos montañas al chocar en el centro del valle, con sonidos distintos: el retumbo producido al chocar y el ruido ronco al rajarse en fragmentos que cortan el aire.

Apenas su voz salió por la puerta, perdiéndose en la noche, el silencio fue absoluto. Todo el mundo permaneció callado. Un hombre que se disponía a chupar unas espinas se inmovilizó.

—Ahora continuad —dijo Gypo—, pero no hagáis tanto ruido, que parecéis una tribu de caníbales. No deshonréis a vuestro país. Cualquiera que os viera diría que hace un año que no coméis.

Luego, él también se volvió hacia el mostrador y preguntó al italiano cuántas porciones había servido. Habían sido veinticuatro. Gypo tiró el billete sobre el mostrador.

—Cóbrese tres porciones más para mí —dijo.

Seguidamente se echó el sombrero hacia atrás, abrió el cucurucho de papel lleno de comida y empezó a comer. Sin decir nada, el italiano revisó el billete a contraluz por todos lados varias veces. Luego asintió con la cabeza y abrió el cajón del mostrador.

Mulholland también había estirado el cuello para mirar el billete. Había permanecido durante todo el rato en el rincón próximo a la puerta, en silencio e inmóvil. En cuanto vio el billete se abrió paso y se irguió para observarlo por encima de las cabezas. Un individuo bajito y harapiento se percató de ello, pero malinterpretó la causa de la curiosidad de Mulholland.

—¿No tienes comida? —le preguntó el hombrecito a Mulholland—. Si no tienes es porque no quieres. Ven, hombre. No sigas hambriento. Acércate al mostrador. Tomó a Mulholland por el brazo, tratando de empujarlo hacia el

mostrador.

—Déjame tranquilo —siseó Mulholland—. No quiero comer. Suéltame.

Acércate —insistió el hombrecito—; venga, hombre. ¿No has oído cómo decía que invitaba a todo el mundo? Anda.

—Déjame, te digo. Suéltame. Te digo que no quiero. Pero era inútil que Mulholland rehusara. Cuanto más se resistía, más el hombrecito insistía en que debía comer. Otros intervinieron, ansiosos, por una u otra razón, de que Mulholland comiera. Parecía como si encontraran algo indecente y de mal gusto en la negativa de Mulholland.

—Pide —gritó alguien—, pide otra porción. Alcánzasela.

—Claro, ¿por qué tiene que quedarse sin comer?

—Déjame tranquilo —gritó Mulholland enojado—; déjame tranquilo, o te romperé la crisma.

Aquello daba otro aspecto a la cuestión. Se oyeron una docena de juramentos iracundos.

—Pero ¿qué diablos te pasa? Buscas camorra, ¿verdad?

—Apartaos, que yo me encargo de él —gritó alguien desde el fondo, presionando para avanzar.

Mulholland intentó acercarse a la puerta, pero no le dejaron moverse.

Súbitamente, todos callaron. Gypo se encontró frente a frente con Mulholland. Vio los ojitos de éste, brillantes y relucientes como los ojos de un gato perseguido por los perros. Durante un instante de tensión, Gypo luchó con el oscuro recelo que le embargaba. Pero, de pronto, la expresión del rostro de Mulholland se transformó en una expresión de sutil complicidad. Su cara, en lugar de traducir fiereza y resentimiento, súbitamente parecía decir: «Tú y yo somos miembros de la Organización Revolucionaria. Aparta esta chusma de mi camino.» Inmediatamente, Gypo recordó la promesa que le había hecho Gallagher. Miró a Mulholland con bondadosa afabilidad. «Vaya», pensó, «este muchacho me será útil».

—Dejadle en paz —dijo con arrogancia—; es amigo mío. ¿Cómo estás, Bartly?

Luego continuó hablando con indolencia, para impresionar a la multitud mediante la demostración de su propia importancia y su familiaridad con respecto a los asuntos de la Organización Revolucionaria, que seguramente era lo que más respeto causaría a los que le rodeaban.

—¿Has averiguado algo sobre lo que os dije? Me refiero al individuo que delató a Frankie McPhillip?

Por un instante, Mulholland se quedó estupefacto. Qué audacia! Pero no era audacia. Gypo se había olvidado completamente del individuo grandote del sombrerito ajado que había entrado en la comisaría de policía. La súbita arrogancia había engullido totalmente a aquel individuo grandote.

«Debe de estar borracho», pensó Mulholland, y dirigiéndose a Gypo, agachando la cabeza y elevando el rostro de lado como era habitual en él, añadió en voz alta:

—Pasaba por aquí y de pronto te he visto. He entrado para decirte que a la una te esperaré allí. Ya sabes dónde quiero decir. No, no hemos averiguado nada todavía sobre ese asunto.

Le guiñó el ojo derecho. Gypo también guiñó el ojo derecho y asintió solemnemente. Luego, Mulholland se dirigió rápidamente hacia la puerta, demostrando tener prisa por llegar a algún sitio. Pero, al llegar a la esquina, se detuvo con los ojos dilatados y rechinando los dientes. Se frotó el mentón pensativamente, mirando el suelo. No lograba desentrañar qué era lo que le preocupaba.

Gypo se volvió de nuevo hacia el mostrador y siguió comiendo. Comía como si tuviese que emprender un viaje de muchos días y deliberadamente devorara la cantidad de comida suficiente para todo el viaje. A sus espaldas, y a sus costados, todos hablaban encomiásticamente de su fuerza, pero él no les prestaba atención. Estaba sumido en sus sueños sobre el futuro, ahora que Gallagher le haría ingresar de nuevo en la Organización.

—¡Ajá! —exclamó una vieja que tenía unos ojos azules aguanosos y la cara pálida surcada de arrugas, mientras agitaba el puño en el aire—. Ojalá tuviese un hijo como tú. A mi Jimmy, que Dios le tenga en la gloria, le mataron en la guerra grande. ¡Él sí que sabía acogotar a los policías! Callad. Le vi una noche, y fue necesario que se juntaran seis policías para hacerle descender del carro cargado de carbón, y él mantenía cogidas las riendas con una mano, mientras luchaba con ellos con la otra.

Golpeó el suelo con los pies, chillando, con un brillo feroz en los ojos, como si el vivo recuerdo de la pelea de su hijo muerto le causara una evidente satisfacción. Luego se dirigió hacia la puerta, con el chal y los brazos echados hacia atrás desafiadoramente. La pobre mujer estaba algo loca como consecuencia de un ataque de apoplejía.

Un hombre alto y delgado, de expresión agria, con una nariz roja que parecía una cimitarra vuelta hacia abajo, que acababa de llegar, contempló a la mujer mientras se alejaba y meneó la cabeza. Murmuró algo en voz baja. La vieja se detuvo y le miró con desprecio.

—¿Qué rezongas, tú —inquirió—, con esa cara que parece un plato de potaje quemado?

Se produjo una carcajada general.

—Mary Hynes —dijo el hombre de la nariz ganchuda—, si hubieses prestado más atención a la educación de tu hijo y a su alma mortal, no te encontrarías en la situación en que te encuentras. ¿De qué te jactas, de tu hijo descarriado? ¿Estás alabando los crímenes que cometió en vida y todavía crees que merece el perdón de Dios?

El hombre de la nariz ganchuda levantó la mano dramáticamente, señalando el techo, y miró a la vieja con una aflicción furiosa y amenazadora. Pero sus palabras causaron en la mujer un efecto contrario al que él esperaba.. La vieja le miró despectivamente y luego torció los labios con gesto airado.

—Sí, ¿consideras que es un crimen batanear a un policía? —preguntó

indignada.

—Claro que es un crimen —replicó el hombre de la nariz ganchuda.

—Maldita sea, ¿qué estás diciendo, Boxer Lydon? —exclamó un individuo corpulento acercándose a Lydon y mirándole con una expresión excitada y furiosa—: ¿Acaso no sabes lo que la policía ha hecho hoy a Frankie McPhillip? ¿Crees que es un crimen batanear a una pandilla de asesinos? ¡Se merecen que los liquiden a todos!

—Yo no justifico lo que han hecho hoy —dijo Lydon, elevando el tono de la voz hasta convertirla en un grito plañidero para ahogar el bramido—; pero tampoco puedo decir que esté justificado lo que hizo el muerto. ¿Nadie piensa en el hombre que mató McPhillip? ¿No era un hombre como nosotros? ¿No era un irlandés de la misma carne y de la misma sangre que nosotros?

—¡Oh, eso es nacionalismo! —gritó alguien—. ¿En qué se diferencia un irlandés de un turco? Tú perteneces al IRB[1] y allí es donde aprendes toda esta cháchara. ¡Viva los trabajadores!

El hombre de la nariz ganchuda se quedó inmóvil, con el brazo en alto, hasta que aquel que le había interrumpido terminó de hablar. Luego prosiguió impasible:

—¿A nadie se le ocurrió pensar que tal vez aquel hombre dejó una madre y un...?

Pero tuvo que callar. Su voz fue ahogada por el bullicio de las discusiones. La vieja empezó a cantar *Kelly the boy from Killane* y cruzó el umbral. Otro hombre se abría paso desde la puerta en dirección al hombre de la nariz ganchuda. El recién llegado hacía rato que estaba en la puerta. Llevaba un grueso abrigo negro que le llegaba a los tobillos. Iba mejor vestido que ninguno de los presentes, pero estaba tan pálido y enflaquecido como los otros. Tenía un tic nervioso que le agitaba la cara, y los ojos inyectados de sangre. Miró al hombre de la nariz de gancho con furia y le cogió nerviosamente por las solapas. El hombre de la nariz ganchuda retrocedió.

—¡Por el amor de Dios, basta de decir disparates! —gritó el recién llegado, tartamudeando al pronunciar cada palabra. El labio superior se le torcía como si le hubiese dado un ataque.

—Suéltame —dijo el hombre de la nariz ganchuda—. Diré lo que me dé la gana, y a mí no me asustan los agitadores socialistas. No me pongas las manos encima.

—Sólo quería decirte —gritó el otro—, sólo quería decirte..., te digo..., te digo...

Luego no fue posible distinguir ninguna otra palabra en medio de aquel barullo. Todos los presentes tomaron parte en la discusión. Los individuos harapientos que habían llegado con Gypo, curiosamente, no se interesaron en la polémica. Los que no habían desaparecido en cuanto consiguieron su porción de comida, se fueron así que empezó la discusión. Hasta tenían una expresión de temor cuando se alejaron, como si aquella demostración de interés por los asuntos del mundo les asustara, a ellos, que no se interesaban

por nada, puesto que tenían el alma embotada por la desesperación de la desesperanza. Solamente algunos de los más desastrados se quedaron, encogidos contra el mostrador, a la sombra reconfortante de la inmensidad de Gypo. Se quedaron porque la presencia de su poderosa personalidad les proporcionaba el consuelo y la imaginaria sensación de tener algo que les protegía de los peligros de la vida civilizada.

Los que tomaban parte en la discusión pertenecían a una clase superior. Eran obreros de toda clase, miembros de uno u otro sindicato y gente respetable. Habían aparecido de uno en uno, pero rápidamente, de la manera misteriosa con que la gente de una determinada categoría se reúne en el distrito de Titt Street y se enfrasca en discusiones con una pasión desenfrenada.

Súbitamente, Gypo se volvió para observar al grupo camorrista: bocas abiertas, oídos atentos, rostros demudados, ojos brillantes. Escuchó. Parpadeó. Luego dejó oír una risita. Sintió un loco deseo de aullar y de empezar a repartir puñetazos entre los que integraban aquel grupo. El murmullo de sus voces excitadas le causaba un efecto alienador. Pero volvió la vista hacia el mostrador. Todavía le quedaba comida. Continuó comiendo. La discusión proseguía.

El hombre del abrigo largo que acababa de llegar llamaba la atención de la gente. Era un hombre muy conocido en el barrio y en toda la ciudad. Era el propietario de un kiosco donde vendía tabaco y diarios. Le llamaban el Chiflado Shanahan, y sin duda estaba chiflado. No pertenecía a ninguna organización, siempre iba solo, concurría a todos los mítines políticos de la ciudad y, tanto si llovía como si nevaba, nunca dejaba de predicar, con su voz chillona, su peculiar filosofía de la vida. Aquella filosofía era una mezcla de toda clase de credos políticos, —pero la base fundamental la constituía la rebelión contra todas las instituciones, hábitos o creencias existentes. Le llamaban anarquista, pero no lo era. Sólo era un fanático que estaba asqueado de la vida. De noche, le asaltaban unos terribles pensamientos morbosos que le obligaban a cerrar la puerta de la habitación con llave y a dormir con la cabeza bajo las mantas. Se suponía que, de noche, hasta se tapaba los oídos con algodón para no oír ningún ruido. Y, una vez, el policía que hacía la ronda le encontró vagando por la calle donde vivía, a las tres de la madrugada, vestido con un camisón harapiento, temblando y rechinando los dientes de terror. Se había horrorizado por una pesadilla y se precipitó a la calle en aquel estado.

—Escuchad —decía—. Yo no estoy de acuerdo con la Organización Revolucionaria, pero el hombre que mató a McPhillip... no..., no, no... quiero decir el hombre... ¿Queréis dejarme hablar?... Quiero decir que el campesino que mató McPhillip era un agente de la clase capitalista. Luego, lógicamente, era un enemigo de la clase trabajadora. McPhillip era un agente de la clase trabajadora. Se justifica que le matara. Ésta es la manera lógica de analizar la cuestión para llegar a una conclusión lógica. Todo debe considerarse

lógicamente. Escuchad. Encarando la cuestión desde un punto de vista más amplio, podremos formular un juicio más exacto que servirá para todos los casos de estas características que se puedan presentar —el hombre elevó la voz hasta gritar para dominar el ruido de una pelea que se había producido en la puerta— en el futuro inmediato. Nos encontramos en la base de una ola revolucionaria mundial. Según el avance de esta ola y la fuerza que tenga, todo el proceso de la sociedad capitalista se derrumbará. Luego, gradualmente, irá aumentando el número de estas escaramuzas, como si fuese en el...

La voz fue apagada súbitamente por un hombrón que empezó a agitar los brazos por encima de la cabeza al tiempo que lanzaba un torrente espantoso de juramentos. Estaba borracho. Entonces, Lydon rugió:

—Un crimen es un crimen, digo yo. Un asesinato siempre es un asesinato, y las escrituras de Nuestro Señor Jesucristo dicen...

—No hay que tener compasión —gritó un hombrecito de bigote negro que se precipitó hacia un rincón donde tenía espacio para gesticular—. No hay que tener compasión. ¡Al infierno con todos! ¿No os parece, compañeros? ¿No os parece?

—¿De qué estáis hablando? —rugió Gypo, volviéndose repentinamente.

En seguida se hizo el silencio. Todos le miraron. Tenía la cara cubierta de sudor. Se frotó las manos contra el pecho. Torció los labios. Con un leve golpecito, se echó el sombrero hacia atrás.

Luego le dio otro ataque de aquel extraño humor. Aulló de nuevo y avanzó hacia la gente, con los brazos caídos, simulando estar borracho. Todos se apartaron asustados. Se plantó en el centro de la sala, mirando a su alrededor.

—¿De qué hablabais? —insistió, arrastrando las palabras y balanceándose hacia adelante y hacia atrás. Miró una tras otra todas las caras, pero todos los ojos esquivaban su mirada escrutadora. Estaba satisfecho del terror que causaba. Detrás del mostrador, el italiano, aún sonriente, había cogido un cuchillo enorme y permanecía absolutamente inmóvil. La chica se había puesto en cuclillas. Gypo lanzó una carcajada, se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y, a grandes zancadas, se encaminó hacia la puerta.

Al llegar junto a ella dudó un instante. Luego se dispuso a cruzar la avenida en línea recta. Todos se precipitaron hacia la puerta para verle marchar. Su enorme cuerpo, con los pantalones azules de tela de algodón ceñidos a los muslos, brillaba bajo la luz de los faroles mientras cruzaba la avenida a paso lento; las perneras de los pantalones, al frotar una contra otra, hacían un ruido como cuando se siega el heno con la guadaña. Luego, la figura abandonó la zona iluminada y se tornó borrosa al llegar a la otra acera; giró hacia la izquierda y desapareció entre la sombra de un alto edificio. Después se adentró en la noche.

Inmediatamente, una figura delgada, agazapada, se deslizó a través de la calle. También desapareció en la sombra del adusto edificio. Nadie se percató de ello. Era Mulholland, que andaba siguiendo a Gypo.

CAPÍTULO IX

Al doblar la esquina, Gypo se detuvo. Apoyó las manos en la pared que se levantaba a sus espaldas y se quedó inmóvil, con la cabeza vuelta, escuchando. Había oído el ruido de unos pasos que le seguían. Pero los pasos también se detuvieron. Durante largo rato escuchó sin respirar, pero no oyó nada. Entonces, resoplando, volvió la cabeza lentamente hasta la posición normal. Tenía la mirada perdida en la oscuridad, los ojos soñolientos. Permanecía absolutamente quieto.

Luego, en el rostro se le dibujó una especie de sonrisa y los ojos se le nublaron. Se estremeció levemente. Echó una mirada furtiva y penetrante a su alrededor varias veces. Sus movimientos tenían una «significación» extraña, casi misteriosa: eran breves, súbitos, recelosos.

Entonces miró fijamente hacia el largo y estrecho callejón que se abría delante de él, el cual iba a morir al pie de una alta pared que tenía un farol mortecino en la esquina, indicando que allí nacía otra calle que se alargaba hacia la izquierda. Le guiñó un ojo al farol, y una expresión picaresca le arrugó el rostro.

—¿Por qué no? —musitó—. ¿Por qué no me puedo divertir un poco? ¿Eh? Magrear a alguna muchacha y tomar un par de copas para ayudar a la digestión.

Una ola de pasión le recorrió el cuerpo. Estuvo a punto de abrir la boca y proferir un aullido, pero, en vez de eso, se metió ansiosamente la mano en el bolsillo de los pantalones, buscando el fajo de billetes. Lo encontró. Suspiró suavemente.

—Me lo podrían haber robado —rezongó, con expresión seria—. Aquella gentuza son unos zánganos. Te robarían la camisa en una noche de invierno. Serían capaces de hurtarle el orinal de debajo de la cama al Papa en persona. Es terrible los criminales que rondan por ahí últimamente.

Entonces, el rostro se le iluminó, reflejando la avidez que experimentaba al contemplar aquel farol del extremo de la calle..., y al pensar en el sitio adonde conducía la calle. Aspiró dando un fuerte ronquido y se dirigió hacia el farol.

Casi inmediatamente, por la esquina que quedaba a sus espaldas, apareció una cabeza. La cabeza espió hasta que Gypo dobló hacia la izquierda, al llegar al final de la calle, por debajo del farol. Luego, un hombre dobló la esquina y se puso a correr por la calle. Era Mulholland, que seguía a Gypo.

Cuando Gypo dobló hacia la izquierda, por debajo del farol, se encontró en una calle angosta en la que no había casas. A la derecha, se extendía una alta pared, parecida al muro de un cuartel. La pared cerraba el enorme patio de una fábrica donde envasaban agua mineral o algo por el estilo. En el otro lado de la calle no había pared alguna. Todavía quedaban los cimientos de las casas. Aquí y allí se levantaba el marco de una puerta, el cañón de una chimenea, el marco de ladrillos de una ventana; todo tenía un aspecto fantasmal. Más allá

había un solar lleno de basura, montones de tierra, ladrillos, latas, ropa vieja. La calle misma era una red de charcos. Con el fin de evitar hundirse en uno hasta las rodillas, Gypo tenía que caminar a lo largo del resbaladizo borde de barro del lado donde estaban las ruinas de las casas.

El espectáculo era desolador. Las ruinas casi decían a gritos todo lo que habían visto; y si hubieran podido gritar, lo habrían hecho con aquel grito agudo, prolongado, vocinglero con que las personas maniáticas y dementes profieren sus palabras. Aquellas ruinas estaban vivas de la manera peculiar que suelen estarlo las ruinas de noche, cuando la tierra se cubre de oscuridad y los seres vivientes duermen.

Gypo, sin embargo, no era sensible. Para él, la calle, con toda su suciedad y sordidez, era una salsa picante con la que saciar su avidez por un desenfrenado festín de los... Caminaba a grandes zancadas. Saltaba de un montículo a otro, ora resbalando y lanzando un juramento, ora agarrándose a un ladrillo suelto de un trozo de pared para mantener el equilibrio. De vez en cuando oía un «chit» que venía del otro lado de la calle, donde alguna mujer vieja y decrépita escrutaba la oscuridad por si acaso su triste figura pasaba desapercibida a los ojos ebrios de algún individuo apasionado a la busca de un placer loco. Estos sonidos, los graznidos proferidos por las almas condenadas, que resultan tan tremendamente horribles para las mentes inocentes, no causaban impresión alguna en Gypo. Para él sólo eran rumores, expresiones de la vida cotidiana.

Una de las veces reconoció a la mujer que, abandonando su posición, se llevó la mano arrugada a la frente para mirarle.

—¡Eh! Maldita sea tu alma, Maggie Casey —murmuró—, ¿todavía no te has muerto?

Al oír la réplica obscena de la mujer, se puso a reír con un cloqueo.

A medida que se acercaba al extremo de la calle, el silencio disminuía. Oyó siseos y murmullos, rumor de canciones lejanas, ruidos de pasos, música. Aquellos rumores producían en él el efecto de gritos de combate. Cuanto más se acercaba al lugar de donde surgía el ruido, más deseos de empezar a correr tenía. Por último pasó bajo una vieja arcada y se encontró en la calle contigua. Se sintió envuelto por una confusión de ruidos. Hacia la izquierda se extendían los largos callejones de los burdeles, que se entrelazaban como el tejido de una telaraña entre las ruinas de lo que en una época fue un reducto de la nobleza del Dublín del siglo XVIII.

Gypo se encontraba en una calle estrecha de casas de dos pisos, casas bajas con verdes persianas venecianas en algunas ventanas, cuyas puertas estaban abiertas de par en par y las ventanas de la planta baja totalmente iluminadas. Pero la calle, en cambio, estaba oscura a causa de la llovizna. Una mujer desconocida pasó junto a él. Unos cuantos hombres caminaban desorientados. La calle tenía un aspecto lúgubre. Pero de las casas surgía una mezcla de sonidos alegres.

Gypo lo contempló todo durante un instante con excitación. Luego caminó

calle abajo, lentamente, inspeccionando cada una de las casas por delante de las cuales pasaba. Sabía que, en aquellos momentos, Katie Fox ya debía estar en casa de Biddy Burke. No quería ir a casa de Biddy Burke, situada al otro lado de la calle. Aquella noche no quería ir allí. Era un sitio miserable, que solían visitar los revolucionarios y criminales de la clase trabajadora. Las mujeres de aquella casa eran feas, zarrapastrosas y borrachinas. Él era harto conocido en aquella casa. Conocía a todas las mujeres. Sólo se podía tomar cerveza «Guinnes», e incluso esa bebida estaba tan adulterada y era tan espantosamente mala, que era como tomar aceite de ricino. Cuanto más se tomaba, más sed se tenía. ¡Y una jarra de aquel veneno costaba un chelín!

¡Bah! ¡Que se fueran al cuerno Biddy Burke, y Katie Fox, y Sligo Cissie, y todas las demás! Aquella noche quería ir a un sitio donde no le conociera nadie. Quería estar entre mujeres hermosas. ¡Mujeres bellas, desconocidas, vestidas de seda! ¡Mujeres locas! ¡Mujeres de ojos negros, brillantes, y de blancos dientes afilados! ¡Hum! Quería volverse loco. Era una noche de locura. Sentía que tenía fuego en las venas. Sus manos querían arañar montañas. Se tomaría un barril de cerveza. Vaciaría la vasta reserva de energías de su organismo. Si no lo hacía, estallaría. Sentía deseos de golpearse la cabeza contra las paredes.

Durante seis meses había vagado como un mendigo, marginado del placer, sometido a la caridad de Katie Fox. ¡Uf! Ya no le encontraba atractivo alguno a aquel saco de huesos que no pensaba en nada más que en la droga.

Súbitamente, sin pensar, jadeando dificultosamente, sonrojándose, excitado como si hubiese inhalado cloroformo, se metió en un portal tambaleándose. Se encontró en un vestíbulo largo y oscuro. Oía risas y un canto ebrio que llegaba del fondo del vestíbulo, de una puerta de la derecha por debajo de la cual se filtraba un destello de luz. Se dirigió hacia aquella puerta. Trató de hacer girar el tirador y entrar, pero la puerta estaba cerrada por dentro. El ruido cesó casi inmediatamente. Golpeó varias veces con la punta de la bota en la parte inferior de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina airadamente.

—Abre la puerta y lo verás —contestó Gypo gritando.

—Espera, Betty —dijo una voz áspera de hombre—; déjame a mí.

Se oyeron discusiones y murmullos.

—Apártense todos —gritó otra voz.

Entonces corrieron el pestillo. El tirador giró cautelosamente. La puerta se abrió despacio unos diez centímetros. Gypo contempló todas aquellas maniobras con nerviosismo, enfurecido.

—Vamos, vamos —gritó por último—, ¿qué significan todas estas tonterías? ¿Por qué no abres la puerta de una vez y te haces a un lado?

El hombre se deslizó por la abertura de la puerta como un gato. De espaldas a la puerta, y con la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta, se encaró con Gypo. Era un individuo robusto, musculoso, con cara de criminal. Había salido con la intención de darle una paliza a Gypo con la porra que

llevaba escondida, pero al ver la clase de cliente que tenía delante, se quedó boquiabierto. Gypo le miró con ira.

—¡Así que tú eres el matón! —rugió.

Aspiró rápidamente una bocanada de aire, disparó la mano derecha y cogió al matón por el cuello. El matón abrió la boca. Su mano derecha soltó la porra. Con ambas manos se aferró a la del gigante, que le tenía cogido por el cuello.

—¡Suéltame! —chilló.

Pero Gypo se apartó despectivamente de la puerta y, de un empujón, le mandó al fondo del vestíbulo oscuro. Luego, abriendo la puerta con el hombro, penetró parpadeando en la habitación.

La sala estaba llena de gente. Era muy grande. El suelo era de piedra, y en un hogar de enorme parrilla las llamas lamían las teteras humeantes que descansaban, a ambos lados, sobre los estantes interiores. Había un aparador lleno de porcelana fina de Delft de todos los colores. El techo era alto y estaba blanqueado. Las paredes estaban llenas de cuadros de mujeres en actitudes amorosas y en una variada gama de desnudez, las cuales se suponía debían despertar deseos libidinosos en las mentes de los hombres. Todo lo que había en aquella sala aparecía inmaculadamente limpio, pero el aire era cálido y pesado a causa del calor más bien excesivo del fuego y de los olores del perfume y el alcohol.

Aquel olor intenso, enervante, exaltó a Gypo. Dejó vagar la mirada por la sala, aspirando profundamente por la nariz. Todos le miraban. Había ocho hombres; tres estudiantes universitarios, un artista, un médico y tres jóvenes caballeros campesinos, de la parte alta del país, que habían ido de jarana. Habían alquilado el burdel para toda la noche, pidiéndole a la dueña que no dejara entrar a nadie más; pero la aparición de Gypo no ofendió a nadie. Se encontraban en aquella deliciosa etapa de la ebriedad en que los incidentes más extraños parecen normales y son bien recibidos por las mentes embotadas por los vapores del alcohol y la contemplación de la belleza carnal. La pelea en el vestíbulo y la manera con que Gypo había entrado no les causó la menor impresión. Su aspecto imponente, con aquel traje de tela basta y el sombrerito redondo en lo alto de la maciza cabeza, les causó el efecto de que se trataba de un nuevo tipo de diversión preparado para complacerles. Le miraron sonrientes y serios al mismo tiempo, con aquella mirada distante que coincide con la etapa inicial de la embriaguez.

Las mujeres, por otro lado, contemplaban a Gypo con antipatía. Había diez mujeres. Algunas estaban casi desnudas y bastante ebrias, sentadas en las rodillas de los hombres, con vasos en la mano y cigarrillos en la boca. Otras permanecían solemnemente sentadas en sus sillas con sus vestidos de calle, como si acabaran de llegar de visita, de paso hacia otro sitio. En cuanto vieron a Gypo, sus caras se endurecieron. Iba vestido como un obrero. Lo cual significaba que no tenía dinero. Por consiguiente, le ponían mala cara. Aquel era un burdel de «clase media». Todas aquellas mujeres eran unas «damas». La ropa ajada y las rústicas facciones de Gypo despertaban vivamente su

instinto de «clase».

Sólo una mujer no se dignó mirarle siquiera. Estaba sentada en un rincón, leyendo el periódico, con las piernas cruzadas, con un cigarrillo en los labios, abrigada con un elegante chaquetón de pieles. Los ojos de Gypo vagaron por la sala hasta que la descubrieron. De allí no se movieron.

—¿Qué quiere? —preguntó una voz ronca a sus espaldas.

Gypo se volvió. La dueña del burdel estaba de pie al lado de la puerta. Los dedos de la mano izquierda jugueteaban con un pequeño crucifijo de plata que descansaba sobre su pecho, colgado del cuello por una cinta de terciopelo negro. La mano derecha, una mano pequeña, blanca, carnosa, reposaba en la puerta como si esperase que Gypo saliera para volver a cerrarla. Era una mujer bajita, gorda, de edad mediana, con una cabeza grande de cabellos endiabladamente negros, peinados hacia arriba formando una torre, y llevaba una peineta negra, brillante, clavada en la parte posterior. Los cabellos eran los últimos restos que le quedaban de su belleza. La abominable naturaleza de sus ocupaciones había embrutecido todos los rasgos de su rostro. Tenía una cara manchada, arrugada y pálida. Sus ojos eran amarillos, duros, y los tenía hundidos e inyectados de sangre. Mantenía los labios tan apretados que parecía como si un individuo torpe hubiese querido estirarlos y hubiera originado un desastre. Vestía una falda azul y una blusa blanca. Las mangas de la blusa se las había enrollado casi hasta los hombros, dejando al descubierto unos brazos extraordinariamente gordos. La llamaban «tía Betty», y era conocida en todo el distrito por su astucia, su mezquindad y el hábito peculiar de proferir una palabra obscena, a veces en el curso de una conversación, cogiéndose los pechos con las manos y mirando desesperadamente a su alrededor, como si temiese que algún espectro espantoso la persiguiera.

Gypo no la conocía, porque su casa era muy distinguida, frecuentada solamente por gente bien, hombres de negocios, oficiales del ejército y estudiantes con dinero para gastar. Gypo sólo conocía los burdeles baratos, las casas que los revolucionarios, los criminales y los trabajadores consideraban como «casas amigas». Cualquier otra noche no se habría atrevido a entrar, no más que a un individuo vestido con un mono se le ocurriría sacar una entrada para el patio de butacas de un teatro londinense. Pero aquella noche se había excedido. Miró a tía Betty con arrogancia, con el labio inferior fruncido.

—Quiero tomar una copa —dijo, huraño, en voz baja. Luego de una pausa, agregó, lanzando una sonora carcajada—: Y después lo que venga.

—No puede beber aquí —le dijo tía Betty—. Será mejor que se vaya a otro sitio. Pierde el tiempo aquí, buen hombre.

Tía Betty habló muy excitada. Eso era habitual en ella a causa del terrible esfuerzo que había hecho para tratar de dar a las palabras la pronunciación correcta y «el acento educado de una señora de buena familia». Porque siempre procuraba hablar como una dama.

Gypo no le hizo caso, como tampoco al matón que había vuelto a entrar en

la sala y ahora estaba apoyado en la pared, con los ojos brillantes, dilatados por el terror, y la cara lívida de malicia.

—Tome —dijo—, sirva una copa a todos los presentes. Yo invito.

Se metió la mano en el bolsillo y, extrayendo el fajo de billetes, separó uno y se lo ofreció a tía Betty. Fue como si se hubiese producido un milagro. Los ojos de tía Betty centellearon. Avanzó casi inconscientemente, sonriendo con sus labios finos y duros, mientras los ojos le brillaban de avaricia. Sus dedos casi temblaban al coger suavemente el billete. Lo examinó febrilmente, a contraluz. Mientras lo hacía, Gypo empezó a reír y le propinó una sonora palmada en la espalda, con una espantosa familiaridad. Ella se limitó a darle un codazo, juguetona. El billete era auténtico y fue aceptado después del examen. La mujer suspiró, chasqueando los dedos para llamar al matón.

—Una copa para todos —ordenó.

De las bocas de las mujeres brotó una aguda exclamación de aprobación en cuanto comprobaron que el billete no era falso. Algunas de las que estaban sentadas solas, vestidas de calle, se levantaron y se acercaron a él, riendo y pronunciando palabras afectuosas. Incluso las mujeres que ya estaban ocupadas, sentadas sobre las rodillas de los hombres, levemente ebrias, se serenaron y sintieron celos de aquellas mujeres que gozaban de la libertad de capturar a Gypo y a su fajo de billetes.

Los hombres, por su parte, le miraron con hostilidad, envidiosos de la atracción que ejercía sobre las mujeres. Sólo una persona en la sala no estaba atenta a lo que sucedía. Era la mujer del chaquetón de pieles, que estaba sentada en el rincón de la derecha del hogar leyendo el periódico.

Y Gypo, desdeñando los brazos desnudos, blandos, que pretendían abrazarle, y las caras sensuales y afectuosas que se le ofrecían desde todos lados, y los murmullos sibilantes, seductores, insinuantes, mantenía los ojos fijos en la mujer sentada, indiferente, en aquel rincón.

—Dejadme tranquilo —murmuró.

Apartó a las chicas y, de un par de zancadas, se plantó cerca del rincón y de la mujer misteriosa. Se quedó de pie, jadeando dificultosamente, sin quitarle la vista de encima. Ella le miró las rodillas. Luego aspiró una bocanada de humo del cigarrillo, expelió algo de la manga con un golpecito del dedo índice y continuó leyendo el periódico. Las otras mujeres contemplaban la escena en silencio, con los ojos semicerrados. Los hombres empezaron a sonreír. Todos estaban interesados en ver qué haría la mujer del abrigo de pieles.

Gypo se sentó a su lado. Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

—¿No tienes calor con este abrigo de pieles? —le preguntó.

Ella no respondió. Las mujeres empezaron a reír entre dientes.

—¿Qué dice el periódico? —prosiguió Gypo.

La mujer no replicó. Uno de los hombres lanzó una carcajada, que pareció una explosión, como si hubiese contenido la risa durante mucho tiempo y súbitamente hubiera estallado.

—¡Qué hombre tan horrible! ¡Salga de aquí! —dijo alguien, imitando la voz de una mujer tímida y refinada. Gypo se puso serio, y las venas del cuello se le hincharon ominosamente. Pero en aquel instante llegaron las bebidas. Se puso de pie de un salto y se acercó al matón que las llevaba. Vació un vaso de whisky, luego otro, y seguidamente un tercero. La protesta fue general.

—¡Eh, no se los beba todos!

—¡Qué salvaje!

—¿Qué significa eso de invitarnos, si luego se toma el whisky usted solo?

—¡Eh ¡Detenle, Johnny! Llévate la bandeja.

—¡Váyanse al infierno! —rugió Gypo. El whisky, al pasar por su garganta, le cortó el aliento—. Esperad, que hay más.

Extrajo otro billete y se lo ofreció a tía Betty displicentemente.

—Tome —dijo—, vaya y traiga más licor.

Entonces, en medio del griterío alegre de las chicas, vació tres vasos más, uno tras otro, de un solo trago, mientras las mujeres bailaban a su alrededor.

Súbitamente, toda la concurrencia entró en un estado de loca excitación. Los seres humanos siempre reaccionan de esta manera al enfrentarse con una personalidad espontánea y dominante que, con una palabra, un gesto, un grito, convierte una reunión solemne y aburrida prácticamente en una bacanal. Parecía como si toda aquella gente hubiese estado esperando la llegada de Gypo para abandonarse a una orgía de los sentidos. Gritos, chillidos, besos sonoros, risas se mezclaban caóticamente en el aire cálido de la sala. Cada hombre competía con su vecino en una exagerada tentativa por convertirse en un imbécil. Un joven de rostro bronceado y expresión inocente, un estudiante, que tenía unos bellos ojos grises, se puso de pie con dificultad delante del fuego, riendo desesperadamente, y empezó a desnudarse. Otro hombre, un individuo corpulento, levantó a una de las chicas en sus brazos, se cayeron los dos al suelo, y mientras él gritaba y trataba de besarla, ella luchaba para liberar su larga cabellera que había quedado atrapada bajo el hombro de aquel hombre. Gypo escogió a dos muchachas y se las cargó una en cada hombro. Luego abrazó a otras dos por la cintura y, levantándolas con los brazos, empezó a saltar, mugiendo como un buey a cada salto, mientras la agitada carga de mujeres casi desnudas reía histéricamente balanceándose en sus hombros.

Esta escena insólita duró por lo menos quince minutos y luego terminó repentinamente. Todos parecían extenuados. Precisamente en aquel instante se oyó la voz de tía Betty dominando el ruido.

—¿Acaso quieren que venga la policía? —gritó.

—Está bien, mamá —dijo Gypo, acercándose a ella y cogiéndola por la cintura con un brazo—. Eres una buena chica. Yo pondré orden aquí. A ver, ¿quién se atreve a armar barullo? ¡Si alguien se atreve a alzar la voz, le rompo la crisma!

—¿Ah, sí? —gritó el joven que se estaba desnudando. Se encontraba delante del fuego, en pantalones y camiseta, con la camisa en la mano—. Yo te

enseñaré buenos modales, amigo. —Subiéndose los pantalones y agitando la camisa, continuó diciendo—: Vamos. Te enseñaré a comportarte en presencia de unos caballeros.

Pero alguien le dio un empujón para obligarle a sentarse antes de que pudiera hacer nada. Gypo le miró durante un instante y luego se puso a reír. Tenía los ojos brillantes. La cantidad de whisky que había tomado circulaba a través de su cerebro y de todo su cuerpo como si un motor lo bombeara metódicamente. Soltó a tía Betty y avanzó un paso hacia el centro de la sala. Luego se estremeció, abriendo desmesuradamente la boca para aspirar una bocanada de aire. Lanzó una carcajada. Cruzó la sala en dirección a la mujer del chaquetón de pieles, sin mirarla. Se detuvo, y tomándola entre sus brazos la levantó hasta que la cara de la mujer quedó a la altura de la suya, y la besó. Sus torpes labios chocaron con la mejilla de la mujer. Le buscaba la boca, pero no podía alcanzarla a causa de los esfuerzos desesperados que ella hacía por liberarse. Gypo perdió el equilibrio y la dejó en el suelo. Al recuperar el equilibrio, se puso a reír locamente al tiempo que se limpiaba los labios con la manga.

Se hizo un profundo silencio. La mujer se quedó de pie frente a él, altiva y temblorosa. Mantenía los brazos rígidos a lo largo del cuerpo, con los dedos, largos y finos, curvados como las garras de un felino. Iba vestida con un gusto exquisito: zapatos negros, falda azul marino, chaquetón de pieles, sombrero negro, pequeño, por debajo de cuyo reborde se escapaban unos rizos de cabellos castaños. Era una mujer bonita, bella, salvo el rostro. El lado izquierdo de la cara estaba desfigurado de una manera espantosa, desde la sien al mentón. O sea que una mejilla era blanca y la otra casi negra. El ojo izquierdo tenía un tono oscuro y casi estaba ciego, mientras que el ojo derecho era azul, claro y brillaba con ira. La desfiguración afectaba a la comisura de los labios. El resto de la boca era bello, y los labios, rojos y arqueados.

De pronto, la mujer descubrió los dientes blancos y escupió en la cara de Gypo con la ferocidad de un animal salvaje.

Él se estremeció. Sus manos se convirtieron en garras. Se quedó pálido y meneó la cabeza de izquierda a derecha y de nuevo la echó hacia atrás, como un toro dispuesto a embestir. Una mujer, cerca del fuego, horrorizada, abrió la boca. Pero Gypo no atacó. En vez de avanzar hacia la mujer, retrocedió un paso y expelió el aire ruidosamente por la nariz. Luego se quedó inmóvil, con los ojos desorbitados, mirando fijamente a la mujer enfurecida con temor y admiración. Ella le miraba con los ojos semicerrados.

—¡Puerco! —le espetó.

El silencio se tornó doloroso. Cada una de las personas presentes en aquella sala presintió que la catástrofe era inminente. El hecho de que, unos minutos antes, la sala hubiese estado inundada por el ruido de la orgía libidinosa, hacía el silencio aún más terrible. Todos contemplaban a Gypo. Su enorme cuerpo, monstruoso y de extraños movimientos, estaba iluminado por el resplandor de la lámpara que colgaba del techo. La expresión de su rostro, mientras

contemplaba a la mujer fijamente, se iba transformando como reacción a las misteriosas y oscuras premoniciones que, una tras otra, se sucedían en su cerebro. Jadeaba, y las extremidades se le envaraban. Seguidamente aspiraba y expelía el aire con un bufido. Asentaba las mandíbulas. Las pupilas se le dilataban. Un movimiento continuo le estremecía la piel del cuello. Luego se le escapaba una especie de ronquido seco por la nariz.

Al fin, tras esperar unos veinte segundos, los espectadores se sobresaltaron por la súbita explosión de todas estas reacciones. Gypo lanzó una carcajada que parecía un bramido. Echando la cabeza hacia atrás, rió de cara al techo. Todos le miraban asustados. Todos le contemplaban, aterrorizados, excepto la mujer. Como si se hubiera contagiado, una carcajada se escapó también de sus labios, pero era una carcajada cascada, histérica, que dio un brillo frío a los ojos.

Interrumpiendo la carcajada bruscamente, Gypo se acercó a tía Betty. La cogió del brazo, señalando a la mujer del chaquetón de pieles con el dedo, y le dijo con voz ronca:

—Quiero esta mujer. Dame una habitación. Me la llevaré arriba. Te pagaré lo que me pidas.

—¡Eso nunca! —chilló enérgicamente la mujer del abrigo de pieles.

Se llevó las manos a la cara, adelantó la pierna derecha y quedó apoyada sobre el pie, temblando como si lo hubiese puesto sobre el hielo.

—No digas tonterías, Phyllis —dijo tía Betty, desplazándose hasta el centro de la sala. Se enfrentó con la mujer del chaquetón de pieles, con los brazos en jarras y las mandíbulas asentadas—. Ya estoy harta de tus baladronadas. No eres mejor que tus compañeras, y, mientras estés a mi lado, no serás distinta de ninguna de las mujeres que vivan en esta casa. ¡Chúpate ésa y vuelve por otra! Todos los hombres son iguales. Irás con él.

—Eso es cierto, tía Betty —dijeron algunas mujeres, mirando con odio a la mujer del abrigo de pieles.

—¡Chusma! —chilló la mujer del chaquetón de pieles, golpeando el suelo con el pie y amenazando con los puños a las otras mujeres—. ¡Qué almas tan corrompidas debéis tener para caer tan bajo! Yo no soy una prostituta como vosotras, por eso me odiáis. Me tenéis odio porque soy una mujer educada...

—No se trata de eso —la interrumpió una mujerona fuerte, bella, de miembros largos, de cara colorada, llamada Connemara Maggie—. Te odiamos porque eres una orgullosa, una ignorante que se cree que vale más de lo que Dios ha querido, y que Dios me perdone por hablar así.

—¡Dale, Maggie! —la interrumpieron algunas mujeres—; ¡cántale las cuarenta!

—No me importa lo que digas, Connemara Maggie —dijo la del abrigo de pieles—. No eres peor que las otras y...

—¡Dios mío! —exclamó tía Betty, llevándose, de pronto, las manos al pecho.

Retrocedió hasta la pared, mirando furtivamente a la mujer del chaquetón de

pieles. Era presa de una de sus «visiones». Gypo contemplaba a la mujer del abrigo de pieles con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

—Escuchad —prosiguió la mujer—. Yo no os tengo mala voluntad. Ninguna de vosotras podéis evitarlo. Tampoco tengo nada contra usted, tía Betty. Sé muy bien que, de no haber sido por usted, me habría muerto de hambre, o... tal vez estaría en un sitio peor. Hace años que estoy en su casa, y ha sido muy amable conmigo. Sé que nadie puede evitarlo. Soy inglesa, casada con un oficial del ejército, por eso es natural que vosotras me tengáis inquina...

—No se trata de eso —dijo Connemara Maggie—; es tu actitud engreída lo que...

—Déjala hablar, Maggie —la interrumpió otra.

—No tenía derecho a venir aquí —dijo la mujer rompiendo a llorar—. Debería haber ido a la policía porque...

—¡A la policía! —rugió Gypo súbitamente, sobresaltándose como si hubiese estado adormilado—. No digas esas cosas. No vayas a la policía. ¿Para qué la quieres?

—Quiero volver a mi casa —sollozó la mujer.

—¿Dónde vives?

—Cerca... cerca de Londres.

—Bueno, ¿qué haces aquí, pues?

—Me ocurrió esta desgracia —exclamó la mujer, tornándose histérica de nuevo. Se puso una mano temblorosa sobre la mejilla desfigurada—. Hace un año que me pasó esto. Casi me volví loca. Mi esposo se fue con otra mujer. Vendí todo lo que poseía y me vine a Dublín. Quería trabajar. ¡Lo juro por Dios! Pero no lograba encontrar trabajo. Entonces, un hombre me trajo aquí. ¡Dios mío, qué vergüenza tener que explicar estas cosas en un sitio como éste... el...!

—¿Quieres irte a tu casa, ahora mismo? —inquirió Gypo airadamente.

Ella no respondió, sino que le miró con los ojos muy abiertos, estupefacta.

—¿Cómo puedes ir? —continuó Gypo—. ¿Cuánto te costará?

—Algo más de dos libras —contestó en voz baja.

—Toma —dijo él, extrayendo el dinero—, esto es para el pasaje. Una, dos, tres —hizo una pausa, y estaba a punto de agregar otra, pero lo pensó mejor. Le ofreció los tres billetes.

Ella retrocedió, mirando el dinero con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—No tengas miedo —le dijo con una voz extraña, soñadora—. Toma el dinero y lárgate de aquí. Con esto tendrás suficiente para volver a tu casa. Vete a tu país. Aquí no haces ninguna falta. Tú, y tu marido, y la policía... Mejor será que no recurras a la policía. Vete. Lárgate. ¡Ahueca el ala!

Mirándole a la cara, temblando, con la boca abierta, cogió los billetes bruscamente. Luego profirió una exclamación, echó una mirada a su alrededor y se precipitó hacia la puerta.

—¡Ahora, fuera! —le gritó Gypo—. ¡Ahora, fuera! Todos se quedaron

contemplando la puerta por donde había desaparecido, dando un portazo. Hubo un largo silencio. Luego, tía Betty dijo:

—Todo esto está muy bien —dejó escapar una risita—; pero a mí me debe dos libras y diez chelines. ¿Quién me pagará a mí eso? Está muy bien eso de...

—Cierra el pico, tú —gritó Gypo—, aquí tienes dos libras. Con eso tienes bastante. No quiero oír ni una palabra más. —Le tiró los dos billetes. Luego abrió los brazos—. ¿Quién quiere ir a la cama conmigo —rugió— antes de que el banco se declare en quiebra?

—¡Yo, sinvergüenza malparido! —exclamó Connemara Maggie, precipitándose hacia él, con los rizos de su cabellera sobre la cara, y los ojos azules brillantes.

La mujer le abrazó por el cuello con sus brazos carnosos.

CAPÍTULO X

A la una menos cuarto, Bartly Mulholland entró en la cocina de Biddy Burke y se sentó cerca del fuego. Nadie le dijo nada. Él tampoco saludó a nadie. Biddy Burke estaba sentada al otro lado del fuego, en un banco, fumando un cigarrillo.

Biddy Burke era una mujer de mediana edad, con una expresión amenazadora en sus ojos negros, de mejillas pálidas y carnosas y cuello hinchado. Era una de esas irlandesas que son propensas a experimentar súbitas pasiones, a causa de la costumbre de comer mucho, sufriendo, como consecuencia, trastornos digestivos. Son personas de buen corazón, absolutamente carentes de sentido estético, violentas, belicosas, brutales, generosas, incoherentes. Biddy Burke vestía una blusa blanca y una falda azul. El cabello grisáceo lo llevaba recogido en la nuca, muy estirado, y partido por la mitad como las campesinas.

Había otras personas en la cocina, dos mujeres jóvenes sentadas en sendas sillas, y Jimmy, «el macarrón», el cual estaba sentado en el banco del otro lado del fuego.

Mulholland recorrió lentamente con la mirada toda la pieza. Luego habló.

—¿Ha venido por aquí Gypo Nolan esta noche, señora Burke? —preguntó.

Biddy Burke meneó la cabeza lentamente, mientras examinaba minuciosamente la cara de Mulholland. Luego, como si de pronto se hubiese acordado de algo importante, se inclinó hacia adelante y frunció los labios.

—Ni un solo hombre ha cruzado el umbral de esta casa esta santa noche —contestó con su voz áspera y cascada—: No; no he vendido ni una maldita botella de cerveza. Esta es la pura verdad. Algunas personas se acuerdan de Biddy Burke cuando están jeringadas y no tienen nada, pero cuando soplan otros vientos pronto la envían al cuerno. Tal como van las cosas, no tardaré mucho en estar en el asilo. Nunca he visto nada parecido. El país va de capa caída. Así va todo. Ya sabía que armarían jaleo con las revoluciones y los ataques contra la policía. Eso no quiere decir que no me haya preocupado por ayudar a los muchachos, que Dios los bendiga, pero no son los muchachos que luchan los que pescan los cargos. No te lo creas. Eso no ocurre nunca, te lo dice Biddy Burke. Son los cerveceros y los obispos los que siempre están en la cúspide en este país. Así ha sido, así es y así será el día que Biddy Burke sea llamada por Dios el día del juicio final. Hablaban de los tiranos ingleses, pero seguro que nunca nadie ha visto la réplica exacta de estos tiranos con sus secuaces y sus redadas, y cualquier maldito hijo de papá, que no es capaz de ponerse los pantalones sin la ayuda de su madre, rondando por aquí y creyéndose que es un general. ¡Ah! ¡Gypo Nolan! Él es como los otros, Bartly Mulholland. Te lo dice Biddy. Bueno; pues no ha puesto los pies en esta casa hoy. Eso no significa que no haya oído hablar de sus andanzas. ¡Hum!

—¿Qué has oído contar? —preguntó Mulholland, escrutándole los ojos.

—¿Qué he oído contar? —repitió Biddy Burke—. ¿Por quién me has tomado, Bartly Mulholland? ¿Por una oficina de informaciones, o qué? No me fastidies.

Mulholland suspiró. Luego sacó la pipa y la prendió. Se apoyó contra la pared y se puso a fumar, aparentemente muy cómodo. Reinaba un gran silencio. Por la puerta abierta penetraba, de vez en cuando, el ruido de pasos y de voces mezclado con el rumor de la lluvia. Eran ruidos amortiguados. Parecía como si todo estuviera esperando que ocurriese algo monstruoso.

Las dos chicas empezaron a comentar la muerte de Francis Joseph McPhillip con sus voces roncas y cascadas. Hablaban desganadamente, en un siseo, con indiferencia.

Mulholland las miró por el rabillo del ojo durante un instante. Luego se sumió en sus pensamientos, que en aquel momento no eran nada tranquilizadores. Había perdido la pista de Gypo. Había estado rondando con el fin de volver a descubrir su presa, sin lograrlo. Parecía como si se lo hubiese tragado la tierra. Un hombre más nervioso que Mulholland no se lo habría tomado tan filosóficamente, tan fríamente. Porque, si Gypo no aparecía, la vida de Mulholland correría un serio peligro. Mulholland, sin embargo, no consideraba este aspecto de la cuestión. Mulholland era un revolucionario sincero. Era el peligro que corría la «causa» lo que le preocupaba. La «causa» era toda su razón de ser. No sabía encontrar otro sentido a la vida como no fuese el establecimiento de una república proletaria irlandesa.

No obstante..., mientras estaba sentado en aquel banco, fumando tranquilamente su pipa, otras preocupaciones le asaltaron. Si no lograba encontrar a Gypo y, como consecuencia, le sucedía algo, ¿qué le ocurriría a su mujer y a sus hijos? Casi nunca había pensado en ellos seriamente, de esta manera, con miras al futuro. El futuro le reservaba una república del proletariado, allá a lo lejos, cuando ya no existirían barrios miserables, ni hambre, ni esposas enfermas, ni hijos con paperas, raquitismo, sarampión, tos convulsa, enfermedades que se presentaban con una endiablada regularidad. Nunca se le ocurría pensar que su mujer y sus seis hijos vivían, en la actualidad, en una miserable barraca de los barrios bajos, y que su esposa envejecía rápidamente por causa del trabajo agotador. Esto tenía que ser así. La «causa» estaba por encima de todas estas cosas. ¡Caramba! Era su propia esposa quien siempre le impulsaba a entregarse en cuerpo y alma a la «causa» cada vez que le veía abatido o descorazonado, temeroso o apático.

¡Luchar siempre sin esperar recompensa alguna! Eso es lo que pensó súbitamente. Pero tan pronto este pensamiento desapareció de su mente, otro lo siguió enloquecido, enfurecido. Chupó la pipa salvajemente y rechazó el primer pensamiento, aterrorizado.

Incluso «mentalmente» era peligroso pensar en dejar la Organización sin ser expulsado. Al fin y al cabo..., el terror constituía la base de su fervor.

Se esforzó por recobrar la calma habitual. Su rostro asumió la impenetrable expresión que había logrado después de cinco años de práctica constante.

Volvió a dirigirse a Biddy Burke.

—¿Dónde dijo que había visto entrar a Gypo? —preguntó distraídamente.

Biddy Burke le miró con fiereza, expulsando dos chorros de humo por la nariz.

—Yo no he dicho que le hubiese visto entrar en ningún sitio, Bartly Mulholland —dijo, enojada—. ¡Por Dios! En estos últimos años os habéis vuelto tan listos como el abogado de una corporación. Ahora, escucha, Bartly. Yo no quiero tener nada que ver contigo ni con los de tu grupo. Tú ya lo sabes. Te conozco, amigo, y no creo..., ¿eh...? Bueno, por supuesto, Bartly..., ya sabes qué quiero decir... No es..., hum..., que os desee ningún mal..., pero una pobre mujer como yo... Claro que estoy dispuesta, como ya te he dicho, a hacer lo que sea necesario por mis compatriotas... Pero es así... ¿Qué gana una mujer como yo mezclándose en política...? Eso, claro..., escucha —prosiguió en voz baja—, he oído decir que estaba en casa de tía Betty armando un escándalo de mil demonios. Era de los vuestros, ¿no?

Mulholland la miró taciturno. Ella se echó atrás inmediatamente.

—Bueno; tú me conoces bien, Bartly —musitó, excusándose nerviosamente —. No he dicho nada que no debiera. ¿No es cierto, chicas? Claro...

Un ruido proveniente de la calle interrumpió su discurso. El ruido de unos pasos se acercaba a la puerta. Luego se oyeron unos quejidos. Después se hizo audible un jadeo. De repente, Katie Fox se precipitó hacia la cocina, con la mano derecha sobre la cadera, los ojos brillantes, mirando a su alrededor ferozmente. Se acercó a Biddy Burke. Se inclinó hacia adelante y empezó a hablar en seguida a borbotones.

—¿Qué te parece, Biddy? —gritó—. ¿Sabes dónde le encontré? ¿Sabes dónde le encontré? ¡El muy zángano! ¡Y ella, que no me llega a la suela del zapato, con sus brazos asquerosos alrededor de su cuello! ¡Se me rió en las narices! ¡Se me rió en las narices! —chilló—. ¡Ojalá le hubiese roto la crisma con la botella que le he tirado! ¡Así le hubiera roto la cara! Aunque cuando nació ya la tenía bastante estropeada. ¿Y quién era ella? ¿Quién era, Biddy Bürke? Te lo pregunto a ti. No lo sabes ni lo adivinarías en mil años. ¿Quién tenía que ser sino mi querida Connemara Maggie? Aquella palurda ignorante que cuando apareció por aquí parecía un marimacho y fue a parar a la casa de un miembro de la liga gaélica, uno de esos tipos chiflados que llevan falda. Llegó aquí y, antes de tres meses de estar en la ciudad, se casó con un soldado. Luego vino a parar aquí, con sus ricitos y su cara de ternera, valga la comparación. He encontrado a tía Betty en el vestíbulo y no me quería dejar entrar. Me he metido en la habitación y allí estaba él, sentado en el suelo, despatarrado, bebiendo del pico de la botella, riendo como un imbécil, y ella sentada a su lado. «Hola, Katie», me ha dicho él, «¿quieres tomar algo?» «Te hará bien», me ha dicho ella con una sonrisita. ¡Maldita sea! Le he dicho lo que pensaba de ella y... Biddy, por el amor de Dios, dame un vaso de agua. Biddy, escucha.

Se tiró a los pies de Biddy y empezó a sollozar. Pero inmediatamente se

puso de pie de un salto, gritando:

—Y, lo que es más, le ha dado tres libras a aquella inglesa estirada. Le ha dado tres libras y le ha pagado dos más a tía Betty, dinero que le debía del hospedaje, y a mí nunca me dio ni un penique. A mí, que le he mantenido durante estos seis últimos meses, cuando yo no tenía ni un pedazo de pan. Pero se lo contaré a todo el mundo. Lo explicaré todo.

Miró a su alrededor desesperadamente. Vio a Mulholland. Se acercó a él y se inclinó hasta poner la cara cerca de la suya. El sombrero se le deslizó hacia un lado. Una melena le cubrió los ojos. Se la echó hacia atrás con un movimiento de cabeza. Luego apuntó amenazadoramente con el dedo índice de la mano derecha a la frente de Mulholland.

—Escúchame, Bartly —dijo—. ¿Te acuerdas de cuando era una buena chica y era miembro de ...? Ya sabes a qué me refiero... Bueno; él también lo era, ¿no es cierto? Bueno; ¿puedes explicarme cómo ha muerto Frankie McPhillip? ¿Quién ha recibido las veinte libras que ofrecía el Sindicato de Campesinos? ¿De dónde ha sacado el dinero? No quiero dar nombres. Ni dar nombres ni hacer acusaciones. Pero lo adivinarás fácilmente. ¿De dónde ha sacado el dinero? ¿Se lo ha robado a un marinero detrás del bar de Cassidy, como me ha contado en el bar? ¿Eh?

De pronto, chillando, levantó las manos por encima de la cabeza y las crispó. De un salto, todos la sujetaron. Mulholland se levantó lentamente. Salió a la calle, esquivando a la gente que se precipitaba hacia la puerta de la casa de Biddy Burke, atraída por los alaridos. Mientras cruzaba la calle, Mulholland sonrió. Tendría muchas novedades de que informar a Gallagher. Después de lo cual no le costaría mucho obtener el cargo de McPhillip en el Estado Mayor. Penetró silenciosamente en el vestíbulo de la casa de tía Betty. Subió las escaleras sin hacer ruido, sin llamar la atención de los juerguistas que todavía estaban de jarana. Llegó al rellano. Había tres puertas, por debajo de las cuales se veía luz. Escuchó en cada una de las tres puertas. La tercera era la que buscaba. Se puso tenso. Hizo girar el tirador y penetró en la habitación al mismo tiempo que gritaba dramáticamente.

—¡Vamos, Gypo, es hora de que te vengas conmigo! Durante un instante, no pudo ver a nadie, por causa de la excitación y la espesa humareda y el aire enrarecido que llenaba la habitación. Se quedó cerca de la puerta, con los pies plantados sobre las maderas carcomidas del suelo, la mano derecha metida en el bolsillo empuñando el revólver. El corazón le latía aceleradamente. Entonces notó la presencia de Gypo. Sintió aquel peculiar impacto dentro de la cabeza que la presencia de Gypo le producía invariablemente, una especie de chasquido producido por un terror irracional. Luego oyó la voz de Gypo, pastosa y enronquecida por causa de la borrachera, pero cordial y amable y marcadamente protectora:

—Hola, Bartly. Siéntate y toma un trago. Todavía tenemos tiempo.

Entonces, Bartly volvió la cabeza hacia la chimenea y vio a Gypo.

Gypo estaba sentado en el suelo, a la derecha del hogar, en un rincón, en la

semipenumbra, desnudo hasta la cintura, con las piernas enfundadas en los pantalones abiertas en ángulo recto, apoyado contra la pared, con una botella sujeta con la mano derecha entre las piernas, y los pies desnudos.

Connemara Maggie estaba de pie cerca del fuego secando la camisa, la chaqueta y los calcetines de Gypo. Las enormes botas yacían sobre un banco frente al fuego, humeando. La mujer no prestó atención a la entrada de Mulholland. Con la dorada cabellera caída desordenadamente sobre el rostro, la blusa desabrochada, la cara vigorosa, de pómulos prominentes, cubierta de sudor, los grandes ojos dulces hinchados y tiernos como los ojos de una ternera, estaba dedicada a atender a su hombre, como si nunca se hubiera movido de sus montañas de Connemara y estuviera atendiendo a su esposo al término de una dura jornada trabajando la tierra, en vez de estar atendiendo a un amante ocasional en el sórdido ambiente de un burdel. Ni en su rostro ni en sus movimientos era posible descubrir señal alguna del vicio o del placer libidinoso. Parecía, al igual que Gypo, una hija de la tierra, inconsciente de los pecadores artificiales que constituyen el producto corriente de las ciudades. En sus brazos musculosos sostenía la camisa humeante frente a las llamas. Permanecía callada e inmóvil.

Había pocas cosas más en aquella habitación encalada y de techo bajo. Una cama con la ropa revuelta, una colcha caída en el suelo al lado de la cama, una silla de tres patas y un lavamanos maltratado por la intemperie, con una palangana y una jarra resquebrajada constituían todo el mobiliario.

Mulholland lo observó todo antes de hablar. Convenía registrar todos los detalles por si acaso era preciso realizar una ulterior identificación. Gypo podría negarlo. Por fin habló. Había dominado su nerviosismo.

—No —dijo—. No quiero beber. Es hora de que me acompañes.

—¡Vete al cuerno, demonio! —rugió Gypo, poniéndose de pie súbitamente, con un ruido impresionante—. ¿A quién das órdenes, tú?

Avanzó un paso y alargó la mano derecha, pero Mulholland había extraído el revólver retrocediendo un paso.

Al mismo tiempo, siseó:

—No son órdenes mías. Son órdenes del comandante, y mejor será que procures obedecerlas. Inmediatamente, Gypo se serenó y dejó caer las manos a lo largo del cuerpo. Con el rostro congestionado por la ira, adoptó aquella peculiar expresión maravillada que tenía cuando se quedó pensando en la ribera del río antes de entrar en la comisaría de policía. Miró a Mulholland estupefacto. Frunció el ceño. Las aletas de la nariz se le dilataban y contraían. Movía los labios gruesos hacia todos lados. El rostro y la cabeza, con los cabellos cortados al rape, brillaban bajo el resplandor de la lámpara de parafina colocada sobre la cornisa de la chimenea. La luz también caía de través sobre el cuerpo, sobre el hombro protuberante que se veía blanco, macizo y redondo bajo el cuello bronceado. Los músculos de los hombros eran inmensos. Su torso era blanco y lampiño. La piel, muy fina. Pero, por todos lados, los músculos tensaban la piel formando relieves irregulares y

temblorosos. Se destacaban en el pecho, en los brazos, sobre las caderas, en la espalda, como si la cabeza y el cuello fuesen un árbol macizo y los músculos del cuerpo las raíces hundidas en el torso promiscua y profusamente, durante siglos de vida.

Miró a Mulholland durante unos segundos. Luego se volvió y quedó frente a Maggie.

—Dame la ropa, Maggie —dijo en voz baja.

Ella se la dio en silencio. Gypo se vistió. Se encasquetó el ajado sombrerito redondo. Luego se metió la mano en el bolsillo de los pantalones. Extrajo todo el dinero que le quedaba. Dos libras, cuatro chelines y seis peniques. Se guardó los cuatro chelines y los seis peniques. Alargó los dos billetes de una libra a Maggie.

—Quédate una y dale la otra a Katie Fox —le dijo—. La encontrarás en casa de Biddy Burke.

Ella asintió y se metió los billetes en el escote.

—Adiós, Maggie. Ya nos veremos —dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

Adiós —dijo ella en voz baja.

Gypo salió, tambaleándose, seguido por Mulholland. Al cabo de un rato, Connemara Maggie también abandonó la habitación. Se dirigió a casa de Biddy Burke. La casa de Biddy Burke estaba atestada de gente. La mayoría eran mujeres del barrio con sus hombres. Hablaban hasta por los codos antes de que llegara Maggie, pero tan pronto apareció ella, se hizo un extraño silencio. Maggie no se fijó en nadie. Acercándose directamente a Katie Fox, que estaba sentada cerca del hogar, en el asiento que unos instantes había ocupado Mulholland, extrajo un billete y se lo ofreció.

—Gypo Nolan me ha dado esto para ti —dijo serenamente.

Katie Fox contempló el billete. Luego miró a Maggie. Le temblaba el labio inferior. Abría y cerraba los ojos espasmódicamente. La embargaba una compleja emoción que, de momento, no podía dominar. No habló. Los otros empezaron a murmurar. Algunos hablaban en voz alta, ácidamente.

—No lo aceptes, Katie. Ese dinero está manchado de sangre —dijo alguien.

—Tómalo —dijo Biddy Burke, indignada—. Una libra no huele mal una vez ha sido puesta en circulación.

—El dinero es la maldita prostituta de toda la humanidad —tartamudeó un caballero alto, delgado y borracho, que dormitaba cerca de la ventana.

Apuesto lo que sea a que le ha dado más dinero para ti —dijo otra mujer.

—Sí, yo también —intervino Katie Fox, dilucidando así el dilema que la inquietaba, cualesquiera que éste fuera—. La conozco a ésta. Suelta la pasta, Connemara Maggie —gritó, poniéndose de pie, decidida—. Suelta la pasta y no te quedes ahí tratando de ablandarme con tus dulces miradas. ¿Cuánto te ha dado para mí? No me digas que sólo te dio una libra. Eres una embustera antes de abrir la boca si dices eso. Eres...

—Vaya, de todas las cosas... —exclamó Connemara Maggie estupefacta.

—¡Suelta el resto de la mosca! —rugió Katie Fox.

—¡Sois una manada de perros! —les espetó Connemara Maggie furiosa—. Sois una manada...

Se quedó sin aliento y no pudo decir nada más, aturdida y amargamente dolida por el ataque calumnioso de Katie Fox, a quien no había dirigido nunca la palabra, como no fuese para saludarla. Hurgó en la abertura del escote y extrajo el otro billete de una libra que Gypo le había dado para ella. Luego sacó un monedero que llevaba escondido en algún sitio del muslo izquierdo. Extrajo otro billete. Volvió a guardarse el monedero. Luego le arrojó los tres billetes a Katie Fox.

—Toma —siseó—. Aquí tienes todo el dinero. Tómalo. Tal vez está tan pringoso como tú. No quiero verte más. Si es tu hombre, te lo guardas.

Escupió y abandonó la estancia a grandes zancadas, moviendo los brazos y golpeando a su paso a todos los que se le ponían por delante.

Algunos se volvían para verla mientras blasfemaba, otros contemplaban a Katie Fox. Ésta tenía los tres billetes en la mano, y los labios le temblaban. Entonces, Biddy Burke le murmuró algo al oído. Acto seguido, Katie, con un suspiro, estrujó los tres billetes cerrando la mano, desesperadamente, con la mirada fija en el suelo. Luego se los ofreció a Biddy Burke rápidamente, sin mirarla. Los billetes se habían convertido en una bola sobre la palma delgada de su mano temblorosa.

—Tómalos, Biddy —musitó. Después, súbitamente, alzó la voz profiriendo un alarido histérico—. Tómalos; pero, por el amor de Dios, dame algo en seguida. Corre, corre. Dámelo, Biddy. Dámelo.

CAPÍTULO XI

En el Bogey Hole, las ratas se paseaban, indiferentes a la presencia del centinela que caminaba de un extremo a otro del largo corredor de piedra; las pisadas de sus botas con tacones de goma resonaban en el silencio cavernoso. En el techo de piedra se formaban lentamente gotas de agua y luego caían sobre las losas de piedra del suelo, donde se estrellaban blandamente. Aparte del ruido que hacían las ratas, las gotas de agua y las pisadas del centinela, el silencio era absoluto.

El Bogey Hole, en el que la Organización Revolucionaria se disponía a celebrar la indagación en la causa de la muerte de Francis Joseph McPhillip, en una época había sido la bodega de un noble. Encima todavía se levantaban las ruinas del edificio. Pero hacía años que, en aquel barrio, todo el mundo había olvidado el nombre del propietario. El vestíbulo de la casa estaba lleno de basura. Los dos pisos superiores se habían derrumbado. Sólo quedaban unas cuantas habitaciones en un estado ruinoso. Los niños iban allí a jugar, y los domingos se juntaban algunos hombres para jugarse el dinero a las cartas. Eso era todo. Pero la Organización Revolucionaria solía utilizar la bodega como centro de reunión y para otros fines.

Una ancha escalera de piedra conducía a la bodega desde el fondo del vestíbulo. Un amplio pasillo cruzaba la bodega, y a ambos lados del mismo se abrían una serie de estancias. En la primera a la izquierda de la escalera se habían reunido seis hombres. Estos hombres constituían el cuerpo de guardia; eran siete hombres contando al centinela. Los hombres estaban de pie, o sentados en el suelo, recostados contra la pared, y llevaban los revólveres sujetos encima de los impermeables. En el centro del aposento había un farol encendido. Los rostros que recibían la luz del farol se veían ojerosos y pálidos. Más allá, en el mismo lado del pasillo, había sido preparada una amplia estancia donde se llevaría a cabo la indagación. Habían colocado una mesa. Un tosca manta la cubría. Había varios taburetes y una «mesita de noche» colocada a la derecha de la mesa central, con un banco detrás. Una lámpara enorme, totalmente encendida, colgaba del techo. Iluminaba toda la estancia, de manera que la humedad que chorreaba por las paredes adquiría un brillo intenso. Dos hombres altos y delgados estaban de pie en la entrada de la estancia, uno a cada lado de la puerta.

En el otro extremo del pasillo, más lejos aún de la escalera, en otra estancia, el Rata Mulligan estaba sentado en un taburete. Los tres guardianes estaban sentados en un banco delante de él. Tenían las armas en la mano. La luz de la lámpara iluminaba todo el pasillo. Llegaba hasta los tres primeros peldaños de la escalera. En la parte superior de la escalera y en el techo del pasillo, la oscuridad era absoluta.

En el extremo del pasillo se podía ver el perfil de una puerta. Era una pesada puerta de roble, muy vieja. En otros tiempos fue la puerta de una cámara

hermética donde se guardaban los vinos especiales. Estos vinos se bajaban directamente desde el jardín. Una trampilla comunicaba el jardín con la cámara. Los barriles eran bajados a través de dicha trampilla. Ahora, sin embargo, la Organización Revolucionaria utilizaba esta cámara como calabozo. Habían hecho una abertura cuadrada en la parte superior de la puerta, con el fin de que los prisioneros no se asfixiaran.

Era la una y tres minutos. Tres hombres, que llevaban unos largos impermeables y sombreros de fieltro, con los rostros cubiertos por antifaces, bajaban por las escaleras de piedra. Inmediatamente, el centinela les dio el alto. Uno de ellos pronunció una palabra desganadamente. El centinela saludó. Recorrieron el pasillo con rapidez y entraron en la estancia dispuesta para la indagación. Los centinelas apostados ante la puerta se pusieron firmes al entrar ellos. Los tres hombres se sentaron a la mesa. Uno de ellos, el que estaba en el centro, tiró un portafolios sobre la mesa y bostezó. Todos prendieron un cigarrillo y empezaron a hablar en voz baja, en tono aburrido, adormilado, sin abrir apenas los labios. Eran los tres miembros del Comité Ejecutivo Central que habían sido nombrados jueces de la indagación.

A la una y veinte minutos, el comandante Dan Gallagher bajó las escaleras acompañado de Mary McPhillip. La joven llevaba un abrigo de lana de color oscuro, abrochado hasta el cuello y ceñido a la cintura por un cinturón. Gallagher no había cambiado de indumentaria. Ella miraba a su alrededor atemorizada. Gallagher tenía que inducirla a avanzar con la mano derecha con la que le sujetaba el brazo. Cuando el centinela les dio el alto, la chica se detuvo con brusquedad, y se llevó las manos a la boca. Gallagher musitó algo para tranquilizarla. Temblando y aferrándose al brazo del joven, se dejó guiar por él hasta la estancia de la indagación. Gallagher hizo que se sentara en un taburete y se alejó para conversar con los miembros del Comité Ejecutivo, quienes ni se habían levantado ni habían prestado atención a su presencia.

A la una y veinticinco minutos se oyó una voz ronca en lo alto de la escalera, cantando a gritos una canción obscena, mientras otra voz, una voz ahogada, le amonestaba furiosamente. Se oyó un rugido, un juramento, el ruido de un cuerpo pesado chocando contra algo que se rompió con un débil chasquido, y después Gypo bajó por las escaleras. Bajó deslizándose sobre la espalda, con los brazos y las piernas abiertos, pataleando y braceando violentamente. Aterrizó en el extremo inferior con un golpe sordo. Se incorporó medio envarado. Luego lanzó una espantosa carcajada.

De todos lados surgieron hombres que se precipitaron hacia él con el revólver en la mano, tan rápidamente como si hubiesen estado esperando que se presentara de aquella extraña manera. Pero al verle allí sentado, riendo, con el sombrero ajado caído sobre los ojos, se detuvieron y enfundaron las armas de nuevo.

—¡Hola, muchachos! —saludó Gypo—. Ya estoy aquí. ¿Qué miráis? Estoy dispuesto a romperle la cabeza a cualquier bicho viviente que haya pisado esta tierra. ¿Quién quiere ser el primero?

Se levantó con un movimiento brusco hacia adelante. Se quedó de pie, irguiéndose como una torre por encima de los que le rodeaban. Éstos retrocedieron. Mulholland, que en aquel momento bajaba las escaleras tapándose el ojo derecho con la mano, dio un salto hacia un lado, asustado, cuando Gypo se levantó. Cayó de cabeza, rozando el hombro de Gypo, en los brazos de dos hombres que los estiraron para recibirle. Entonces, Gallagher se abrió paso hacia adelante.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó bruscamente—. Todos a sus puestos, rápido. Sien, Gypo. ¿A qué se debe este escándalo, ahora?

Gypo se puso en posición de firmes, chocando ruidosamente los tacones, y saludó. Mientras saludaba, se tambaleaba ligeramente. La cara, a la que la borrachera daba una expresión feroz, le temblaba espasmódicamente, pero permaneció callado. Al salir del burdel no se había puesto la bufanda. Llevaba el cuello moreno al descubierto, cuyos músculos parecían los peñascos de un barranco. Entonces devolvió el sombrero a su posición correcta de un manotazo, al mismo tiempo que arrastraba los pies. Lanzó una ronca y sonora carcajada.

—Usted y yo, comandante —dijo con una sonrisa estúpida—. ¡Diablos! Les mantendremos a todos a raya. ¿Qué me dice?

Gallagher había estado observando a Gypo sin que se le hubiera movido ni un músculo de la cara. Se volvió en silencio y se dirigió a Mulholland.

—¿Qué te pasó, Bartly? —le preguntó.

—¡Oh, fue sin querer! —intervino Gypo, avanzando un paso y golpeándole familiarmente la espalda a Gallagher—. Se me ha puesto delante..., hum..., y le he dado un golpe con el dorso de la mano. Nada más que eso. Lo juro. Con un trozo de carne se le pasará. ¡No se preocupe por eso, comandante!

Gallagher, con gesto irritado, se apartó y se volvió hacia la estancia de la indagación. Mulholland miraba a Gypo con un odio salvaje. Gypo, con el pecho hinchado, echó una mirada arrogante a su alrededor.

—Nolan —gritó Gallagher desde el umbral de la estancia donde tendría lugar la indagación—, entra en aquel cuarto del otro lado del pasillo. La tercera puerta a la derecha. Ésa. Quédate ahí hasta que te llamen. ¿Comprendes?

—Muy bien, comandante. Comprendo. ¡Yo..., hum..., maldita pared! Apártate de mi camino, ¿quieres?

Gypo avanzó por el pasillo, tambaleándose y jadeando aparatosamente. De pronto volvió a chocar contra la pared y ahogó una carcajada con la boca cerrada. Luego se dirigió a la estancia donde el Rata Mulligan estaba sentado con sus guardianes. Una vez hubo entrado en el aposento, Gallagher llamó a Mulholland con la mano. Mulholland se acercó. Ambos entraron en la estancia de la indagación. Los centinelas se apostaron ante la puerta. Se quedaron en posición de descanso en el umbral, de cara al pasillo, con los revólveres en la mano. «La investigación preliminar» había empezado.

Gypo se dejó caer en una silla al lado del Rata Mulligan. Permaneció unos

instantes con una mano sobre cada rodilla escrutando el suelo, respirando por la nariz al tiempo que agitaba las cejas que parecían dos hocicos. Luego alzó la cabeza y miró a su alrededor. Observó a cada uno de los hombres armados, saludándoles con la cabeza cuando le miraban. Los otros le devolvían el saludo, pero de una manera huraña. Después miró a la figura agachada del Rata Mulligan y se pasó la mano por el rostro, perplejo. Se rascó la cabeza. Se quitó el sombrero y lo golpeó, turbado, contra las perneras de los pantalones, como si se los sacudiera. Volvió a ponérselo. Adelantó la mano derecha como si fuese a tomar el hombro de Mulligan, pero cuando la mano llegó a un par de centímetros del hombro la retiró súbitamente. Entonces se puso en pie de un salto, profirió un juramento y se volvió de cara a Mulligan jadeando.

—Mulligan —murmuró con voz ronca, pero con fuerza—. ¡Eh, Rata! ¿Qué haces aquí? ¡Eh, Mulligan! Mulligan no se movió durante un par de segundos. Estaba sentado en su asiento con los pies separados y las rodillas juntas, las manos sobre las rodillas y la cabeza entre las palmas de las manos. Su cuerpo pequeño y magro estaba cubierto por un grueso abrigo negro, que le llegaba, desabrochado, hasta los tobillos. Su sombrero estaba en el suelo, a su lado, adonde había caído por sí solo desde la cabeza. Tenía mojados y desgreñados los ásperos cabellos negros. Levantó la cabeza lentamente para mirar a Gypo. Tenía las mejillas hundidas, de un color amarillento, unos enormes ojos negros, de mirada dolorida, y una boca grande con dos hileras perfectas de dientes amarillos. Estaba con la boca abierta. Tenía los ojos fijos e inyectados de sangre. Todo su cuerpo, minado por la tuberculosis, ofrecía un aspecto terrible. Gypo se quedó sin aliento mientras le contemplaba. Una chispa de terror le encendió los ojillos.

—Rata —musitó—, ¿qué haces aquí? Pero, hombre, ¿cómo no estás en la cama? Éstas no son horas para que un hombre enfermo ande por la calle.

El Rata miró a Gypo con la mirada extraviada, como si no le hubiese oído y no pudiera verle. Después, lentamente, tornó a cogerse la cabeza con las manos. Se estremeció y quedó inmóvil.

Gypo se acercó a él lentamente. Se inclinó y le tocó el hombro, como si quisiera consolarle o demostrarle afecto. Pero tan pronto su mano tocó a Mulligan, retrocedió profiriendo una blasfemia. A través de los vapores de la borrachera, el recuerdo de los hechos recientes se avivó bajo la influencia de aquel contacto. Se vio claramente a sí mismo en el bar, denunciando al Rata Mulligan a Gallagher como el hombre que había delatado a McPhillip.

Espió con recelo a los hombres armados. Éstos tenían la vista fija en distintos puntos de la estancia, con aquella expresión aburrida de los hombres sometidos a una disciplina militar. No demostraban interés alguno ni por Gypo ni por el Rata Mulligan. Gypo tornó a sentarse. Se cogió la cabeza con ambas manos. Se oprimió el cráneo con energía, haciendo un enorme esfuerzo para recuperar el control de sus facultades.

Durante tres minutos permaneció en esa posición, intensamente concentrado en el intento de dominar la borrachera. Apenas era consciente del esfuerzo

que hacía. Era el instinto lo que le avisaba de los peligros que le acechaban, instinto que se había despertado por el contacto con el cuerpo de Mulligan. La borrachera se resistía fieramente. Olas sucesivas de un delirio desenfrenado le inundaban el cuerpo, subiendo desde el pecho hasta el cerebro, con el movimiento espontáneo de las olas del mar lamiendo el roquedal de un precipicio escarpado. Sentía un zumbido dentro de la cabeza, sentía como un remolino. Parpadeaba. Le parecía que tenía la lengua suelta y sentía deseos de hablar, de cantar y de reír. Una alegría inexplicable le embargaba, una alegría que no partía de su yo real, sino de algún ser extraño que se había posesionado de él temporalmente. Mientras se oprimía la cabeza con las manos, le era factible contemplar a aquel ser extraño con un odio salvaje. Aquel ser era su enemigo.

Por último notó que la borrachera amainaba gradualmente, al igual como disminuye un dolor durante la noche. No desapareció, sino que se trocaron los efectos. En vez de sentirse ofuscado y con ganas de reír, empezó a sentirse astuto, cauto, adusto, desafiador, desenfrenadamente fuerte. La mente se le aclaró, se serenó. Le parecía que le habían golpeado con una barra de acero, de tal manera que casi experimentó un dolor físico por la presión del cráneo contra la piel de la frente. Pero apartó las manos de las sienes y descubrió que el dolor desaparecía. Apretó los dientes. Su cara adoptó una expresión apática, con los labios caídos, las mejillas fláccidas, la mirada vacía. Todos los músculos del cuerpo se le aflojaron, relajándose como el atleta que permanece en posición de descanso, pero dispuesto a salir disparado como una flecha.

Respondiendo a este cambio, como si se hubiese producido en su propia personalidad, se puso de pie adoptando una actitud digna, calculada, desafiadora. Carraspeó. Alargó la mano derecha. Habló.

—Escuchad, muchachos —dijo—: He tomado una copa cuando venía hacia aquí. No sabía lo que hacía. Acabo de darme cuenta de quién es el tipo a quien le estaba hablando y me he quedado helado. Miradle. —Señaló con el dedo índice, grueso, corto y peludo, hacia donde se encontraba Mulligan—. No me ha querido responder. Me tiene miedo. Yo sé por qué. Él es quien ha delatado a Frankie McPhillip y sabe que yo le he visto.

—¡Es mentira! —chilló Mulligan poniéndose de pie súbitamente, alargando las manos y separando los pies, como si hubiese quedado sin aliento luego de darse una buena carrera. Tenía el rostro demudado por el miedo, la sorpresa y la rabia—. ¡Es mentira, muchachos! ¡Es una mentira, os digo! Ante la Virgen Madre del Niño Jesús juro de rodillas que no he salido de mi casa en todo el día, salvo para ir a la capilla a rezar.

—¡Ja! ¡Qué caradura! —exclamó Gypo, excitado ¿Habéis oído cómo jura? Así juran los delatores.

—Nunca... —empezó a decir Mulligan.

Pero dos de los hombres armados le interrumpieron al cogerle por los brazos, obligándole a sentarse y poniéndole un pañuelo en la boca.

Al mismo tiempo Gallagher salió de la estancia de la indagación y cruzó el

pasillo con la pistola en la mano. Su rostro, lívido y descarriado, aparecía encendido por la ira. Los ojos le brillaban como dos brasas. Se quedó mirando a Gypo durante un breve instante. Pero no con la mirada fría, despectiva, condescendiente que le había dirigido en el bar. Era una mirada preñada de un odio feroz, implacable. «La investigación preliminar» le había convencido de algo.

Gypo, por su parte, miraba a Gallagher de una manera amigable, íntima, confiada.

—Aquí le tiene —dijo, señalando el cuerpo convulsionado de Mulligan—. Sabe que está listo. Le ha dado un ataque cuando le he acusado. De veras.

Luego abrió la boca y soltó una carcajada ronca. Gallagher sonrió levemente, mirando con fijeza los ojos de Gypo. Había algo de diabólico en aquella sonrisa. Era inhumana.

—Venid los dos —dijo fríamente—. Tú, Nolan; y tú, Mulligan. Se requiere vuestro testimonio para proseguir la indagación. Conducidles vosotros dos.

Gypo cruzó el pasillo gallardamente, moviendo los hombros, sacando el pecho, con la cabeza erguida. A Mulligan tuvieron que llevarle. Sollozaba espasmódicamente. Los dos centinelas, con el revólver en la mano, ocuparon su posición en el umbral. Pero ahora de espaldas al pasillo. Se situaron de cara a los dos testigos. Estos estaban sentados en un banco delante de la mesa grande, uno al lado del otro. Los dos hombres armados que les habían conducido hasta la estancia permanecían de pie detrás de ellos. Los tres jueces estaban sentados delante de Gypo y de Mulligan tras la mesa grande. Gallagher, en la mesita de la derecha, con Mulholland de pie a sus espaldas, espiando por encima del hombro de aquél lo que estaba leyendo. A la derecha de los jueces, Mary McPhillip estaba sentada en un taburete.

Hubo un largo silencio. Se oían caer las gotas de agua, unas tras otra, a intervalos regulares, de las piedras del techo sobre las losas, cerca de las paredes. El juez del centro habló con voz que delataba aburrimiento, arrastrando las palabras.

—Tomad declaración a Peter Mulligan, comandante Gallagher —dijo.

En cuanto Mulligan oyó pronunciar su nombre intentó ponerse de pie, pero el hombre que estaba detrás de él no se lo permitió. Al mismo tiempo, Gypo puso una mano sobre el muslo de Mulligan, haciendo un ademán amenazador con la cabeza.

—Procura estarte quieto, ¿quieres? ¡Rata inmunda! —rugió.

—Peter Mulligan —dijo Gallagher—, cuéntanos todo cuanto hayas hecho desde el mediodía de hoy hasta la medianoche, cuando te han traído aquí.

Mulligan se quedó mirando a Gallagher durante un rato antes de contestar. Obviamente hacía un esfuerzo para hablar. Movió los labios. Pero el terror le atenazaba la punta de la lengua contra los dientes superiores. Sólo era capaz de barbotar algo inaudible. Finalmente, se le soltó la lengua y las palabras brotaron a raudales, incoherentes, casi desarticuladas, como los ladridos de un perro. Luego se le cortó el aliento. Hizo una pausa. Cuando continuó, habló

normalmente, casi con calma. Se había sentido dominado por aquel coraje inexplicable que les sobreviene a las personas nerviosas y tímidas cuando se encuentran en una situación en que resulta inútil mostrarse cauto, o ejercer algún tipo de control sobre sus actos.

—¿Qué significa eso de tratar a un trabajador de esta manera? —dijo—. Vosotros, que, según decís, lucháis por la libertad de la clase trabajadora. ¿No podíais elegir a cualquier otra persona para sacarla de casa a medianoche? ¿Habéis tenido que elegirme a mí, que me está matando la tuberculosis? Y, a pesar de todo, tengo que quemarme las pestañas haciendo de sastre en un sótano que más bien parece la cueva de un animal salvaje que una habitación. A mí, que...

—Mulligan —le interrumpió Gallagher, impasible, pero bruscamente—, te he pedido que nos cuentes qué has hecho entre el mediodía de hoy y la medianoche. Mejor será que te des prisa. No tenemos tiempo que perder.

Súbitamente, la arrogancia efímera de Mulligan se desvaneció. Miró hacia todos lados patéticamente. Sólo descubrió rostros duros, hostiles. Suspiró y se metió las manos en los bolsillos del abrigo. Luego las recogió contra su cuerpo y se hundió en el asiento. Empezó a hablar con voz débil, tímida.

—Veamos —dijo, mirando al suelo—. Hoy, al mediodía, o digamos a la hora de comer, si os es igual, estaba en la cama. He tenido un dolor en el costado derecho toda la mañana, por la bronquitis, y he tenido que quedarme en la cama. Alrededor de la una, la vieja me ha servido una taza de té y un huevo. Recuerdo que el huevo no me lo pude comer. Bueno; eso no tiene importancia. Luego no he tenido más remedio que levantarme por culpa del traje que estoy haciéndole a Mick Foley, el carretero. Debe estar terminado el viernes. Su hija se casa el lunes próximo en...

—Deja tranquila a la hija de Foley —le espetó Gallagher—. ¿Qué tiene que ver con lo que tú has hecho? Háblanos de ti.

Mulligan empezó a toser furiosamente. La tos le sacudió el cuerpo y casi se cayó del banco. Luego, el ataque decreció. Se quedó temblando, sin fuerzas para hablar.

—Vamos, Rata —rugió Gypo, hundiéndole el codo en las costillas—. Podías haber escogido otro momento. Continúa y cuéntaselo todo.

Mulligan miró a Gypo. Los labios le temblaban. Tenía, los ojos negros llenos de lágrimas. El rostro brutal, imponente, de Gypo, malicioso a causa de la borrachera, en aquel momento no le inspiraba temor. Por alguna extraña razón, su pobre alma destrozada dio muestras, precisamente en aquel momento, de un enorme coraje. Una energía espiritual iluminaba su pálida cara. Habló con voz suave, tierna, preñada de compasión.

—No soy yo quien te tiene que condenar —dijo—; quizá no eres responsable de tus actos.

—¡Maldita sea! —rugió Gypo, poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué quiere decir, comandante Gallagher, con eso de que no soy res-responsable? ¿Qué quiere decir? Quiero saber qué se propone.

—Siéntate, Nolan —le ordenó Gallagher—. Siéntate en seguida y no te muevas. ¡Siéntate, te digo!

Gypo se sentó ruidosamente. Miró a Gallagher con la mirada desconcertada y sorprendida del perro que acaba de ser sorprendido por su amo y se pregunta por qué le han reprendido. Por vez primera se dio cuenta de que la voz de Gallagher tenía un tono frío, amenazador. Permaneció inmóvil durante un instante, sin replicar, meditando sobre aquel tono hostil que había notado en la voz de Gallagher.

Inconscientemente, se quitó el sombrero redondo, ajado y descolorido, que llevaba puesto. Se lo metió, sin mirar, en el bolsillo derecho del pantalón.

Mulligan empezó a hablar de nuevo.

Veamos —dijo—, ¿dónde estaba? Ah, sí. He trabajado hasta las tres y media, o quizás eran las cuatro menos cuarto, y entonces ha venido Charlie Corrigan a decirme que su hermano Dave acaba de salir de la cárcel, después de haber hecho una huelga de hambre durante dieciocho días. Como recordaréis, le metieron en chirona por agitador en el conflicto por los alquileres de las casas de los barrios bajos. «Está arriba», me dijo Charlie. Pues bien; he subido a verle y hemos estado conversando, mientras tomábamos una taza de té, hasta las seis. Eran las seis en punto cuando me fui, porque he oído que tocaban a Ángelus cuando bajaba las escaleras y me he detenido para santiguarme. Luego bajé a casa, me puse el abrigo y me fui a la capilla. Rezo el Vía Crucis porque... —calló, ruborizándose—. Bueno; a nadie le importa por qué lo hago.

—Muy bien —dijo Gallagher—. No queremos saber por qué lo haces. Nosotros queremos hechos, no supersticiones. Has ido a la capilla a las seis, o unos minutos más tarde, para ser precisos. ¿A qué distancia queda la capilla de tu casa?

—Tal vez a unos ciento cincuenta metros, o tal vez más. Si se da la vuelta por Kane, queda más cerca, pero por la otra avenida...

—¡Oh, al diablo la otra avenida! Perdón, señorita McPhillip. Digamos que queda a ciento cincuenta metros. Has llegado a la capilla, pues, a las seis y tres minutos. ¿No es así?

—Hum..., debe ser así..., más o menos.

—Bien. ¿Cuánto tiempo has permanecido allí?

—Debo de haber estado hasta las seis y media. Y luego me he quedado conversando en la puerta con el padre Conroy durante unos diez minutos. Quería saber...

—¿Has hablado con alguien más aparte de ese clérigo que has mencionado?

—A eso iba. Luego de dejar al padre Conroy, he encontrado a Barney Kerrigan.

—¿Dónde? ¿Cerca de la capilla?

—Sí. Debe de haber sido a unos cien metros, ya que le interesan las distancias, aunque nosotros...

—Espera un momento. ¿Has sido miembro de la Organización

Revolucionaria?

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Quién mejor que usted para saberlo?

—¿Lo has sido?

—Claro que sí.

—Eso está mejor. ¿Por qué renunciaste?

—Renuncié, comandante Gallagher, por razones que usted conoce tan bien como yo. —Su voz se tornó apasionada y aguda—. Renuncié porque, para la única persona que he querido en este mundo, además de mi madre, o sea, mi hermana, fue su perdición. Pero no soy yo quien debe juzgar. No soy yo...

—Está bien —le interrumpió Gallagher—. Dejaste la Organización a causa de un resentimiento personal. ¿Le guardabas rencor a algún miembro de la Organización en particular?

—Yo no guardo rencor a nadie —contestó Mulligan solemnemente.

—¿No le guardabas rencor a Francis Joseph McPhillip?

—¡Que Dios se apiade de su alma! —exclamó Mulligan santiguándose, con la mirada fija en el techo—. Espero que se haya arrepentido de sus pecados. —Se dirigió a la señorita McPhillip—. Le juro por mi alma inmortal, señorita McPhillip, que no le guardaba rencor alguno a su hermano.

—Está bien —dijo Gallagher—. Bueno; cuéntanos qué has hecho después de dejar a Barney Kerrigan.

—Después me he ido a casa. He trabajado un rato, hasta las ocho. No he podido adelantar mucho, porque no ha dejado de venir gente, y mi vista no es tan buena como antes, y el gas ahora es una vergüenza en la ciudad. Pero, de todos modos, he terminado el chaleco. Luego he subido a ver a Jim Daly, que vive en el tercer piso. Pobre hombre, hace tres años que padece de los riñones. Si no fuese por la pensión que recibe de la Armada Británica, no sé qué habría hecho, y no tiene quien le cuide, salvo él mismo, y está tan delicado... Nos hemos fumado un cigarrillo y hemos charlado hasta alrededor de las diez. Luego he bajado a casa. Mi madre acababa de llegar, de manera que hemos tomado otra taza de té y hemos comido un arenque. Luego me he sentado cerca del fuego a leer el periódico, cosa que he hecho hasta las once y media. Entonces, cuando estaba a punto de meterme en la cama, han llegado tres hombres a las órdenes de Tommy Connor, me han tapado los ojos y me han hecho subir a un coche, sin decir por ahí te pudras, como si fuese un criminal. Eso es todo.

Siguió una pausa breve. Todos, unos por una razón, otros por otra, suspiraron.

—Muy bien, Mulligan —dijo Gallagher—. Es suficiente.

Se levantó y se acercó a la mesa de los jueces. Los cuatro conversaron entre sí durante un par de minutos.

El juez del centro leyó un papel en un murmullo. Otro de los jueces tomaba notas, rasgueando violentamente el papel con la pluma. Hubo una pausa. Luego empezaron a discutir de nuevo en voz baja. Después, Gallagher volvió a su sitio.

—Nolan —dijo de repente—, repite la declaración relacionada con Peter Mulligan que me has hecho en el bar de Ryan, en Titt Street, a las once menos cuarto, esta noche.

—Sí, comandante —dijo Gypo inmediatamente. Carraspeó con agresividad y explicó que había visto cómo Mulligan seguía a Francis Joseph McPhillip al salir de la Dunboy Lodging House. Hablaba con voz clara, fuerte y precisa, al tiempo que hacía ademanes arrogantes y miraba fijamente los ojos de Gallagher mientras hablaba.

Mulligan no dejaba de temblar mientras Gypo hablaba. Parecía dispuesto a interrumpirle, pero aunque movía los labios y le temblaban las manos, no se movió ni dijo nada.

Gypo terminó de contar su historia. Su vozarrón enmudeció, haciéndose un súbito silencio. Siguió otra pausa breve.

—¿A qué hora exacta has visto salir a Mulligan del albergue? —preguntó Gallagher.

—A las seis y media en punto —replicó Gypo en seguida—. Lo sé porque he mirado la hora en el reloj del vestíbulo.

—Muy bien —dijo Gallagher—. Eso es todo, Nolan. Señorita McPhillip, ¿a qué hora ha llegado su hermano a casa?

A las siete menos diez —contestó Mary, tras una pausa durante la cual se ruborizó levemente, miró a Gallagher y luego fijó la vista en el suelo—. Tal vez era algo más temprano, pero no más de un par de minutos. Yo acababa de llegar de la oficina.

—¿Insinuó que le seguían cuando llegó?

—No. Al contrario, dijo que estaba seguro de que nadie le había visto desde el momento en que llegó a la ciudad a las cinco y media. Mi madre estaba muy preocupada porque había vuelto y quería que se fuese de nuevo en seguida; pero él se ha mostrado tan seguro de que no corría peligro alguno, que a mi madre le ha parecido bien que se quedara a pasar la noche. Nos ha contado que había visto a Nolan en el albergue. Que no se había detenido en ningún sitio ni había hablado con nadie. Había cruzado el río por el Metal Bridge. A pesar de la hora, a causa de la lluvia y de la niebla, ya era de noche. Cualquiera que sepa lo cauteloso que era Frankie, atento a todos los ruidos, con un oído tan fino como el de un zorro, difícilmente podría creer que alguien haya podido seguirle sin que él se diera cuenta. Entró súbitamente por la puerta posterior, después de cruzar el patio. Creímos que se trataba de su propio espectro —dijo la joven, estremeciéndose al recordarlo.

Calló, al mismo tiempo que se cubría la cara con el pañuelo.

—Gracias, señorita McPhillip —dijo Gallagher—. ¿Está Barney Kerrigan ahí fuera?

—¿Está Kerrigan ahí?

—¡Kerrigan!

—¡Sí, voy! —gritó una voz en el pasillo.

Un hombre alto, que llevaba un sombrero de color negro y un abrigo gris,

nuevo, aunque algo raído, con cuello de terciopelo, entró en la estancia. Llevaba un revólver en la cintura, encima del abrigo. Saludó y se quedó en posición de firmes.

—¿Has visto a Peter Mulligan esta tarde, a las seis y media? —le preguntó Gallagher.

—Sí, comandante —contestó Kerrigan—. Le he encontrado en la calle más o menos a esa hora. Me he detenido para preguntarle si sabía algo del Gran Nacional.

—Muy bien. ¿Estás seguro de la hora que era?

—No podría afirmarlo con una exactitud de segundos, pero la diferencia puede ser de un minuto, poco más o menos. He dejado el trabajo a las seis, y tardo unos veinte minutos en ir desde el muelle hasta el bar de Farelly. Bueno; me he tomado una cerveza en el bar de Farelly y me he quedado unos minutos charlando con los compañeros, y luego, al salir, es cuando he encontrado a Peter Mulligan. Debían ser las seis y media.

—Muy bien —dijo Gallagher—. Vuelve a tu puesto. Peter Mulligan, ahora ya puedes irte. Te llevarán a tu casa en el mismo coche que te trajo aquí, y procuraremos compensar las molestias que te hemos causado. —Se acercó a los jueces y musitó algo apresuradamente. Los tres hombres asintieron al tiempo que se metían la mano en el bolsillo—. Un momento, Mulligan —dijo. Los jueces le dieron dinero. Él también agregó unas monedas de su bolsillo. Se acercó a Mulligan y le ofreció un puñado de monedas de plata—. Por ahora, esto te ayudará. Ya veré qué podemos hacer por ti más adelante. Plantearé tu caso ante el Comité de Ayuda. Buenas noches, camarada.

Mulligan tomó el dinero con la cabeza baja. Se levantó y se precipitó hacia la puerta apresuradamente, sin decir palabra, con el sombrero entre las manos y el abrigo aleteando a sus espaldas. Desapareció por la puerta, arrastrando pesadamente los pies planos como si lo hiciese contra su voluntad. Luego, tosiendo con una tos seca que le partía el pecho, desapareció.

Los centinelas se plantaron de nuevo en el umbral. Gallagher volvió lentamente a su mesa. Se sentó. Hubo un silencio mortal.

El silencio duró unos doce segundos. Durante ese lapso, Gallagher sacó un cuaderno y lo hojeó, mientras Mulholland se inclinaba y le murmuraba algo al oído por encima del hombro, y los tres jueces hablaban en voz baja con las cabezas muy juntas. Pero para Gypo aquellos doce segundos fueron tan largos como pueden serlo doce años para un hombre víctima de una enfermedad dolorosa e incurable. Una serie de espantos le cruzaron la mente. No eran ideas ni pensamientos, sino espantos casi tangibles, que parecían materializarse en su cerebro como consecuencia del razonamiento de algún ser extraño. De pronto, su malicia y su seguridad fueron presa de aquel extraño y sintió que le abandonaban, que se fundían en el olvido como dos balas disparadas al aire.

Le abandonaron al constatar el hecho sorprendente de la desaparición de Mulligan, quien, completamente libre, se había ido con el dinero que le había

dado Gallagher en el bolsillo. Le habían dado dinero. Le habían llamado camarada. Le habían prometido presentar su caso al Comité de Ayuda. Le dejaron en libertad. Se había ido... ¡Jesús, María y José! ¿Qué significaba todo aquello? Entonces, súbitamente, mientras permanecía allí sentado, altivo y macizo, en el banco, aquellos espantos indescriptibles se agolpaban en su mente. Penetraban íntegros, plenamente maduros, nauseabundos como un ataque bilioso, agudos y dolorosos como una herida de bayoneta, pesados y graves como los latidos del corazón. Penetraban uno tras otro, uno, dos, tres, cuatro..., un sin fin, alineados dentro del cerebro, hombro contra hombro, corporeizándose un instante para desaparecer acto seguido como fantasmas, sin hacer ruido, dejando el sitio a los que le seguirán. Había una multitud, pero cada uno era distinto del otro. Cada uno tenía su propio chillido peculiar y silencioso. Cada uno tenía su propia sonrisa demoníaca. Cada uno tenía su propio... ¡Al diablo con todos! La maldición residía en no saber qué eran. Parecía como si su personalidad estuviese encadenada y no pudiera perseguir aquellas cosas malditas. Tenía que quedarse quieto, ensamblado en aquel banco de madera, y dejar que permanecieran inexpugnables en su mente. Se sentía desamparado. Un sudor frío afloró a través de todos y cada uno de los poros de su cuerpo.

Pasaron cuatro segundos. Entonces su mente empezó a tantear a ciegas en medio de los espantos, tímidamente, como un caracol que alguien ha tocado y se esconde en su caparazón simulando estar muerto para luego volver a salir, tocando las hojas de la hierba desconfiadamente con los cuernos. Gypo dilató las aletas de la nariz y abrió la boca. Aspiró profundamente a través de ambos órganos simultáneamente. De pronto, el frío sudor se tornó cálido. La sangre le inundó el cerebro a borbotones. Se encolerizó. Primero, sus ojos se achicaron, y las cejas que parecían dos hocicos se inclinaron hacia abajo. Luego abrió los ojos y levantó las cejas, como si fuesen dos cañones elevándose en busca del objetivo. Dejó caer el labio inferior. Su mente empezó a funcionar metódicamente. Los espantos se desvanecieron para dar paso a una férrea determinación de luchar hasta un amargo final.

Con la sangre enloquecida por el alcohol, se hizo consciente de la enorme fuerza corporal que poseía. Casi experimentó una sensación de felicidad al descubrir aquella oportunidad de utilizarla. Se trataba de aquella alegría salvaje que siempre está presente en el alma irlandesa en momentos de peligro, el enorme espíritu luchador de la raza, nacido de las neblinas y las montañas y los torrentes rumorosos y el clamor eterno del mar.

Miró a su alrededor, calculando la fuerza de aquellos contra los que tenía que luchar. A su izquierda vio a Mary McPhillip. Estaba sentada, con las manos sobre el regazo. Permanecía levemente inclinada hacia adelante, con una expresión nerviosa, expectante, en los ojos, mirando a Gallagher. De vez en cuando, dirigía una mirada asustada a Gypo, pero su vista siempre retornaba hacia el rostro de Gallagher, como si estuviese fascinada. Era obvio que estaba atemorizada y que su mente trataba de concentrarse en el objeto de

las plegarias que sus labios temblorosos musitaban. Gypo vio el terror pintado en su rostro trémulo y comprendió que nada debía temer de su parte. Luego contempló a los tres jueces. Conocía a aquellos tres hombres que se cubrían el rostro con un antifaz. Eran simplemente unos fantoches, unos políticos, testaferros que harían la voluntad de Gallagher sin atreverse a contradecirle. ¡Ah!, Gallagher era el hombre con quien tenía que luchar. Con Gallagher y con el rata de Mulholland. Los vio inclinados sobre la mesita, con las cabezas muy juntas. Fijó la vista en ellos.

Febrilmente se dispuso a elaborar un plan, no porque le pareciera oportuno el momento para hacerlo, sino meramente porque urdir un plan era un fin en sí mismo de acuerdo con su peculiar manera de razonar. Pero ni siquiera hubiese podido pensar en el plan. Tenía todas las energías concentradas en mantener viva la ira que experimentaba. Bregó débilmente con los hilos de algunas ideas y luego, descorazonado, los abandonó. Cerró los puños y se los colocó, con los nudillos hacia abajo, sobre las caderas. Los dos hombres armados que estaban de pie detrás de él vieron que los músculos de su espalda se ponían en tensión bajo la chaqueta de tela basta.

Entonces se rompió el silencio. Gallagher se levantó, —con el cuaderno abierto en la mano. Se dirigió hacia la mesa de los jueces. Colocó el cuaderno delante de ellos, señalando algo con el dedo. El juez del centro asintió. Gallagher volvió a ocupar su puesto ante la mesita. Gypo siguió todos los movimientos con una excitación extrema. Parecía a punto de ponerse de pie de un salto para embestir a Gallagher. Los dos centinelas de la puerta y los dos hombres armados que estaban de pie detrás de Gypo acariciaron el gatillo de sus revólveres. Los cuatro se inclinaron hacia adelante. La situación se hizo tensa. Gallagher miró a Gypo y empezó a hablar secamente, en voz baja, contenida.

—Ahora, Gypo —dijo—, cuéntanos lo que has hecho desde las seis de la tarde hasta el momento en que te has presentado aquí, a la una y media. Rápido. No pierdas tiempo. Tenemos prisa.

Los ojos de Gypo casi se cerraron. Luego pareció que se le hinchaba la cara. Torció la boca.

—¿Qué les importa a ustedes dónde he estado? —rugió con voz extraña, vacía. Parecía como si se le hubiera quedado seca la boca.

—Nunca se sabe —contestó Gallagher con desgana—. Podría ser interesante saberlo. ¿No quieres contarnos cómo te has divertido desde el momento en que has visto a Francis Joseph McPhillip a las seis, en la Dunboy Lodging House, hasta que has llegado aquí?

—Y suponiendo que no se lo cuente, ¿qué hará? ¿Eh?

—Bueno; esto no pienso decírtelo. Pero podemos hacer muchas cosas. Eso tú ya lo sabes, ¿no es cierto? Tú tienes la palabra. O me lo cuentas todo o me tomaré la molestia de contarlo yo mismo, a ti y al tribunal. —Hizo una pausa y luego agregó—: Con la colaboración de Bartly Mulholland, aquí presente.

Acto seguido observó a Gypo desapasionadamente, con la expresión fría e

indiferente de quien contempla una estatua. Gypo jadeaba. No estaba preparado para aquel ataque directo de Gallagher. Había esperado que Gallagher adoptaría su táctica habitual de hablar en tono amigable y adulador, confiando trastornar a su presa con el fin de que se le escape alguna palabra importante de sus labios. Gypo se sintió como si aquel ataque ofensivamente grosero e insolente le hubiese privado de sus derechos. Gallagher no le hacía ni el honor de jugar con él. Lo cual quería decir que ya lo sabía todo. ¿Lo sabía? Gypo perdió por completo el escaso control de sí mismo que le quedaba. Se puso frenético. Le dominó una oleada delirante de ferocidad. Cerró los puños con tanta fuerza que los huesos crujieron. La pierna derecha se le puso tan rígida que su bota rozó la losa del suelo con el áspero sonido de un arañazo, hasta que chocó con la pata del banco con un golpe seco. Allí quedó. La rodilla puntiaguda temblaba. Abrió la boca y dejó escapar, casi incoherentemente, un torrente de juramentos blasfemos y obscenos contra Gallagher. Los soltó todos de una vez, sin intercalar ningún verbo ni pronombre ni conjunción. No dejó de gritar hasta que tuvo que callar para respirar. Cuando Gypo enmudeció, se hicieron audibles los sollozos de Mary McPhillip. Temblaba violentamente y sollozaba. Gallagher se levantó, pasó por delante de Gypo sin mirarle y tomó a Mary del brazo. La condujo hasta la mesa de los jueces.

—No volveré a necesitar a este testigo —dijo—, supongo, pues, que puedo acompañarla a otra estancia. Los jueces asintieron. Gallagher condujo a Mary fuera de la estancia. Gypo no le quitaba la vista de encima. Tenía la mirada extraviada y parecía haber perdido la capacidad de controlar sus actividades orgánicas. Le temblaban las piernas espasmódicamente. Gallagher volvió a la estancia y se sentó en su sitio.

Gypo todavía tenía los ojos fijos en el rostro de Gallagher. Aquel arrebato le había dejado totalmente vacío, como un saco recién sacudido. Sentía una punzada en la boca del estómago. Los oradores experimentan este tipo de dolor después de hacer un discurso durante más de una hora soportando una verdadera granizada de frenéticas interrupciones. Tenía los ojos velados. Alguna fuerza maquinal mantenía su mirada concentrada en la cara de Gallagher. Reaccionaba al impulso de cada movimiento del rostro de Gallagher de una manera semiinconsciente. Cada vez que Gallagher movía un miembro, sentía una aguda punzada en la boca del estómago. Percibía hasta sus más leves movimientos. Una cosa que le aterrorizaba era la costumbre que tenía Gallagher de hundir las mejillas para rechinar los dientes a intervalos regulares.

Igual que antes, esta agonía sólo duró unos segundos, el tiempo que Gallagher, con la frente fruncida, tardó en consultar unas anotaciones que tenía encima de la mesita. Pero los segundos parecían años, de tan intensa que era su agonía. Gallagher habló de nuevo.

Entonces, un cambio extraño se produjo en Gypo. Porque Gallagher habló, se sintió aliviado. Respiró. Un escalofrío delicioso le recorrió el cuerpo como

una fresca brisa que lamiera la superficie de un mar ardoroso durante un día de verano. Las mandíbulas se le asentaron nuevamente. La voz de Gallagher tenía un tono distinto. Era más suave. Más amable. Era..., gracias a Dios, era argumentadora. Luego había una probabilidad... Todavía tendría una probabilidad...

—¿Qué pretendías, Gypo? —preguntó Gallagher—. ¿Qué pretendías al contarnos todas estas mentiras sobre el Rata Mulligan? Debería darte vergüenza. Aun cuando le tuvieses rencor, no es motivo para que intentaras acusarle de algo tan grave. ¡Dios del Cielo! Eres un tipo extraño, Gypo. ¿Cómo se te ocurrió contarme que le habías visto esta tarde en la Dunboy Lodging House, si nosotros sabíamos que a aquella hora estaba a ciento cincuenta metros de su casa, a cinco kilómetros o más del albergue? ¿Estabas borracho, o qué?

—Sí que estaba borracho —contestó Gypo, reaccionando alegremente ante aquella demostración afable de Gallagher.

Su ira se desvaneció. Se entregaba en cuerpo y alma a Gallagher, buscando apoyo. Después de haber pronunciado la primera frase, hizo una pausa. Permaneció callado, inclinado hacia adelante, mirando a Gallagher atentamente, como si esperase que Gallagher terminara de decir lo que debía decir él. Pero al ver que los labios delgados de Gallagher seguían cerrados, continuó hablando muy excitado, como si tropezara atolondradamente con una serie de obstáculos peligrosos. Tenía la voz alterada, agitada.

—Pero juraría por Dios Todopoderoso que era él a quien he visto salir detrás de Frankie. Y si no lo era, debe de haber sido alguien muy parecido, porque conocería la forma de sus hombros en cualquier sitio. Le reconocería incluso con los ojos vendados.

—Me has dicho —continuó Gallagher en el mismo tono de amable reconvención— que has seguido al Rata a través de la ciudad hasta... ¿Dónde dijiste que le habías perdido de vista? Ahora no me acuerdo.

Gypo se sobresaltó y tartajeó. Por todos los santos, ¿qué había dicho? Tenía que decir lo mismo que había dicho antes. Pero no recordaba haber dicho que había seguido al Rata a través de la ciudad. ¿Lo había dicho, allí, en el bar, o no? La frente le ardía. El martilleo que sentía en la cabeza le ofuscaba dolorosamente la vista. Casi sin darse cuenta, se llevó la mano a la frente y profirió patéticamente, con un gemido peculiar, una histérica frase pasmosamente infantil:

—Comandante, estoy hecho un lío, no puedo recordar nada.

Resultaba horrible aquel plañidero y triste grito de dolor y de absoluta desesperanza en boca de aquel gigante.

—Bueno; pues —dijo Gallagher— no te preocupes. Tenemos que llegar al fondo de la cuestión; por eso, entre los dos trataremos de poner las cosas en orden. Ahora, lo mejor que podemos hacer es empezar por el final e ir retrocediendo. Retrocederemos hasta llegar al momento en que has perdido el rastro del individuo que seguía a Frankie al salir de la Dunboy Lodging

House. En este caso partiremos del punto en que te encontrabas antes de venir aquí. Bartly Mulholland nos dice que has estado en casa de tía Betty, con una mujer que se llama Connemara Maggie. Debes haber estado con ella, puesto que Bartly ha visto con sus propios ojos cómo le entregabas dos billetes de una libra. En la habitación había tres botellas de whisky vacías. Debes haberlas comprado tú, supongo. Eso no tiene nada que ver con *nuestra* cuestión, ¿no es cierto, Gypo? Nada en absoluto. Nosotros solamente queremos averiguar quién era el individuo que ha seguido a Francis Joseph McPhillip al salir de la Dunboy Lodging House. ¡Bien! ¿Qué sigue ahora? Una amiga tuya que se llama Katie Fox, y que en tiempos fue camarada nuestra (en esta cuestión todos están en primera fila, toda la gente que en el pasado fueron camaradas nuestros), pues bien, Katie Fox le ha dicho a Bartly Mulholland que le has dado tres libras a una inglesa en casa de tía Betty, y dos libras más a tía Betty para pagar una deuda de aquella mujer. Tú querías que regresara a Londres. Esta casa de tía Betty parece una especie de asilo para mujeres descarriadas. Claro que esto tampoco tiene nada que ver con nuestra cuestión. Todo el mundo es libre de hacer lo que le place con *su dinero*. ¡Pero..., por todos los santos, Gypo —gritó, dando un golpe en la mesa y lanzando una extraña carcajada—, llevabas la bolsa bien repleta! ¿De dónde has sacado tanto dinero? ¡Ja! Ahora no te alteres. Sé que no me importa. Pero si has de reincorporarte a la Organización... ¡Bien! Circulan unos rumores —muy desagradables... Ya sabes cómo circulan los rumores infundados por Dublín. Es terrible. Pero el caso es que la gente habla de marineros, de marineros norteamericanos, que han sido víctimas de un asalto detrás de la cervecería de Cassidy. Sólo es un rumor, claro, y de nuevo esa amiga tuya, Katie Fox, ¿debemos decir nuestra ex camarada?, es la responsable del rumor, según Bartly Mulholland. Claro que, obviamente, se lo debe haber inventado. Probablemente ha tramado esta historia por despecho, por haberte ido con otra. O quizá... Dime, ¿hay algo de cierto en todo eso, Gypo? Quiero decir en ese rumor que corre por ahí de que has asaltado a un marinero.

Gypo se sobresaltó, como si despertara de un sueño muy profundo. Percibía una especie de «tup, tup, tup» en el cerebro, mientras trataba de decidir si diría «sí» o «no». Si decía «sí», ¿le atraparía en una mentira? Si decía «no», ¿encontraría la forma de explicar cómo había conseguido el dinero? Preguntas y problemas distintos se agolpaban simultáneamente en su cerebro, todos mezclados. Había dudas, incertidumbres y recelos. Estaba hecho un lío. Su mente parecía un montón de basura. Sus razonamientos no tenían asidero. Dejó de pensar, descorazonado.

—Comandante —dijo, tocándose la frente otra vez—, no logro coordinar las ideas. Me duele la cabeza. Debo estar borracho.

Nuevamente dejó escapar aquel grito turbado, agónico, de un alma humana perdida. Una voz débil, aguda, infantil, saliendo de la boca de un gigante.

—Bueno; no te preocupes —dijo Gallagher alegremente—, lo dejaremos así. Proseguiremos. Antes de ir a casa de tía Betty, Mulholland te ha visto en

una tienda donde vendían pescado frito con patatas, cuando invitabas a una multitud a comer. Dice que allí te has gastado una libra. Dos libras, tres libras, dos libras, una libra... ¡Vaya! Realmente estabas muy generoso. Los marineros norteamericanos ganan mucho, claro. Derrochando el dinero, ¿eh? ¡Como un millonario! Pero por supuesto que esto te concierne a ti. Nosotros simplemente intentamos llegar al fondo de la cuestión que nos preocupa. La cuestión es sencillamente ésta: *¿quién delató a tu compañero Francis Joseph McPhillip?*

Gallagher pronunció la frase lentamente y en voz alta, mirando fijamente a Gypo. Éste se sobresaltó. Abrió la boca. Pero permaneció callado. Movió los labios, repitiendo silenciosamente las palabras que había pronunciado Gallagher.

Gallagher observaba los movimientos de los labios de Gypo con un curioso desinterés. Luego, antes de continuar, sonrió levemente.

Ante todo, sin embargo —prosiguió—, nos hemos visto en el bar, en..., hem..., en el bar de Ryan, en Titt Street. Allí es donde me has contado aquella divertida historia sobre el Rata Mullighan. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

De repente, Gallagher se puso a reír ruidosamente, oprimiéndose los costados con las manos, con la cabeza echada hacia atrás. Gypo casi saltó del asiento. Estaba temblando.

—¡Qué historia! —siguió diciendo Gallagher, simulando que, de tanto reír, le faltaba la respiración—. No puedo comprender por qué me has contado esa historia, Gypo. No lo entiendo. Bien; no lo sabré... Pero debemos continuar nuestra investigación. El tiempo corre y, antes del amanecer, tenemos que cumplir una misión peliaguda. ¡Una misión muy peliaguda, Gypo! Bueno. Antes de ir al bar has estado en casa de McPhillip, en el número 44 de Titt Street. También allí te has comportado de una manera rara, según Eartly Mulholland. Claro, comprendo que estuvieses alterado y emocionado por causa de la muerte de tu compañero. Pero, con todo... ¿Recuerdas haberle dado a la señora McPhillip las monedas que se te habían caído del bolsillo en la cocina? ¿Por qué lo has hecho? ¿Eh? ¡Santo Dios! Esta noche has ido dejando un surco sembrado de oro tras de ti. Ojalá fuese tan fácil seguir la pista del individuo que has visto salir de la Dunboy Lodging House siguiendo a Frankie. Pero, ¿por qué le has dado aquellos chelines a la señora McPhillip diciéndole que era todo el dinero que tenías sabiendo que llevabas un buen fajo de billetes en el bolsillo en aquel momento?

—No lo sé —rugió Gypo.

Su voz ya no era débil ni infantil. Volvía a ponerse rígido.

—Tal vez ya estabas borracho entonces —sugirió Gallagher, casi con excitación, como si, deliberadamente, tratara de disculpar las absurdidades de Gypo—. Tal vez ya estabas borracho, ¿no?

—¿No le he dicho antes que estaba borracho? —gruñó Gypo.

—¡Ja! Ya sabía yo que estabas borracho. ¿Dónde estuviste bebiendo?

—No sabría decirle dónde, pero sé que estuve bebiendo con Katie Fox.

—¡Ja! ¡Ahora lo tenemos! —gritó Gallagher dando un golpe sobre la mesa.

—Ahora tiene, ¿qué? —rugió Gypo, jadeando e inclinándose hacia adelante fieramente. Abrió las manos como si fuesen garras. Separó los pies de tal manera que parecía dispuesto a saltar—. ¿Qué es lo que tiene, comandante? —gritó roncamente.

Gallagher cogió la pistola por la culata y con el cañón golpeó tres veces la mesa. Los dos hombres armados apuntaron sus revólveres a la nuca de Gypo. Los tres jueces que habían estado fumando calmosamente, se sobresaltaron. Mulholland hizo un leve movimiento en dirección a la puerta.

Entonces, Gypo, abatido, se acurrucó en el asiento.

La terrible fascinación que ejercía la fría mirada de Gallagher disipó todo su coraje. Jadeando como si estuviese fatigado, se quedó inmóvil. La tensión cedió de nuevo. Gallagher dejó la pistola encima de la mesa y sonrió.

—No es preciso que te alteres, Gypo —dijo—. Sólo decía que, cuando estabas bebiendo en compañía de Katie Fox, tal vez hayas dicho que habías asaltado a un marinero detrás de la cervecería de Cassidy. Tal vez ella te ha preguntado dónde habías conseguido el dinero, por curiosidad, y tú le has dicho eso en broma. Todos sabemos cuán curiosas son las mujeres. Pero eso no tiene importancia. Lo que importa es esto. ¿Puedes recordar qué hora era cuando estabas bebiendo con Katie Fox? ¿Qué hora era?

—No lo sé —murmuró Gypo, impasible—. Estoy borracho. No me acuerdo.

—Vaya, sí que es una lástima —dijo Gallagher—. Porque es muy importante saber qué hora era. Si pudiésemos saber qué hora era, entonces seguramente podríamos saber muchas cosas más. Digamos que eran las nueve en punto. Digamos las nueve. No debo equivocarme en mucho. ¿Me equivoco, Gypo?

—¿Cómo puedo saber qué hora era? —rugió Gypo—. ¿No le digo que estaba borracho?

—Ahora bien —prosiguió Gallagher, un poco más excitado—, hemos llegado hasta las nueve. Hemos retrocedido hasta las nueve.

Hizo una pausa. La cara se le iluminó, y empezó a fruncir el ceño. Sus ojos habían perdido su frialdad acerada. Se convirtieron en unos puntitos inquietos, fieros, turbulentos. No dejaban de escrutar la cara de Gypo. Los labios, en cambio, se estiraron en las comisuras en una extraña sonrisa, una sonrisa jocosa. Mezclada con la risa, la voz se había tornado levemente aguda y más dulce.

—Ahora, retrocediendo, hemos llegado a las nueve —prosiguió—: Bastante nos ha costado, Gypo. Nunca se sabe con qué nos podemos encontrar. Ahora estamos a punto de averiguar algo, Gypo. En un instante más podríamos atrapar al individuo que ha delatado a Frankie McPhillip. Podríamos atraparlo. ¡Ahora! ¡Tranquilízate, Gypo! Me refiero al individuo que has visto salir de la Dunboy Lodging House siguiendo a Frankie McPhillip. ¿Podrías describir al tribunal al individuo que has visto? ¿Dices que se parece a Mullighan? ¿Dices que era parecido a Mullighan? Habla, hombre. ¡Habla, te digo! —rugió.

Pero Gypo ya no podía hablar.

Una súbita transformación se había producido en él. Así como estalla una tempestad sobre el mar en calma un día de verano, aclarando la superficie aceitosa para cubrirla de sinuosas crestas negras coronadas de blanca espuma, así reaccionaba en cuerpo y alma al brusco relampagueo de los ojos de Gallagher y al trueno ominoso de su voz, que profería amenazas azucaradas, jugando endiabladamente con las palabras. Se derrumbó en una inmensa masa blanda e indolente, que se agitaba en el banco de madera, en un confuso montón de miembros desvalidos. La cabeza, caída sobre el pecho, se balanceaba de un lado al otro sobre el mentón que hacía de eje. Tenía los ojos hundidos en las órbitas. La cara, cenicienta e impasible. Sus piernas parecían de goma. Las arrugas del vientre parecían las grietas de una pared desequilibrada hundiéndose sobre sus propios cimientos. Todo su cuerpo se estremeció e inició un movimiento que inspiraba temor, un movimiento monstruoso e inhumano, repugnante como exponente de la degradación y el vicio y, no obstante, digno de compasión por la esperanza que lo originaba.

Los incontables siglos de evolución humana que habían dejado su sello en aquel cuerpo, para convertirlo en la gloriosa imagen de un ser humano deiforme, se desvanecieron durante aquel instante de agonía, quedando solamente una caótica colección de miembros que se retorcían, y extrañas visiones que cruzaban raudas sus descompuestas facciones.

El espectáculo era espantoso aun para los hombres endurecidos que le rodeaban. Incluso sus almas encallecidas percibieron la visión de un extraño fenómeno en aquel preciso momento, un fantasma desconocido e inesperado que se aparece a algunos una vez en la vida y que a muchos no se les aparece nunca: el fantasma de un alma humana totalmente despojada de la capa de la civilización, absolutamente desnuda y paralizada por el horror, desamparada, sin esperanzas de perdón. Durante un instante, olvidaron el odio que les inspiraba. Olvidaron que aquella masa humana, informe y desvalida, era una amenaza para sus vidas. Olvidaron que era una serpiente que era necesario aplastar. En aquel momento sólo sabían que era un pobre y débil ser humano como ellos mismos, un alma humana, frágil y abandonada a su sufrimiento, que se estremecía en los trabajos de la eterna lucha del alma humana dolorida.

Tenían la boca abierta. Se les suavizaba la mirada. Algunos movían inconscientemente las manos, otros los pies: eran unos movimientos inconscientes a los que sus mentes no prestaban atención. Porque sus mentes, disciplinadas por la influencia corrosiva del odio, permanecían inalterables e indiferentes.

Sólo un hombre se deleitaba viendo la agonía de Gypo. Se deleitaba inconscientemente. Había dejado de tener conciencia de sus emociones. Se había alienado, embriagado con la furia de su odio. Este hombre era Gallagher. Se levantó lentamente, sin decir palabra, acariciando la mesa con las manos como si buscara apoyo, al igual que una pantera asentando las patas para dar un salto. Su rostro enjuto, lustroso, pálido, se iluminó con el

resplandor de una impaciencia apasionada, como la del amante al acercarse a su amada. Pero no se trataba de la impaciencia pura y esplendorosa del amor. Era la impaciencia de la bestia de presa que se dispone a saltar. Sus labios insinuaban una sonrisa, unos labios delgados, agrietados, rojos, que al distenderse dejaban al descubierto unos dientes blancos. Los ojos fulgurantes. La frente arrugada. Las manos temblorosas. Todo su cuerpo se estremecía levemente, con aquellos estremecimientos que recorren el lomo del lebrel al acecho. Se levantó lentamente. Dio un paso hacia un lado, para no tener que correr la silla. Procuró que su cuerpo no tocase la mesa ni la silla. Tenía los ojos fijos en el rostro de Gypo. Se quedó agachado, con la cabeza inclinada hacia adelante, casi al mismo nivel de los hombros caídos. Palpó la superficie de la mesa buscando la pistola. Los dedos tocaron la culata. Lentamente la empuñaron. El índice buscó el gatillo y lo encontró. Levantó la pistola de la mesa. Con un ágil movimiento la llevó a la altura de la cadera. El cañón apuntaba al centro del pecho de Gypo. Dio un paso hacia adelante.

Gypo profirió un aullido y se llevó las manos a la cara, cubriéndose los ojos. Pero las retiró casi inmediatamente, dejándolas caer a lo largo del cuerpo. Precisaba mirar los ojos de Gallagher. No podía esconderse de aquellos ojos. Si no los miraba con los suyos, le quemaban la piel.

Gallagher habló. Su voz era casi inaudible. Era suave y dulce como la de una chica.

—Como sea que parece que has perdido la voz —murmuró—, yo te diré quién era aquel hombre. No es necesario hacer una descripción al tribunal. Los miembros que lo integran pueden verle con sus propios ojos. Diré a este tribunal el nombre del delator que ha traicionado a su camarada, Francis Joseph McPhillip. Señalaré al delator con mi propia mano. ¡Este es el hombre! —gritó de pronto, con una fuerza tremenda, volviéndose de cara a los jueces y apuntando a Gypo con la pistola—. Camaradas, el delator es Gypo Nolan, que está sentado en este banco.

Apenas había terminado de hablar cuando Gypo dejó escapar un gemido ahogado, como un animal en el momento de la agonía mortal. Se dejó caer hacia adelante sobre el suelo de piedra. Tenía la boca llena de espuma. Alargó las manos temblorosas hacia Gallagher.

—¡Comandante —gritó—, no sabía lo que hacía! Juro por Dios que no sabía lo que hacía. ¿Comprende lo que quiero decir? —La voz se convirtió en un grito, mientras seguía arrastrándose por el suelo hacia los pies de Gallagher. Luego se puso a cuatro patas. Extendió los brazos hacia los lados, jadeando—: ¿No hay nadie que pueda explicarle por qué lo hice? Yo no puedo. Me duele la cabeza. No sé explicarlo. Comandante, comandante, usted y yo, comandante... Haremos un plan; los dos... hum-r-r-r...

Las palabras se convirtieron en un parloteo inarticulado mientras sus manos se aferraban a las botas de Gallagher y se desplomaba de nuevo en el suelo. Sus gruesos labios, que intentaban besar las botas de Gallagher, besaban las losas de piedra. Gallagher se liberó de las manos de un tirón y ordenó

secamente:
—Encerradle en el calabozo y que quede bajo vigilancia permanente.
Inmediatamente, los cuatro hombres armados se precipitaron hacia adelante, agachándose para coger a Gypo. Pero en cuanto le pusieron las manos encima, se puso rígido. Luego, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se levantó con los cuatro hombres encima. Con una sacudida de todo el cuerpo se liberó de los cuatro hombres. Entonces, cuando ya estaba a punto de embestir a Gallagher, los cuatro se le echaron encima de nuevo, gritando todos a la vez. Por un instante le temblaron las piernas, balanceándose bajo el impacto de los cuatro hombres; dos de ellos le cogieron por los hombros, los otros dos le abrazaron por la cintura. Luego dio un paso, enérgico y tenso, hacia adelante con el pie derecho, con la respiración entrecortada. Plantó la bota en el suelo produciendo un ruido metálico, y seguidamente se dobló hacia atrás. Los dos hombres que se le habían echado encima le pusieron los brazos alrededor del cuello y oscilaron, chocando sus cabezas entre sí, con las piernas colgando en un movimiento pendular. Se oyó un grito:
—¡Sujetadle! ¡Ayudadnos! ¡Ayudadnos!
Los tres jueces se separaron de la mesa y se situaron de espaldas a la pared, sin saber si debían salir corriendo o hacer frente al ataque.
Mulholland, muy excitado, se aferraba al brazo de Gallagher.
—¿Disparo, comandante? —musitaba.
—No tires —contestó Gallagher con voz velada, soñolienta. Con una triste sonrisa en los labios, como si estuviese soñando, contemplaba a los hombres que luchaban—. No dispares. Todavía no está sentenciado.
Entonces, Mulholland se agachó y se tiró a las piernas de Gypo, tratando de rodearlas con sus brazos. Eran cinco, ahora, los hombres que sujetaban a Gypo. Parecía un Laoconte, con varias serpientes enroscadas en su cuerpo. Se erguía, con todos los músculos del cuerpo en tensión.
Tomó impulso y se dirigió hacia la puerta con su carga humana, desaforado y balanceándose a causa del súbito impulso, arrastrando los pies con un ruido sordo, convertido en una masa jadeante. La fuerza del impulso le llevó a unos tres pasos de la puerta. Vio la puerta. Mediante una poderosa sacudida, que hizo crujir los huesos de sus brazos, se liberó de los hombres que le sujetaban por el cuello. Éstos se deslizaron hasta el suelo, arañando la ropa de la chaqueta de Gypo con las uñas. Quedaron aferrados a sus caderas. Entonces él se agachó, rugiendo, con el propósito de entendérselas con los que le sujetaban por las piernas. Sus manazas agarraron a Mulholland por los cabellos. Los dedos se deslizaron hacia abajo buscando el cuello para estrangularlo, pero súbitamente el fuerte ruido de unas pisadas le sobresaltó. Levantó la vista.
Se precipitaban hacia él a través de la puerta. Les vio sólo durante un instante: ojos brillantes, labios apretados y manos que parecían garras, precipitándose hacia él. Entonces se tiró de cabeza contra los nuevos enemigos. Les obligó a retroceder, en masa, hacia el umbral. Allí cayeron

todos al suelo, entre gritos y juramentos sibilantes y alaridos de dolor. Luego, las enormes botas de Gypo surgieron del montón, mientras el rostro demudado de Mulholland aparecía entre las piernas.

Cuando aquella montaña de cuerpos humanos se hubo desintegrado, Gypo estaba exhausto. Cuatro hombres le sujetaban los brazos en la espalda. Luego le arrastraron a lo largo del pasillo hasta el calabozo. Le soltaron y le metieron dentro. Cerraron la puerta con cerrojo.

CAPÍTULO XII

A las tres y once minutos de la madrugada, Gypo estaba condenado a muerte. Los tres jueces se fueron, dejando a Gallagher a cargo de la ejecución de la sentencia.

A las tres y dieciocho minutos, Mulholland entró en la estancia de la indagación con los tres hombres designados para proceder a la condena impuesta al detenido. Permanecieron firmes ante la mesa donde estaba sentado Gallagher. Este les leyó la decisión del tribunal. Luego les impartió las órdenes.

—El camarada Mulholland —dijo— se hará cargo de la misión. Cuando yo abandone este recinto, como es habitual, lo echaréis a suertes. Luego llevaréis al prisionero en la camioneta a cualquier lugar de la carretera de la montaña, más o menos a mitad de camino entre Kilakee y Glencree. A ambos lados de la carretera hay ciénagas. En cualquier sitio de esta localidad, estaréis a unos tres kilómetros de la casa más cercana. Ejecutad allí la sentencia. Enterrad el cadáver a cierta distancia de la carretera. Podéis tirarle simplemente a una ciénaga. Una vez cumplida la misión, seguid por la misma carretera a través de la montaña hacia Ennislcerry, y regresad a la ciudad por otra ruta. Hay muchas. Podéis escoger la que más os convenga. En cuanto estéis de vuelta, irás a informarme al cuartel general, Eartly. Te esperaré allí. Adelante, camaradas. Llevaos al prisionero lo más rápidamente posible. Si es preciso, usad la fuerza para evitar que arme un escándalo; pero bajo ninguna circunstancia, nada de ejecutar la sentencia antes de llegar a las montañas.

Gallagher abandonó la estancia. Avanzó por el corredor hasta el recinto donde Mary McPhillip estaba sentada. Todos los hombres armados se habían reunido en la sala de guardia, al pie de la escalera. Tommy Connor acababa de entrar. Les contaba algo con voz ronca. Había dos hombres apostados ante la puerta del calabozo. El centinela empezó a pasear de nuevo de un extremo a otro del corredor.

Gallagher se acercó al banco de madera y se detuvo cerca de Mary McPhillip. No la miró. Tenía la vista fija en el suelo. Fruncía el ceño. Tenía los músculos de la cara muy tensos.

—Hemos descubierto al delator, Mary —dijo en voz baja—. Tu hermano será vengado muy pronto. Ha sido Gypo Nolan quien le traicionó.

Hubo un silencio. Gallagher había dicho la última frase en un tono dramático, como si se tratase de una revelación extraordinaria. Pero Mary no dijo nada. Él la miró.

—Mary —prosiguió, levantando más la voz—. Ha sido Gypo quien ha delatado a tu hermano.

La chica se estremeció y le miró tristemente en la penumbra.

—Ya lo sabía —dijo—. Lo he sabido desde el primer momento. ¡Pobre hombre!

—¿Cómo? —exclamó él, mirándola fijamente.

—¿Qué pensáis hacerle, Dan? —preguntó con una voz casi inaudible—. Espero que no... —Enmudeció. Gallagher la miró con frialdad, sorprendido, recelosamente, como si de pronto hubiese comprendido que todos sus cálculos con respecto a algo hubieran sido erróneos.

—¿Esperas qué, Mary? —dijo por último casi tímidamente.

—Que no pensaréis matarle —prosiguió—. Eso sería otro asesinato que se sumaría... al otro. Con ello no le devolveréis la vida al muerto. Que Dios le perdone.

—¡Asesinato! —exclamó Gallagher vagamente, como si escuchara aquella palabra por primera vez en su vida y sopesara su significado, incrédulo como un filósofo al encararse inesperadamente con una superstición fabulosa.

Luego se le dilataron las aletas de la nariz y se le endureció el rostro a causa de la ira, como si acabara de comprender el sentido de sus palabras y de su actitud en relación con la sentencia que estaban a punto de ejecutar.

—¿Asesinato, dices? ¡Diablos! ¿Crees que es un asesinato eliminar a una serpiente que ha traicionado a tu hermano? ¿Dónde está tu ...? ¿Y tú te consideras irlandesa? ¿Eh? Por Dios que no sé qué pensar. ¿Qué...? ¡Por todos los santos!

—Escúchame, Dan —dijo, sollozando—; por amor de Dios, escúchame antes de hacer una cosa así. Escúchame. Hasta ahora no he comprendido lo terrible que es. No he hecho más que decir tonterías esta noche delante de toda aquella gente. Las palabras de mi padre me sacaron de quicio y he llegado a creer que podría matar al delator de Frankie con mis propias manos. Pero sería un asesinato, Dan, igual que cualquier otro. Y...

—¡Oh, calla! —exclamó Gallagher.

—Dan —musitó ella, no lo hagas, te lo ruego. Te quiero. No lo hagas, te lo ruego, y haré lo que tú quieras. Siento que soy la causa de todo esto.

—Mary, ¿tú me quieres? —murmuró Gallagher excitado, jadeando mientras le cogía la mano derecha con las suyas. Se inclinó hacia ella—. Dímelo otra vez. Di que me amas.

Pero se separó inmediatamente, con una extraña e insólita presencia de ánimo. Temía que el centinela le viera al pasar.

Unas lágrimas se deslizaban por las mejillas de Mary. Miraba hacia la puerta. Permanecía callada. Gallagher se separó, mirándola fijamente. La contemplaba con el entrecejo fruncido. Tenía los labios firmemente apretados. La frente, contraída. Parecía estar luchando con una pasión salvaje, al mismo tiempo que intentaba pensar con coherencia en el plano intelectual. Trataba de escudriñar lo que pasaba por su mente, con el fin de poderlo dominar. Quería dominar la mente de la joven, sometiéndola a su voluntad, para convertirla en su compañera de acuerdo con sus principios. Se decía que actuaba así para que ella pudiese ayudarle a conquistar el poder. Se negaba a reconocer que le inspiraba pasión. Sentía menosprecio por la pasión.

El silencio era muy peculiar y tenso. Mary era consciente de ello. Gallagher

no. Entonces, Mary habló, rápidamente, sin mirarle. Hablaron en un tono irritado.

—Sácame de aquí inmediatamente, Dan —dijo—. Debo haber estado loca para venir aquí contigo. No tenía nada que hacer aquí. Además, si fueses un caballero, no me habrías pedido que viniera. Acabo de decir que te amo, pero no es cierto. Sólo trataba de convencerte de que no matases a ese hombre. Antes, cuando leía en el periódico que habían asesinado a un hombre, solía considerarlo correcto, pero es muy distinto cuando lo hace una persona conocida. Frankie también mató a un hombre; que Dios se apiade de él. ¡Oh Dios mío, ten piedad de nosotros! —Se puso levemente histérica—. ¿Por qué no podemos vivir en paz? ¿Por qué tenemos que matarnos unos a otros? ¿Por qué...?

—¡Calla! ¡Calla!

—¿No es cruel, Dan?

Dejó caer la cabeza entre sus manos. Unos sollozos silenciosos le conmovieron el cuerpo.

Gallagher la miraba absorto.

«Ahora debo dejarla tranquila», pensó. «La consecuencia lógica de este acceso será ésta: su mente girará en redondo hacia el otro extremo si no hablo y no la enojo tratando de convencerla de que tengo razón. Su pánico y su excitación moral se fatigarán y se dormirán. Entonces considerará, mentalmente, sus extraños conceptos de una manera distinta. Cuando su mente despierte y vuelva a funcionar normalmente, me verá a mí, verá este sitio y el trato al que será sometido Gypo con otros ojos. Cuando su mente lo considere todo desde ese nuevo punto de vista, me resultará fácil influir en su manera de pensar. Me parece que tengo razón. Por lo menos, es una regla que no ha fallado nunca. Recuerdo la brega que mantuve con Sean Conroy. Pero dicen que las mujeres son mentalmente muy distintas de los hombres. No obstante, debo correr el riesgo. Sería suicida insistir ahora. Eso es cierto. Con todo... No estoy seguro de mí mismo, tratándose de ella... No es como las otras. Y...»

De nuevo le dominó la emoción. Se quedó sentado sin pensar, sobreponiéndose, estrujándose las manos, con la vista fija en la nuca encorvada de la chica.

CAPÍTULO XIII

Cuando Gallagher abandonó la estancia de la indagación, Mulholland se acercó silenciosamente a un taburete y se sentó. Los tres hombres se quedaron de pie frente a la mesa, observándole nerviosamente. Le miraban fijamente, en silencio, como si cada uno de los movimientos que hacía estuviese preñado de funestas consecuencias para ellos.

Mulholland extrajo tres fósforos de una caja y los dejó sobre el taburete que tenía a su lado. Los cogía lenta y deliberadamente, con expresión seria, contemplativa, de un viejo pescador que estuviera cebando los anzuelos bajo las miradas admiradas de los turistas. Luego sacó una navaja del bolsillo y la abrió. Cortó la punta de un fósforo. Se guardó la navaja en el bolsillo.

Luego, de repente, carraspeó, haciendo un ruido que resonó en el silencio. Los tres hombres se sobresaltaron. Se miraron mutuamente con temor, como si cada uno hubiese sido descubierto por los otros en el instante de cometer una indecencia.

Mulholland se levantó calmosamente, acercándose a los hombres con los tres fósforos sobre la palma de la mano. Sin hablar, los señaló con un movimiento de cabeza. Había dos largos y uno corto. Los otros los examinaron. Correcto. Cada uno asintió con la cabeza solemnemente. No pronunciaron ni una palabra. Mulholland asintió y se alejó hasta el otro extremo de la estancia. Ahora no le siguieron con la mirada. Permanecieron con la vista fija en el suelo.

El más alto de los hombres era un estibador llamado Peter Hackett. Era un gigante joven, rubio, delgado y enjuto, de ojos azules y boca serena. Tenía las enormes manos huesudas llenas de largos pelos blancos. Estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, una pierna adelantada, los ojos muy abiertos y fijos, el ceño fruncido. Tenía veintidós años. Era la primera vez que le elegían para una misión como aquélla. Le resultaba extraño y odioso, porque era una persona de buenos sentimientos, apreciado por todos los que trabajaban en el muelle. No le preocupaba la política ni ningún otro problema que no fuese el hockey, el fútbol, las carreras de caballos y jugar a cara o cruz, lo que hacía todos los domingos al mediodía en la ribera del Canal con sus compañeros. A menudo perdía el sueldo, jugando a cara o cruz. En estos casos, cuando llegaba a casa, donde le esperaba su joven esposa, sin un penique, se metía en la cocina hecho una furia y rompía un par de cosas, amenazando con romperle la crisma a Kitty si decía una palabra. Luego, la ira se evaporaba súbitamente y seguía un acceso de llanto. Mientras duraban estos accesos permanecía delante del fuego con la cabeza entre las manos, sollozando y rogándole a Kitty que le perdonara. Su esposa siempre se exaltaba cuando se producían estos accesos, porque la excitación de la trifulca y los besos de Peter, que duraban toda la noche, constituían una bienvenida alteración de la triste monotonía de la vida que llevaba como esposa de un

estibador, fregando, cocinando, lavando, criando dos hijos con el sueldo de un estibador.

Peter carecía de imaginación. Le faltaba la refinada conciencia y la noción de la injusticia que suelen empujar a la mayoría de las personas de carácter parecido al suyo hacia un movimiento revolucionario. Tampoco tenía el temple del otro tipo de revolucionario. Él pertenecía a la Organización simplemente porque todos «los otros muchachos» pertenecían a ella, y por la adoración fanática que sentía por el comandante Dan Gallagher.

A Dart Flynn, en cambio, la naturaleza le había otorgado las características típicas del revolucionario; era el hombre que caminaba majestuosamente al frente de la humanidad, destruyendo poderosamente todos los obstáculos, alterando la indolente existencia del rebaño, aterrorizando a los satisfechos con su actividad, nacido con una maldición en la mirada, anatema contra la masa de seres que siempre buscan la tranquilidad y la paz a cualquier precio. Era moreno, de cabellos negros y complexión casi cuadrada, fuerte como el tronco de un roble. El cuerpo y el rostro eran carnosos, parcos en movimientos. Los ojos, pequeños. Los movía horizontalmente. Iba bien afeitado, tenía la piel de un tono rosado, a pesar de sus treinta y cinco años y de llevar la dura vida del carretero. En una reunión casi nunca opinaba sobre política, religión, o sobre cualquier otra de las cosas fundamentales que suelen comentar ávidamente los revolucionarios que se juegan la vida. Pero en el fondo de su alma meditaba profundamente sobre estas cuestiones. En el cuarto sencillo de una pensión de Capel Street tenía varios libros sobre filosofía y economía. También había elaborado un sorprendente sistema filosófico, basado en la premisa según la cual cada ser humano comparte su alma con varios animales diferentes. El hombre que fuese capaz de determinar cuáles son esos animales, y mantener con ellos una relación constante, sería absolutamente feliz e inmortal.

Flynn carecía de sentido moral. Odiaba a todos los seres humanos que no fuesen comunistas. Amaba a los niños y a los animales. La mayor parte de su sueldo lo repartía entre los pilletes famélicos de su calle. No tenía parientes ni nadie a quien mantener. Era un viejo miembro de la Organización, sumamente respetado por su coraje, por su fidelidad y por su carácter taciturno.

El tercer hombre, Laurence Curley, era absolutamente distinto de los otros dos. También era el más nervioso y timorato. Tenía veintiocho años, la cara pálida, el pelo rojo, era de complexión alta y delgada, de aspecto consuntivo, a causa de tener el pecho hundido y los hombros caídos. Su padre había sido médico en un dispensario municipal de una zona rural. Había recibido una buena educación, pero muy pronto se manifestó su disconformidad ante la vida y se negó a cursar la carrera de leyes como quería su padre. En vez de ello, consiguió un puesto de empleado en Dublín, con el fin de poder incorporarse al movimiento revolucionario.

La teoría del comunismo revolucionario le interesaba mucho más que participar en una revolución. Gradualmente se convirtió en un maniático,

odiado por todos. Siempre encontraba inconvenientes, y constantemente leía o comentaba gruesos libros sobre el socialismo. Sus puntos de vista siempre eran extremistas y sanguinarios. Cada vez que se encontraba con un desconocido, o cuando se producía el más mínimo conflicto industrial, solía decir excitadamente, en un murmullo:

«La bandera roja será enarbolada de un momento a otro. Ya lo verán. Entonces se derramará sangre. Ya lo veréis. Las palabras justicia y libertad son consignas burguesas. Las consignas del proletariado son venganza y pan. El proletariado sabe cómo tratar a aquellos que se pasan al bando de los opresores.»

Siempre repetía esta especie de cháchara.

Sin embargo, ahora, los tres hombres, tan distintos en sus características esenciales, habían alcanzado un nivel común de emoción. El silencio de la noche, la bodega poblada de fantasmas, la ilegalidad y el peligro del acto presenciado, la incertidumbre torturante de la elección les causaba una impresión tan alienadora que estaban fuera de sí. No tenían miedo. Lo habían superado, para pasar a un estadio distante de la emoción, donde los impulsos comunes que conmueven a los corazones de los hombres son desconocidos.

Entonces, Mulholland se acercó con los tres fósforos en la mano, puestos de tal manera que sólo quedaban visibles las cabezas rojas.

—¿Quién sacará primero? —preguntó desganadamente, de pie ante el grupo.

Tras una pausa, Flynn se adelantó apresuradamente. Alargó la mano carnosa, rozó las cabezas de los fósforos torpemente, y luego tiró de uno.

Todos alargaron el cuello ansiosamente para mirar. Era un fósforo largo. Todos exhalaron un suspiro.

—Otro —dijo Mulholland.

Curley y Hackett se miraron, excitados. Los dos hablaron a la vez.

—Tú primero.

—No; tú primero.

—Anda. No me importa ser el último.

—¿Qué diferencia hay? Tú estás más cerca. Saca tú.

—¿Por qué yo? Te toca a ti. Saca tú.

—Vamos, vamos —rezongó Mulholland—, tanto da uno como otro. No podemos perder tiempo.

Ambos hombres se adelantaron a la vez hacia los fósforos. Luego se detuvieron para dejar avanzar al otro. Les temblaban las piernas y las manos. Se miraron mutuamente con odio.

—Vamos —dijo Mulholland—. ¿No habéis oído las órdenes del comandante, que abandonásemos este sitio cuanto antes mejor? ¿Acaso tenéis miedo, o qué?

—¡Oh, no! —exclamaron los dos hombres a la vez, fuera de tono.

Ambos se precipitaron hacia los fósforos. Se pelearon para cogerlos.

—¡Apártate! Me toca a mí.

—¡Apártate tú! Antes no tenías tanta prisa. Déjame sacar a mí.

—No, yo he llegado primero.

—¡Por todos los santos —gritó Mulholland—, parecéis dos criaturas! ¿Acaso queréis que os pegue un tiro? Los dos hombres se quedaron inmóviles, mirando a Mulholland con ojos velados.

—Va contra las reglas —prosiguió Mulholland, dándose importancia—, pero os llamaré por orden de rango. Tú primero, camarada Curley.

Los delgados dedos de Curley salieron disparados instantáneamente. Tiró del fósforo. Era uno de los largos. Se le cortó la respiración. Luego dejó oír una risita.

—Camarada Hackett.

Hackett avanzó un paso. Alargó la mano para coger el fósforo corto que Mulholland le entregaba al mismo tiempo que sonreía enigmáticamente.

—Te ha tocado a ti —murmuró Mulholland. Hackett cogió el fósforo y lo desmenuzó entre los dedos inmediatamente. Arrojó los trocitos con gesto de terror. Se frotó las palmas de las manos lentamente. Luego se palmeó el bolsillo derecho de la chaqueta. Rió. —¡Dios mío! —gimoteó—. Pensaba que había perdido el cortaplumas.

CAPÍTULO XIV

Durante diez minutos, Gypo permaneció absolutamente inmóvil en el calabozo, después que echaron el cerrojo a la puerta. Yacía boca arriba. Tenía la cabeza y el cuello sobre una losa cuadrada que sobresalía del suelo, cerca de la pared frente a la puerta. Estaba con las piernas estiradas, los pies separados. Una mano descansaba sobre su cadera derecha, con la palma vuelta hacia el techo, los dedos semicerrados, como si se hubiese dormido agarrando algo. Con la otra mano se tapaba los ojos. Respiraba profundamente a intervalos prolongados. Su rostro tenía una expresión de absoluta serenidad. Tenía moradoras alrededor de la boca y en los pómulos. Los músculos de la cara permanecían impasibles, como las facciones de una imagen tallada. La piel lustrosa, las protuberancias, las cejas que parecían dos hocicos, los labios gruesos, etiópicos, adquirieron una gran majestuosidad durante aquellos diez minutos de reposo anormal; una majestuosidad que no era tan visible cuando se ponían en movimiento, en respuesta a los extraños impulsos de la mente.

Gypo descansaba, exhausto, mientras le condenaban a muerte. Era un reposo mortal, como el reposo de un niño dentro de la matriz materna antes de nacer, absorbiendo fuerzas por todas partes con el fin de iniciar la salvaje lucha con la vida que muy pronto debería librar. Cada órgano, cada tejido, cada músculo acumulaba nueva fuerza.

Cuando la razón huye sin tino, el instinto, que es fundamental e infalible, se precipita en defensa de la vida. A las tres y doce minutos, un minuto después de haber sido condenado a muerte, Gypo se movió. Abrió, los ojos y cerró la mano que tenía sobre la cadera. Cerró el puño con fuerza hasta que la articulación de la muñeca crujió a causa de la tensión. Entonces separó la otra mano de los ojos y la dejó caer a lo largo del cuerpo. Movió los ojos de un lado para otro, lentamente, receloso, parpadeando y escuchando atentamente.

El calabozo estaba muy oscuro. Sólo en un punto estaba iluminado. Un rectángulo de luz parecía flotar, ladeado, en la oscuridad a cierta distancia hacia la izquierda. Era la abertura situada casi en la parte superior de la puerta. No lograba penetrar la oscuridad del calabozo. Simplemente estaba allí flotando, oscura e inútilmente, como una sugerencia estúpida. La oscuridad era absoluta. Gypo se estremeció.

No tenía miedo. No lo tenía en el sentido corriente de la palabra. Pero de inmediato tuvo conciencia, tan pronto se movió, de todo lo que había sucedido hasta el instante en que le habían arrojado al calabozo. Más aún: estaba absolutamente tranquilo y sereno. La oscuridad le servía de consuelo. Se encontraba bien en ella. Le escondía. Se sentía inmensamente grande y fuerte en la oscuridad. No había nada a su derredor, salvo un vacío oscuro que su personalidad dominaba. Podía gritar, y su voz retumbaría en la oscuridad eternamente. No encontraría obstáculos. Aquella oscuridad no tenía límites, ni muros, ni horizontes, ni fin. Se encontraba sitiado, envuelto por ella. Le

envolvería una y otra vez. Era una cota de malla impenetrable, sin peso, sin espesor, intangible.

Más allá, en algún sitio, se encontraban sus enemigos. La oscuridad se interponía entre él y ellos. ¡Ja!

De repente, se incorporó. Se puso a cuatro patas. Al hacerlo, le crujieron algunas articulaciones. Su cuerpo magullado se había envarado mientras yacía inmóvil sobre las losas del suelo. Precisamente en aquel instante, mientras estaba a gatas, oyó un ruido en la puerta. Inmediatamente se tendió en el suelo, simulando que dormía. Pero se puso de cara al rectángulo de luz. Sabía quién había producido aquel ruido. Era el centinela que venía a echar una ojeada. El haz de luz de una linterna eléctrica penetró por la abertura. Le enfocó durante un instante.

Luego desapareció.

Durante el instante que la luz de la linterna iluminó el calabozo, los ojos de Gypo tuvieron ocupación. Habían deambulado por el aposento. Sí. Las paredes no ofrecían esperanza alguna. Eso ya lo sabía él, por supuesto. Él mismo había guardado un prisionero en aquel calabozo, un prisionero condenado a quien él y McPhillip y Jem Linnet, el empleado del tenedor de libros, se lo llevaron después en un coche. Conocía toda la rutina. Tal vez aquel conocimiento era el responsable de su serenidad, parcialmente responsable. Nada era incierto en el futuro próximo. Unos minutos después vendrían a buscarle. Una vez estuviese dentro del coche, le resultaría imposible evadirse.

Muy bien. La única oportunidad estaba dentro del calabozo. ¡Ja! Por eso estaba tan tranquilo y sereno. Al fin y al cabo, no era ni la oscuridad ni el conocimiento de lo que podía ocurrir lo que le tranquilizaba. McPhillip, por fin, había hecho un plan. ¡La puerta... la puerta... la puerta!

«Gypo», le había dicho una noche que estaba ebrio en el bar de Cassidy, «si alguna vez nos..., ya sabes lo que quiero decir, Gyp..., clic..., ¿sabes...?, no debes preocuparte. Puedo salir fácilmente de aquel calabozo. Sólo preciso tenerte a ti. Yo soy demasiado bajo. Escucha.»

—Lo haré, Frankie —se dijo en un murmullo, muy excitado, mientras se arrastraba hacia la puerta.

Se movía como un oso, a cuatro patas, con la cabeza gacha y las ancas alzadas. Avanzó silenciosamente hasta llegar a la puerta. Pasó la mano por el canto de la pared y se fue poniendo de pie lentamente. Por un instante, le cruzó por la mente la idea de quitarse las botas, pero no recordaba que Frankie hubiese dicho nada al respecto. Decidió dejárselas puestas. Levantó los brazos por encima de la cabeza. Los extendió tanto como le fue posible hasta alcanzar la parte superior del dintel de piedra que formaba una especie de repisa.

Respirando profundamente, elevó el cuerpo, haciendo toda la fuerza con los brazos... El cuerpo se elevó lentamente, sin esfuerzo aparente. De manera pasmosa, hizo oscilar las piernas a partir de las caderas y trepó suavemente a

la repisa, descansando el cuerpo sobre el lado derecho del pecho y del vientre. La repisa de piedra no tenía más de quince centímetros de ancho. Más de la mitad del cuerpo le quedó colgando mientras yacía a lo largo de la repisa. Pero estaba tan tranquilo como si estuviese en tierra firme. Actuaba de acuerdo con el plan que él y McPhillip habían elaborado. El cuerpo se movía sin que la mente ejerciera control alguno sobre sus movimientos, ni para guiarlo ni para prevenirle: prevenirle del peligro conocido con el nombre de miedo.

Luego de un breve descanso, se apoyó en las manos e hizo rodar el cuerpo en un movimiento audaz. Las piernas salieron proyectadas hacia arriba unos sesenta centímetros. Durante dos segundos quedó apoyado sobre las manos, como si estuviera a punto de ponerse cabeza abajo. Entonces dobló la pierna derecha. La recogió hasta ponerla junto a las manos. Lentamente, jadeando ruidosamente, se equilibró sobre la pierna derecha y se incorporó.

Permaneció durante un instante incorporado en medio de la intensa oscuridad. Respiró dos veces rápidamente. Luego tanteó buscando el techo. Lo encontró a unos diez centímetros sobre su cabeza. Recorrió las piedras apresuradamente, buscando. No encontraba lo que buscaba. Tenía que estar. ¡Virgen Santa! Tanteó más allá. Nada, todavía. El sudor le bañó la frente súbitamente, como si le exprimiesen el cuerpo. Le acometió una ira salvaje. Separó los labios, y los ojos se le dilataron. ¿Se esfumaba su última esperanza? ¿La habrían hecho desaparecer en el curso de los últimos seis meses? Estiró la mano un par de centímetros más. Demasiado.

Con un gemido ahogado, cayó de la repisa. Las manos arañaron las piedras del techo con un chirrido. Entonces, en el preciso momento en que caían siguiendo al cuerpo, los dedos de la mano derecha se engancharon en una argolla de hierro. Se agarraron como los tentáculos de un pulpo. Los músculos de la espalda crujieron. Gypo osciló como un péndulo hacia el otro lado, profiriendo un gruñido, vibró y se balanceó hacia atrás de nuevo, suspendido de la argolla de hierro por la mano derecha. Cuando se estabilizó, cambió de mano y tanteó el techo con la derecha, hasta que encontró un agujero a unos ocho centímetros de la argolla. Era la abertura de la trampa, a través de la cual bajaban el vino desde el jardín a la bodega. Se agarró a la argolla con ambas manos y elevó las piernas, hasta que los pies chocaron con el canto del otro lado de la abertura. Apretó los pies contra el otro lado del agujero y descansó durante cuatro segundos respirando profundamente.

Metió el pie derecho en la abertura. El pie llegó hasta la tapa de roble que cubría el agujero. Había estado sujeta con bisagras de cuero, pero se habían podrido y nadie se ocupó de poner otras desde que la casa quedó deshabitada. En la parte exterior se habían acumulado unos cuantos centímetros de tierra. Gypo presionó la tapa, pero no logró remover la tierra y la basura que la cubrían. Volvió a descansar, y luego presionó con todas sus fuerzas. La levantó, de pronto, unos ocho centímetros. Un puñado de tierra y basura se precipitó ruidosamente hacia el suelo. Cayó como una lluvia. El ruido asustó a

Gypo. Podían oírlo los centinelas.

Encolerizado, pegó un puntapié con toda la fuerza y la tapa salió volando. Cayó un montón de tierra haciendo un ruido de mil demonios, y penetró una bocanada de aire frío, ferozmente, con la misma rapidez que si hubiese estado esperando para atacar durante toda una eternidad.

Sin hacer caso de la polvareda cegadora ni del aire helado, Gypo introdujo las piernas por el agujero rápidamente y arañó la superficie del jardín con los tacones. Luego soltó una mano de la argolla y se aferró al borde de la trampa. Al hacerlo sintió una punzada en la clavícula. Ahora, el cuerpo ya estaba seguro dentro del agujero. Soltó la otra mano de la argolla, sosteniéndose con los músculos de los muslos que presionaban los lados de la abertura, hasta que la segunda mano y la cabeza emergieron del agujero. Entonces rodó por el jardín. Se puso de pie y se tiró de cara al suelo.

Dos disparos retumbaron dentro del agujero en cuanto terminó de salir. Le habían descubierto. Resopló asustado. Durante un instante permaneció quieto, mareado por el ruido de las voces y de las pisadas. Luego salió disparado, alejándose por entre los escombros hacia la casa, situada a unos diez metros. El único camino por donde podía huir era aquél. Penetró en la casa como una exhalación, a través de un agujero de la pared de la cocina. En dos zancadas cruzó la cocina. Llegó al vestíbulo. Dos llamaradas. Dos detonaciones. Dos disparos más. De un puñetazo dejó a un hombre sin sentido. Embistió a otro con la cabeza. Empezó a correr por el vestíbulo. Dos detonaciones. Las balas le pasaron silbando, rozándole el costado derecho. Cuando trató de darse la vuelta hacia la pared de la derecha, resbaló sobre las baldosas del vestíbulo. Se puso a cuatro patas. Mientras se incorporaba, un hombre se le echó encima al tiempo que disparaba tan de cerca, que Gypo sintió el olor acre de la pólvora y vio la llamarada cegadora de la detonación que sonó muy cerca de su oreja. Falló de nuevo. Chocaron, aferrándose uno al cuerpo del otro, dándose puñetazos. Cayeron al suelo en el umbral de la puerta. Se levantaron los dos. Gypo logró liberar un brazo y golpeó. El otro se desplomó sin chistar. Gypo le dejó caer. Cayó bocarriba. Era Dart Flynn.

Gypo dijo algo entre dientes; de un salto giró hacia la derecha y salió al aire libre. Dando una carcajada, se alejó corriendo, internándose en la oscuridad. Desapareció tragado por la noche.

CAPíTULO XV

Cuando Gallagher oyó el primer disparo, se sobresaltó y se puso de pie como una fiera. Imaginó que habían desobedecido sus órdenes y que habían liquidado al prisionero antes de llevarle a las montañas. Pero, tan pronto se puso de pie, la ira se convirtió en terror. Oyó el ruido de las pisadas y las voces excitadas, llenas de pánico:

—¡Ha huido! ¡Ha huido!

—¡Por la escalera! ¡Por la escalera! ¡Arriba, rápido! Mary McPhillip dejó escapar un grito. Gallagher no le prestó atención. Durante tres segundos, su cuerpo quedó paralizado por el terror. No podía mover ni un músculo. Sus labios musitaban algo inaudible. Parecía un hombre exhausto a punto de sufrir un infarto. Se balanceó como un árbol desarraigado, oscilando antes de caer. Mary se levantó y le cogió del brazo. Él no la miró. Entonces, Mulholland se precipitó en el interior de la estancia. Estaba lívido de miedo.

—¡Ha huido, comandante! —murmuró—; ¡ha huido! Entonces, Gallagher se estremeció violentamente, desembarazándose de Mary con rudeza. Profiriendo una retahíla de juramentos casi incoherentes, extrajo la pistola y cogió a Mulholland por el pescuezo. Mulholland aulló y cayó de rodillas.

—No me mate, comandante —chilló, No ha sido culpa mía. Este hombre es un diablo salido del infierno. Pesa un maleficio sobre él. No dispare, por amor de Dios.

—¡Al cuerno, tú y Dios! —rugió Gallagher, dándole un empujón.

Se precipitó hacia el pasillo.

—¡Cogedle! —gritó—. ¡Cogedle! ¡Cogedle!

No había nadie que pudiera escuchar sus gritos. Todo el mundo estaba en la calle persiguiendo a Gypo, salvo el centinela, que permanecía indeciso en el umbral de la puerta del calabozo vacío, con la pistola en la mano y la gorra echada hacia atrás, aterrorizado, mirando fijamente a Gallagher.

Entonces oyeron ruido de pasos en la escalera. Cuatro hombres bajaban llevando a Flynn.

—¿Quién es éste? —preguntó Gallagher.

—Es Flynn, comandante —musitó alguien.

—Tiene la mandíbula partida —murmuró otro. Llegaron al pie de la escalera. Gallagher miró el cuerpo postrado e inerme de Flynn.

—Ponedlo en seguida en un banco de allí dentro —dijo—. Mulholland. Ven. ¿Dónde están los otros?

—Ya vienen, comandante.

—No hay ni rastro, comandante —dijo Tommy Connor sin aliento, bajando las escaleras a saltos—. Hemos pensado que era mejor volver aquí.

—Muy bien —dijo Gallagher—. ¿Estáis todos aquí ahora?

Habló con una voz terriblemente calmosa. Era terrorífica. Nadie contestó durante un instante.

—Date prisa, Peter —dijo Connor a alguien que apareció en lo alto de la escalera.

Era Hackett. Se precipitó escaleras abajo, jadeando, con los ojos desorbitados. Volvían a estar todos juntos.

—¿Quién es el responsable? —inquirió Gallagher. Nadie respondió. Él blasfemó y, a grandes zancadas, se dirigió por el pasillo hacia el calabozo. Connor y Mulholland le siguieron. Los otros estaban como hipnotizados. Gallagher le dio un empujón al centinela al tiempo que soltaba un juramento, y entró en el calabozo. Encendió la linterna eléctrica. Lo comprendió todo. Un sudor frío le bañó las sienes. Se estremeció. Salió del calabozo seguido de los dos hombres. Nadie habló. Volvieron al pie de la escalera donde se habían quedado los demás. Al pasar por delante de la estancia donde se encontraba Mary McPhillip, Connor entró, la levantó del suelo e hizo que se sentara en un taburete. Acto seguido se dirigió hacia el sitio donde estaba Gallagher.

Gallagher se quedó mirando el suelo durante unos segundos, rodeado por los hombres, que permanecían silenciosos. Luego les miró a todos, uno tras otro, con fiereza. Habló en voz baja y con un tono afable.

—Camaradas —dijo—, nuestras vidas están pendientes de un hilo. Más aún: la Organización está en peligro. La causa está en peligro. Camaradas, debemos-encontrar-a-ese-hombre. Tenemos que encontrarle aunque tengamos que perder un centenar de hombres. ¿Comprendéis?

—Sí, comandante —contestaron todos a la vez, anhelosamente.

—Finnigan y Murphy, vosotros os quedaréis de guardia. ¿Entendido?

Se cuadraron, chocando los tacones, sin responder.

—Mulholland, llévate a los otros hombres en la camioneta, y procurad atajarle el paso en los puentes. Él tratará de cruzar el río hacia el sur para refugiarse en las montañas. Id en seguida. Sitúa a tus hombres y tú quédate en el Butt Bridge. Te enviaré refuerzos y otro oficial. Slattery, ocúpate de buscar refuerzos. Moviliza diez hombres de este distrito. Selecciónalos de tu lista. Fuera. Rápido. Muévete, Bartly. Recuerda que la Causa está en peligro. Si este hombre logra escapar, estamos perdidos. Tal vez ya nos ha denunciado a la policía. ¡No perdáis tiempo!

Subieron las escaleras corriendo, con un entusiasmo fanático. En tres segundos, Gallagher se quedó solo al pie de la escalera. Un centinela se apostó en lo alto de la misma. El otro entró en el cuerpo de guardia donde estaba Flynn. Mary McPhillip estaba de pie en el umbral de la puerta de la estancia de los testigos, estremecida, casi histérica a causa del espanto.

Gallagher se quedó casi por espacio de un minuto inmóvil, mirando las escaleras, con los ojos casi cerrados. Luego se estremeció y entró en el cuerpo de guardia. El centinela, un muchacho de cara colorada, con aspecto de dependiente de comercio, trataba de atar un pañuelo de seda rojo alrededor del mentón de Flynn. La única parte visible del rostro de Flynn era la de los ojos. Gallagher observó cómo el centinela le anudaba el pañuelo en la nuca. Entonces miró a Flynn a los ojos.

Flynn le devolvió la mirada fríamente. Aunque experimentaba un dolor agónico a causa de la mandíbula rota, sus ojos no lo delataban.

—¿Le has disparado, Dart? —preguntó Gallagher en un murmullo.

Flynn movió levemente la cabeza asintiendo.

—¿Le has herido?

Flynn levantó la mano derecha describiendo una línea ondulante, como un policía haciendo la señal de cortar el tráfico por causa del desborde de las aguas. Gallagher suspiró.

—No te preocupes —dijo fríamente—. Buscaremos un médico en cuanto lleguen los refuerzos. ¿Podrás tomar un trago de whisky?

Flynn asintió.

—Toma mi botella. Bebe.

Le puso el frasco en la mano. Al hacerlo, le apretó la mano afectuosamente. Luego abandonó el cuerpo de guardia y se trasladó a la estancia donde le esperaba Mary McPhillip.

La joven se apartó del umbral al verle llegar. Gallagher la encontró sentada en el taburete. Se plantó a su lado, con la vista fija en el suelo, absorto en sus pensamientos, oprimiéndole el hombro con la mano derecha. La joven se sintió atemorizada por su actitud, por su silencio y por la expresión de su rostro, que se percibía borroso en la penumbra. La cara de Gallagher tenía una palidez cenicienta, los ojos hundidos y vidriosos. Sus labios se habían quedado sin sangre. Rechinaba las muelas sin cesar, lentamente.

—Dan —siseó la joven por fin—, ¿qué te ocurre? Durante unos segundos, él no contestó. Luego se sobresaltó, dejando escapar una exclamación, y le soltó el hombro. Dio unos pasos rápidos hacia la puerta. Se detuvo y se llevó la mano a la frente. Se volvió de cara a la joven y la miró con curiosidad.

—Oh, sí —dijo calmosamente—. Me había olvidado. Perdóname. Estaba pensando y no he oído lo que decías. Veamos. Sí.

Se sentó a su lado. Le tomó una mano suavemente entre las suyas y se la acarició con los movimientos lentos de un gato. Empezó a hablar dulcemente, en voz baja, triste, con la mirada fija en el suelo.

—Ahora tendrás que quedarte aquí conmigo, Mary —dijo—, hasta que me vaya. Tal vez tendremos que quedarnos un par de horas, o más. Gypo ha huido. No puedo moverme hasta saber qué ha sucedido. El prisionero ha huido —repitió con voz casi inaudible—. Si no logramos encontrarle, será el fin para mí, Mary. Sabe demasiado.

Mary se volvió hacia él, y se le cortó el aliento. Los ojos se le humedecieron y le temblaban los labios. El tono dulce de su voz le llegó al corazón. Se sintió atraída por él, no por la horrible fascinación que la había atraído antes, sino por una atracción que tenía la dulzura y la ternura del amor que ella había imaginado. No se trataba del afecto calmoso, calculador, respetable que sentía por el hombre con quien pretendía casarse, Joseph Augustine Short, sino que sentía aquella pasión desenfrenada, devoradora, que, según creía, el verdadero amor despertaba, el amor del que hablan los libros y los poemas. ¡Ah! ¡Cómo

sabría amarle de esa manera! ¡De aquella manera tierna y dulce! Podría acercarse a él y tocarle, acariciar aquella cosa dulce y tierna, compasiva y humana que descubría en él. ¡Estaba en peligro! ¡Dios del cielo! Era una suerte que corriera peligro, si por esa circunstancia lograba descubrir su auténtica personalidad. Aquel peligro le convertía en un ser débil, despojándole de aquella fuerza horrible e impenetrable que le confería una apariencia cruel y fría. Si lograba tenerle a su merced de esta manera, hasta sería capaz de sacrificar su religión por aquel amor. ¡Sí! Incluso abandonaría a Dios con tal de tenerle así.

Eso pensaba, mirándole con lágrimas en los ojos.

Le acarició la espalda suavemente con la mano, y siseó:

—Dan —dijo—, estás en peligro. ¿Puedo ayudarte, Dan? Dan, tú sabes que sería capaz de dar mi vida por ti. Gallagher se volvió hacia ella lentamente.

—¿Lo harías, Mary? —preguntó con ternura.

La joven asintió. Súbitamente, él la tomó entre sus brazos.

—Tú me amas, Mary. Di que me amas, Mary.

—Te amo, Dan —musitó ella, con los labios rozándole los suyos.

Se besaron apasionadamente, con extraño abandono. Luego se quedaron sentados un instante, con las mejillas unidas, apenas conscientes de nada que no fuese una extraña exaltación que resultaba indescriptible. La cálida sensación de una exaltación alborozada les embargaba. Pero no era la exaltación del amor. Se trataba de una lánguida tristeza hija del dolor. El dolor de dos almas humanas que se unen en busca de consuelo. Aquella exaltación era bella y pura como el amor, hija del miedo y de la eterna melancolía de la compleja alma irlandesa, que lucha esclava.

Para Mary, quizás era casi el puro amor conyugal, pues ella amaba aquella voz dulce, el último vestigio de un carácter dócil que había sido devorado por las luchas de la vida y sustituido por un carácter frío, áspero, ambicioso. Ella amaba, pero sólo amaba a un fantasma, a un espectro tímido que aparece durante una hora de noche, para esfumarse al amanecer.

Pero, para Gallagher, sus caricias eran una máscara. Se había escondido detrás de su dócil carácter durante un instante, como si fuese una careta, para reposar y pensar. Los hombres como él, en momentos de peligro extremo, siempre buscan fortaleza en los brazos de una mujer.

Incluso mientras abrazaba a la joven, escuchando las palabras de amor que le decía muy cerca de los labios, no pensaba en ella, sino en el enorme peligro que le amenazaba. ¿Le delataría Gypo antes de que le atraparan? Por fin, profirió una exclamación sorda al mismo tiempo que se ponía de pie, liberándose del abrazo de la chica. Cerró los puños.

—Mary —dijo, sin mirarla—, ya ves cómo te necesito. Necesito hablar con alguien, confiar en alguien. No puedo confiar en nadie más que en ti, Mary. Y no sé por qué confío en ti.

Hizo una pausa. Ella no le escuchaba. Reaccionaba contra su propia exaltación. ¿Por qué hablaba así? Un amante no habla de esa manera. Sólo

pensaba en él.

—Pero desde la primera vez que te vi, entre la multitud, acompañada de otra chica, mientras hacía una arenga en un mitin de huelguistas, supe que podía confiar en ti. Recuerdo que, mirando tu cara, pensé que eras «mi» mujer. Era algo curioso y que no puedo explicar. Algo en tu rostro me decía que tú eras mi mujer. Eso es muy curioso. Cada día ves miles de caras. En todas ellas hay algo curioso y misterioso, algo receloso y hostil. De pronto, ves una cara que es la que has estado buscando durante toda la vida, como si dijésemos. No hay nada oculto ni misterioso en esa cara. No puede esconderte nada. Es curioso. Todavía no he podido desentrañarlo. Está en los ojos, según creo. Los ojos son las puertas del alma. Pero todavía no he podido comprender qué es. Pero ¿qué estoy diciendo? Cuando hablo de esta manera, seguro que estoy preocupado. Cuando no tengo a nadie que me escuche, hablo solo en mi habitación, mientras pienso. Hablo durante toda la noche, sentado en la cama, con la pistola en la mano. —Bajó la voz, y sus labios esbozaron una sonrisa, al mismo tiempo que los ojos le brillaban. La miró durante un instante—. Si los muchachos supiesen que de vez en cuando me siento deprimido, no me temerían. Y entonces... —Se pasó el canto de la mano por encima del cuello —. Seguro. Eso es lo que me salva. Me tienen miedo. Eso es todo. No es afecto. Oh, no. Tampoco lo toleraría. No hay nada como el miedo. Nadie me quiere. Ni ese pegajoso de Hackett, que un día en el muelle se agachó para atarme los zapatos. Se dejaría matar por mí, pero solamente porque cree que soy frío, y duro, y cruel, y que sería capaz de matarle sin pestañear. Como ves..., es lo contrario de..., ¡ja!, ¿lo ves, Mary? ¡Dios mío! Debo ser muy cruel esta noche. Estoy divagando. Mary, ¿no te han temblado alguna vez las piernas sin que puedas hacer nada para evitarlo?

—Dan, Dan —dijo Mary, cogiéndole la pierna derecha con ambas manos—, no te preocupes. No te preocupes, Dan. —Empezó a frotarle la rodilla—. No es nada. A mi padre le ocurre a menudo. Sólo es tensión nerviosa. Me lo dijo una enfermera del Mater Hospital. Uno puede vivir cien años y no pasa nada. Dice que es el té. Pero..., Dan, ¿por qué te vuelves tan cruel y tan cínico así, de pronto? ¿No puedes olvidarte de todo y tranquilizarte? Decías que...

—¿Tranquilizarme? —exclamó Gallagher, poniéndose de pie de un salto y mirándola con fiereza, como si le hubiese sugerido que cometiese un crimen atroz—. ¿Olvidarme de todo? ¿Qué quieres decir? ¡Bah! ¡Mujeres, mujeres, mujeres! ¿No comprendes que es mi vida? Es mi vida, digo. También podrías pedirme que dejara de respirar y... Al fin y al cabo... —Pareció como si se acordara de algo sorprendentemente inesperado, pues, con los labios entreabiertos, la miró. Siguió hablando, casi tímidamente, en voz apenas audible, como si hablase solo—. Al fin y al cabo, no te has enamorado como yo esperaba. No lo comprenderías nunca. Nunca te unirías a mí como yo... ¡Hum! Ya veo.

—Pero, ¿qué he dicho, Dan? —musitó ella nerviosamente, mordiéndose los dedos.

Le aterrorizaba pensar que lo había perdido... Sí, en cierto modo, cosa extraña, le aterrorizaba perder su amor, como si lo tuviese seguro, como si durante una larga temporada hubiera sido su amante esposo... y lo hubiera perdido a causa de una frase estúpida.

—Nada —murmuró él, imperturbable.

Cruzó las manos sobre el pecho y empezó a pasear de un extremo a otro de la estancia. Pasó un buen rato antes de que volviera a pronunciar palabra. Empezó a compadecerse.

—Es esta espera lo que resulta difícil —dijo de repente en voz baja—. No me importa morir. No es eso lo que me preocupa. Es la espera sin tener posibilidad de saber qué sucederá. Todo el mundo habla del coraje de esos mostrencos que obtienen la Cruz Victoria. ¿Qué son sino unos papanatas estúpidos? El suyo es el coraje del buey. El hombre debe ser inteligente para ser valiente. Sólo el hombre inteligente sabe ver el peligro. Si es valiente, nunca busca el peligro, pero busca formas de vida peligrosa. ¿Te das cuenta de la diferencia? Bueno; no importa, de todos modos. Hace tiempo que lo veo muy claro todo eso, de manera que no tengo que analizarlo mucho. Pero el punto que debo explicarme es éste.

En la guerra no hay peligro. Sólo la muerte, y la muerte no es peligrosa. Eso lo demostraron los rusos. No ahora, sino en la época de Bielinsky. Es decir, lo demostraron, por supuesto, en relación con sus propias necesidades. Pero de acuerdo con mis razonamientos y descubrimientos, la muerte nos devuelve a la inmensa conciencia del Universo, que es eterno. Por consiguiente, la muerte, propiamente hablando, no es la muerte. Es una segunda etapa del nacimiento. No; eso es falso. Ya veo a dónde me conduciría eso. No existe ni el nacimiento ni la muerte. Pero... nada de esto viene al caso. Debemos enfocar una cuestión de menor importancia. Obviamente se trata de una cuestión de menor importancia. Ahora eso está mejor. Entendemos que la muerte no es un peligro. Pero la derrota sí que lo es. La derrota causada por los enemigos. No la causada por los propios amigos. Pero es evidente que no existen los amigos. Amigo es una palabra burguesa. Ha dejado de tener significado. Por eso, la derrota, en el verdadero sentido de la palabra, significa la derrota infligida por los enemigos. Pues bien, yo me enfrento con la derrota. Por lo tanto... —De pronto agitó la mano derecha describiendo un círculo por encima de su cabeza y luego señaló bruscamente la pared de la izquierda—. ¡Es esta espera lo que resulta difícil! —gritó con fiereza—. Son muchas las veces que he salido con el arma en la mano. He caído herido. Tengo dos cicatrices en el cuerpo. Eso no es nada. No tienes conciencia de lo que sucede, porque te conviertes en un animal. Pero esperar es distinto. Eres tú quien manda. Eso es diferente. Un cerebro, una mente, un ojo enorme desafiando lo desconocido. Pero...

Enmudeció súbitamente y dejó oír una risita ahogada.

—¡Jesús, María y José, amparadme! —murmuró Mary rápidamente.

Cerró los ojos al tiempo que trataba de pensar en el cielo. Su mente, de

pronto, había quedado huérfana de conocimiento y emoción. Sintió un frío inmenso en todos y cada uno de los poros de la piel. Mientras musitaba una y otra vez la plegaria con un ligero movimiento de labios, cruzó por su mente la ridícula algarabía de una canción, *Piping Tim of Galway*, como si la tocaran unas campanas.

Él se sentó a su lado, se inclinó hacia ella y la besó en la frente. Sus fríos labios permanecieron durante tres segundos sobre su frente. Luego suspiró y volvió a ponerse de pie. Tenía que moverse. Tenía que hablar. No podía permitir que su cerebro dejase de pensar rápidamente, y la única manera de aliviar la tensión consistía en hablar en voz alta. La formación y la enunciación de las palabras desviaban una fracción de las energías mentales y las consumían. Tenía que hablar más y más aprisa, más y más desenfrenadamente, con el fin de seguir el ritmo acelerado de su cerebro calenturiento.

—¿Dónde está ahora? —musitó con un cloqueo gutural que era como una carcajada—. ¿Dónde está ahora? ¿Por qué no podemos ver mentalmente lo que sucede a gran distancia? ¡Qué estúpido soy, a pesar de todo, a pesar de mi filosofía! En este momento tal vez está en la comisaría de policía, y un sargento alto y gordo le está tomando declaración. —Se estremeció, mordiéndose el labio inferior—. ¡Dios mío, Mary! ¡Si supieras qué declaración podría hacer! ¡Ja, ja! Él y Francis son los dos únicos hombres de la Organización capaces de decir cosas importantes. Y Francis está muerto.

Hizo una pausa. Mary apretó los dientes, rechazó mentalmente aquella tonada y empezó otra plegaria, una plegaria dirigida a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

—Gypo era muy útil, ¿sabes? Podía hacer cosas que ningún otro hombre sería capaz de hacer. No tanto por su enorme fuerza como a causa de sus peculiares facultades mentales. Es fácil encontrar un hombre tan fuerte como él, pero no lo es tanto encontrar una mentalidad como la suya. Dudo que exista otra igual. No tenía precio. ¡Maldita sea! Es un monstruo, un ser sobrehumano. ¿Por qué he dicho que *no tenía* precio? No tiene precio. No lo *tiene*. Ése es el mal. Ojalá... El gobierno pagaría un millón de libras por esta declaración. ¡Dios mío! Nunca hubiese creído que Gypo pudiera ser un delator. Debe de haber habido un error. No puede ser que me haya equivocado. Debe de ser un error. Seguramente. No es de esa especie. Seguro. Juro que no lo es. ¿Cómo podría serlo? Me responde como... como una aguja al imán. Entonces, ¿cómo pudo delatarle? ¡A su propio compañero! Eso es lo más raro. Hace ocho años que le conozco y nunca ha demostrado tener ni una pizca de iniciativa. Ni una sola vez. No debería haberle expulsado. Pero era preciso aplicar las reglas de la Organización. ¡Dios mío! —exclamó patéticamente, mirando el techo y retorciéndose las manos casi descorazonado—. Estoy solo, nadie puede ayudarme. Mary, no hay nadie que pueda darme un consejo. ¿Por qué nadie me advirtió que era preferible no expulsar a Gypo? ¿Eh?

Hizo una pausa. Ella no respondió. Se estremeció sin mirarle. Le resultaba difícil rezar. Estaba muy cansada. Y era terrible no rezar. Entonces no podría evitar escucharle.

De pronto, la joven se sobresaltó, irguiéndose, con los ojos y la boca muy abiertos. Gallagher había proferido un sonido extraño. Luego se precipitó hacia el banco. Se acurrucó. Agarró las rodillas de la chica. Tenía los ojos desorbitados, azorados, fijos en un punto de la pared. Empezó a hablar rápidamente con voz seca, pastosa.

—¡Está allí, Mary! ¡Puedo verle! ¡Puedo verle! Veo al sargento escribiendo. Le sirven un whisky. ¿No le ves, Mary, con aquel sombrerito en lo alto de la cabeza, prestando declaración? ¿No oyes cómo pronuncia mi nombre? ¿No le oyes?

La joven le tomó la mano entre las suyas tratando de obligarle a que fijara sus ojos en ella, tratando de hacerle apartar la vista de la pared, pero él se resistía. Tenía la mirada fija en algún punto de la pared. Se estremeció. Luego, súbitamente, suspiró, se volvió de cara a la chica y sonrió. Era una sonrisa natural, sana. Sus ojos danzaban burlonamente mientras sonreía. El espanto había desaparecido, dando paso a una alegría momentánea. Se sentía alegre como una mujer ebria de vino. Abrazó a Mary frenéticamente y la besó. Sin dejar de reír, le hizo cosquillas en el cuello con los dedos.

Ella, sin embargo, bregó para liberarse, jadeando. Él la soltó y dejó de reír, mirándola sorprendido.

—¿Te he asustado, Mary? —dijo descuidadamente—. No es nada. A veces me dominan los nervios. No hagas caso. ¿Creías que me había vuelto loco? —agregó sonriente.

—Oh, ahora estás bien, Dan. ¡Ja, ja! Intentaba reír para animarse, sin lograrlo.

—Claro que lo estoy, Mary. Tan seguro como que está lloviendo. Todo saldrá bien. Ya lo verás. No te preocupes. Hubo un prolongado silencio. Estaban sentados muy juntos, mirando el suelo.

—Dime, Dan —musitó Mary haciendo un esfuerzo—, ¿has visto algo realmente? ¿Cuando mirabas la pared? ¿Has visto algo? ¡Respóndeme, rápido! Es éste un sitio tan raro... Tengo la impresión de que hay demonios.

—¡Cuernos! —rugió Gallagher—. ¿Por qué vuelves a hablar de ello, si lo que quiero es olvidarlo? ¡Demonios! ¡Hum! ¡Demonios!

Se puso de pie de un salto y avanzó un par de pasos, estirando los brazos por encima de la cabeza con fuerza, como si tuviese dolor reumático en los omoplatos. Luego se encogió de hombros y empezó a hablar con sorprendente precipitación, con voz grave, alegre y afable.

—Tienes razón —dijo—, después de todo, para hacerme esa pregunta. Debí haberte contestado en seguida —bostezó—, explicándote lo que quería decir. Claro que hablaba en sentido figurado. No existen los demonios, al menos no como seres sobrenaturales, tal como la superstición popular los imagina. A los únicos demonios que hay que temer es a los demonios humanos. Conozco

muchos. Son muy reales. Pero están disfrazados de corderos. Son individuos respetables, respetuosos para con las leyes. No tardaré mucho en volver a verlos si Gypo va a la comisaría con esta historia. Mascullarán lentamente su sentencia sobre mí. ¡Ja! Buenos muchachos. Y yo aquí, sin hacer nada, mientras ellos...

Empezó a pasearse, con las manos a la espalda, estremeciéndose y rechinando los dientes.

—Estoy solo —prosiguió—. Solo. Me he quedado solo. No les costará mucho obtener el resto de las pruebas del Comité Ejecutivo. Estarán muy satisfechos de salvar el pellejo, a cualquier precio, si es preciso luchar. Si consiguen pruebas contra mí, pruebas suficientes para demostrar ciertas cosas, me pueden condenar impunemente. Mi rango y mis antecedentes sería lo primero que me llevaría a la muerte. Sus malditas supersticiones siempre se levantan ante las convicciones revolucionarias. En el cuartel general de la Internacional siempre hablan del romanticismo y del izquierdismo y de todas esas fantasías. ¿Qué saben ellos de la sucia mentalidad que tienen los campesinos irlandeses?

—¿Cómo te atreves a decir esas cosas? —gritó Mary con indignación.

Él la miró. Los ojos de la joven relampagueaban. Estaba sentada en el banco con el cuerpo erguido. Gallagher no había visto nunca una mujer tan ardorosa y dominante como aquélla. Sonrió débilmente.

—Lamento herir tus sentimientos —dijo cínicamente—. Pero yo estoy por encima de todo eso. ¡Bah! Tengo al país entero dentro de una red de malla fina, y estoy dentro de la ley hasta que descubran algo concreto en que basarse. ¡Al cuerno con todos vosotros! —Se volvió fiero y arrogante—. ¡Vaya con tus ideas patrióticas! Estaba equivocado con respecto a ti. No te quiero. Nunca te he amado. ¿Me oyes? ¡Al cuerno con el mundo entero! Ese cerdo maldito... Antes del amanecer ya lo habré desollado. No lo dudes. No podrá llegar a la comisaría. Es mi vida contra la suya. Y...

En aquel momento, el centinela dio la voz de alto. Gallagher se quedó rígido como una estatua. Luego se precipitó hacia el pasillo, sacando la pistola y murmurando algo entre dientes. Dos hombres bajaban las escaleras corriendo. El primero se acercó a Gallagher ágilmente y se cuadró chocando los tacones.

Era un hombre pequeño, vivaz, con ojos de halcón y una nariz larga, prominente y curvada. Se cubría con un impermeable holgado y una gorra a cuadros. Era Billy Burton, un agente de seguros y capitán de la Organización Revolucionaria. Gallagher le estrechó las manos ávidamente.

—Celebro que te hayan encontrado, Billy —dijo—. Eres justamente el hombre que necesitaba.

Condujo a Burton al cuerpo de guardia y le explicó rápidamente la situación. Luego le expuso su plan. Lo detalló fría y minuciosamente, como si hubiese pasado muchas semanas elaborándolo.

Burton le escuchó, parpadeando, resoplando, mordiéndose las uñas, acariciando la culata de la automática que llevaba en el bolsillo interior del

impermeable.

Flynn estaba sentado en un banco, con la mandíbula rota sujeta con un pañuelo rojo de seda. Permanecía impasible, profundamente inmerso en sus pensamientos. Parecía ajeno a cuanto ocurría a su alrededor, con la mente concentrada en algún problema inextricable.

El único ruido que se oía en aquella estancia era el que hacían las gotas de agua al caer del techo y el rumor de la voz de Gallagher.

De nuevo, su voz era fría, dura, dominadora, vital.

CAPÍTULO XVI

A las cuatro menos cuarto había dejado de llover. Se levantó un viento fuerte, cortante. Bajaba silbando de las montañas sobre Dublín. Era un viento áspero, cerril, un viento agudo, violento, nevoso, que barrió salvajemente la ciudad dormida de manera que hasta las gotas de lluvia de las aceras fangosas se aplanaron, espeluznadas.

Las nubes, con las amarras cortadas por el viento recién nacido, se elevaron. Quedaron colgadas del cielo, acuchilladas y deshilachadas, con una expresión agria en sus cuerpos grises, pizarrosos. Aquí y allí, un desgarrón se abría en aquel desolado panorama de nubes y aparecía el cielo azul, limpio y lejano.

Este cambio atmosférico se produjo cuando Gypo, sacudido por un exceso de energía, se alejaba del Bogey Hole. Corriendo, se introdujo por un callejón corto y estrecho, tan estrecho que sus hombros rozaban ambos lados. De cuatro zancadas cruzó un pasaje, al mismo tiempo que sus ojos escrutaban las sombras. Vio una empinada avenida a un lado, con el brasero resplandeciente de un vigilante en un extremo, y una colina en el otro. Altas casas de pisos se sucedían a lo largo del pasaje, con las viejas y desconchadas fachadas elevándose hacia el cielo, y la suciedad oculta por la majestad de la noche.

Cruzó la avenida corriendo y penetró en una oscura arcada. Entonces chocó contra un carro viejo, y cayó al suelo, profiriendo una exclamación ahogada. El encontronazo y el peso de su cuerpo pusieron en movimiento al carro, que recorrió una distancia de unos tres metros sobre sus ruedas dislocadas, con las llantas arañando el suelo. Se puso de pie pesadamente, y se disponía a salir corriendo cuando una voz humana, que llegó del suelo, le paralizó. Miró al suelo con fiereza. Sólo era un zángano sin hogar que utilizaba la arcada y el carro como casa y como cama.

—La madre que... —empezó a decir una voz ronca, temblorosa.

Gypo ya había desaparecido, con sus botas claveteadas repiqueteando sobre los adoquines. Desembocó, en una calle ancha, de casas nuevas de ladrillos rojos. Al amparo de una pared, espió a su derredor, jadeando, alterado por la excitación de la huida.

Fue entonces cuando se dio cuenta del viento, de las nubes pasajeras y del cielo lejano. Olfateó el viento al respirar profundamente por la nariz, para aliviar la presión del corazón y de los pulmones. Luego, de pronto, sintió añoranza de las montañas y de los extensos llanos ondulados, de los desfiladeros rocosos y de los ríos calmosos del sur de su país. ¡Libertad y soledad, y tranquilidad, sólo el viento soplando a través de los helechos de los pantanos ¡Ocultarse en algún roquedal de las montañas, escuchando el rumor del viento ¡Lejos, lejos, donde nadie podría atraparle! ¡Hacia las montañas! ¡Hacia las montañas! ¡Unas montañas azuladas, de laderas prominentes, con rebaños de corderos pastando, corderos que podría coger para matarlos!

Una alegría salvaje le embargó. Miró, con las aletas de la nariz dilatadas, la

cresta de nubes que coronaba las casas hacia el sur. Miraba como si midiese la distancia que le separaba de las montañas, como si quisiera dar un salto de gigante que le trasladaría en seguida al corazón de su soledad.

Luego se inclinó hacia adelante, escrutando la oscuridad. Escupió en sus manos. Después se las llevó a la cabeza para encasquetarse el sombrero. Pero el sombrero no estaba allí. Tenía la cabeza desnuda y húmeda. Se pasó la mano por ella y descubrió una costra de sangre coagulada en la nuca, donde había recibido un golpe durante la pelea en la estancia de la indagación. No reparó en la costra, pero continuó tocándose la cabeza con una expresión estupefacta en los ojos, musitando:

—¿Qué haré ahora sin el sombrero? Hacía dos años que lo tenía.

Con la misma estupefacción, se tanteó el cuerpo. Profirió una exclamación. Lo había hallado en el bolsillo de los pantalones, donde lo había introducido, durante la indagación, cuando notó aquel tono ominoso en la voz de Gallagher. Se lo encasquetó, arrugado, raído, pequeño. Lo golpeó con las palmas de las manos, como si fuese un colchón. Acto seguido, exhalando un suspiro, se alejó en dirección a las montañas del sur.

Corría atolondradamente sin escoger el camino ni tomar precauciones. Era el distrito de los barrios bajos que tan bien conocía, el distrito que comprendía Titt Street, los burdeles, el Bogey Hole, las casas de pisos, las iglesias, las casas de empeño, los bares, las ruinas, la suciedad, el crimen, mujeres bellas, idealismos brillantes en bodegas húmedas, santos famélicos en las buhardillas, los casos más espeluznantes de la depravación y el vicio, todo mezclado en aquel fétido pantano de la ribera septentrional del Liffey. Corría por callejones angostos y por calles largas y anchas bajo arcadas que lo engullían, por calles llenas de baches y barro y montones de escombros de las casas desmoronadas que casi obstruían el paso, pavimentos cubiertos de basura, todo empapado por la lluvia.

No se equivocó ni una sola vez. Se dirigía directamente hacia las montañas. Tenía el olor de las montañas metido en las narices, le inundaba los pulmones, le hacía latir el corazón de añoranza.

Por último llegó a Beresford Place y vio el río. Instintivamente, se detuvo, apoyándose contra la pared, a fin de observar el puente. Jadeaba y temblaba al mismo tiempo.

Había dos hombres apostados en el extremo más cercana del Butt Bridge. Se le habían adelantado. Escuchó. Sopesó su última esperanza. Avanzó cautamente a través del espacio abierto con el propósito de llegar a las ruinas de la Custom House. Llegó. Observó a los dos hombres más de cerca. Todavía no podía distinguirlos claramente. Al fin y al cabo, podían ser ladrones, obreros, individuos sin hogar tratando de pasar la noche, estudiantes regresando de los burdeles, sosteniendo la última discusión, enardecidos por el alcohol, en el camino de vuelta a casa. Se arrastró, acercándose más. Entonces parpadeó y los ojos se le achicaron.

Uno de los hombres se inclinaba hacia adelante para hacer frente al viento.

Gypo reconoció aquella figura agachada, recortada contra el cielo. Era Mulholland. Y el otro hombre, rígido, con las manos en los bolsillos, era Peter Hackett.

Gypo sintió que le ardía la cabeza, se sintió sofocado. Los ojos se le cerraron al sentir una punzada en la frente. Le asaltó el impulso de precipitarse sobre los dos hombres y estrangularlos. Pero no se movió. No le daban miedo, a pesar de que iban armados. Sus armas no le asustaban. Pero formaban parte de la Organización. La Organización estaba en el Butt Bridge. Había llegado antes que él. No podría pasar.

El olor de las montañas desapareció de sus narices y de sus pulmones. El viento aún soplaba contra su cuerpo acurrucado. Pero había perdido el aroma. Ahora era solamente punzante y cortante, un enemigo que le empujaba hacia atrás, sorda y tozudamente. ¿Hacia dónde le empujaba? ¿Hacia dónde le empujaba?

Se alejó sin pensarlo más, con la cabeza gacha. Cruzó el espacio abierto y enfiló una avenida que conducía al norte. Nada en su interior podría orientarle. En su interior todo era blanco y negro, como un abismo sin fondo lleno de espesa niebla. Su enorme cuerpo era impulsado por el viento hacia alguna región sin límites donde no había ningún refugio. El viento le conducía hacia una región sin límites donde todo era gris, amorfo, terrible.

La visión de un abismo gris, informe, le precedía mientras caminaba hacia el norte, avanzando desorientado, trastabillando ligeramente, sin rumbo. Sus pasos se hicieron lentos. Se detuvo y miró a su alrededor con curiosidad. Se encontraba bajo un puente de ferrocarril que cruzaba una calle sobre su cabeza, un puente cubierto por una estructura negra. A su derecha se abría un callejón oscuro. Dio tres pasos por el callejón y apoyó la espalda contra la pared húmeda.

Había encontrado un refugio. El viento no penetraba allí. Sólo una ráfaga absurda se deslizaba por la esquina y agitaba el aire húmedo, pegajoso, durante un breve instante. Era silencioso y oscuro como el interior de una cueva. Suspiró.

Poco a poco se fue recobrando. Se tranquilizó y se sintió muy fatigado. Quería acostarse y dormir eternamente. No tenía sentido seguir adelante. Estaba solo. La oscuridad de la noche le envolvía.

Aquí no hay nadie —murmuró entre dientes.

El suelo era un charco. Las paredes eran lisas. Tanteó con los pies, buscando un sitio seco donde poder acostarse. Por todos lados la bota se hundía en un charco. Blasfemó y dio un paso. Volvió a tantear con los pies. Más charcos. Avanzó un poco más y probó otra vez. No había nada que hacer. Entonces empezó a caminar lentamente sin explorar el terreno. Ya no tenía ganas de acostarse.

Llegó al final del callejón y vio una calle ancha que se abría ante él. Se detuvo, excitado.

—¿Adónde voy? —exclamó en voz alta.

Se sobresaltó al escuchar su propia voz y miró recelosamente por encima del hombro. Naturalmente, allí no había nadie. Luego se serenó, tratando de averiguar dónde se encontraba y qué había sucedido. Le costó un esfuerzo terrible.

Lentamente empezó a recordar los últimos acontecimientos. Los hechos se sucedían uno tras otro dentro de su cabeza. Pronto se acumularían, formando un confuso montón. Todo se precipitaba hacia aquel montón a una velocidad cada vez mayor, pero no lograba extraer nada. Era como si los hechos se hundiesen en un charco y desaparecieran. Le resultaba absolutamente imposible razonar para elaborar un plan de acción.

—Debo hacer un plan —murmuró en voz alta. Como respuesta a esta exhortación, se le apareció la visión de los ojos resplandecientes de Gallagher. Aquellos ojos le fascinaron. Se olvidó del plan. Una horda de cosas chocaron entre sí dentro de su cabeza, haciendo un ruido infernal. Perdió el control y empezó a correr por debajo de la arcada, dando puñetazos y puntapiés alocadamente, intentando luchar contra aquella carga de cosas que se apilaban en su cabeza. Era presa de aquella rabia insensata que, a veces, se posesiona de los hombres fuertes, cuando no encuentran contra qué volcar su furia, ningún adversario físico.

Por espacio de unos cinco minutos se entregó salvajemente a aquel curioso ejercicio. Luego se detuvo, con la frente cubierta de sudor. Se sintió mejor. La cabeza se le había aclarado. De nuevo tenía conciencia de una inflexible decisión de huir, de esquivar a aquellos tipos apostados en el puente. Se le ocurrió una idea, que le pareció extraordinariamente astuta; la idea de huir hacia el sur, dando un enorme rodeo hacia el norte, por la North Circular Road hasta Phoenix Park, luego cruzar el parque hacia el oeste, y entonces dirigirse de nuevo hacia él sur por Dolphin's Barn. Seguía la ruta mentalmente cuando, de pronto, un ruido de pasos le sobresaltó. Trip, trap, trip, trap... Percibía el rumor de unos pies que avanzaban pesadamente por la calle que se abría ante él. Aparecieron dos guardias que, de cuando en cuando, hacían tintinear las cadenas que aseguraban las puertas. El corazón de Gypo empezó a latir aceleradamente. Pensó que le seguían a él. Su aturdimiento no le dejaba comprender que ahora gozaba de la protección policial, que era un delator. No tuvo en cuenta que no tenía más que acercarse a ellos y decirles que la Organización Revolucionaria le había condenado a muerte y ahora le estaban persiguiendo, para que le llevaran inmediatamente a un cuartel de la policía, donde estaría a salvo. En cambio, todavía los consideraba enemigos. Su mente aún no se había acostumbrado a la idea de que de haberse presentado en una comisaría de policía aquella noche habría sido lo mejor que podía haber hecho. Él todavía se consideraba un revolucionario. No tenía plena conciencia de ser un delator, o un amigo de la ley y el orden, un *protégé* de la policía.

Dio media vuelta para salir del callejón y cruzó la calle a buen paso. Dobló a la derecha, recorrió diez metros y luego se sumergió en otro callejón. Continuó corriendo. Corría alocadamente, sin objetivo, empujado hacia el

norte por el pánico y la imposibilidad de pensar. Corría en todas direcciones, penetrando en una calle, doblando luego a la izquierda; retrocedía de nuevo por una calle paralela, seguía calle abajo otra vez por la misma que ya había recorrido, doblando varias veces la misma esquina en su huida loca. Corría desesperadamente, como si persiguiera a un duende escurridizo que se divirtiera pasando una y otra vez por el mismo sitio. Se hundía en los charcos. Caía de bruces. Se introducía violentamente por los agujeros de las paredes derruidas. Trepaba por las pilas de ladrillos, por los muros, saltaba a un patio interior y luego se subía a la tapia para pasar a otra calle. Estaba cubierto de arañazos, de barro, chorreaba agua. Tenía los ojos inyectados de sangre.

De pronto un reloj dio la media hora muy cerca de donde él se encontraba. Eran las cuatro y media. Se quedó paralizado, como hechizado por la campanada. No era el sonido, sino el recuerdo que despertó. Conocía aquel reloj. Estaba situado cerca de la casa de Katie Fox, donde él solía pasar la noche. Se encontraba en medio de un callejón, escuchando. Tenía los labios entreabiertos.

Parecía algo grotesco, sin terminar, solo en medio de las sombras grises de la noche, pensando cosas extrañas.

—Está a dos pasos de aquí —murmuró—, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Ya debe de estar en casa ahora. Deben de ser las tres o las cuatro. Avanzó cautamente, escuchando todos los ruidos y asentando los pies suavemente en el suelo, pegado a las casas. Torció a la izquierda, caminó unos cincuenta metros y luego dobló hacia la derecha. Desembocó en una plaza circular, en forma de media luna, en el centro de la cual se levantaba una iglesia. Allí, en la esquina de un callejón sin salida, estaba la casa donde Katie Fox ocupaba una habitación, a unos quince metros de la iglesia. Todos los edificios de la placita eran casas de pisos, casas viejas, polvorientas y grises, desastradas, sórdidas, con los postigos de las ventanas descoyuntados. Casi todas las puertas estaban entreabiertas. Dentro no había nada para robar.

Gypo tocó respetuosamente el ala de su sombrero con la punta de los dedos al pasar ante la iglesia. Cruzó el umbral de la casa de Katie Fox. El vestíbulo estaba muy oscuro. Permaneció un instante inmóvil, escrutando la oscuridad. Entonces vio el resplandor de una lámpara de aceite en el primer rellano. Aquella lámpara la encendía todas las noches la señora Delaney, quien se había convertido en una fanática religiosa desde que mataron a su hijo durante la revolución de 1916. Le mataron mientras corría por las calles, herido, buscando refugio.

«Si vuelve de noche», musitaba la señora Delaney confidencialmente a quien quisiera escucharla, «verá la lámpara encendida y sabrá que estoy en casa. Dios es compasivo y velará por mi Johnny.»

Gypo se sintió confortado al ver la lámpara. Subió las escaleras silenciosamente hasta que llegó al rellano. Al pasar por delante de la lámpara, doblando para enfilar el otro tramo, se detuvo, con la mano sobre la baranda de madera, y la miró. Váyase a saber por qué motivo, se acercó de puntillas,

se inclinó hacia adelante cuando llegó a un par de palmos de la lámpara, y la apagó de un soplo. Entonces se sobresaltó y miró a su alrededor asustado. La oscuridad era de nuevo absoluta.

—Así está mejor —dijo, suspirando.

Subió las escaleras pausadamente. Los escalones estaban firmes hasta el tercer piso. Luego hubo de enfilar un tramo estrecho, tambaleante y destartalado hasta el último piso, donde Katie Fox tenía su cuarto. Hizo un ruido de mil demonios, pero no molestó a nadie. Oyó llorar a un niño cuando ya casi llegaba a lo alto. El niño era de Tim Flanagan, un sin-trabajo que ocupaba la habitación frontera a la de Katie Fox, en el último rellano. Vivía allí con su esposa y sus tres hijos. El más pequeño tenía sarampión y los otros dos estaban despiertos. Una de las criaturas reía. Gypo percibió la voz débil, tímida de Flanagan, que trataba de calmar a los niños.

Gypo se detuvo frente a la puerta de la izquierda, la de Katie Fox. Escuchó. Un resplandor llegaba a través del ojo de la cerradura y de un agujero redondo, grande, abierto en la parte inferior de la puerta. Un perro extraviado que Katie Fox llevó una noche a casa había roído un trozo de puerta. En cuanto hubo comido, se abrió paso a mordiscos para huir. Gypo escuchaba. Katie Fox estaba hablando. Gypo golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Quién es?

—Soy yo, Katie. Abre la puerta.

—¡Virgen Santa! —exclamó ella—. ¡Es su espectro! ¡Es su espectro, Louisa! Louisa, ¿quieres esconderme en algún sitio, por el amor de Dios?

—¡Debe ser el espectro de tu abuela! —dijo una voz cascada, ronca—. Levántate y abre la puerta, ¿quieres?, ¿quieres?, así sabremos qué quiere.

—No, no... —volvió a decir la voz de Katie.

Gypo apoyó el hombro contra la puerta, se rompió el cordel que la sujetaba por dentro a un clavo de la pared, y se abrió de par en par. Entró en la habitación.

De momento, toda la pieza le pareció un banco de niebla azulada. Luego, la neblina azulada se disipó gradualmente. El cuarto adquirió proporciones. Los objetos fueron adquiriendo relieve, por orden de importancia. Primero, la lámpara. Estaba colocada sobre la repisa de madera negra de la chimenea. Era una lámpara de parafina común, de lata, pintada de rojo. Las tres cuartas partes de la chimenea eran negras. Luego apareció el hogar. Tenía una parrilla enorme sobre la que ardían unas aulagas. El fuego parecía los restos de una pira funeraria, puesto que se habían acumulado las cenizas de muchas semanas. Las aulagas llameantes yacían como ramas caídas en lo alto del enorme montón de cenizas amarillentas. Luego apareció la cama, con Louisa Cummins acostada en un lado.

La cama era tan enorme que podía haber sido confundida con cualquier otra cosa, si no hubiese estado sostenida por cuatro gruesos pilares de madera y no hubiera tenido un pabellón, en la cabecera, a la manera de aquellas camas, que, en las zonas rurales, los irlandeses llaman «camas de arzobispo». La ropa

de la cama era algo indescriptible. Todo iba a parar sobre la cama y allí quedaba. Louisa Cummins se pasaba la mayor parte del día en aquella cama. Hacía ocho años, desde que quedó «postrada» como consecuencia de las «lesiones» infligidas por la policía. Era muy fuerte y saludable. Todo lo hacía en la cama. Las mantas estaban amontonadas encima de su cuerpo voluminoso en la parte más alejada, cerca de la pared. En el otro lado, en el de Katie Fox, había un par de mantas deshilachadas. Los pies, de la cama estaban llenos de cachivaches de toda clase, desde un pichel mellado, con el que la vieja tomaba el té, hasta una imagen de san José, atada a un pilar de la cama, suspendida por un cordel ordinario, lleno de nudos, atado a un clavo grueso. El cordel estaba pasado alrededor del cuello de la imagen formando un lazo corredizo. La imagen no la habían colgado allí por devoción, como podría suponerse. Estaba colgada como protesta blasfema por la incapacidad del santo. Cuatro años atrás, la vieja había hecho una novena a san José, pidiéndole que la curara del reumatismo muscular, y como su ruego no fue escuchado, colgó a la imagen por el cuello.

Cuando los ojos de Gypo la descubrieron a través de la niebla, la mujer estaba tapada hasta el cuello bajo el montón de mantas y ropa de toda clase, cerca de la pared. Yacía de costado, con la cabeza blanca, marchita, hundida en una almohada gris sin funda. De la almohada salían plumas por todos lados. Los cabellos blancos de la vieja se extendían sobre la almohada y la ropa de la cama como hilachas de algas marinas flotando en la superficie de un mar calmo en el momento de la marea baja. Tenía la boca abierta como un ogro, dejando a la vista unas encías rojas y cuatro dientes amarillos, situados a distancias desiguales a lo largo de las encías; cuatro colmillos amarillos y deformes.

Solamente los ojos delataban vida e inteligencia. Eran unos ojillos azules, indómitos, brillantes de astucia y avaricia.

Su cuerpo, oculto bajo la ropa, parecía una montaña reducida a una masa informe a base de golpes.

Gypo la contempló sin emoción. Luego miró a su alrededor buscando a Katie. La vio de pie en un rincón detrás de la puerta. Todavía iba vestida como cuando la encontró en el bar por la tarde. El vestido, sin embargo, estaba muy arrugado. Su rostro había cambiado. Había cambiado de una manera extraña. Había perdido toda expresión angustiada y dolorida. Los ojos no aparecían fatigados. Tenía la cara ruborosa y lustrosa. La piel, relajada. La boca, tensa, mostraba una blancura voluptuosa en los labios. Sus ojos relampagueaban. Tenían la agresividad calmosa de la mujer sana, enérgica, que goza de éxito tras éxito, el resplandor agresivo, sereno, del deseo satisfecho y de la ambición secreta. Pero, a pesar de todo, las manos, aferradas a su cuello, temblaban a causa de un terror aparente, en contraste con la serenidad y vitalidad del rostro. Los pies, también, danzaban espasmódicamente.

—¿Qué te pasa, Katie? —preguntó Gypo—. ¿Qué quiere decir eso de mi

espectro?

Habló en un murmullo ronco, agrio.

—¡Dios mío! —exclamó Katie.

Retiró las manos del cuello y se las llevó a la espalda, con el movimiento de la persona a quien se le ofrece algo censurable. Luego, apresuradamente, se acercó al fuego. Se puso de espaldas a la pared, a la derecha de la chimenea, y miró a Gypo. Le hizo un ademán con la cabeza.

—Cierra la puerta —dijo en un murmullo—. Cierra y acércate.

Gypo se volvió de cara a la puerta silenciosamente y anudó los dos trozos de cordel con el fin de volver a sujetarla.

—¿Dónde has estado? —musitó ella—. ¡Oh Dios mío! Me has tenido sobre ascuas.

Gypo ató el cordel y se acercó lentamente y en silencio a la chimenea. Se quedó quieto, echó una mirada a la vieja, y luego, con los labios entreabiertos, miró a Katie.

—Me persiguen Katie —murmuró, estremeciéndose. Hubo un silencio. Gypo se estremeció de nuevo y se sentó en el suelo delante del fuego. Se sentó en el suelo, con los codos sobre las rodillas, alargando las manos hacia las llamas.

Katie le miraba con ojos brillantes. Estaba apoyada en la pared, inmóvil. La cara se le había vuelto muy blanca bajo el sombrero rojo ajado. Le relucían los ojos. El labio superior lo tenía fruncido.

La vieja, desde la cama, miraba a Gypo y luego a Katie, a Katie y luego a Gypo. Los ojos le bailaban. Estaba concentrada, como extasiada, y muy divertida.

—¿De qué hablas? —preguntó Katie.

—La Organización me persigue —musitó sin mirarla—. El comandante Gallagher me quiere liquidar. He huido del calabozo del Bogey Hole.

—¿Por qué te quiere liquidar? En nombre del Cielo, ¿por qué te quiere liquidar?

La voz de Katie Fox era fría y desapasionada, pero Gypo no lo notó. La chica tenía una leve y enigmática sonrisa dibujada en los labios, pero Gypo no le miraba la cara. En sus ojos había un brillo extraño, pero a Gypo le pasó desapercibido. Él miraba el fuego fijamente, soñador. Estaba cansado y tenía sueño. No tenía ningún sentido estar al acecho ahora. Estaba cansado, cansado. Cansado y adormilado. ¿Qué sentido tenía estar al acecho ahora? Dormir, dormir, dormir. Luego se dirigiría hacia el sur. Se iría hacia el sur con el viento, salvando todos los obstáculos. Dormir, dormir, dormir.

—No importa por qué me persiguen —musitó. Hubo otro silencio.

Dormir, dormir, dormir.

—Quieren quitarme de en medio —murmuró—. Pero no me atraparán, Katie; pasaré la noche aquí. Me quedaré hasta mañana por la noche. Luego me iré hacia el sur. Toma: todo el dinero que me queda.

Hurgó en el bolsillo de los pantalones y extrajo cuatro chelines y seis

peniques. Se los ofreció. Ella se acercó y, con un ademán remilgado, extendió la mano derecha.

—¡Dame ese dinero, dámelo! —chilló la vieja desde la cama.

Trató de incorporarse.

—¡Tú calla, Louisa! —rugió Gypo, por encima del hombro—. Calla o te haré papilla.

La vieja se dejó caer de espaldas, haciendo una mueca. Luego cogió un bastón que tenía al alcance de la mano y lo agitó amenazadoramente en dirección a Katie Fox.

—¡Me roba, me lo roba todo! —gimió con una voz tenue, cascada.

—Dormiré aquí en el suelo, Katie —dijo Gypo—. ¡Eh, Katie! Dormiré aquí delante del fuego. Katie, ¿qué te ocurre? ¿Por qué no me contestas?

Katie lanzó una carcajada. Se sentó en un taburete bajo, a la izquierda del fuego, tan pronto cogió el dinero. Después, sin dejar de reír, se puso de pie. Era la suya una risa curiosa, seca. Tenía una expresión soñadora en los ojos. Fijó la mirada en el suelo sumida en sus pensamientos.

—¿Estás borracha, o qué te pasa? —gruñó Gypo.

—A mí no me importa —murmuró Katie soñadora, sin apartar la vista del suelo.

Luego respiró profundamente y se estremeció. Volvió a mostrarse viva y enérgica, totalmente despierta, con los ojos semicerrados. Empezó a hablar con una rapidez sorprendente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Por supuesto, Gypo —dijo en voz alta, jovialmente—, puedes dormir aquí hasta el día del juicio final, si quieres. En efecto Connemara Maggie me ha dicho que Bartly Mulholland te había ido a buscar. Se ha presentado en casa de Biddy Burke más borracha que una cuba, sin dejar de repetir que Bartly te había llevado apuntándote con la pistola a la cabeza.

—Eres una embustera, ella no ha dicho eso —rugió Gypo, sobresaltándose ligeramente.

—Tal vez no ha dicho exactamente eso —prosiguió Katie—, pero...

—¿Te ha dado la libra que le he entregado para ti?

—¿Una libra? ¿Le has entregado una libra para mí? ¡Vaya, la muy embustera! ¡Vaya, la muy ladrona! ¡Por todos los hijos de cerda malparidos! Se ha quedado con toda la pasta. Juro por mi fe que sólo me ha dado diez chelines, y, así y todo, he tenido que sacárselos a la fuerza. Claro que no digo nada de las cosas que podría decir, pero...

—¡Oh, basta de tanta cháchara! —rugió Gypo, acariciando el suelo detrás suyo con la mano—. ¡No estoy de humor para soportar tu parloteo, Katie!

—No te quedes en el suelo —dijo ella, solícita—. Acuéstate en la cama. De mi lado. No te enojes, Louisa. Es mi sitio. En él puedo dejar dormir a quien quiera. Louisa, si no te estás quieta, te mataré, puedes estar tan segura como que Nuestro Señor fue crucificado. Te lo juro. Bueno; ¿qué podías esperar? Y ahora no digo nada, Gypo, viendo la situación en que te encuentras, pero te lo tienes merecido de todos modos. Te lo tienes merecido por haber dejado a los

que te quieren, derrochando el dinero con una puerca como ésa. Pero mi pobre madre, que Dios la haya perdonado, siempre decía...

—¡Lárgate, lárgate! —chilló la vieja blandiendo el bastón.

Gypo se había dejado caer de espaldas sobre la cama. La vieja empezó a golpearle débilmente con el bastón. Él no le hizo caso. Cogió torpemente el montón de mantas deshilachadas, cubriéndose las piernas.

Katie Fox cogió las tenazas y se acercó a la cama, haciendo gestos furtivos a la vieja, amenazándola enérgicamente para que callase.

La vieja, sin dejar de gruñir, se calmó. Katie volvió a acercarse a la chimenea y dejó las tenazas allí. Continuó hablando. Cada vez estaba más excitada. Sus ojos tenían una mirada alienada. Estiraba constantemente los labios en una sonrisa, tal como hace un loco cuando su cerebro enlodado cavila una insensatez demoníaca.

—Aunque poca gente lo sabe —dijo, arrogante, mirando a la puerta, mientras se ponía un cigarrillo entre los labios—, mi pobre madre era una dama de sangre real.— ¡Chúpate ésa, Louisa Cummis, y vuelve a por otra! Me has tratado como a un perro desde que vine a vivir a esta putrefacta pocilga; pero, con todo, sabes que no sirves ni para limpiarme los zapatos. Por eso me importa un comino.

—¡Sí, escuchadla, escuchadla! —graznó Louisa Cummins.

Empezó a reír, cloqueando como una gallina, con aquel cloqueo raro, artificioso, quejumbroso que hacen las gallinas de noche cuando algo las molesta mientras duermen.

Gypo había arreglado las mantas a su gusto. Las mantas le tapaban el cuerpo hasta el pecho. Se le cerraban los ojos. Todavía llevaba el sombrerito redondo aplastado sobre la frente. Sentía un zumbido ininterrumpido dentro de la cabeza. Los ruidos, el charloteo, los olores que impregnaban el ambiente habían dejado de existir para él.

Dormir, dormir, dormir.

El peligro, el miedo, todo lo había olvidado salvo el deseo de dormir. Dormir dormir, dormir.

—Sí, ¿es un delator lo que tengo a mi lado? —chilló la vieja de nuevo, tratando de incorporarse, furiosa—. ¡Lárgate, lárgate! Tienes las manos manchadas de sangre. Tienes...

—Acuéstate o te rompo la crisma —siseó Katie, acercándose otra vez al lado de la cama.

Con un suspiro de fastidio, Gypo estiró el brazo izquierdo y dejó caer la mano sobre el cuerpo de la vieja. Ésta se aplanó bajo el peso de la mano maciza. La mano, relajada y cansada, reposó sobre el cuerpo de la vieja. Ésta la miró con el rabillo del ojo, por encima de las mantas. Tal vez la miraba con terror. Quién sabe qué emociones bullían en el interior de aquella cabeza monstruosa.

Gypo no la miraba. Casi tenía los ojos cerrados. Las aletas de la nariz se le dilataban y contraían continuamente.

Dormir, dormir, dormir.

Luego, una huida desesperada hacia las montañas. Dormir, dormir, dormir.

—¡Maldita sea esta historia! —exclamó Katie Fox, golpeando el suelo con el pie.

Avanzó hasta el centro de la habitación. Luego cruzó los brazos y se quedó con las piernas separadas, el pecho salido, mirando con los ojos brillantes la pared sumida en la penumbra. Echando la cabeza hacia atrás, lanzó una carcajada.

—¿No soy una estúpida? —dijo—. Oh, ¿no soy una estúpida? ¡Yo, que podría ir con el hombre más rico de la Tierra! ¿Sabes que mi abuelo fue el duque de Clonlifrey? ¿Lo sabías? ¿Y que mi madre estaba emparentada con la realeza por parte de su padre? No con el rey de Inglaterra, sino con el rey de España, donde cosechan naranjas y sacan el vino de un pozo como si fuese el agua del Shanon. Allá es donde yo nací y me eduqué, en un palacio tan enorme como el condado de Waterford, con arzobispos que me esperaban sentados a la mesa, con las servilletas rojas plegadas en el brazo, y una dama verdadera...

—¡Diablos!, ¿quieres callarte de una maldita vez? —chilló la vieja.

Trató de blandir el bastón y de liberarse de la mano que reposaba sobre su cuerpo. Pero la mano se puso tensa. La vieja quedó inmovilizada. La mano volvió a relajarse.

Dormir, dormir, dormir.

Gypo abrió los ojos un instante. Inmediatamente volvió a cerrarlos. Todo era como una mancha de tinta dentro de su cabeza. Las pesadillas se agolpaban en su cerebro, dispuestas a precipitarse hacia la plataforma de la mente dormida y realizar su loca actuación tan pronto su ser fatigado se durmiese. Ya se había rendido a aquellas pesadillas.

Dormir, dormir, dormir.

Katie Fox le miró un instante astutamente. Las facciones se le endurecieron y los ojos se convirtieron en dos puntitos. Luego apartó la vista hacia la pared. Quedó con el labio inferior caído, con los ojos muy abiertos. Dio dos chupadas seguidas al cigarrillo. Empezó a hablar nuevamente:

—Te podría contar la historia de todos ellos, Gypo —dijo, agitando la mano hacia Gypo—. Te la podría contar, por supuesto, pero ¿de qué serviría? ¿Eh? ¿Qué sentido tiene nada? Y el padre Conroy se negó a darme la absolución. Bueno; ¡que se vaya al infierno! No la necesito para nada su absolución. No le temo al infierno. ¡Oh Madre de Dios! —exclamó súbitamente, santiguándose —, ¿qué estoy diciendo? ¿Qué...?

—¡Ja! ¡Santíguate, santíguate! —graznó Louisa Cummins—. Pero de nada te servirá. ¡Irás abajo! ¡Irás al infierno! ¡Ja, ja, ja!

—Pesa un maleficio sobre mi familia, Louisa, desde que mi prima segunda la duquesa de... de... de... ¿dónde queda aquella localidad de la que era duquesa?... Lo he olvidado, aunque solía ir a menudo con mi madre. Queda hacia Killiney. Bueno; el caso es que malefició a mi familia. Solía tener trece

monos en la mesa a la hora de comer.
—¡Embustera, eres una embustera! —le espetó la vieja, presa de un ataque de furia—. No podía tener trece monos. No podía tener trece monos. Son esas drogas que tomas lo que te trastorna. ¡Trece! ¡Bah!
Gypo murmuró algo en un siseo tremendo. Las dos mujeres le miraron. Se le movían los labios, pero las palabras eran ininteligibles. El pecho macizo subía y bajaba lentamente, expulsando el aire por la nariz ruidosamente. Su rostro moreno permanecía impasible bajo el resplandor del fuego de la chimenea. Tenía una expresión afligida y abrumada.
Dormir, dormir, dormir.
Flotaba, empujado por ráfagas de sueño, hacia la música estridente de pesadillas fantásticas. Primarios recuerdos adquirían forma en la nebulosa del sueño que le abrumaba. Adquirían relieve y forma: la forma de los seres que le perseguían.
Dormir dormir, dormir.
Su fuerza se iba debilitando, disolviéndose en el sueño, aflojándose y flotando blandamente en la niebla del sueño.
Dormir, dormir, dormir.
—¿Sabes una cosa, Louisa? —prosiguió Katie en voz baja, en un murmullo —. Cuando me muera, me canonizarán. Entonces tendré un pozo de agua bendita en la Malahide Road, y encantaré a todos los que no me gustan, y haré que se levanten a medianoche y caminen descalzos hasta el pozo para beber tres vasos de agua bendita. Y nunca sabrán que he envenenado el agua. Este mundo está loco, Louisa, y tú pronto te irás, porque tú...
—No te preocupes por mí —graznó la vieja—. Bailaré sobre tu tumba. ¡Bruja del diablo! No serás ni la primera ni la última que ha venido a vivir a mi casa durante estos últimos diez años y ha seguido el mismo camino. No, no lo serás. Y no serás la última. ¡Jo, jo! Todas tenéis caras bonitas. Todas tenéis a los hombres más fuertes para que os besen. Pero la vieja Louisa Cummins de la cara sucia bailará sobre vuestras tumbas. Bailará sobre vuestras tumbas. ¡Ya lo creo! ¿Qué le haces ahora? ¿Le estás encantando? Aunque sea un delator, no consentiré que le encantes. No te lo permitiré. Apártate de la cama.
Katie se acercó a la cama y se inclinó, puso la oreja en la cara de Gypo, escuchando su respiración pausada. Levantó el rostro para mirar a la vieja.
—Duerme como un tronco —musitó al mismo tiempo que sonreía.
—¿Y qué? ¿Qué tiene de raro?
—No le despiertes mientras yo esté fuera, Louisa.
—¿Adónde vas?
—No te importa, Louisa. Te lo advierto.
—¿Vas a ver a la policía?
—No grites tanto. No voy a ver a la policía. Voy a dar un paseo.
—¡Ja! ¡Vas a delatarle, bruja del diablo! Vas a delatarle.
—Nada de eso. ¿Acaso no es él un delator? No hagas ruido. No le despiertes o te llenarán de plomo cuando lleguen. Te lo advierto. Calla.

Retrocedió hasta la puerta, amenazando con la mano a la vieja. Ésta la siguió con la mirada. Tenía la boca abierta. Los ojos le bailaban. Katie desapareció. Los tacones de sus zapatos repiquetearon escaleras abajo. La baranda crujía. La habitación quedó en silencio. Sólo se oía la pesada respiración de Gypo.

La vieja se quedó inmóvil durante unos segundos, mirando hacia la puerta. Luego cogió el bastón y trató de despertar a Gypo. Pero el brazo de éste todavía descansaba sobre su cuerpo y no la dejaba moverse. Dormido, Gypo movió el brazo, y el cuerpo de la mujer se aplanó. La vieja le miró con el rabillo del ojo y frunció el ceño. Dejó caer el bastón y sonrió.

—¡Ja! —cloqueó—. Ha ido a delatarte, amigo mío. No tardarán en llegar. Confiar en las mujeres es como confiar en el diablo. Será tu ruina, mi bravo guerrero. Y pensar que muchas mujeres de tu región darían los dos ojos para pasar una noche contigo. Y tú aquí acostado, dormido y débil, con la fatiga de la muerte encima. Ja! ¡Que el diablo os lleve! ¡Ja! Ahora estás perdido! ¡Ja! Ahora estás perdido, y maldito seas. ¡Ja, ja! Dormir, dormir, dormir. Dormir y tener sueños extraños.

CAPÍTULO XVII

A las seis menos dieciséis minutos Mulholland se precipitó por las escaleras del Bogey Hole, sin dejar de gritar en un siseo:

—¡Comandante, comandante, ya le tenemos, ya le tenemos!

Gallagher corrió hasta las escaleras. Encontró a Mulholland apoyándose con una mano en la pared, con la gorra en la otra, jadeando, mientras unas gruesas gotas de sudor resbalaban por sus mejillas.

—Ha sido Katie Fox —tartamudeó—. Venía corriendo por Mount William Road; Charlie Carroll la ha atrapado. Ella le ha dicho que Gypo estaba en su habitación, durmiendo. En el número 61 de Mount William Crescent. El capitán Burton ha ordenado sea sitiada la casa. Me ha mandado a mí para que nos dé órdenes.

—¿Katie Fox? —preguntó Gallagher—. Pensaba que era...

—Está loca por causa de las drogas.

—Comprendo. Vuelve y dile a Burton que iré en seguida. No os mováis hasta que llegue.

—Muy bien, comandante.

Mulholland subió las escaleras corriendo. Gallagher se precipitó hacia la estancia de los testigos. Mary McPhillip se había dormido. Él la despertó.

—Vamos, Mary —murmuró—. Nos vamos. Le hemos encontrado.

—¿A quién? ¿Qué? ¡Jesús, María y José! ¿A quién habéis encontrado?

Al delator. Gypo Nolan. Le hemos encontrado en el número 61 de Mount William Crescent. Ahora voy para allí. Ven. Luego te dejaré en casa.

La joven se despertaba lentamente, asustada y frotándose los ojos.

Gallagher, muy excitado, trataba de hacer que se pusiera de pie.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Las seis menos cuarto.

—¡Dios Santo! Mi madre se irá a misa antes de que llegue yo.

—¿Y eso qué importa?

—Claro que importa. Tenía que acompañarla esta mañana. Por Frankie.

—¿Dónde va a misa?

—A Mount William Crescent.

—Bien, allí es adonde nosotros vamos también. Puedes entrar en la capilla y la encontrarás allí.

—¿Por qué? ¿Qué pasa en Mount William Crescent? Ahora estaba completamente despierta y se había levantado, con los ojos desorbitados.

Gallagher se enojó y blasfemó. Golpeó el suelo con el pie.

—Vamos, aprisa. No puedo perder tiempo. Ya te he dicho que hemos encontrado al delator. Está en Mount William Crescent. Voy hacia allí. Ven.

—¡Vas a asesinarle! —tartamudeó la joven, jadeando.

—¡Asesinar, mierda! —exclamó Gallagher—. Vamos a liquidarle.

—¡Eres una bestia! No le asesinaréis, mientras yo pueda evitarlo.

Salió corriendo de la estancia. Profiriendo un juramento feroz, Gallagher, hecho una furia, la siguió. La atrapó al pie de la escalera. Los centinelas se precipitaron hacia ellos. La chica no dejaba de chillar, defendiéndose con las uñas.

—Retenedla aquí —siseó—. No la dejéis salir bajo ningún pretexto durante una hora. Luego la dejáis ir y que se vaya a casa. Adiós. —Miró con fiereza los ojos de Mary. De la rabia, la cara se le puso cenicienta—. No perdonamos a los hombres ni a las mujeres. No lo olvides.

Luego subió las escaleras corriendo.

—¡Asesino, asesino! —gritó ella, hasta que le taparon la boca.

CAPÍTULO XVIII

Unas figuras informes bailaban en lo alto de unos zancos tremendos, al borde de un abismo, al compás de las rocas que rodaban hacia el fondo, en la oscuridad; todo era inmenso, oscuro y ruidoso; todo sin forma ni sentido, tenebroso y dominador: abismos que se abrían llenos de una niebla helada, acantilados que se esfumaban al tocarlos, sin dejar rastro, un eterno vagar por el espacio, en medio del aullido del viento y... ¡crac!

Gypo se despertó dejando oír un ronquido, traspirando a causa de la pesadilla, aterrorizado.

La vieja había logrado despertarle oprimiéndole las narices con los dedos. Se sentó, mirando en rededor, y la vio. Vio la cara irreal y pálida, con los cabellos blancos desgreñados. Estaba a punto de asustarla, haciéndole creer que era un ogro escapado de sus sueños, cuando ella habló:

—Te vienen a buscar —siseó—. Te vienen a buscar. Están en la escalera.

El escuchó. No se oía nada. Ni el más ligero rumor. ¿Eh? Solamente el silbido del viento en el tejado. ¡Ja! Algo crujió. ¿Había sido la cama? No. ¡Trap, trip, r-rip! Algo había resbalado en el tejado.

Gypo bajó de la cama al suelo de un salto. Se quedó inmóvil, inclinado hacia adelante, jadeando, con las aletas de la nariz dilatadas. Un ruido subió por la escalera, al otro lado de la puerta. En la escalera, alguien hizo «Chiss.» Luego el silencio fue absoluto. Gypo se trasfiguró, cubierto de sudor a causa de la pesadilla.

Avanzó silenciosamente hasta la chimenea y cogió las tenazas con las puntas de los dedos. Se le escaparon mientras las levantaba y cayeron ruidosamente contra las losas del hogar. Se volvió de cara a la puerta soltando un juramento. Simultáneamente, la puerta se abrió de par en par, chocando contra la pared. Desde el umbral, tres llamaradas le deslumbraron. Al tiempo que se tiraba de cabeza, una detonación le ensordeció. Tres hombres habían disparado a la vez contra él. Luego fue el caos.

Al cruzar la habitación en dirección al rellano, sintió un aguijonazo en el muslo, como una quemadura producida por el hielo. Entonces vio sus rostros alienados, aterrorizados. Reconoció a dos: Mulholland y Hackett. El tercero era Curley. Al chocar contra ellos y sentir que sus manos de gigante agarraban la carne blanda de sus cuerpos, exhaló un suspiro de satisfacción.

Alguien disparó de nuevo, alocadamente, sobre la masa de los que luchaban en el rellano. Debía de haber sido Curley, pues su voz aguda chilló, quejumbrosa, después de la detonación.

—¡Que Dios se apiade de mi alma!

Gypo sintió olor a quemado bajo su sobaco al agachar la cabeza con el fin de doblar el espinazo con fuerza. Entonces, la baranda cedió con el crujido que hace la madera al astillarse. Los cuatro hombres cayeron sin proferir grito alguno. Mientras se golpeaban ciegamente en la oscuridad, sus puños

producían un ruido sordo.

Cayeron en el otro rellano. Gypo y Mulholland estaban encima de todos. Mulholland tenía la rodilla clavada en la espalda de Curley. El loco terror de la muerte le helaba la sangre. Mostrando los dientes, levantó la pistola para pegarle un tiro en la boca a Gypo. Pero éste le embistió con su monstruosa cabeza.

Mulholland cayó hacia atrás como un gimnasta, dando una voltereta. Fue a parar sobre la piel de cordero negra que hacía de alfombra ante la puerta del piso del otro lado del rellano. Quedó inmóvil, con las rodillas rozándole el mentón. La bala se incrustó en la viga encalada del techo. La pistola tintineó al chocar contra el suelo.

Gypo se arrastró a gatas en la oscuridad. Tanteó los dos cuerpos que yacían debajo de él. Dejó resbalar las manos a lo largo de los muslos, de las ancas, de las espaldas. Sus cuerpos estaban laxos, blandos como los de dos animales muertos. Uno de ellos suspiró y se volvió bocarriba. Gypo se puso de pie. Sin mirar hacia ningún lado, se precipitó por las escaleras y las bajó a saltos.

A mitad de camino del último tramo, intentando pensar, se detuvo. Pero se pasó las manos por los ojos y sacudió la cabeza.

—Todo es inútil. Todo es inútil —dijo en voz alta. Se produjo un enorme bullicio por toda la casa. Llegó al vestíbulo. Por la puerta abierta podía ver la calle. Amanecía. El aire era gris, frío, vacío y silencioso. Se dirigió con paso vivo hacia la puerta. Su cuerpo estaba muy frío. Y tenía la mente muerta. Frío y muerto. Muerto y frío.

Un hilo de sangre se deslizaba sobre la bota derecha desde la herida del muslo. Otro hilo resbalaba a lo largo de las costillas del costado derecho. Él no lo sabía. Él estaba frío y muerto. Muerto y frío.

Se detuvo en el umbral de la puerta de la calle. Los ojos se le desorbitaron. Con un supremo esfuerzo hizo que su cuerpo se pusiera rígido. Rugió. Había visto a Gallagher apoyado en la reja de la iglesia, allí, en la plaza, con las manos hundidas en los bolsillos del impermeable, sonriendo con insolencia.

Gypo bajó los cinco escalones que conducían a la calle de un salto. En cuanto el pie derecho tocó el pavimento, los disparos se sucedieron rápidamente. Las balas llovían de todos lados. Tres se alojaron en su cuerpo. Sin poner el pie izquierdo en el suelo, saltó de nuevo en el aire, con los brazos extendidos y la cara vuelta hacia el cielo, con la grave actitud de un bailarín clásico.

Cayó de pie en la calle, brincando, retorciéndose y contorsionándose. Luego quedó de rodillas. Rugió y cayó de cara al suelo.

Bregó para volver a levantarse, mirando alarmado a su alrededor, mientras se apretaba el vientre con las manos. Gallagher estaba delante de él, sonriendo soñadoramente ahora, con una mirada melancólica, lejana.

Gallagher se estremeció y se volvió rápidamente hacia la derecha.

Gypo quería seguirle. Pero no sabía por qué quería ir tras él. Los ojos se le velaban. Su cuerpo estaba frío. Frío y muerto.

Rechinando los dientes, se puso de pie. Sacó el pecho, se encogió de hombros y avanzó como un borracho. Caminó lentamente, en línea recta, envarado, blandiendo suavemente las manos yertas.

Atravesó la portalada de hierro de la iglesia y siguió la senda de cemento que conducía a la puerta. Tuvo que subir los escalones de rodillas. Una bocanada de sangre le subió por la garganta.

Reverentemente, sumergió la mano en la pila del agua bendita. Hundió la mano hasta la muñeca. Trató de quitarse el sombrero para santiguarse. La mano tanteó la cabeza, pero los dedos ya estaban muertos. No pudieron coger el sombrero ajado. Trató de santiguarse. Imposible. La mano no pudo llegar a la frente. Llegó a medio camino y luego cayó, inerte. Pesaba una tonelada. Dio un paso hacia la izquierda. Entró por una estrecha puerta románica. Se encontró dentro de la iglesia.

La nave era alta y enorme, llena de silencio. En el altar, en la semioscuridad del amanecer y de los cirios, un sacerdote decía misa. El rumor de su voz llenaba la iglesia silenciosa, llena de paz, impregnada del aroma agradable del misterio, de la calma misteriosa de las almas que buscan a tientas el infinito. Por toda la iglesia la gente, arrodillada, con la cabeza inclinada, el rostro hierático a causa de las plegarias, buscaba el infinito. Rostros tristes, macilentos, famélicos, hechizados en la contemplación del infinito, flotando lejos de la sordidez de sus vidas por la contemplación de algo infinito.

Paz y silencio, y el aroma agradable del misterio y de algo infinito.

Palabras graves, largas, dulces, musitadas eternamente en un lugar silencioso. El misterio y los fantasmas de de la muerte jadeando débilmente.

Misericordia y piedad. Piedad y paz. Piedad, misericordia y paz, tres gemas eternas en el tabernáculo de la vida, pulidas sin cesar con el polvo humano. Del polvo al polvo.

La mirada de Gypo deambulaba por la iglesia. Tenía los ojos velados. Había una mancha oscura delante de él. Le pareció ver a alguien a quien conocía. No estaba seguro. Sí. Le miraban. Allí, a la izquierda, en el otro lado de la nave. Estaba lejos. ¿Eh? ¡La madre de Frankie McPhillip!

Avanzó, exhalando un suspiro, hacia ella. Cayó como un fardo delante de su banco. Levantó la cabeza para mirarle el rostro. Vio aquella cara grande, blanca, triste, con lágrimas que le resbalaban por las mejillas carnosas. Se arrodilló en el pasillo ante ella. La gente se apiñó a su alrededor, charlando. Él agitó la mano para que no se acercaran. Estaba muy oscuro. Tragó la sangre que tenía en la boca, y dijo en un murmullo trapajoso.

—Señora McPhillip, yo delaté a su hijo Frankie. Perdóneme. Me muero.

—Te perdono —dijo la mujer en un triste siseo—. No sabías lo que hacías.

Se le estremeció todo el cuerpo e inclinó la cabeza. Sintió que una ola inmensa de sangre le inundaba el cerebro. Una alegría enorme le embargó. Tuvo conciencia de algo infinito.

Piedad, misericordia y paz, y los fantasmas de la muerte jadeando débilmente. Misericordia, y piedad, y paz.

—¡Suéltame! —gritó, poniéndose de pie.

Se irguió, con toda la majestad de su gigantesca estatura, por encima de todos, altivo e imponente, con las piernas como dos pilares, mirando hacia el altar.

Gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Frankie, tu madre me ha perdonado!

Luego, dejando oír un sonido gutural, cayó de cara al suelo. El sombrerito redondo rodó. Expulsó una bocanada de sangre. Extendió los brazos en foma de cruz. Se estremeció y quedó inmóvil.

notes

Notas a pie de página

1 Fraternidad Republicana Irlandesa. (N. del T.)